

La normalidad fraguada

Neoliberalismo, *fake news*
y democracia

Andrea Ximena Holgado





La normalidad fraguada

Neoliberalismo, *fake news* y democracia

Holgado, Andrea Ximena

La normalidad fraguada : neoliberalismo, fake news y democracia
/ Andrea Ximena Holgado. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos
Aires : CLACSO ; Quilmes : Universidad Nacional de Quilmes, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-308-170-7

1. Neoliberalismo. 2. Democracia. 3. Redes Sociales. I. Título.

CDD 321.8

Cuidado de edición:

Editorial UNQ y CLACSO

Diseño tapas de la colección:

Dominique Cortondo Arias

Diseño del interior y maquetado:

Eleonora Silva

La normalidad fraguada

Neoliberalismo, *fake news* y democracia

Andrea Ximena Holgado



PLATAFORMAS PARA
EL DIÁLOGO SOCIAL



Universidad
Nacional
de Quilmes



CLACSO



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Pablo Vommaro - Director Ejecutivo

Gloria Amézquita - Directora Académica

María Fernanda Pampín - Directora
de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory - Producción Editorial



Universidad
Nacional
de Quilmes

Universidad Nacional de Quilmes

Alfredo Alfonso - Rector

Alejandra Zinni - Vicerrectora

Programa Editorial UNQ

Leonardo Murolo - Coordinador

Anna Mónica Aguilar - Directora
General

Rafael Centeno - Director



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital
desde cualquier lugar del mundo ingresando a libreria.clacso.org

La normalidad fraguada. Neoliberalismo, fake news y democracia (Buenos Aires: CLACSO,
diciembre de 2025).

ISBN 978-631-308-170-7



CC BY-NC-ND 4.0

*La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras
colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no
necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.*

CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Universidad Nacional de Quilmes

Roque Sáenz Peña 352 | B1876BXD | Bernal, Provincia de Buenos Aires | Argentina

ediciones.unq.edu.ar | editorial@unq.edu.ar

Índice

| | |
|--|-----|
| Agradecimientos | 13 |
| Introducción | 15 |
| El abordaje de un hecho político histórico | 25 |
| Un punto de partida | 29 |
| Paradigma, episteme y matriz | 31 |
| El discurso social | 32 |
| Las “estructuras de sentimiento” en Raymond Williams | 35 |
| Las representaciones | 38 |
| Acerca de lo político y la política | 48 |
| Las formas de la democracia | 51 |
| El nacionalismo popular o “populismo” en Latinoamérica | 51 |
| Populismo/nacionalismo popular-democracias participativas | 52 |
| Rancière: la democracia como desorden | 58 |
| Hacia un anclaje local | 62 |
| Laclau: el populismo como una forma de construir lo político | 66 |
| La cuestión de la demanda social | 69 |
| Una digresión schmittiana | 80 |
| Mundo nuevo | 89 |
| Las democracias de mercado posdictadura en Latinoamérica | 89 |
| El entramado “legal” del despojo | 95 |
| La vuelta a la ¿normalidad? democrática | 107 |
| Es el neoliberalismo. La vida en la normalidad fraguada | 119 |
| ¿Cómo llegamos a esto? Relecturas de lo que no queríamos aceptar | 119 |

| | |
|--|-----|
| El discurso social de impunidad en el entramado de las continuidades y rupturas posdictadura en Argentina | 131 |
| La construcción discursivo-comunicacional de la impunidad | 131 |
| La realización simbólica de las prácticas sociales genocidas | 133 |
| Narrar el mal | 137 |
| La práctica social de impunidad en la posdictadura y su proyección | 138 |
| ¿Cómo operan los medios de comunicación? | 143 |
| Discurso social y construcción de la subjetividad | 146 |
| Repensarlo todo | 155 |
| La “década ganada” y sus limitaciones. ¿Era posible ir más lejos? | 157 |
| ¿No se vio? | 161 |
| Un sistema total | 167 |
| Nos vamos volviendo tecno. Tecnología y redes como ideología | 173 |
| ¿Es el sujeto virtual un nuevo sujeto histórico? | 173 |
| Hablemos de los discursos y relatos | 174 |
| La puesta en escena de los medios: el <i>storytelling</i> como maquinaria del relato | 184 |
| <i>Storytelling</i> : el relato como estrategia de control | 189 |
| Las redes sociales como ideología. Los nuevos escenarios y la vida virtual | 192 |
| Algunos datos sobre el uso de redes | 201 |
| Neofeudalismo/neoscurantismo | 215 |
| <i>El juego del calamar</i> como metáfora | 215 |
| La normalidad fraguada del capitalismo occidental | 218 |
| La fragmentación y la corrección como formas de la impotencia | 220 |
| ¿Está en crisis la democracia? | 224 |
| La representación e interpelación política en la tecnorrealidad | 230 |
| La virtualización de la vida y las redes sociales como actores centrales | 232 |
| Contra toda distopía. De los laberintos se sale por arriba | 237 |
| <i>Post scriptum</i> | 245 |
| Bibliografía | 253 |
| Sobre la autora | 265 |

Para Ana Testa, amiga y sobreviviente del centro clandestino de detención que funcionó en la ESMA. Cuando siento que flaquean las fuerzas, solo saber de su existencia me hace sentir que no hay modo de abandonar.



Los nuestros caminaban por ahí con una bofetada invisible en la cara...

DUBRAVKA UGREŠIĆ, *El ministerio del dolor*

Miré hacia atrás por soledad.
Por la vergüenza de huir a escondidas.
Por las ganas de gritar, de regresar.
O porque justo entonces se soltó el viento,
desató mi pelo y me levantó el vestido.
Sentí que me veían desde los muros de Sodoma
y se morían de risa, una y otra vez.
Miré hacia atrás llena de rabia.
Para gozar plenamente su ruina.
Miré hacia atrás por todas las razones mencionadas.
Miré hacia atrás sin querer.

WISŁAWA SZYMBORSKA, "La mujer de Lot"



Agradecimientos

Termino las correcciones de este texto en un bar ubicado a media cuadra del lugar donde, junto a mis colegas de la agencia de noticias públicas Télam, realizamos un acampe en resistencia al cierre compulsivo e ilegal decretado por el gobierno del presidente Javier Milei. Mientras yo observo por la ventana, ellos redactan notas, graban y sostienen la web. No puedo menos que dedicarles este trabajo y agradecerles.

Quiero nombrar en particular a mis compañeros de turno: Fabiana García, Lucía Tenuta, Joaquín Ferrari, Mariana Coto, Gonzalo María y Juan Coria, con quienes cada noche cubríamos la información. También a Ariel Diez, Belén López del Río, Marcelo Ochoa, Eduardo Rapetti, Florencia Copley, Daniel Segal y Adriana Do Amaral. A su vez, expreso mi gratitud a Lila Luchessi y Flavio Rapisardi por sus valiosos testimonios. Gracias, además, a Ezequiel Pollero, que fue parte imprescindible en el aula durante mis últimos años como docente de Comunicación Pública y Política.

Por último, quiero agradecer a los correctores editoriales por su inmenso trabajo, que salvan nuestros errores y omisiones cuando terminamos nuestros textos para su publicación.



Introducción

Las comunicaciones y las redes sociales, lejos de ser esas herramientas que nos facilitan la vida, están configurando un nuevo sujeto virtual acorde a una nueva racionalidad neoliberal. Por esto, entre otros temas, es necesario indagar los cambios globales que se vienen dando desde los años ochenta para encontrar las claves de comprensión de estos tiempos.

Partimos de la base de que la industria de internet es la renovación de un régimen financiero que viene conformándose desde fines de la década de los setenta, que habilitó una nueva fuente de creación de valor con la explotación económica de datos e información. Lo que hoy denominamos digitalización es la confluencia de la economía de las finanzas y la economía de la información. Pero si tuviéramos que señalar una fecha clave en este proceso, sería la conformación de lo que se conoció como el Consenso de Washington.

De este modo, se establecieron las bases globales para un nuevo capitalismo financiero, hacia el cual comenzaron a migrar las inversiones del sector productivo. En América Latina, y particularmente en Argentina, este proceso se inicia, genocidio mediante, durante la dictadura de 1976-1983, con la reestructuración que impone el entonces ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz.

Tras al menos cuatro décadas, la financiarización ya es estructural. Pero es imposible explicar la dominancia del régimen de las

finanzas sin la convergencia entre capital financiero y tecnologías de la información. Y en esto tenemos dos líneas. Por un lado, las personas nos hemos transformado en materia prima que produce datos e información. Y, por otro, en la temática que nos interesa, a partir de las plataformas y redes sociales (Facebook, Twitter [X], etc.) desaparece la responsabilidad editorial tradicional de los medios de comunicación de tener que responder por sus publicaciones, y comienza una nueva etapa en lo que denominamos información.

Joseph Vogl en *Capital y resentimiento* (2023) plantea que se produce un hecho paradójico: quien publica en las redes no es responsable, pero quien debe responsabilizarse por el contenido no hace ninguna publicación. De este modo, agrega, se instala la libre expresión sin responsabilidad ni justificación ni obligación de fundamento, que se ha convertido en el criterio universal de los actos de expresión. De modo que no son jurídicamente responsables por los contenidos ofrecidos. Por otro lado, las plataformas, redes sociales, se manejan con total autonomía, y cualquier intento de regulación tiene su usina de usuarios –y corporaciones– defendiendo una supuesta libertad de expresión, sin ningún tipo de fundamento ni de responsabilidad social. Son las propias redes las que definen qué contenido es inapropiado o no, o qué bajan de sus plataformas. Podríamos pensar si hay algún criterio, o si la arbitrariedad o los algoritmos definen. A modo de ejemplo, en la red social Facebook puse como foto de portada una imagen de las históricas movilizaciones del 24 de marzo en Argentina, donde se ven familiares con fotos de sus hijos desaparecidos. Facebook la eliminó argumentando que “incitaba al odio”. Sin embargo, la misma red social tiene páginas que defienden el genocidio argentino y a sus perpetradores. Cuando pedí la revisión de esos sitios, la respuesta fue que “no infringían las normas de la comunidad”. Entonces, estamos ante una libertad

de expresión direccionada por los grandes capitales que hay detrás de las plataformas y redes.

La problemática sobre sociabilidad, redes, información y democracia requiere un abordaje transdisciplinar y también hacer algunas definiciones previas que nos permitan historizar los procesos y situarnos en el escenario actual. Descreemos de la perspectiva “instrumentalista” o de medios o mediaciones para el tratamiento de este nuevo fenómeno denominado redes sociales, ya que hay paradigmas o matrices que responden a otros momentos de los medios de comunicación, la comunicación y la información. Pensamos que hay que dar un paso más para lograr una comprensión compleja de estos tiempos, y muchas de las herramientas de análisis ya no estarían pudiendo dar cuenta de los nuevos fenómenos sociales.

Es ahí donde nos proponemos definir a las redes y plataformas no como herramientas de comunicación, sino como ideología. De modo que, en el supuesto intercambio neutral de datos e información entre usuarios, encontramos procesos de selección que definen qué recibe y qué no cada usuario. La realidad y su interpretación o teorización se diluyen. No se trata de probar ni de fundamentar. Esta forma de entender el mundo, sostiene Joseph Vogl (2023), se basa en una deslegitimación de la ciencia y la teoría, en su sentido más amplio. Lo que ahora se llama saber se ha desligado de la fundamentación y la justificación.

Esto lleva a una deslegitimación del saber en general. A más información y datos controlados por los algoritmos, mayor ignorancia. Las redes sociales y las plataformas, lejos de aportar al diálogo y el intercambio, son la ideología del capitalismo financiero tecnológico. *Fake news*, minorías violentas, apocalípticas, distópicas, grupos con teorías conspirativas, cobran importancia y un protagonismo impensado. Se avanza en una “socialización” negativa, donde particularidades enfrentan a particularidades. Y, como concluye Vogl (2023), la universalización del capital de la

información está garantizada por particularizaciones no integradas; de modo que ya no se trata de cómo identidades particulares se abren y pluralizan democráticamente hacia un horizonte de lo universal, sino por el contrario, de cómo movimientos de capital actuantes a nivel global despliegan una agudización ideocrática de las relaciones de poder. Mediante la generación de unidades cerradas se cortan y socavan los márgenes de acción pluralista.

La hostilidad de todos contra todos se ha convertido no solo en un exitoso modelo de negocios, sino además en un sentimiento de comunidad con un preocupante futuro por delante. Entonces, el dilema actual nos conduce a debates complejos: si eliminamos la facticidad y los datos como base de nuestras afirmaciones, solo nos queda una visión casi mágica de la cotidianidad. En este contexto, Sandino Núñez (2017) sostiene que el secreto revelado, la palabra dogmática o la verdad natural revelada son incapaces de lesionar una estructura simbólica, a menos que lo que haya ahí ya no lo sea; esto es lo contrario de un acontecimiento histórico. Algo que no podemos nominar, desde el lenguaje, es algo imposible de abordar y agrega:

Hemos llegado a un punto histórico en que la ideología dominante o la ideología de las clases dominantes parecen operar sin necesidad de explicación teórica alguna, funcionando como una mera fuerza inercial, de este modo no aceptamos el sistema capitalista porque hayamos sido positivamente obligados o seducidos o persuadidos, sino más bien porque nuestros cuerpos ya son capitalistas (Núñez, 2017, p. 34).

El filósofo Jonathan Lear (2007) plantea que una tarea crucial de cualquier cultura sólida es brindar a sus habitantes un telos o finalidad, un sentido de la vida que les inculque por qué esta es valiosa, qué significa prosperar como ser humano, conceptos centrales con los cuales los miembros de la cultura pueden entender lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso, lo válido y lo inútil

del mundo. Si la historia no puede ser narrada como la memoria la guardaba y se fue perdiendo, ¿qué es lo que cambió? Todo.

Retomando a Terry Eagleton (2016), coincidimos en que la forma más auténtica de esperanza es aquella que puede salvarse, sin ninguna garantía, de una disolución general. Constituye un residuo irreductible que se niega a abandonar y su resistencia reside en que está abierta a la posibilidad de un desastre absoluto.

El interrogante que guía este trabajo es si es posible pensar por fuera de la racionalidad neoliberal distópica un futuro posible. A su vez, nos planteamos qué herramientas teóricas debemos construir para reflexionar sobre nosotros mismos, considerando que muchas perspectivas que hasta hace poco tiempo parecían sólidas ya no logran interpelar nuestra cotidianidad. ¿Puede sobrevivir la democracia en tanto representación de las mayorías? ¿De qué hablamos cuando decimos democracia y no formas de las democracias? ¿Es la tecnorrealidad una forma de control definitiva?

Una canción del cantautor argentino Fito Páez dice en un pasaje: “No vine a divertir a tu familia / Mientras el mundo se cae a pedazos” (“Al lado del camino”, 1999)... La intención de este trabajo es incomodar. Es decir, necesitamos sacudirnos e incomodarnos en los debates porque de alguna manera no hemos estado a la altura en Latinoamérica de los enormes retrocesos políticos y sociales y su problematización. Urge repensarlo todo, desde la redefinición de lo popular hasta las formas de la democracia.

Nos proponemos pensar la región sudamericana en los marcos globales de acelerada mutación. Encontrar parámetros para definir la forma de construcción de lo popular en la racionalidad neoliberal. Rediscutir las perspectivas comunicacionales sobre medios y mediaciones en el ámbito de las tecnologías y las denominadas redes sociales. Estos son algunos de los desafíos.

Debemos asumir que tenemos un problema que nos interpela no solo desde lo individual, sino también desde lo colectivo, es decir, desde una perspectiva situacional. Se trata de una realidad

que queremos abordar en tanto problema, en un contexto determinado, en nuestro caso regional. Comprender esta realidad como colectivo situado implica reconocer su complejidad constitutiva, la cual excede nuestras visiones e incluso los marcos teóricos disponibles que, como investigadores, pueden limitarnos en nuestra comprensión. Esto implica que, en tanto problema social y situado, somos parte de ese problema y no meros observadores críticos. En síntesis, debemos asumir nuestra responsabilidad como actores.

Dicho esto, se plantea un abordaje transdisciplinar, situado en la realidad regional de Sudamérica, pero enmarcado en un contexto global. Esto responde a una cuestión transversal que afecta a los sectores que van quedando fuera del sistema, precarizados, donde lo reactivo surge como última alternativa.

La propuesta busca un corrimiento de las perspectivas instrumentalistas sobre las tecnologías comunicacionales y redes sociales. Esto no implica una mirada tecnofóbica o distópica, sino partir de la problematización de los procesos políticos históricos en general y del capitalismo en particular. Comprender los marcos históricos y contextos para actuar.

Buscamos interpelar un fenómeno que no es local (Sudamérica), sino global, con sus particularidades, pero que se caracteriza por una precarización creciente de las mayorías, donde las clases medias se van diluyendo y esto impacta en el modo de construir la subjetividad colectiva, que se podría traducir de la siguiente manera: si el sistema no me da respuesta, no esperen que me comprometa más allá de mi realidad.

Por último, ¿qué implica hablar de lo “fraguado” y pensar la democracia neoliberal como fraguada? Si nos remitimos a la definición de orden normativo, consiste en construir un entramado de acciones falsas para dar apariencia de legalidad. Es decir, moldear algo o manipularlo para lograr un resultado determinado. Y esto es en definitiva lo que vamos a debatir. El modo en que

se instaure una “normalidad democrática estable” sobre la base de la consolidación del capitalismo como sistema único, no solo económico, sino como totalidad cultural y social.

Para intentar un acercamiento a esta creciente tecnorrealidad, desarrollaremos la articulación de tres premisas: el neoliberalismo como racionalidad, las *fake news* como negación de la facticidad y las tecnologías comunicacionales y las redes como ideología. En *El ser neoliberal* (2018), Christian Laval y Pierre Dardot sostienen que plantear que el neoliberalismo es profundamente destructivo de la democracia implica entenderlo como algo más que un conjunto de políticas económicas o una reconfiguración de la relación entre Estado y economía. Según los autores, se trata de un orden normativo de la razón que se ha convertido en una racionalidad rectora de la vida social.

Si acordamos con esta visión, surgen dos premisas principales. Por un lado, entender los cambios en las comunicaciones y la emergencia de las redes sociales dentro de esta racionalidad, lo que implica alejarse de una visión instrumentalista. Y, por otro lado, replantear el análisis de las *fake news*, no como una disputa entre verdad y mentira, lo cual remitiría a la verdad como algo que develar (es decir, demostrar la mentira para que triunfe la verdad), sino como construcción y negación de la facticidad. Si bien a lo largo de la historia hubo noticias falsas, la “develación de la verdad” generaba actos. Hoy el escenario es distinto. En cuanto relato (*storytelling*), ya no importa si es verdadero o falso en la medida que este refuerza una visión que no nos genera tensión. La facticidad fue reemplazada por relatos que permiten vivir medianamente en armonía con una cotidianidad inabordable y desesperanzadora.

Repasando anotaciones y libros, encontré subrayado en el *Fausto* de Goethe este párrafo que no recuerdo qué me llevó a marcarlo hace muchos años, pero me hizo pensar que lo cíclico parece emerger siempre en nuestro país: “Oh, ¡feliz aquel que

todavía tiene esperanza de emerger de este mar de confusión! Lo que se necesita no se sabe, lo que se sabe no se puede usar” (Goethe, 2001, p. 40).

Diego Fusaro (2018) plantea que hay que “desfatalizar” la existencia; que no se puede transformar la realidad si pensamos que es *intransformable*, y que no se puede actuar si de antemano pensamos que toda acción es inútil.

Todo lo que existe, incluyendo lo que se considera insuperable y sometido al destino, es el resultado de un planeamiento y, por eso mismo, puede ser transformado. Presente, pasado y futuro deben liberarse del hechizo de la necesidad y volver a marcar el ritmo de la posibilidad histórica de manera que la imaginación planificadora y la perspectiva utópica vuelvan a ser los contenidos dinámicos de la temporalidad [...] el realismo desencantado y el utopismo abstracto para las almas bellas, han de dar paso al sueño despierto de la posible racionalización de lo existente llevada a cabo por la acción humana. Esta última ha de insertarse en una ontología del todavía-no, que con optimismo militante, sepa conciliar la pasión anti adaptativa con las condiciones reales (Fusaro, 2018, p. 167).

Para concluir esta introducción e iniciar el recorrido traigo a la memoria un párrafo de *La revolución es un sueño eterno*, de Andrés Rivera:

¿Juré en un día oscuro y ventoso de mayo, al igual que Vieytes y Ocampo, según leí en una carta de Moreno, que respetaron los galones de los dueños de los perros negros, *cagándose en las estrechísimas órdenes de la Junta*, me cagaría, yo, enviado de la Junta en el ejército del Alto Perú, en las estrechísimas órdenes de la Junta, y predicaría la reconciliación con los dueños de los perros negros, o juré, que, aborto, poseído, me tocaría los ojos, la boca, las mejillas, como un actor que, en el escenario, va más lejos de lo que representa, más lejos que su propia sombra, y aborto, poseído, furioso y callado, firmaría la orden de muerte para el mariscal

Nieto, para el gobernador Sanz, para el capitán de marina José de la Córdova, para todos esos ondeadores de banderas negras y calaveras y tibias en las bandera negras?

¿Juré, de rodillas en la sala capitular del Cabildo, que no iría más lejos que mi propia sombra, que nunca diría ellos o nosotros?

Juré que la revolución no sería un té servido a las cinco de la tarde (Rivera, 1999, pp. 154 y 155).

La historia la seguimos construyendo.¹

¹ El presente texto toma como base la tesis “El proyecto político, económico, represivo de la dictadura cívico-militar 1976-1983: Papel Prensa, un caso paradigmático”, con el que obtuve el grado de doctora en Comunicación (UNLP). Asimismo, recupera algunos aportes desarrollados en el artículo “Comunicar la esperanza en tiempos de distopía global” que publiqué en 2023 en la revista *Actas de Periodismo y Comunicación Social*.



El abordaje de un hecho político histórico

Lo primero que uno se pregunta, o debería preguntarse, antes de comenzar un proceso de investigación es: ¿por qué y para qué producir conocimiento? Este interrogante, más allá de las motivaciones de índole personal, se responde según la perspectiva epistemológica desde la cual uno se sitúa al momento de pensar un proyecto. De ahí se desprende un marco teórico-metodológico que guiará la estrategia de trabajo.

Tomamos la definición de Gloria Pérez Serrano (2003) según la cual la investigación de la realidad social “ha de ser una actividad sistemática y planificada cuyo propósito consiste en proporcionar información para la toma de decisiones con vistas a mejorar o transformar la realidad, a la vez que los medios para llevarla a cabo” (p. 23). Con Esther Díaz (2000) acordamos en que la idea de episteme como un saber desinteresado, movilizado únicamente por el deseo de saber y exento de cualquier mecanismo de poder, se originó en la Antigüedad clásica, es decir, hay marcos de época y condicionantes de poder en la producción de la ciencia:

Fue gestada por los señores que detentaban el poder, mientras miles de esclavos se ocupaban de solucionar las necesidades básicas de quienes gobernaban, entre estos últimos también había

algunos que estudiaban (tenían tiempo y sostén económico para hacerlo). Esto no le quita mérito al saber en sí mismo, pero ilumina las relaciones que amalgaman la interacción entre saber y poder (Díaz, 2000, p. 32).

Sin embargo, la autora aclara que esto no significa quitar mérito al poder o discutir el poder y su imbricación con las lógicas de gestación de conocimiento en tanto se constituya en productivo y genere espacios de conocimiento. Solo se trata de develar algo que siempre se intentó ocultar desde los centros de producción de conocimiento, esto es que la “verdad” se impone en general cuando está sujeta a algún tipo de poder. No porque el poder sea omnímodo y capaz de imponer cualquier tipo de verdad arbitrariamente, saliendo siempre inmune a ello, sino porque en la competencia por la imposición de diferentes posturas acerca de la realidad, la solidez de una teoría es una condición necesaria pero no suficiente para que se imponga a otra. Es decir, cuando producimos conocimiento estamos o bien consolidando un esquema de poder, o bien disputando poder. La disputa por la producción de sentido es una disputa de poder.

Entonces, si eliminamos la hipótesis de un fundamento último, el mundo pasa a ser una pluralidad de fuerzas donde desaparece la idea de verdad última. Por lo cual conocer sería interpretar, trazar una perspectiva sobre la realidad. Esto contrasta con la concepción de la ciencia tradicional que busca imponer una perspectiva como instancia necesaria y definitiva.

De este modo, el conocimiento es interpretación y la denominada explicación es una posible entre otras. De lo cual se desprende la historicidad de la verdad, es decir, la verdad es una verdad histórica y no absoluta. Esto no significa abandonar la posibilidad de explicar procesos o situaciones, sino comprender que es una explicación posible. Sin embargo, habría que preguntarse sobre los límites de la interpretación: si todo es interpretación y resulta

imposible hallar una lectura auténtica, ¿cuál es el límite? ¿Qué hace que una interpretación sea válida y otra no? Esto nos lleva a cuestionar si, en un escenario donde toda interpretación sea considerada válida, cualquier proceso de búsqueda de conocimiento terminaría siendo improductivo.

En este contexto, podríamos preguntarnos: ¿cómo es posible que ante un mismo hecho se produzcan interpretaciones tan diferentes? Una primera respuesta indica que los hechos, por sí mismos, no bastan para explicar nada. Un hecho adquiere su sentido cuando es comprendido en sus relaciones con otros, es decir, cuando es incorporado a un modo determinado de ver las cosas, en el cual aquel se inscribe o tiene lugar. Esto es, un hecho se vuelve inteligible cuando se lo interpreta a la luz de un marco teórico previo y desde una perspectiva sobre la realidad, los sistemas sociales, la cultura, etc. Cuando hacemos ciencia hacemos política y, directa o indirectamente, estamos en las disputas de poder.

Las respuestas a las preguntas de investigación serán entonces contextuales, históricas y nunca absolutas, y por eso parciales; será la respuesta posible en el marco teórico de esa investigación. Esto significa, o trae implícito, que en definitiva el conocimiento en general y la capacidad problematizadora son en primera y última instancia sociales, aunque sean manifestadas por sujetos individuales que se plantean esa duda y las contradicciones del relato social. Entonces, se problematiza en el marco de posibilidad de una época, en función de una historia y una biografía individual y colectiva. De ahí que un problema de investigación es permanente. Y la respuesta o resolución a esa pregunta problema es provisoria y es en sí un nuevo problema que puede desencadenar nuevos interrogantes y procesos de investigación. Si la investigación supone preguntas o cuestionamientos ante la existencia de un problema, esto implica que el trabajo debe estar guiado por

una actitud crítica, es decir, poner en duda, cuestionar lo que se nos presenta como evidente.

En cuanto al análisis de esta coyuntura, es necesario contar con un marco teórico que defina las perspectivas sobre política, poder, violencia, etc., desde las cuales nos posicionaremos. A su vez, resulta fundamental realizar un análisis de los discursos sociales y establecer previamente las definiciones y enfoques con los que se los abordará.

En este punto tomamos una definición de Pilar Calveiro (2008), según la cual:

La repetición puntual de un mismo relato, sin variación, a lo largo de los años, puede representar no el triunfo de la memoria sino su derrota. Por una parte porque toda su repetición “seca” el relato y los oídos de los que lo escuchan; por otra porque la memoria es un acto de recreación del pasado desde la realidad del presente [...] se trata de un doble movimiento: recuperar la historicidad de lo que se recuerda, reconociendo el sentido que en su momento tuvo para los protagonistas, a la vez que revisar el pasado como algo cargado de sentido para el presente (p. 8).

Esto nos lleva a plantearnos las siguientes preguntas: ¿cómo podemos entender y analizar un momento histórico contemporáneo marcado por los cambios acelerados tras el denominado Consenso de Washington y la rápida evolución de las tecnologías de la comunicación? A su vez, ¿cuáles son los límites de la historicidad de un discurso social, así como de lo decible y lo pensable en una determinada época?

Entonces, la perspectiva desde la que hacemos este análisis es fundamental. Reflexionar sobre los cambios tecnológicos, la digitalización y virtualización de la vida cotidiana, el nuevo sujeto digital, las denominadas redes sociales, etc., nos obliga a realizar, previamente, una comprensión breve pero situacional de estos procesos. Debemos preguntarnos si los abordamos desde una

mirada positivista, en la que la ciencia se concibe como algo autónomo y los cambios se asumen como mejoras en la calidad de vida de todos los seres humanos; o si, por el contrario, optamos por un enfoque problematizador, que permita comprender que la historia la construyen los sujetos, que no hay ningún finalismo o necesidad en sus resultados, y sobre todo que nada es irreversible.

La realidad nos muestra día a día, y a lo largo de la historia, que es mucho más complejo. La ciencia nunca fue autónoma del poder económico y en la actualidad de los poderes globales. No es lo mismo la ciencia promovida por un Estado nacional que busca respuestas y resultados para el bienestar social colectivo, que la ciencia y la tecnología financiadas por el capital de las corporaciones para maximizar ganancias. Insistimos en que esto no implica una mirada “tecnofóbica”, sino no “inocentar” y caer en la fascinación que produce en algunos sectores la digitalización de la vida, la pantalla total y todo lo que implica, que justamente nos lleva a trabajar sobre los interrogantes que todo esto nos genera.

Un punto de partida

Cómo analizar una problemática que nos atraviesa y avanza en un tiempo que supera nuestra capacidad para problematizarla. Una realidad para la cual los viejos conceptos y paradigmas no alcanzan y aún no hemos encontrado nuevas claves de abordaje. Iniciar un proceso de indagación sobre un tema que nos interesa o con el que nos comprometemos requiere algunas definiciones previas, marcos teóricos y metodológicos.

Como vimos en la introducción, primero debemos asumir que tenemos un problema que nos interpela fundamentalmente desde lo colectivo, en un contexto determinado. En nuestro caso, trabajamos desde la particularidad de Argentina, pero sin desatender la región en el reordenamiento global que se produce

aceleradamente. A su vez, asumimos nuestra responsabilidad como parte del problema, es decir, como actores y no meros observadores. Y, por último, partimos de un abordaje transdisciplinar.

Acordamos con Alcira Argumedo (2009) en que las dificultades de las ciencias sociales latinoamericanas en sus abordajes se ligan, entre otros aspectos, con la tendencia a desvincular los desarrollos teóricos de los condicionantes históricos, al tiempo que se ignoran, en el estudio de los pensadores del mundo central, las vidas paralelas de quienes en esos mismos momentos pensaban y luchaban en América Latina por construir un mundo diferente al que pretendían imponerles las grandes potencias.

Esta perspectiva implica intentar comprender las prácticas políticas, sociales y culturales que se dan en los países de nuestro continente a partir de los usos y definiciones teóricas emergentes de los procesos políticos locales. Sin dejar, por supuesto, de ponerlas en diálogo con otras perspectivas de autores de otras regiones del mundo que también trabajaremos y servirán para enriquecer el análisis. Como sostiene Argumedo:

Afirmar que las grandes corrientes de las ciencias humanísticas y sociales están intrínsecamente vinculadas con proyectos históricos y políticos de vasto alcance, supone concebirlas como sistematizaciones conceptuales que influyen, fundamentan o explicitan tales proyectos y que, por lo tanto, están siempre preñadas de política aun cuando pretendan ser portadoras de una inapelable objetividad científica (2009, p. 67).

Desde esta definición compartimos que la relación históricamente condicionada entre la producción teórica y los procesos políticos obliga a definir la perspectiva desde la cual se interpretan los fenómenos sociales y se problematiza la pretensión de aquellas posiciones que se autoatribuyen el patrimonio de la ciencia, con los criterios de autoridad que ello conlleva, considerando a las

otras formas de pensamiento como políticas, ideológicas, valorativas o precientíficas.

Paradigma, episteme y matriz

Alcira Argumedo (2009) desarrolla la noción de matriz para avanzar en un modo de entender y analizar los procesos en América Latina y la define como la articulación de un conjunto de categorías y valores constitutivos, que conforman la trama lógico-conceptual básica y establecen los fundamentos de una determinada corriente de pensamiento que exceden los marcos estrictamente científicos e intelectuales. Si bien hay puntos en común entre la idea de matriz y la de paradigma, Argumedo marca las diferencias. Por un lado, define como paradigma a las realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica y conllevan teorías, métodos y normas de investigación. Define, entonces, que la idea de paradigma deja por fuera los llamados factores externos al campo científico, justamente esos factores son los que la idea de matriz recupera. Pero un factor de diferenciación mayor está dado por el hecho de que mientras un paradigma tiende a enfatizar el momento de crisis, de ruptura en el pasaje de un modo a otro y anula o abandona el paradigma anterior, la matriz se centra en las continuidades. Las matrices buscan más bien establecer las líneas de continuidad histórica de determinadas corrientes de pensamiento, vinculadas con la recuperación explícita o implícita de concepciones y valores fundantes que se reproducen en las distintas vertientes o actualizaciones desarrolladas a partir de un tronco común.

En la coyuntura actual, con los cambios acelerados que se vienen produciendo desde fines del siglo XX, esta perspectiva nos permite poner en discusión o debate enfoques que no estarían dando cuenta de los nuevos escenarios. Los conceptos que

estamos usando desde cierto pensamiento crítico necesitan ser revisados porque no están interpretando estas nuevas realidades y los nuevos sujetos que construye el mundo digital –o más bien habría que decir el poder a través del mundo digital–: las redes y las industrias de la comunicación y del entretenimiento, la digitalización de la vida cotidiana desde las compras del supermercado hasta los pagos de impuestos, pasando por las filas virtuales al momento de comprar entradas para un espectáculo.

La socióloga Saskia Sassen (2015) dice que, para conectarnos con el mundo, irremediablemente, hay que teorizar. Pero también debemos también debemos cuestionar cómo hemos construido las categorías que pretenden definir nuestro entorno. La autora agrega que cuando algo se vuelve muy extremo, el nombre se disuelve, y hay que atender a otros bordes sistémicos; y que cuando los significados padecen inestabilidad, hay que escarbar en la sombra de cada palabra. Entonces, Sassen plantea que hay un problema de interpretación, ya que “cuando nos enfrentamos a las transformaciones actuales los instrumentos habituales para interpretarlas resultan ‘anticuados’, diría fuera de época” (p. 18).

El discurso social

Partimos de la definición de que el análisis del discurso describe y explica lo que se dice, se escribe, se fija en imágenes en una sociedad en un momento dado. Hablar de los discursos sociales, entonces, es abordar los discursos como hechos sociales y a partir de allí, como hechos históricos. Hechos que funcionan independientemente de los usos individuales, que existen por fuera o más allá de las conciencias individuales.

Esto no significa que sean reducibles a lo colectivo linealmente. En todo caso se trata de ver en esas manifestaciones individuales aquello que puede ser funcional en las relaciones sociales, en lo que es vector de fuerzas sociales.

Reforzando esta idea, Marc Angenot (2010) cita a Mijaíl Bajtín cuando dice que todo discurso descubre siempre el objeto de su orientación como algo ya especificado, cuestionado, evaluado, ensombrecido o esclarecido por palabras ajenas a su propósito, es decir, envuelto, penetrado por las ideas generales, las perspectivas, apreciaciones y las definiciones de otros.

Hay un conjunto de esquemas persuasivos que han sido aceptados en alguna parte y en algún momento dado en una determinada comunidad como convincentes, mientras que al mismo tiempo otros han sido desechados.

Una idea siempre es histórica: no se puede tener cualquier idea, creencia u opinión, mantener cualquier “programa de verdad” en cualquier época en cualquier cultura: en cada época, la oferta se limita a un conjunto restringido, con predominancias, conflictos y emergencias. Los “espíritus audaces” siempre lo son a la manera de “su tiempo” (Angenot, 2010, p. 16).

En todas las épocas hay una hegemonía de lo pensable (no una coherencia, sino una cointeligibilidad), burbuja invisible, dice Angenot (2010), dentro de la cual los espíritus curiosos y originales están encerrados al igual que los conformistas, situación en la que ninguno dispone de una estimación del potencial futuro y de las mutaciones de los tópicos y de los paradigmas disponibles. De este modo, en la medida en que los discursos son hechos históricos, se los ve nacer, alterarse y descomponerse, perdiendo su valor junto con las grandes convicciones y entusiasmos que suscitaban. Es decir, *vemos “lo real” a través del momento histórico en el que vivimos.*

Decir que una entidad cognitiva o discursiva es dominante en una época no implica negar que está inserta en un juego en el que existen múltiples estrategias que la cuestionan y se oponen a ella alterando sus elementos. Sin embargo, esto no nos debe llevar a la confusión de pensar que la hegemonía es el discurso social que

se manifiesta con más fuerza. La hegemonía es más bien un conjunto de mecanismos unificadores y reguladores que asegura un grado de homogeneización de retóricas y tópicos. Son mecanismos que imponen aceptabilidad sobre lo que se dice y se escribe y estratifican grados y formas de legitimidad. Entonces, junto con Angenot (2010), entendemos por hegemonía discursiva el conjunto complejo de las diversas normas e imposiciones que operan contra lo aleatorio, lo centrífugo y lo marginal, indicando los temas aceptables e indisolublemente las maneras tolerables de tratarlos e instituyendo la jerarquía de las legitimidades sobre un fondo de relativa homogeneidad. A través de lo hegemónico en el discurso, se establecen no solo temas, sino también estrategias cognitivas, es decir, de qué modo abordar esos temas y desde qué perspectivas.

Entonces, lo hegemónico en la discursividad no es yuxtaposición ni coexistencia. Es el resultado de las correlaciones de fuerzas y de los intereses de todos los interlocutores sociales. Y si funciona es porque no es “totalitario” ni homogéneo, sino porque integra fuerzas centrífugas en el juego de su lógica centrípeta.

Esto lo vemos claramente cuando consideramos, por ejemplo, que todo debate, por más ásperos que sean los desacuerdos, supone un acuerdo previo: el reconocimiento de que el tema en cuestión “existe” y, por lo tanto, merece ser debatido. De todas maneras, el discurso social es un dispositivo a partir del cual se legitima y produce consenso, e incluye no solo lo dicho, sino lo no dicho. Del mismo modo, excluye aspectos de lo pensable.

Así, el conjunto de una sociedad, o una comunidad, ve lo real a través de ese discurso social, y a través de él lee el momento histórico, más o menos de la misma manera. Entonces, representar lo real significa ordenarlo y homogeneizarlo. Por ello, lo que no se escribe o no se “dice” tiene tanta o más importancia que lo explícitamente manifestado al analizar el discurso social de una coyuntura o época determinada.

El análisis de un período histórico y los procesos políticos que se dieron abre un marco de posibilidades para su interpretación muy amplio. Dice Angenot (2010) que, aunque las razones persuasivas del pasado ya no nos parezcan racionales, no permite descartarlas, puesto que no es razonable pensar que el presente sea el juez inapelable del pasado. El autor agrega que es interesante ver qué sucedió para que esas ideas y tesis que en el pasado fueron producto de un esfuerzo sostenido de racionalidad y demostración, hoy se nos tornen absurdas o poco convincentes. Esto –aclara– no implica orientarse desde el relativismo sobre la racionalidad humana, sino que existen distintos modos de orientar los razonamientos y la capacidad de razonar más allá del concepto de racionalidad como verdad. De este modo, Angenot plantea que, si todas las reglas que tratan de establecer normativas son discutibles y discutidas, y si sus fronteras son porosas, entonces hay un lugar para la idea de una razón múltiple, a la luz de los límites de cada época, los límites de lo decible, de lo pensable. Y concluye que, fuera de los laboratorios y las convenciones de los tribunales, nadie tiene siempre todos los datos pertinentes, ni el cuidado de reunirlos, ni el tiempo de verificarlos, de modo que sería razonable tomar atajos, dejar de lado la complejidad inmanejable, habilitarse a elaborar conclusiones que excedan los datos.

Las “estructuras de sentimiento” en Raymond Williams

En *Marxismo y literatura* (2009), Raymond Williams plantea que en general las descripciones y los análisis de la cultura y la sociedad se hacen en tiempo pasado. Por lo cual define que, si lo social es siempre pasado, en el sentido de que siempre está formado, hay que hallar otros términos para la experiencia presente. Porque si lo social es lo fijo, todo lo que es movimiento, cambio, se lo reduce al plano de lo individual o subjetivo, desconociendo el entramado

constitutivo del discurso social, complejo, variable, que se suele manifestar por los bordes y, sin embargo, hace a lo social y a la cultura vivida de una época. Hay experiencias para las cuales las formas fijas no dicen nada en absoluto y que ni siquiera reconocen.

La conciencia práctica es casi siempre diferente de la conciencia oficial; y esta no es solamente una cuestión de libertad y control relativos, ya que la conciencia práctica es lo que verdaderamente se está viviendo, y no solo lo que se piensa que se está viviendo (Williams, 2009, p. 178).

Estas experiencias son un tipo de sentimiento y pensamiento efectivamente social y material, dice Williams, aunque estén en fase embrionaria, por lo cual establecen con lo que ya está articulados y definido, relaciones complejas.

De este modo los cambios que se van configurando no son epifenómenos de instituciones o formaciones o incluso creencias modificadas. Williams plantea que son asumidos como experiencia social, antes que experiencia personal, o como el “pequeño cambio” superficial o incidental de la sociedad. Estos cambios son sociales para Williams, y se diferencian de la idea de lo social como lo institucional y lo formal porque aunque son emergentes o pre emergentes, no necesitan esperar una definición, una clasificación o una racionalización antes de ejercer presiones palpables y de establecer límites efectivo

Williams los define como las estructuras de sentimiento, que las diferencia de concepción del mundo o ideología. Se trata de significados y valores tal y como son vividos y sentidos activamente, junto a las relaciones entre ellos. No es el sentimiento contra el pensamiento, dice Williams (2009), sino el pensamiento tal como es sentido. Hablar de “estructura” implica pensarlos como una serie con relaciones internas, entrelazadas y a veces en tensión. Se trata de una estructura social en proceso, y que a veces no es reconocida verdaderamente como social, sino como privada o aislante.

Que, si bien se reconocen una vez cristalizadas, en sus conexiones y relaciones, sucede que, en ese momento, una nueva estructura de sentimiento comienza a emerger en el presente social. Planteado así, Williams (2009) dice que una estructura de sentimiento es una hipótesis cultural derivada de los intentos por comprender sus elementos, sus conexiones en una generación o un período. Son experiencias sociales en solución a diferencia de otras que son experiencias sociales ya precipitadas evidenciables y asequibles.

Es una formación estructurada que, debido a hallarse en el mismo borde de la eficacia semántica, presenta muchas de las características de una preformación, hasta que las articulaciones específicas –nuevas figuras semánticas– son descubiertas en la práctica material

Reinhart Koselleck (1993) sostiene que un concepto reúne la pluralidad de la experiencia histórica y una suma de relaciones teóricas y prácticas de relaciones objetivas en un contexto que, como tal, solo está dado y se hace experimentable por el concepto. “Un concepto no es solo indicador de los contextos que engloba, también es un factor suyo. Con cada concepto se establecen determinados horizontes, pero también límites para la experiencia posible y para la teoría concebible” (Koselleck, 1993, p. 115).

En esta dirección, el filósofo José Pablo Feinmann (2007) plantea que “comprender significa que uno puede analizar un suceso de la historia sin extraerlo de su contexto, que no solo implica el acabado análisis de su contemporaneidad, sino también el pasado que está presente en esa contemporaneidad condicionándola” (p. 64).

El modo de nominar la realidad no es inocente. La lucha de sentido o de significación de las palabras son disputas de poder a partir de las cuales se naturalizan determinados sentidos y se cancelan otros sentidos posibles. Estos sentidos son producto de esas disputas de poder. Koselleck (1993) plantea que la historia conceptual primero comenzó como crítica a la transferencia desapercibida al pasado de expresiones de la vida social del presente

y ligadas a la época; en segundo lugar, pretendió una crítica a la historia de las ideas, en tanto que estas se mostraban como baremos constantes que solo se articulaban en diferentes configuraciones históricas sin modificarse esencialmente.

En la historia de un concepto se comparan mutuamente el ámbito de experiencia y el horizonte de esperanza de la época correspondiente [...] tal procedimiento se encuentra con la exigencia previa de traducir los significados pasados de las palabras a nuestra comprensión actual (Koselleck, 1993, p. 113).

Por ejemplo, ¿qué se entendía por participación democrática en la década de los sesenta y de los setenta? ¿A qué se referían los partidos políticos cuando hablaban de democracia e institucionalidad y en qué contexto lo hacían? ¿Cómo funcionaba la democracia? ¿Cómo y por qué habían cristalizado determinados sentidos de muchos de estos conceptos?

Koselleck (1993) plantea que la clave está en tres ejes: permanencia, cambio y novedad; y se pregunta ¿hasta dónde se ha conservado el contenido pretendido o supuesto de una misma palabra? ¿Cuánto se ha modificado lo que, con el transcurso del tiempo, incluso el sentido de un concepto, ha sido víctima de un cambio histórico? Nos quedamos, entonces, con esta definición final de Koselleck (1993) que sintetiza un modo de abordaje cuando plantea que los conflictos políticos y sociales del pasado hay que abordarlos en la limitación conceptual de su época y en la autocomprensión del uso del lenguaje que hicieron las partes interesadas en ese tiempo histórico.

Las representaciones

Zygmunt Bauman inicia su trabajo *En busca de la política* (2009) citando los comentarios de una periodista de *The Guardian*, Decca Aitkenhead, sobre los sucesos desencadenados en tres

ciudades del oeste de Inglaterra por la noticia de que un pedófilo había sido liberado de la cárcel para regresar a su casa:

Si hay algo que garantiza hoy que la gente saldrá a la calle son las murmuraciones acerca de la aparición de un pedófilo. La utilidad de esas protestas ha sido objeto de crecientes cuestionamientos. Lo que no nos hemos preguntado, sin embargo, es si esas protestas en realidad tienen algo que ver con los pedófilos.

Lo que verdaderamente ofrece [...], en cualquier parte, es la rara oportunidad de odiar realmente a alguien, de manera audible y pública, y con absoluta impunidad. Es una cuestión de bien y mal [...].

La manifestación tiene matices de demostración política, de ceremonia religiosa, de mitin sindical; todas esas experiencias grupales que solían definir la identidad de las personas, y que ya no son accesibles para ellas. Y por eso ahora estas se organizan en contra de los pedófilos. Dentro de unos pocos años, la causa será cualquier otra (Bauman, 2009, pp. 17 y 18).

El filósofo cita en su libro a la periodista de *The Guardian* para ilustrar los procesos que se comenzaron a vivir, fundamentalmente en Europa, en pleno auge del proceso denominado neoliberal, que trastocó el modelo tradicional de participación y las democracias liberales o socialdemocracias de la tradición política europea. Dice Bauman (2009) que las penurias y los sufrimientos contemporáneos están fragmentados, dispersos y esparcidos y también lo está el disenso que ellos producen. El mundo contemporáneo –agrega– es un *container* lleno hasta el borde de miedo y desesperación flotante que buscan desesperadamente una salida. Y que una mota de polvo es suficiente para provocar una respuesta violenta. Podríamos relacionar esta mota de polvo a la que hace alusión Bauman con lo que Alcira Argumedo y Maurizio Lazzarato –desde otra perspectiva– denominan el desencadenante del acontecimiento, y Laclau, el significante vacío.

Maurizio Lazzarato (2006) toma la cuestión de la multiplicidad por sobre la totalidad marxista como algo “nuevo” en cuanto a un modo de analizar la realidad para interpretarla. Sin embargo, es en realidad la característica fundante de muchos de los movimientos políticos en América Latina e incluso, con anterioridad, de los movimientos nacionales populares denominados genéricamente por la bibliografía académica o desde algunos espacios políticos como “populismos”.

Para Lazzarato (2006) la idea de acontecimiento tiene como característica central haber producido una mutación de la subjetividad, es decir, en el modo de percibir la realidad: lo que hasta ese momento se toleraba ya no se soporta. Es el emerger del acontecimiento, la mota de polvo de Bauman.

Lo novedoso para Lazzarato (y muchos analistas de ese proceso y todo lo que fue desencadenando) es comenzar a palpar que la perspectiva de totalidad se resquebrajaba. El acontecimiento anuncia que ha sido creado algo en el orden de lo posible, que se expresaron nuevas posibilidades de vida y que se trata de llevarlas a cabo. Surgió la posibilidad de otro mundo, pero queda como tarea por cumplir. De este modo se crea un nuevo campo de lo posible, que llega con el acontecimiento, es decir, es el acontecimiento el que lo crea. Entonces, un acontecimiento muestra lo que una época tiene de intolerable pero también hace emerger nuevas posibilidades de vida. En relación con esto, Lazzarato plantea algo clave para comprender determinados procesos: “Efectuar los posibles que un acontecimiento ha hecho emerger es entonces abrir otro proceso imprevisible, arriesgado, imposible de predecir: es operar una reconversión subjetiva a nivel colectivo” (Lazzarato, 2006, p. 45) Esto implica que ante el acontecimiento hay un proceso doble: la creación de un posible y su efectuación, que a su vez se enfrentan a los valores, y poderes, dominantes. Entonces, algo sumamente importante es

la comprensión de que un acontecimiento no es una salida a ese problema, sino la apertura de posibles.

La apertura de un campo de posibilidad, como fueron los procesos políticos que se abrieron en Sudamérica en las décadas de los años sesenta y setenta, no necesariamente deviene en triunfo o en avance. Un acontecimiento se va gestando en torno a un sinnúmero de pequeñas acciones inconexas, por distintos sujetos políticos, sociales y culturales. Hay un proceso previo, subterráneo, pero que no necesariamente decanta en una forma de estallido o práctica política colectiva. Ante el acontecimiento, se genera un interrogante que necesita nuevas respuestas y quienes siguen con las mismas respuestas históricas dejan escapar el acontecimiento, pierden su posibilidad de incidir. Lazaratto (2006) concluye que tener respuestas ya hechas a nuevos problemas es dejar escapar el acontecimiento.

Si nos remitimos a los procesos populares masivos en Argentina –nos vamos a detener un momento en este tema–, podemos dimensionar esta perspectiva en distintos momentos de su historia. El peronismo, en ese “acontecimiento” que fue el 17 de octubre de 1945, si bien da cuenta de procesos que se venían dando de modo aislado, emerge en tanto acontecimiento o con la fuerza del acontecimiento a partir de la capacidad de Juan Perón de interpretar el momento histórico y asumir el desafío, y poco tiene que ver con las teorías sobre las masas y la manipulación. Daniel James (2010) define que el discurso generalizado de la época, de los sectores medios y altos, veía en el 17 de octubre de 1945, y en el surgimiento mismo del peronismo y en la clase obrera que lo apoyó, el fruto de los elementos menos instruidos de esta clase, de los proletarios carentes de educación, denominados lumpen.

Para James (2010), estos debates acerca del origen del peronismo centrado en la cuestión de la vieja y nueva clase obrera y el papel de la organización de la clase obrera no analizan las formas concretas de protesta y participación social de los *acontecimientos*

de octubre. Por eso, desde esta perspectiva, tomamos la definición de clase de E. P. Thompson:

Por clase entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados en lo que se refiere tanto a la materia prima de la experiencia como a la conciencia. Y subrayo que se trata de un fenómeno histórico. No veo la clase como una “estructura”, ni siquiera como una “categoría”, sino como algo que tiene lugar de hecho (y se puede demostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas.

Todavía más, la noción de clase entraña la noción de relación histórica. Como cualquier otra relación, es un proceso fluido que elude el análisis si intentamos detenerlo en seco en un determinado momento y analizar su estructura. Ni el entramado sociológico mejor engarzado puede darnos una muestra pura de la clase, del mismo modo que no puede dárnosla de la deferencia o del amor. La relación debe estar siempre encarnada en gente real y en un contexto real. Además, no podemos tener dos clases distintas, cada una con una existencia independiente, y luego ponerlas en relación la una con la otra [...] no podemos comprender la clase a menos que la veamos como una formación social y cultural que surge de procesos que solo pueden estudiarse mientras se resuelven por sí mismos a lo largo de un período histórico considerable (Thompson, 2002, p. 13).

Con distintos niveles de impugnación, pero bajo un mismo tono crítico, tanto los comentarios periodísticos como los de los partidos tradicionales liberales o los de izquierda coincidían en describir la irrupción de los trabajadores el 17 y 18 de octubre de 1945 como algo fuera de los cánones o de lo esperable de la clase trabajadora. Representaba un apartamiento radical respecto de los cánones de la época sobre el comportamiento público aceptable de los obreros. “Las multitudes de octubre estaban poniendo en evidencia la impotencia de dichas instituciones y negándoles autoridad y poder simbólico [...]. La destrucción de los símbolos

implica destruir el poder que representan y por lo tanto desestimar las jerarquías” (James, 2010, p. 455).

Es en esta dirección que hacemos propias las palabras y análisis de Daniel James, porque creemos que echa luz sobre un tema que suele ser muy discutido, acerca de las democracias populares y las formas de representación en Sudamérica. El 17 de octubre abre la contienda por la dominación simbólica y el poder cultural en la sociedad. Donde los sectores populares excluidos de la esfera pública, en un marco de democracia formal, emergen como actores políticos con poder. “Excluida por mucho tiempo de la ‘esfera pública’ en la que se generaban dichas formas de poder y de dominación al obrar así, procuraba reafirmar su propio poder simbólico y la legitimidad de sus reclamos de representatividad” (James, 2010, p. 460).

El ataque a la autoridad simbólica muchas veces desafía la seguridad de la hegemonía discursiva e incómoda. Una metáfora –plantea James (2010)– que recorre permanentemente las crónicas de la prensa sobre los días de octubre es la de la ciudad y la periferia. La ciudad, definida como el conjunto de antiguos y arraigados centros residenciales y administrativos donde residía el poder político (y donde por extensión tenían lugar las actividades relevantes en el plano social y cultural), era el territorio respetado. Más allá se extendía la periferia, los suburbios, la no ciudad, lo desconocido; más aún, dice James (2010), lo que no valía la pena conocer. Y todos destacaban que las muchedumbres que marcharon sobre la ciudad procedían de la periferia, como modo de subrayar su ser ajeno a esos espacios de privilegio y diferenciarlos de la auténtica ciudad. “Las muchedumbres agravaron el buen gusto y la estética de la ciudad, afeada por su presencia en nuestras calles. El pueblo las observa pasar, un poco sorprendido al principio, pero luego con glacial indiferencia” (James, 2010, p. 460).

¿Quiénes eran los que impugnaban? ¿Qué era exactamente lo que impugnaban? ¿Quiénes eran nosotros y quienes ellos? ¿Qué se definía como pueblo y por qué la clase trabajadora, la periferia, los suburbios eran el no pueblo? James (2010) concluye que fue para acabar con esa “glacial indiferencia” de la ciudad y todo lo que esa indiferencia y ese desdén simbolizaban que la multitud se lanzó a las calles el 17 y 18 de octubre de 1945.

Cerramos este apartado (sobre el que volveremos para trabajar la comprensión de la coyuntura latinoamericana) con una cita de Raúl Scalabrini Ortiz:

Era el subsuelo de la Patria sublevado [...] Éramos briznas de multitud y el alma de todos nos redimía. Presentía que la historia estaba pasando junto a nosotros y nos acariciaba suavemente, como la brisa fresca del río. Lo que yo había soñado e intuitido durante muchos años estaba allí presente, corpóreo, tenso, multifacetado, pero único en el espíritu conjunto. Eran los hombres que están solos y esperan que iniciaban sus tareas de reivindicación. El espíritu de la tierra estaba presente como nunca creí verlo (Scalabrini Ortiz, 1973, p. 55).

Siguiendo con el caso argentino y el proceso que se abre a partir de la crisis política del año 2001, y la transición a las elecciones en el año 2003, vemos en los estallidos del 20 y 21 de diciembre el devenir del acontecimiento nuevamente. Y es interesante en este caso, a diferencia del narrado sobre el 17 de octubre de 1945, ya que en aquel momento, había un proceso subterráneo de luchas sociales sin visibilidad y la acción de Perón, interpretando el momento histórico, le dio integración y un relato (sobre esto volveremos con Ernesto Laclau). En el caso del 2001 fue otro modo de acontecimiento. En la transición a las elecciones, después de los estallidos, cuya consigna central era “que se vayan todos”, no había marco de resolución ni de respuesta a ese “acontecimiento”, es decir que podría haberse diluido como emergió, en un proceso

electoral formal, que no diera cuenta de lo que expresaba el hartazgo social, además de la crisis económica. Esto se vio en el resultado de las elecciones presidenciales de marzo de 2003. En los resultados se expresaba la fragmentación y dispersión del voto.

| Candidato / Espacio político | Votos (en millones) | Porcentaje |
|---|--------------------------------|-------------------|
| Carlos Menem / Frente por la Lealtad | 4.677.213 | 24,34 |
| Néstor Kirchner / Frente para la Victoria | 4.227.141 | 21,29 |
| Ricardo López Murphy / Movimiento Federal Recrear | 3.142.848 | 16,35 |
| Elisa Carrió / Alternativa por una República de Iguales | 2.720.143 | 14,15 |
| Adolfo Rodríguez Saá / Frente Nacional y Popular | 2.714.760 | 14,12 |
| Otros candidatos | 1.531.527 | 7,97 |
| Votos en blanco e impugnados | 214.294 | 1,08 |

A partir de retirarse de la contienda de segunda vuelta el expresidente Carlos Menem, el entonces ignoto gobernador de una provincia del sur de la Argentina, Néstor Kirchner, asume la presidencia de la Nación con el 23% de los votos. El dato en este proceso que inicia el entonces presidente Kirchner fue que interpretó el momento que le tocaba vivir, interpretó el mensaje del acontecimiento, y casi sobre el fin de su mandato cosechaba un 71% de aprobación de su gestión.

La fluidez y complejidad que caracteriza lo político tiende a desdibujarse en etapas de relativo equilibrio, donde un determinado proyecto logra imponer su inercia y algunos de los componentes parece alcanzar una marcada preeminencia –económica, militar, institucional, cultural– susceptible de enmascarar las transformaciones que se van procesando en su interior. Pero adquieren toda su relevancia si se reconoce la presencia del acontecimiento en la evolución de la historia.

Retomando a Alcira Argumedo (2009), entonces, llamamos acontecimiento al ocurrir de determinados hechos o procesos

que generan una nueva dinámica en el devenir político y social; nuevos lineamientos de desarrollo y contradicciones que dan lugar a un replanteo de las alternativas históricas existentes con anterioridad. La lógica del acontecimiento significa que un hecho detonante reformula el proceso histórico anterior y produce un escenario diferente en el conjunto de una sociedad o en la arena mundial. El acontecimiento es un resultado que aparece como respuesta a una historia precedente, a una crisis histórica sin parámetros necesarios de resolución. Por lo tanto, la resolución de esa crisis a través del acontecimiento va siempre más allá de la situación previa. En tal medida, es posible intentar explicarlo *a posteriori* de esas condiciones dadas, pero no es un resultado necesario de esas condiciones; su real significación no se alcanza mediante una mera deducción histórica.

El acontecimiento es consecuencia de una particular conjunción de los elementos intervinientes que cada uno de ellos aisladamente no es capaz de producir. Marca momentos de ruptura e incluso reformulaciones de vasto alcance cuya magnitud puede ser ignorada por los propios actores que lo protagonizan. De todas maneras, como también plantea Lazzarato (2006), el acontecimiento no es algo que ocurra a partir de la nada, un emergente azaroso. Las potencialidades están siempre inscriptas en la historia anterior y sin ellas es imposible que ocurra; pero su ocurrencia efectiva, su capacidad de superación de una crisis, de un acontecer que se redefine decisivamente, no es necesaria. Puede suceder o no; esas potencialidades podrían orientarse hacia otras direcciones, hacia otras combinaciones posibles u otros lineamientos de resolución, como plantea Argumedo (2009).

Concluimos con Ernesto Laclau (2005) que, si bien no se refiere al acontecimiento en esos términos, desde su perspectiva hay un momento de reactivación que se manifiesta en el tiempo, es decir, la historia, que impide que los sedimentos sociales deven- gan en firmemente establecidos. En la medida en que un acto de

institución ha tenido éxito, sostiene Laclau (2005), tiende a ocurrir un olvido de los orígenes; el sistema de alternativas posibles tiende a desaparecer y las huellas de la contingencia original, a desvanecerse. Así, lo instituido tiende a asumir la forma de una mera presencia objetiva. Este es el momento de sedimentación; pero, por otro lado, continúa Laclau (2005), en la medida en que estos sedimentos espaciales osificados pueden reactivarse, también hay una “extensión del campo de lo posible”. Nos encontramos con un momento de “reactivación”, con un proceso de desfijación de sentido (Laclau, 2005). La temporalidad que plantea Laclau, la dislocación o acontecimiento como momento antagonista, nos revela que las cosas podrían ser de otra manera.

Según Oliver Marchart (2009), Laclau denomina a este momento de reactivación de los sedimentos espaciales “el momento de lo político”. En un seminario dictado por Laclau en el 2011, en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, al cual asistí, ante mi consulta sobre la posibilidad de pensar un punto de encuentro entre la teoría del acontecimiento y su perspectiva sobre el significativo vacío, planteó que se apunta al mismo proceso y reconoció un mayor acercamiento a la perspectiva de Lazzarato, ya que consideraba que el modo de entender el acontecimiento de Bauman dejaba por fuera la historia y los procesos que, subterráneamente –en términos de Lazzarato o incluso Argumedo– pueden o no desembocar en el acontecimiento. Y hay una definición que da Laclau que creo que es clave para la comprensión de estos tiempos. Del mismo modo que definimos acontecimiento al momento del 17 de octubre de 1945, o a los estallidos sociales del 2001 en Argentina, podemos definir la irrupción de Milei en la presidencia de la Argentina como el momento del acontecimiento. En términos de Laclau (2005):

No existe ninguna garantía *a priori* de que el pueblo como actor histórico se vaya a constituir alrededor de una identidad progresista, precisamente porque lo que se ha puesto en cuestión no es el contenido óntico de lo que se está contando sino el principio ontológico de la contabilidad como tal, las formas discursivas que va a adoptar este cuestionamiento van a ser en gran medida indeterminadas (p. 306).

Acerca de lo político y la política

Lo político refleja la condensación de las distintas instancias del poder social: los intereses económico-sectoriales, los objetivos y valores fundantes, las identidades sociales y culturales que se manifiestan como voluntades colectivas. Expresa la síntesis que da cuenta tanto de la disputa entre intereses económicos objetivos como de las aspiraciones sociales y culturales que actúan como núcleos de unidad política, ideológica e histórica, para la construcción de un proyecto de sociedad inserto en el contexto internacional. Desde esta perspectiva se concibe a la historia como un proceso de enfrentamiento o acuerdos entre fuerzas sociales y proyectos políticos que expresan voluntades sociales. Como postula Argumedo:

La primacía de lo político en los procesos históricos y sociales constituye uno de los nudos teóricos fundamentales de la matriz de pensamiento nacional y popular en América Latina [...] el concepto de lo político en tanto compleja configuración de distintas manifestaciones del poder incluye como a uno de sus componentes a las formas de la política ligada con los fenómenos más acotados de la representatividad y la organización institucional (2009, p. 216).

De este modo, compartimos con la autora que una dictadura militar es un fenómeno esencialmente político, aun cuando uno de sus rasgos fundamentales sea la instauración de un poder que

anula o prescribe las instituciones de representatividad política. A su vez, entendiendo lo político como un proceso dinámico y complejo y no como algo permanente o inalterable, los diferentes factores que intervienen en la conformación de lo político tienen una relevancia cambiante para la definición de esa síntesis en distintos momentos históricos. De ahí que Argumedo (2009) plantea que en tanto proceso abierto no puede ser aprehendido a partir de leyes universales ni permite un reduccionismo que remita a una única instancia como elemento explicativo esencial en la articulación de los fenómenos sociales. La autora concluye que lo político resulta difícilmente predecible, aunque puedan establecerse ciertas tendencias y probabilidades.

Esta perspectiva rompe con la visión liberal que ha hegemonizado el pensamiento político y también académico, que le daría cierta autonomía a la política, reduciéndola al aspecto jurídico o normativo institucional. Oliver Marchart (2009) plantea que la idea del predominio de lo político se distingue claramente de esas versiones liberales que consideran al sistema político como un orden normativo-institucional, un escenario en el cual se mueven los protagonistas por excelencia, es decir, los representantes de los ciudadanos integrados en partidos. Desde esa perspectiva, continua Marchart (2009), en su conformación y funcionamiento, este orden político está supuestamente desvinculado de los procesos que se desarrollan en la sociedad civil, donde el carácter de las relaciones económico-sociales es solamente el fruto del despliegue de los derechos individuales garantizados por el orden jurídico para esta matriz ideológica.



Las formas de la democracia

El nacionalismo popular o “populismo” en Latinoamérica

En América Latina los movimientos populares históricamente apuntaron al control del Estado. La disputa por el control del Estado se centraba en un modo de oposición a las oligarquías terratenientes que, luego de las luchas por la independencia, moldearon los sistemas políticos y al propio Estado en función de la defensa de sus intereses. El liberalismo había sido el régimen establecido por las oligarquías gobernantes en la mayoría de los países. El sistema electoral estaba controlado mediante restricciones o fraude por los terratenientes locales. El desarrollo económico comenzó a generar una rápida expansión de las clases medias y bajas, que empezaron a demandar mayor participación política y políticas redistributivas, lo cual construyó un nuevo escenario de demandas insatisfechas.

Ernesto Laclau (2005) plantea que al comienzo las demandas democráticas y el liberalismo no eran antagónicos, las demandas apuntaban a una democratización interna de los sistemas liberales. En este arco y período ubica a Yrigoyen en Argentina, Batlle y Ordóñez en Uruguay, Alessandri en Chile, y define que en algunos casos las reformas podían tener lugar dentro del marco

liberal. En otros casos, sin embargo, la resistencia de los grupos oligárquicos fue demasiado fuerte y el proceso de reformas requirió un cambio drástico de régimen, esto produjo un profundo abismo entre liberalismo y democracia. Vargas y el Estado Novo en el Brasil, el peronismo en Argentina, y los gobiernos del MNR (Movimiento Nacionalista Revolucionario) en Bolivia implementaron programas redistributivos y reformas democráticas bajo regímenes políticos claramente antiliberales.

Populismo/nacionalismo popular-democracias participativas

Las teorizaciones que se han hecho, en general, en torno a lo que se denomina populismo han tenido un fuerte contenido valorativo y condenatorio. Ya sea para ser tomado como una degradación de la política o de la democracia o para directamente identificarlo con el totalitarismo, desde el comunismo hasta el fascismo. Lo que subyace en las definiciones es una perspectiva sobre la democracia liberal como resultante de un consenso universal y no producto de disputas de poder. Es decir, no se apunta a la contingencia de algunas formas políticas y sus prácticas. De este modo, se hace una alineación directa de democracia, sociedad y participación democrática (entre otras categorías) con liberalismo político y económico.

Norberto Bobbio (2012) define que si se considera la sociedad política (en una primera definición) como la forma más intensa y vinculadora de organización de la vida colectiva, la primera indicación que cualquier observador de la vida social está impulsado a hacer es que existen varias maneras de dar forma a esa organización según los lugares y el tiempo. La pregunta que se hace Bobbio es ¿cuántas y cuáles son esas maneras? Y agrega que cualquier teoría de las formas de gobierno presenta dos aspectos: uno descriptivo y otro prescriptivo. En lo descriptivo se resuelve una

tipología o clasificación de los distintos tipos de constitución política, pero no hay tipología que solo tenga función descriptiva, el escritor político no se limita a describir, sino que asume también juicios de valor, posicionándose sobre cuáles considera que son buenas o malas formas de gobierno.

Una tipología puede emplearse de dos modos, uno “sistemático” que se usa solo para ordenar datos, y uno “axiológico” que se le da a la tipología cuando es empleada para establecer entre los tipos un cierto orden o preferencia que tiene como objetivo generar en los otros aprobación o aceptación, es decir generar una preferencia (Bobbio, 2012, p. 10).

Y concluye que mediante el juicio de valor comparativo una axiología de las formas de gobierno termina por ser la sistematización de estas en un orden jerarquizado.

Los debates en torno a la participación, la representatividad, la democracia, están siempre presentes, ya que, como plantea Bobbio (2012), siempre que se escribe sobre las formas de gobierno se hace un juicio de valor y una jerarquización por preferencias, lo que indica que no hay nada del orden de lo “natural” que indique una verdad última sobre qué es la democracia y cuál es la mejor forma de gobierno. Las luchas de sentido o de significación de las palabras, las cristalizaciones, son disputas de poder a partir de las cuales se naturalizan determinados sentidos y se cancelan otros sentidos posibles. Los “sentidos” de la democracia, del concepto de participación, son producto de esas disputas de poder. La dimensión de nociones como violencia, institucionalidad, democracia, etc., tienen que ver con la experiencia histórica acumulada y con las prácticas políticas de época. En la cristalización de determinados sentidos disminuye el contenido experiencial de muchos conceptos, aumentando proporcionalmente la naturalización de sus usos sin revisar el proceso que los gestó y los cambios y manifestaciones históricas y territoriales.

Alain Badiou (2005) elabora una tesis sobre la legitimidad, que tomamos para intentar acercarnos a una definición o líneas de comprensión sobre los denominados populismos. Dice Badiou (2005) que lo real se encuentra, se manifiesta, se construye, pero que no se puede representar; por lo cual, si toda legitimidad es representativa, la legitimidad no es más que una ficción con respecto a lo real que ella misma reivindica. Y agrega que la representación y la legitimidad ficticia a partir de totalidades inertes taponan los agujeros de lo que se representa realmente y que siempre es discontinuo.

Solo hay múltiples procedimientos de verdad, múltiples secuencias creativas, y nada que disponga entre ellos una continuidad. La fraternidad misma es una pasión discontinua. En rigor no existen sino momentos de fraternidad. Los protocolos de legitimación representativa intentan hacer continuo lo que no lo es (Badiou, 2005, p. 141).

El filósofo francés sostiene que si el nosotros se relaciona exteriormente con lo informe, su tarea consiste en formalizarlo. Para concluir, postula que si lo que no es “nosotros” ya está formalizado como subjetividad antagónica, la tarea sería destruir a ese otro que, si no está a favor, está en contra. Esto abriría una contradicción irresoluble entre formalización, y destrucción. En este punto, Badiou (2005) retoma a Mao y su perspectiva sobre las contradicciones antagónicas y las contradicciones en el seno del pueblo, señalando que estas últimas no deben tratarse como antagónicas. Concluye que la contradicción solo puede resolverse mediante la formalización.

Ahora bien, a qué se refiere Badiou cuando habla de formalización. Entendemos que es el proceso por el cual se da forma a una representatividad imposible, es decir, dar forma a lo informe. Legitimar desde la formalización de un proceso que es inestable, cambiante y temporal. En este punto nos vamos acercando a las

perspectivas sobre democracia y representatividad como las de Jacques Rancière y Ernesto Laclau. Pero antes de avanzar sobre las teorías de estos dos autores, revisaremos otra perspectiva sobre el denominado populismo. Nos referimos al filósofo y politólogo Pierre-André Taguieff (1996), quien define que

El populismo solo puede ser conceptualizado como un tipo de movilización social y política, lo que significa que el término puede designar únicamente una dimensión de la acción o el discurso político. No encarna un tipo particular de régimen político ni define un contenido ideológico determinado. Es un estilo político aplicable a diversos marcos ideológicos (p. 29).

Torcuato Di Tella presenta al populismo latinoamericano como “un movimiento político apoyado por las masas de la clase obrera urbana y/o por los campesinos, pero carente de poder organizado, también lo apoyan los sectores que sin pertenecer a la clase obrera comparten una ideología anti *statu quo*” (Di Tella en Taguieff, 1996, p. 36) lo cual dice mucho y no dice nada, ya que no es más que un análisis descriptivo de la situación. El sociólogo francés plantea que populismo es hoy un término multipropósito, una categoría multiabarcativa que se aplica descuidadamente a fenómenos muy diferentes. Pero como veremos, Taguieff, al igual que otros autores, busca la definición de populismo a partir de una enumeración de rasgos y de experiencias que de tan diversas resulta complejo y hasta casi imposible pensarlo en términos de categoría desde esa perspectiva. Si entendemos por categoría a cada uno de los grupos básicos en los que puede incluirse o clasificarse todo conocimiento. Y más específicamente como un término con un alto nivel de abstracción a través del cual las entidades son reconocidas, diferenciadas y clasificadas; por lo cual entidades muy parecidas y con características comunes forman una categoría.

Para Taguieff (1996) el populismo funciona como “una nueva clave de la historia. Es una metáfora mixta que, en sus usos mediáticos recientes, arroja una falsa luz sobre ideas sociopolíticas emergentes aún poco claras y abre una falsa ventana hacia la evolución caótica real del poscomunismo” (p. 41). Hay que aclarar que el autor realizó estos escritos en pleno proceso de avance de Jean-Marie Le Pen en Francia, que se lo visualizaba como la emergencia del “populismo francés”. Sin embargo, hace una aclaración planteando que “el diagnóstico de estos desvíos populistas permite la estigmatización de jurisdicciones sociopolíticas emergentes que no se ajustan al modelo liberal en transición democrática” (Taguieff, 1996, p. 41) El autor agrega que, de este modo, se plantea una visión fatalista en la visión antipopulista que simplifica en un fenómeno experiencias absolutamente diversas y distintas entre sí. Y afirma que, en un escenario tan diverso como el que abarca en su reseña (desde el expresidente peruano Fujimori hasta el francés Le Pen, pasando por el exmandatario ruso Yeltsin y el austríaco Jörg Haider), el populismo no es ni una herramienta analítica ni un modelo descriptivo adecuado.

En la imposibilidad de dar una definición, Taguieff insiste en que el hecho de que el populismo se haya convertido en parte de la vida política no significa que haya obtenido un certificado de validez científica. Más adelante define que, en términos del uso cotidiano, una actitud política puede juzgarse como populista si implica un desafío o un rechazo a la democracia representativa y en particular a los sistemas de representación parlamentaria. En este punto, nos encontramos con algunos problemas para tomar esta categorización o clasificación para los fenómenos latinoamericanos. Para el filósofo y politólogo francés, en Sudamérica el populismo se expresa como el ascenso de las clases populares y la manipulación de masas. Esta oscilación, afirma, llevó a que la concepción liberal sea radicalmente antipopulista, por el temor “irracional de las elites tradicionales a la nueva alianza entre el

poder irracional de las masas y el estilo groseramente personalista de ciertos líderes de tendencias demagógicas” (Taguieff, 1996, p. 46); y en esta línea coloca a Getúlio Vargas en la categoría de “dictador”. Sin embargo, concluye que en la posmodernidad el populismo se transforma en una opción política más. Ya no puede reducirse a una simple desviación. Según el autor, cuando se produce la crisis entre la democracia liberal, el liberalismo y la democracia, es cuando la legitimidad populista tiende a resurgir como un desafío irracional a la racionalidad trascendental supuestamente encarnada en la legalidad existente.

Taguieff (1996) define, en el marco de Europa y Estados Unidos, un populismo posmoderno que resurge como una expresión de la frustración debida al creciente déficit democrático.

De este modo, lo ve como una posible repolitización que puede enmarcar tanto las reformas sociales de la izquierda como las perspectivas tradicionalistas y de particularismo culturales que atribuye a la derecha. Finalmente, el autor reflexiona que el populismo posmoderno puede ser, sin embargo, una alternativa para recuperar el espíritu crítico de la tradición marxista. En este punto Paul Piccone destaca que si

[...] la democracia real no es reductible a la igualdad jurídica de los liberales, sino que tiene que ver con la igualdad de poder y si el poder no es un atributo abstracto, sino algo enraizado en las relaciones de propiedad, entonces cualquier proyecto democratizador de importancia tendrá que apuntar a un sistema generalizado de pequeños propietarios productivos: el objetivo populista tradicional (Piccone, 1996, p. 141).

Aunque el autor hace un corrimiento relativo de las perspectivas que asocian al populismo con una desviación de la política o de la democracia, no termina de conceptualizarlo como una manifestación de lo político, como sí lo hacen Rancière y Laclau, tal como veremos más adelante. Es decir, queda a mitad de camino

entre una definición y una enumeración de experiencias. Por otra parte, los estudios de Taguieff se remiten a la experiencia francesa de lo que él denomina populismo y de algunas experiencias europeas más ancladas en el deterioro y crisis de las democracias parlamentarias poscomunistas. De todas maneras, reconoce y concluye que en el marco de la política liberal existente no puede haber respuestas a los grandes desafíos actuales.

Rancière: la democracia como desorden

El buen gobierno democrático es el que es capaz de controlar un mal cuyo simple nombre es vida democrática.

JACQUES RANCIÈRE

Jacques Rancière (2012) plantea que la democracia no se identifica nunca con una forma jurídico-política, y agrega que el poder del pueblo está siempre más allá y más acá de esas formas.

La democracia, entonces, muy lejos de ser la forma de vida de individuos consagrados a su felicidad privada, es el proceso de lucha contra esta privatización, el proceso de ampliación de esta esfera. Ampliar la esfera pública no significa como lo pretende el discurso liberal, demandar el avance creciente del Estado sobre la sociedad. Significa luchar contra un reparto de lo público y lo privado que le asegura a la oligarquía una dominación doble: en el Estado y en la sociedad (Rancière, 2012, p. 81).

El filósofo francés concluye casi irónicamente: hay una sola democracia buena, la que reprime la catástrofe de la civilización democrática. Rancière postula que el escándalo democrático consiste en revelar que jamás habrá, bajo el nombre de política, un principio uno de la comunidad capaz de legitimar la acción de los gobernantes a partir de las leyes inherentes al agrupamiento

de las comunidades humanas. Desde otra perspectiva, Rancière retoma como Badiou la revisión del concepto de representación y plantea que es lo opuesto a la democracia, pero aclara que esto no significa recusar a la democracia formal; y agrega que es tan erróneo identificar democracia y representación como hacer de una la refutación de la otra. Lo que denominamos democracia representativa para Rancière, entonces, es una forma mixta: una forma de funcionamiento del Estado fundada inicialmente en un privilegio de las élites y desviada poco a poco por las luchas democráticas. Esta dirección plantea que el sufragio universal no es “natural” a la democracia, sino producto de las luchas democráticas.

Es decir, no habría nada parecido a una “naturaleza” democrática. Rancière plantea una revisión crítica del concepto democracia que no es una impugnación de la democracia. Su crítica apunta a la apropiación de la “democracia” por parte del liberalismo político y económico y lo que denomina oligarquías; y destaca que el sistema representativo liberal con su sistema de alternancia satisface el gusto democrático del cambio y promueve la alternancia de las minorías más fuertes a gobernar sin oposición real. Forjan la cultura del “consenso” que repudia los conflictos, habitúa a objetivar sin pasión los problemas, habitúa a demandar soluciones a los expertos para discutirlos con los representantes de las demandas sociales. Pero, dice, las pasiones y los conflictos existen y emergen, por eso la democracia real es caótica y por momentos, ingobernable, muy lejos de la teoría liberal que quiere imponer un sistema formal donde los grupos de poder alternan y dirimen sus intereses.

Rancière advierte que el discurso antidemocrático corona el olvido consensual de la democracia para el que laboran la oligarquía estatal y la oligarquía económica. Y plantea que hay una gran confusión en la crítica a la democracia que la termina convirtiendo en un operador ideológico que despolitiza las cuestiones de

la vida pública, considerándolas fenómenos de la sociedad, para negar al mismo tiempo las formas de dominación que estructuran la sociedad. De este modo, agrega, se le ofrece a la empresa oligárquica su justificativo ideológico: hay que luchar contra la democracia porque la democracia es totalitarismo. Acertadamente al hablar sobre la confusión sobre el uso del término democracia dice algo muy claro: “Si las palabras enredan la cosas es porque la batalla sobre ellas es indisoluble de la batalla sobre las cosas” (Rancière, 2012, p. 132).

En el capítulo inicial planteamos, desde la perspectiva de Marc Angenot (2010), la importancia del análisis de los discursos sociales según cada época y los límites de lo decible según los marcos político-históricos. Entender lo que quiere decir democracia es entender la batalla que se libra en esta palabra: no solamente las tonalidades de ira o desprecio que se le puede inferir, sino más bien los deslizamientos y vuelcos de sentido que ella autoriza o que es posible autorizarse a su respecto.

La democracia, postula Rancière, es, ante todo, esa condición paradójica de la política, ese punto en el que toda legitimidad se confronta con su ausencia de legitimidad última, con la contingencia igualitaria que sostiene a la contingencia desigualitaria misma. Agrega que por eso la democracia no deja de generar odio y que por eso ese odio se presenta siempre disfrazado: apunta a la intolerable condición igualitaria de la desigualdad. Según Rancière, el término “populismo” se utiliza para englobar todas las formas de secesión respecto al consenso dominante. Además, señala que se le asigna un solo principio, que se resume en la ignorancia atribuida a los “atrasados” y en el apego al pasado, ya sea a las conquistas sociales o a los ideales revolucionarios. “Populismo es el nombre cómodo bajo el cual se disimula la exacerbada contradicción entre legitimidad popular y legitimidad erudita, la dificultad del gobierno de la ciencia de conciliarse con las manifestaciones de la democracia” (Rancière, 2012, p. 114). Este

nombre, dice el autor, oculta y revela a la vez la gran aspiración de la oligarquía de gobernar sin pueblo, es decir, sin política.

Ante esta situación donde los poderes oligárquicos acometen contra la democracia en la medida que no la pueden controlar, hay que reencontrar la potencia singular que le es propia. Rancière define que la democracia es “la acción que sin cesar arranca a los gobiernos oligárquicos el monopolio de la vida pública y la riqueza, la omnipotencia sobre las vidas” (2012, p. 136).

Finalmente, el filósofo francés concluye que la democracia no se funda en ninguna naturaleza de las cosas ni está garantizada por ninguna forma institucional. No la acarrea ninguna necesidad histórica. A partir de este punto nos acercamos a la perspectiva que desarrolla Ernesto Laclau, quien reconoce líneas de influencia de Rancière en su trabajo, para el desarrollo de su conceptualización sobre populismo como una forma de lo político.

Compartimos el planteo de Ernesto Laclau (2005) cuando postula que su intento no es encontrar el verdadero referente del populismo, sino hacer lo opuesto: mostrar que el populismo no tiene ninguna unidad referencial porque no está atribuido a un fenómeno delimitable, sino a una lógica social cuyos efectos atraíes una variedad de fenómenos. El populismo, dice Laclau, es *simplemente un modo de construir lo político*. Desde este postulado inicial nos alejamos definitivamente de las perspectivas que plantean al populismo como una categoría a la cual se le intenta hacer abarcar una serie de rasgos y no como un modo de construir lo político. En este punto retomamos a Badiou (2005) cuando refiere al nazismo y su origen en los marcos de la formalidad democrática liberal y va aún más lejos cuando sintetiza que liberalismo y capitalismo pueden ser autoritarios y no hay un régimen que garantice determinadas institucionalidades.

En algunos de los textos trabajados hasta aquí, si bien hemos podido avanzar sobre algunas líneas de análisis en torno al populismo, no hemos encontrado algo que hable de la especificidad

definitoria del populismo. En general, estamos ante la presencia de una serie de descripciones y comparaciones de procesos y fenómenos históricos de índole muy diversa y en realidades político-culturales de difícil equiparación. Tomar el camino de lo descriptivo por rasgos comunes lleva a un camino sin salida, ya que no define nada. Hablar de liderazgos demagógicos resulta altamente vago como característica, ya que es un rasgo no privativo de alguna forma política, sino una forma de vincularidad. Por último, todo liderazgo tiene algo de negociación y de construcción. Entonces, concluimos que si se plantea al populismo como una categoría, que abarca un universo tan amplio y variado, pierde su capacidad explicativa y habría que ponerla en discusión; ya que si el espectro que cubre es en demasía extenso, pierde eficacia y solo se limita a ser una descripción de rasgos en fenómenos excesivamente diversos, no solo ideológicamente, sino también histórica y territorialmente.

Hacia un anclaje local

Según Enrique Dussel (2020):

El llamado “populismo latinoamericano” (cuya época clásica debe situarse desde la Revolución mexicana de 1910 o desde el movimiento de elecciones populares con Hipólito Yrigoyen desde 1918 hasta el golpe de Estado contra Jacobo Árbenz en 1954; algo más de 40 años), que un teoricismo dogmático confundió unívocamente con el bonapartismo europeo, es el fruto de esa situación geopolítica concreta [...] Getúlio Vargas, Lázaro Cárdenas, Juan Domingo Perón y tantos otros fueron los líderes de estos procesos [...] esta categorización no era negativa, intentaba mostrar el hecho de un proyecto político hegemónico (en tanto cumplía con los requerimientos de la mayoría de la población, incluyendo la elite burguesa industrial) que afirmaba un cierto nacionalismo que protegía –gracias al Estado que tenía una relativa autonomía de los sectores de las clases dominantes– el mercado nacional (pp. 219-220).

Esta caracterización inicial de Dussel nos adentra en los debates actuales sobre lo que con cierta ligereza –y también descalificación– se denomina populismo. De todas maneras, el autor plantea que aquel populismo no puede compararse bajo ningún punto de vista con lo que hoy ciertos grupos sobre todo de poder o ligados al poder denominan peyorativamente. Dussel propone –y luego lo veremos ampliado en Laclau– que se debe dar un debate en torno a qué definimos como pueblo, y de qué hablamos cuando hablamos de lo popular y del denominado populismo. Por esto sostiene que el “pueblo” no debe confundirse con la mera “comunidad política”.

Otro punto en el que coincidimos con Dussel es con relación a la caracterización en nuestra región, y en particular en Argentina, sobre clase obrera, clase trabajadora y pueblo. Una definición central es que el campo económico y el político no tienen necesidad, es decir, que se los debe tomar como espacios diferenciados. “La clase obrera es una categoría *económica* esencial del capital, que cuando entra en el campo *político* puede o no jugar una función con mayor o menor importancia, según sea el desarrollo político o económico del caso coyunturalmente analizado” (Dussel, 2020, p. 229).

Al igual que Laclau, Dussel considera que es el pueblo el sujeto histórico y lo que se define como clase obrera no necesariamente tiene la centralidad en las luchas. Es decir que el actor colectivo es lo que definimos pueblo, las mayorías diversas e incluso con algunas contradicciones secundarias, que se configuran con sectores medios, trabajadores, profesionales, cierto sector de la burguesía industrial, etc. Y esta conformación que constituye las mayorías populares es la que disputa con el poder económico concentrado neocolonial. Disputa histórica y que en la coyuntura que atravesamos lo vemos con claridad en Argentina. “La reivindicación no es lo mismo que la necesidad; no hay reivindicación sin necesidad. La reivindicación es la interpelación política de

una necesidad social en el campo económico; la necesidad es el contenido material de la protesta política” (Dussel, 2020, p. 31).

Dussel aclara que los movimientos sociales, en tanto núcleo de los oprimidos y excluidos, constituyen las mayorías en las que los trabajadores articulan con otros actores sociales. En la actualidad, con altísimos porcentajes de trabajadores “en negro”, sin aportes, ni regulación, ni derechos laborales, la frontera con el trabajador regulado es muy profunda y los excluiría en tanto “clase trabajadora”. Cuando se les plantea a estos sectores la alternativa de perder derechos, en realidad, se habla sobre una realidad que les es ajena, ya que nunca accedieron a esos derechos y muchos los perdieron hace ya tiempo.

Lo que siempre fue una premisa: los derechos adquiridos no se discuten, hace ya décadas que no estaría funcionando más que como horizonte. En esta etapa de capitalismo extremo (la idea de denominarlo neoliberalismo no me termina de convencer) hay derechos adquiridos que son parte de la historia y no de la realidad. El pasaje de pobreza a exclusión y expulsión es un claro ejemplo. Nos hemos acostumbrado y hemos naturalizado el paisaje urbano de familias durmiendo en la calle, niños de 4 años deambulando con sus hermanos de apenas unos años más, la indiferencia y el maltrato sistémico que los expulsa en el intento de venta callejera en los restaurantes, adolescentes con la mirada perdida, transformados en deshechos por el “paco”, el desprecio material y simbólico de los espacios, y una larga lista de situaciones que, si en otras etapas nos interpelaban, hoy ya son parte de la cotidianidad y están casi invisibilizadas, salvo cuando un hecho delictivo las rodea.

Esperando para cruzar la calle, escucho a una joven contándole a otra, casi con gracia y como algo cotidiano, que con su mamá cuando salen a las seis de la mañana de un barrio del conurbano para trabajar llevan en las manos cascotes por si alguien se les acerca. Un niño es expulsado con violencia de un bar, por

un mozo que quizás no alcance algo más que el salario mínimo. El niño insulta entre dientes acumulando odio, y su madre en la puerta lo reta por no haber vendido nada. Escenas cotidianas que, si nos detenemos a observarlas diariamente, hablan de lo que no estamos analizando y por lo tanto de aquello a lo que no le estamos dando respuestas. El Estado social o que ponía como centralidad la justicia social, aun en los momentos de su mayor intervención, no da cuenta de esta creciente marea de exclusión. Se puso eje en la “ampliación de derechos” o de las mal llamadas minorías (las mayorías populares se nutren de distintos sectores y no correspondería llamarlos minorías, porque de algún modo es excluyente), ampliación necesaria e importante (diversidad, género, etc.), pero por otro lado, en tanto mayorías, perdían sus derechos históricos; generándose una fractura entre los derechos perdidos por trabajadores, sectores empobrecidos y marginalizados y los “nuevos derechos”. Difícilmente se puedan resolver problemáticas de maltrato y violencia contra la mujer si no se avanza en garantizar derechos laborales, de acceso a una vida digna y la posibilidad de autonomía económica en caso de ser necesario.

Proponemos en cambio una solución equidistante y compleja: el proyecto hegemónico que asume la reivindicación de los diferentes movimientos sociales, que son particulares (deben serlo) y deben entrar efectivamente en un proceso de diálogo y traducción. De esta manera la feminista comprende que la mujer –cuyo movimiento afirma– es al mismo tiempo la más discriminada racialmente, la más explotada económicamente, la mayor excluida social etc. [...] una comprensión transversal comienza a construir un proyecto hegemónico donde todos los movimientos sociales van incluyendo sus reivindicaciones (Dussel, 2020, p. 234).

Laclau: el populismo como una forma de construir lo político

A partir de lo desarrollado hasta aquí y tomando a Laclau en *La razón populista* (2005), sostenemos que en la medida en que la articulación entre liberalismo y democracia es considerada como meramente contingente, se deduce necesariamente que otras articulaciones contingentes son también posibles, por lo que existen formas de democracia fuera del marco simbólico liberal. De este modo, el problema de la democracia, visto en su verdadera universalidad, se convierte en el de la pluralidad de marcos que hacen posible la emergencia del “pueblo”, no como efecto directo de algún marco determinado. Así la cuestión de la constitución de una subjetividad popular se convierte en una parte integral de la cuestión de la democracia. Por esto Laclau concluye que no hay ningún régimen político que sea autorreferencial. Cuando el filósofo plantea que el populismo es simplemente un modo de construir lo político desplaza el eje de la discusión, corriéndolo de la perspectiva liberal, que tiende a considerarlo como una desviación de la democracia.

Laclau (2005) toma al antropólogo Peter Worsley, quien define al populismo como un tipo de organización, como una dimensión de la cultura política que puede estar presente en movimientos de signo ideológico muy diferente. Y destaca que las clases socioeconómicas no constituyen entidades sociales decisivas como lo son en los países desarrollados, por lo cual la lucha de clases es un concepto irrelevante. Ante las críticas sobre la falta de precisión ideológica del populismo, se pregunta muy acertadamente si la “vaguedad” de los discursos populistas no es consecuencia, en algunas situaciones, de la vaguedad e indeterminación de la misma realidad social; y sintetiza que todos los estudios sobre populismo en general poseen un fuerte contenido de condena ética e incluso desprecio por estos movimientos. Laclau toma dos de los aspectos negativos que se le adjudican al populismo y los

revisa desde otra lógica. Así, sobre la vaguedad e indeterminación de sus postulados políticos plantea que no constituyen defectos de un discurso sobre la realidad social, sino que, en ciertas circunstancias, están inscriptas en la realidad social como tal. Y en relación con que el populismo es mera retórica, plantea que “ninguna estructura conceptual encuentra su cohesión interna sin apelar a recursos retóricos” (Laclau, 2005, p. 91).

Laclau (2005) comienza concibiendo al populismo como una de las formas de construir la propia unidad del grupo. Esto implica que el pueblo no constituye una expresión ideológica, sino una relación real entre agentes sociales. Pero como asume que no es la única forma de hacerlo, ya que hay otro tipo de identidades diferentes a la populista, plantea que es necesario buscar unidades de análisis más pequeñas que el grupo para establecer el tipo de unidad a la que el populismo da lugar.

Lo primero ha sido dividir la unidad del grupo en unidades menores que hemos denominado demandas. La unidad del grupo es en nuestra perspectiva, el resultado de una articulación de demandas [...] esta articulación no corresponde a una configuración estable y positiva que podríamos considerar como una totalidad unificada: por el contrario, puesto que toda demanda presenta reclamos a un determinado orden establecido, ella está en relación peculiar con ese orden, que la ubica a la vez dentro y fuera de él (Laclau, 2005, p. 9).

En su análisis toma tres conjuntos de categorías: discurso, significantes vacíos y hegemonía, y retórica. Con relación al primero de ellos, el discurso, no lo considera como algo esencialmente restringido a las áreas del habla y la escritura, sino como un complejo de elementos en el cual las relaciones juegan un rol constitutivo. En cuanto a los significantes vacíos y la hegemonía, plantea la imposibilidad de una totalidad y describe el “horizonte totalizador precario” como resultado de la interacción entre las

diferencias. Este horizonte se constituye, a su vez, a partir de un exterior que la totalidad deja fuera para poder definirse.

Laclau dice que la totalidad constituye un objeto que es a la vez imposible y necesario. Imposible porque la tensión entre equivalencia y diferencia es, en última instancia, insuperable; necesario porque sin algún tipo de cierre, por más precario que fuera, no habría ninguna significación ni identidad. Ante esta paradoja, Laclau (2005) llega a la siguiente síntesis:

Existe la posibilidad de que una diferencia, sin dejar de ser particular, asuma la representación de una totalidad incommensurable [...] esta operación por la que una particularidad asume una significación universal incommensurable consigo misma es lo que denominamos hegemonía y dado que esta totalidad o universalidad encarnada es, como hemos visto, un objeto imposible, la identidad hegemónica pasa a ser algo del orden del significante vacío, transformando a su propia particularidad en el cuerpo que encarna una totalidad inalcanzable [...] la categoría de totalidad no puede ser erradicada, pero, como una totalidad fallida, constituye un horizonte y no un fundamento (p. 95).

Finalmente, sobre la retórica, el autor define que existe un desplazamiento retórico cuando un término literal es sustituido por otro figurativo. Considera fundamental este aspecto y cita a Cicerón, quien al reflexionar sobre los desplazamientos retóricos “imaginó un estado primitivo de la sociedad en el que había más cosas para ser nombradas que las palabras disponibles en el lenguaje, de modo que era necesario utilizar palabras en más de un sentido desviándolas de su sentido literal” (Laclau, 2005, p. 96); esto es la catacrésis, un término figurativo que no puede ser sustituido por otro literal.

Si el significante vacío surge de la necesidad de nombrar un objeto que es a la vez imposible y necesario [...], en ese caso, la operación hegemónica será necesariamente catacrética [...] la construcción

política del pueblo es, por esta razón, esencialmente catacrética [...] en una relación hegemónica, una diferencia particular asume la representación de una totalidad que la excede (Laclau, 2005, p. 96).

La cuestión de la demanda social

Desde la perspectiva de Laclau (2005), una situación como la de un barrio marginalizado donde surge la necesidad de viviendas puede derivar en una petición a las autoridades. Si esta demanda no es satisfecha y se articula con otras, como el acceso a la salud, la educación o mejoras laborales, que tampoco reciben respuestas diferenciales, “se establece entre ellas una relación equivalencial [...] aquí tendríamos, por lo tanto, la formación de una frontera interna, de una dicotomización del espectro político local a través del surgimiento de una cadena equivalencial de demandas insatisfechas” (Laclau, 2005). De este modo, las diferencias propias de las demandas democráticas, que en un principio son aisladas, tienden a integrarse en esa equivalencia. A la pluralidad de demandas que, a través de su articulación equivalencial, constituyen una subjetividad social más amplia, las denomina demandas populares: comienza así, en un nivel muy incipiente, a constituirse el pueblo como actor histórico potencial. Aquí, para Laclau, tendríamos en estado embrionario una configuración populista.

Entonces, las primeras precondiciones, desde la perspectiva de Laclau (2005), para la configuración del populismo son: 1) la formación de una frontera interna antagónica separando el pueblo del poder y 2) una articulación equivalencial de demandas que hace posible el surgimiento del pueblo. El autor agrega que existe una tercera precondición que surge solo cuando la movilización política alcanza un nivel más alto: “La unificación de estas diversas demandas –cuya equivalencia hasta ese punto no había ido más allá de un vago sentimiento de solidaridad– en un

sistema estable de significación” (p. 99). Para Laclau es la forma de denominar algo que no tiene un nombre por sí mismo. No es una metáfora, sino que, a través de un proceso de nominación catacrético, uno inscribe en el lenguaje algo que constitutivamente es innombrable. Es decir, un objeto al cual no corresponde, por definición, ningún término, porque hay un proceso de nominación que va más allá de lo que es, estrictamente, nombrable. Esto se sintetiza de la siguiente forma: la unificación de una pluralidad de demandas en una cadena equivalencial; la constitución de una frontera interna que divide a la sociedad en dos campos; y la consolidación de la cadena equivalencial mediante la construcción de una identidad popular que es cualitativamente algo más que la simple suma de lazos equivalentes.

Primera aproximación: el populismo supone que las lógicas equivalenciales van a atravesar grupos sociales nuevos y más heterogéneos. Laclau (2005) presenta dos formas de construcción de lo social: o bien mediante la afirmación de la particularidad, cuyos únicos lazos con otras particularidades son de una naturaleza diferencial, o bien mediante una claudicación parcial de la particularidad, destacando lo que todas las particularidades tienen, equivalentemente, en común. Pero como no hay totalización sin exclusión, Laclau define que la totalización parcial que el vínculo hegemónico logra crear –que no elimina la escisión– debe operar a partir de las posibilidades estructurales que se derivan de ella. De esta manera, las equivalencias pueden debilitar, pero no domesticar las diferencias, es decir, la equivalencia no intenta eliminar las diferencias.

La equivalencia y la diferencia son incompatibles entre sí; sin embargo, se necesitan la una a la otra como condiciones necesarias para la construcción de lo social. *Lo social es esta tensión insoluble*. Por esto Laclau plantea que toda identidad social (es decir, discursiva) se constituye en el punto de encuentro de la diferencia y la equivalencia, por lo cual la totalización requiere que un

elemento diferencial asuma la representación de una totalidad imposible. Así, una determinada identidad procedente del campo total de las diferencias encarna esa función totalizadora. Esa función “consiste en establecer el horizonte de lo social, el límite de lo que es representable en él” (Laclau, 2005, p. 107).

Laclau (2005) avanza en la diferenciación entre una totalización institucionalista y una populista y plantea que mientras un discurso institucionalista es aquel que intenta hacer coincidir los límites de las formaciones discursivas con los límites de la comunidad; en el caso del populismo ocurre lo opuesto: “Una frontera de exclusión divide a la sociedad en dos campos. El pueblo, en ese caso, es algo menos que la totalidad de los miembros de la comunidad; es un componente parcial que aspira, sin embargo, a ser concebido como la única totalidad legítima” (Laclau, 2005, pp. 107 y 108).

En el seminario dictado por Laclau en el año 2014,¹ al cual asistí, en su exposición final, el filósofo retomó la definición de Ferdinand de Saussure según la cual el lenguaje es un sistema de diferencias; esto es, entiendo el término padre por su diferencia con hijo y madre. Decía Laclau en su presentación que, si todo término es referencial y solo significa en relación con otro término, el lenguaje es un sistema cerrado, porque si no el término sería imposible. Y que por lo tanto lo que hay que precisar son los límites del lenguaje y el límite se vislumbra por lo que queda afuera. ¿Pero cómo defino la exterioridad? En su disertación dio el siguiente ejemplo: en Saint-Just, la unidad de la república es la exclusión de la monarquía. En el peronismo, la unidad del pueblo es la exclusión de la oligarquía. De este modo, los elementos diferenciales son equivalenciales entre sí en su función diferenciadora con lo

¹ Seminario de posgrado “Hegemonía, antagonismos y sujetos políticos en perspectiva contemporánea”, dictado por Ernesto Laclau. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, ciudad de La Plata, Argentina.

excluido (lo que está afuera). Esto permite que se construya una frontera interna: esta es la que genera una relación antagónica con el afuera. Demanda 1, obreros-salarios; demanda 2, estudiantes contra arancel; demanda 3, artistas-presupuestos. Se arma una cadena equivalencial, pero una demanda asume el lugar de representación de la cadena. Esa demanda debe erosionar su particular inicial para pasar a ser una demanda general. Una demanda particular asume la representación: el significante vacío, que es el significante hegemónico.

El significante vacío no es un concepto. No hay una serie de características que unifican. No hay un rasgo positivo común, sino uno negativo que lo une contra el enemigo. El significante vacío tiene un doble efecto sobre la cadena equivalencial: por un lado, contiene y, por otro, no controla. Por esto el conflicto entre diferencial y equivalencial es lo que genera que la totalización sea imposible. Entonces, es un objeto imposible porque no puede ser representado, y necesario porque tiene que acceder al campo de la representación. Esto es posible cuando una particularidad asume la representación. Sin dejar de ser particular, asume una universalidad que lo excede, es hegemónico. Es significante vacío porque abandona su relación con la (su) particularidad inicial al asumir la totalidad.

Retomando lo expresado en torno a los sucesos del 17 de octubre de 1945 y la emergencia del “pueblo” y su capacidad o poder político en las decisiones, coincidimos con Laclau en que en el “pueblo” del populismo una *plebs* asume o reclama el lugar de único *populus* legítimo, donde una parcialidad asume la representación del conjunto de la comunidad, en el marco del antagonismo como lo constitutivo de lo político; y aquí tenemos una diferencia fundamental con la perspectiva liberal de la política, donde el antagonismo no es un factor que se tenga en cuenta.

En el caso de un discurso institucionalista, todas las diferencias son consideradas igualmente válidas dentro de una totalidad

más amplia. En el caso del populismo, esta simetría se quiebra: hay una parte que se identifica con el todo. Entonces, el populismo requiere la división dicotómica de la sociedad en dos campos antagónicos. El campo popular presupone como condición para constituirse la construcción de una identidad global a partir de la equivalencia de una pluralidad de demandas sociales.

Una determinada demanda, que tal vez al comienzo era solo una más entre muchas, adquiere en cierto momento una centralidad inesperada y se vuelve el nombre de algo que la excede, de algo que no puede controlar por sí misma y que no obstante se convierte en un “destino” al que no puede escapar. Cuando una demanda democrática ha atravesado esta senda, se convierte en una demanda “popular”. Pero es inalcanzable en términos de su propia particularidad inicial, material. Debe convertirse en un punto nodal de sublimación [...]. Es entonces que el “nombre” se separa del “concepto”, el significado del significante. Sin esta separación no habría populismo (Laclau, 2005, p. 153).

Pensemos en la década de los sesenta en nuestro país y la demanda de no proscripción del peronismo que devino en “Perón Vuelve”. En esta “consigna” se condensaba la demanda social y política de fines de los años sesenta. El populismo presenta dos caras: una de ruptura con el orden existente y otra de ordenamiento donde había una dislocación. El año 1945 en Argentina significó la búsqueda de ruptura con el *statu quo*, es decir, con el orden institucional existente y, al mismo tiempo, la búsqueda de constituir un nuevo orden en un contexto de dislocación. Este nuevo orden se materializaría en el Estado peronista.

Antes de avanzar, cabe una aclaración: por democrático, Laclau no entiende nada relacionado con un régimen ni que estas demandas estén teleológicamente destinadas a ser resueltas en ninguna forma política particular. “Un régimen fascista puede absorber y articular demandas democráticas tanto como un

régimen liberal” (Laclau, 2005, p. 158). Tampoco tiene que ver con ningún tipo de vinculación con su legitimidad. Laclau lo relaciona con la idea de insatisfacción de la demanda que la enfrenta a un *statu quo* existente y hace posible el desencadenamiento de la lógica equivalencial que conduce al surgimiento del pueblo.

Otro de los puntos en que los análisis sobre el populismo, y en particular sobre el peronismo, suelen hacer una simplificación es en torno a la idea de representación. En general se habla de un líder carismático, de manipulación de las masas y de demagogia. Laclau (2005) corre el enfoque y plantea que

La función del representante no es simplemente transmitir la voluntad de aquellos a quienes representa, sino dar credibilidad a esa voluntad, de una manera diferente de aquel en que esta última fuera originariamente constituida. Esa voluntad es siempre la voluntad de un grupo sectorial, y el representante debe demostrar que es compatible con el interés de la comunidad como un todo. Está en la naturaleza de la representación el hecho de que el representante no sea un mero agente pasivo, sino que deba añadir algo al interés que representa (p. 200).

La representación es un movimiento de permanente diálogo entre las dos partes, que van construyendo nuevas síntesis. Sin embargo, este diálogo puede romperse en alguna de las dos partes, no es estático, sino histórico y dinámico. Un aspecto clave en este proceso es la naturaleza de lo que se representa. Por ejemplo, el representante de un sindicato claramente estructurado que negocia con una corporación o empresa tiene menos margen de acción, puesto que debe ajustarse al mandato establecido por sus bases.

Antes de profundizar este concepto en Laclau, retomamos el concepto de José Pablo Feinmann (2010) cuando plantea que un campo de posibilidad se abre a partir del acontecimiento o de la voluntad política de un actor de emprenderlo. Laclau (2005) da

como ejemplo el caso de sectores marginales con un bajo grado de integración en el marco estable de una comunidad:

En ese caso no estaríamos tratando con una voluntad a ser representada, sino más bien con la constitución de esa voluntad mediante el proceso mismo de representación. La tarea del representante, no obstante, es democrática, ya que sin su intervención no habría una incorporación de esos sectores marginales a la esfera pública. Pero en ese caso, su tarea consistirá no tanto en transmitir una voluntad, sino más bien en proveer un punto de identificación que constituirá como actores históricos a los sectores que está conduciendo (p. 201).

No hay que confundir, plantea Laclau (2005), entre la manipulación y el desprecio hacia la voluntad popular y la constitución de esa voluntad popular mediante la representación simbólica. Es decir que una vez que se logra el “nuevo orden” puede romperse el lazo, ya que la representación implica otros aspectos. Hay un vínculo inescindible entre representación y la construcción de pueblo: la identificación con un significante vacío es la condición *sine qua non* de la emergencia de un pueblo. Pero el significante vacío puede operar como un punto de identificación solo porque representa una cadena equivalencial.

La constitución de un pueblo requiere una complejidad interna que está dada por la pluralidad de las demandas y nada en esas demandas, consideradas individualmente, anticipa un “destino manifiesto” por el cual deberían tender a fundirse en algún tipo de unidad: nada de ellas anticipa que podrían constituir una cadena.

Por lo tanto, la función homogeneizante del significante vacío constituye la cadena y, al mismo tiempo, la representa. Pero esta doble función no es otra cosa que las dos caras del proceso de representación. La conclusión es que toda identidad popular tiene una estructura interna que es esencialmente representativa.

En los planteos clásicos lo que está siendo representado existe como un objeto pleno con anterioridad y en forma totalmente separada del proceso de representación, es decir, símbolos *a priori* asociados a objetos específicos en el inconsciente colectivo. La principal dificultad con las teorías clásicas de la representación política, plantea Laclau (2005), es que la mayoría de ellas concibió la voluntad del pueblo como algo constituido antes de la representación, de ese modo se reduce al pueblo a un pluralismo de intereses y valores, o a un consenso racional donde se elimina la opacidad de los procesos, o las contradicciones.

Las controversias cuando se discute el populismo se generan al hacerse una identificación directa entre democracia y regímenes democráticos liberales y no se presta atención a la construcción de los sujetos democráticos populares. Una vez que la articulación entre liberalismo y democracia es considerada como meramente contingente, se deduce que otras articulaciones contingentes son también posibles.

Hacemos nuevamente una digresión tomando una reflexión de José Pablo Feinmann (2007).

El primer fracaso del liberalismo en el siglo XX es –aunque suene inicialmente paradójico– el nazismo, ya que Hitler encarna la posibilidad de un capitalismo antidemocrático quebrando, así, el presupuesto liberal que sostiene que democracia y capitalismo son sinónimos [...] el fascismo y el liberalismo coinciden en algo, en algo que los “pensadores de la libertad” raramente –o casi nunca– explicitan: los dos son capitalistas [...] no se animan a consentir en esta verdad porque el esquema victorioso se les debilitaría gravemente. Para que el esquema liberal se sostenga es esencial que logre diferenciarse absolutamente del nazi fascismo (p. 15).

Y retomamos a Koselleck (1993) cuando plantea que las palabras que se han mantenido, tomadas en sí mismas, no son un indicio suficiente de que las circunstancias hayan permanecido igual. Y

en torno al concepto democracia plantea que desde el trasfondo de esta generalidad global que se puede completar políticamente de formas muy diferentes, es necesario recrear el concepto mediante determinaciones adicionales. Solo de ese modo puede mantener su funcionalidad política: la democracia representativa, la cristiana, la social, la popular, etcétera.

Volviendo a Laclau (2005), tomamos otro aspecto que es el tema de la subjetividad. El liberalismo y sus pensadores políticos destierran la subjetividad en sus construcciones y ven lo subjetivo como una desviación y no como una parte constitucional importante; sin embargo, ninguna racionalidad *a priori* lleva a esas demandas a unirse en torno a un centro; hay un rol medular del afecto en la cementación de esa articulación. Quienes plantean que hay que eliminar las pasiones de la política y sostienen que la política democrática debe sostenerse sobre la razón y el consenso, no perciben que para que la gente se interese en la política debe tener posibilidades de elegir entre opciones que ofrezcan alternativas reales.

A lo largo de su trabajo, Laclau (2005) planteó que hay un abismo entre los grupos que forman una comunidad y la comunidad como un todo y que el abismo solo puede ser mediado hegemónicamente por una particularidad que asume la representación de la totalidad. Para que esto sea posible, la fuerza hegemónica debe presentar su propia particularidad como la encarnación de una universalidad que la trasciende. Por lo tanto, no es el caso de que exista una particularidad que simplemente ocupa un espacio vacío, sino una particularidad que, porque ha triunfado en una lucha hegemónica para convertirse en el significante vacío de la comunidad, tiene un derecho legítimo a ocupar ese lugar.

Si revisamos la situación anterior a la emergencia del peronismo, coincidimos con Laclau (2005) en que el populismo nunca surge de una exterioridad total y avanza de tal modo que la situación anterior se disuelve en torno a él, sino que opera mediante la

rearticulación de demandas fragmentadas y dislocadas en torno a un nuevo núcleo. Por lo tanto, cierto grado de crisis de la antigua estructura es necesario como precondition para el populismo.

En los “Comentarios finales” de *La razón populista*, Laclau plantea que hay un conjunto de decisiones teóricas que deben tomarse para que algo tal como un pueblo resulte inteligible junto a condiciones históricas que hacen posible su surgimiento en el marco del populismo: 1. Concebir al pueblo como una categoría política y no como un dato de la estructura social. Esto es, no designa a un grupo dado, sino a un acto de institución que crea un nuevo actor a partir de una pluralidad de elementos heterogéneos. 2. En la conjunción de la universalidad de *populus* y la parcialidad de *plebs* se da la constitución peculiar del “pueblo” como actor histórico. La lógica de su construcción es lo que Laclau denomina “razón populista”, que rompe con dos formas de la racionalidad que anuncian el fin de la política: “tanto como un evento revolucionario total que, al provocar la reconciliación plena de la sociedad consigo misma volvería superfluo el momento político, como con una mera práctica gradualista que reduzca la política a la administración” (2005, p. 279). 3. El pueblo es el terreno primordial en la construcción de una subjetividad política. 4. El pasaje de una formación hegemónica a otra. Este pasaje siempre va a involucrar una ruptura radical. Lo que no significa que todos los elementos de una configuración emergente tengan que ser completamente nuevos, sino que “el punto de articulación, el objeto parcial alrededor del cual la formación hegemónica se reconstituye como una nueva totalidad, no adquiere su rol central de ninguna lógica que haya operado en la situación precedente” (Laclau, 2005, p. 283).

De este modo, la emergencia del “pueblo” como actor histórico, tal como sucedió en Argentina en 1945, es, entonces, una transgresión en relación con la situación anterior. Y esta transgresión constituye la emergencia de un nuevo orden. Finalmente,

y en el caso particular del peronismo dentro de las expresiones de los denominados populismos, desde la perspectiva liberal se plantea que no son democráticos porque no respetan las instituciones vigentes. Sobre este punto, Laclau en el seminario dictado en 2014 concluía que cualquier proyecto de cambio necesariamente “ataca” o busca modificar las instituciones, porque las instituciones son cristalizaciones de relaciones de fuerza. Defender “las instituciones” es no modificar el *statu quo*; lo cual definitivamente sitúa a los movimientos políticos definidos como populistas por fuera de o en ruptura con la tradición política liberal.

Entender esta forma de lo político que se ha denominado populismo es, en nuestro país y en la región en algunos casos, acercarnos a una mayor comprensión de las lógicas de construcción política y sus avatares a lo largo de la historia poscolonial. De ahí la importancia de tener una visión analítica clara sobre qué implica y qué significa esta forma de lo político que va por otros caminos que no son los de la tradición de las democracias liberales europeas o la democracia norteamericana. El populismo en tanto forma de construcción que discute la dependencia de los países del llamado Tercer Mundo, que apuesta a construcciones soberanas de sus políticas, sobre todo económicas, es fundamental para comprender la disputa principal que se da por ejemplo en Argentina entre 1955 y 1973-1976. Desde nuestra perspectiva, entendemos el populismo como una estrategia emancipadora surgida en el llamado Tercer Mundo. Este enfoque reconoce que la dependencia económica es la principal causa del estancamiento y de la imposibilidad de llevar adelante procesos de industrialización y crecimiento que mejoren las condiciones de vida de los pueblos del sur. Desde esta mirada, sostenemos que el populismo ofrece herramientas explicativas útiles para analizar los procesos históricos vividos en nuestro país y en América Latina, considerando sus matices y características particulares.

Optamos por esta perspectiva en contraposición a los análisis políticos y teóricos basados en el concepto de democracia liberal. Estos enfoques sostienen que el principal problema de América Latina radica en la falta de un proceso democrático estructural. Es decir, centran la problemática histórica en la permanente ruptura del orden institucional. Según esta visión, los golpes militares serían consecuencia de la incapacidad para consolidar una democracia estable y dar respuesta a las crisis político-económicas coyunturales.

Consideramos que este análisis no logra dilucidar o elude discutir la cuestión económica estructural que es la dependencia del Primer Mundo y los intentos emancipatorios en general en el Tercer Mundo poscolonial. Es decir, esta visión no enmarca los procesos políticos en las disputas de poder por el control de los recursos económicos de los países del sur, ni toma en cuenta las dinámicas propias de la división internacional del trabajo. Además, dentro del sistema democrático liberal, la idea de antagonismo no está presente en los debates.

Para los liberales, un adversario es simplemente un competidor. El campo de la política constituye para ellos un terreno neutral en el cual diferentes grupos compiten para ocupar las posiciones de poder.

Una digresión schmittiana

La vigencia de Carl Schmitt en el mundo actual lo torna un referente de consulta, fundamentalmente a partir del derrumbe de muchas de las perspectivas de la modernidad, pero también de ciertas ideas que permearon bajo el paraguas de la denominada posmodernidad, donde el discurso liberal, solapado, emergió con postulados *aggiornados* a los tiempos de derrumbe, como una estrategia de supervivencia. Con todo lo ambivalente que puede presentarse una lectura sobre Schmitt, resulta inevitable

al adentrarnos en el análisis sobre teoría en torno a lo político, el Estado y el poder. Carl Schmitt, jurista alemán, ocupa un lugar destacado en la historia del pensamiento político del siglo XX. Su obra se centra en el desarrollo de la teoría de la decisión y ofrece una crítica profunda al Estado liberal moderno. En esa crítica, subyace una lectura sobre el orden político con absoluta vigencia. Schmitt ve el orden que instaura el Estado como algo eficaz pero móvil y no estático u osificado; abierto, para nada pacífico; transitorio y no definitivo.

Tomar a Schmitt siempre es complejo, plantea Carlo Galli (2011) en sus ensayos acerca del pensamiento de este autor. Complejo porque puede ser como una escalera que es preciso desecharla una vez usada o como un gigante sobre cuyas espaldas hay que subirse, permaneciendo firmes allí para mirar más lejos. En su breve texto *Diálogo sobre el poder y el acceso al poder* (2010), Schmitt plantea que quien hable sobre el poder debe primero aclarar cuál es su situación respecto al poder. Desde el punto de vista de los hombres, la relación entre protección y obediencia sigue siendo para Schmitt la única explicación para el poder: quien no tiene poder para proteger a alguien tampoco tiene el derecho a exigirle obediencia. Por eso define que, si bien el consenso genera poder, el poder también genera consenso y no un consenso irracional o perverso.

Aun así, considera que el poder es una magnitud independiente, tanto respecto del consenso que haya logrado como del poderoso mismo. El poder es una magnitud objetiva, con reglas propias, respecto de cualquier individuo en cuyas manos se encuentre. Hay una “objetiva autonomía normativa de todo poder respecto del poderoso mismo y la ineludible dialéctica interior de poder e impotencia en que se encuentra atrapado todo poderoso” (Schmitt, 2010, p. 27). Entonces, la objetiva autonomía normativa de todo poder respecto del poderoso mismo es para Schmitt el gran dilema del poder.

En la misma medida en que se forma un espacio de poder, se organiza también de inmediato una antesala para dicho poder [...]. Lo indirecto no es más que un estadio en el inevitable desarrollo dialéctico del poder humano. El poderoso mismo se aísla más cuanto más se concentra el poder directo en su propia persona (Schmitt, 2010, p. 32).

Retomando a Galli (2011), la tesis central en Schmitt sería que resulta imposible que un orden político pueda ser completamente neutral y al mismo tiempo eficaz. De allí que para Schmitt lo político es la coexistencia no pacífica de orden y desorden. Para Galli (2011), Schmitt plantea que la política no puede estar juridificada, es decir, encerrada en el esquema de representación institucional, ya que su energía está en lo irruptivo de la democracia entendida como presencia e identidad de pueblo; agregamos, tomando a Laclau (2005), pueblo como sujeto histórico. Schmitt privilegia la legitimidad por sobre la legalidad, por lo cual la energía política del Estado está en el desequilibrio. La política para Schmitt pasa a través de las instituciones, a través del Estado, pero no está allí contenida ni plenamente neutralizada. Cuando el Estado renuncia a los postulados liberales y acepta la fusión con la sociedad, con sus poderes para dominarlos y gobernarlos con vistas a una neutralización política, hablamos de un Estado que toma decisiones y las funda en la legitimidad originaria del Estado que es la presencia plebiscitaria del pueblo.

Erróneamente se toma a Schmitt como la apología del conflicto absoluto por su perspectiva de entender lo político en términos de amigo-enemigo. La perspectiva del conflicto apunta en realidad a orientar el orden. La idea de conflicto se presenta como antagónica a la perspectiva liberal de lo político como consenso de intereses. Carl Schmitt fue un crítico de la concepción liberal del Estado y de la política. Desde su perspectiva, que un Estado combata a su enemigo en nombre de la humanidad no convierte a esa guerra en una guerra de la humanidad, sino en una guerra

en la cual un determinado Estado, frente a su contrincante bélico, busca apropiarse de un concepto universal para identificarse con él (a costa del contrincante). Lo equipara de un modo similar a la forma en que se puede abusar de la paz, la justicia, el progreso o la civilización, reivindicando estos conceptos para uno mismo a fin de negarle esa posibilidad al enemigo. Schmitt plantea que “La Humanidad” es un instrumento ideológico especialmente útil para expansiones imperialistas y, en su forma ético-humanitaria, un vehículo específico del imperialismo económico. Oliver Marchart (2009) retoma a Carl Schmitt en la era actual y recupera su vigencia:

Schmitt, en su ensayo de 1929 titulado “La era de las neutralizaciones y de las despolitizaciones”, basó su argumento en el supuesto de que la tecnología, en el siglo XX, había asumido el rol de una esfera central de pensamiento, la última de una serie de esferas de pensamiento que siempre demostraron ser centrales en una determinada etapa de la historia. Centralidad significa aquí que los problemas de otras esferas tienden a resolverse en función de la esfera central [...] lo importante, desde el punto de vista de lo político, es que las disputas decisivas amigo/enemigo se libran en términos de la esfera central; ello conduce, a su vez, a un cambio hacia una nueva esfera supuestamente neutral [...] la esfera neutral, precisamente porque es neutral, sirve de fundamento imaginario para el resto de la sociedad [...] la neutralidad de todo fundamento, sin embargo, es una ilusión que solo desplaza y oculta el antagonismo político (p. 67).

Chantal Mouffe (2009) retoma la crítica al concepto liberal que niega el antagonismo, ya que es el claro límite al consenso racional que este postula. Además, reivindica la vigencia de la crítica originaria de Schmitt al Estado liberal. *El concepto de lo político* (1932), una de las obras fundamentales de Schmitt, sigue siendo relevante en la actualidad, especialmente al analizar el desarrollo del pensamiento liberal desde fines del siglo XX hasta el presente.

El pensamiento liberal sobre la democracia como la superación de la distinción del nosotros/ellos, planteado en términos de Schmitt como amigo/enemigo, no es sostenible en la práctica política; la revisión dentro de estos parámetros, para Mouffe (2009), sería un modo distinto de llevar adelante el antagonismo dentro de un concepto de pluralidad posible.

Carlo Galli (2011) plantea que en la teoría schmittiana no se puede fundar un orden político sobre la estabilidad, sino sobre la apertura al desorden. “El Estado es eficaz si es capaz de crear y de negar su propio sistema de normas: es un cristal traspasado por una fractura originaria, la excepción y la decisión que lo desestabiliza y al mismo tiempo lo vuelve eficaz” (Galli, 2011, p. 26). Entonces, de acuerdo con el autor, el orden jurídico político (necesario) no se legitima en virtud de su propia completitud formal, sino gracias a la propia imperfección. Schmitt critica al liberalismo la idea de que la política, lo público reside en la singularidad privada de los individuos. Otra crítica es la contradicción de que el individualismo coexiste con el universalismo en la ley. Por último, cuestiona que la política esté solo en el Estado. Como ya señalamos, para Galli (2011), la tesis central de Schmitt es que resulta imposible que un orden político pueda ser completamente neutral y al mismo tiempo eficaz. Para Schmitt lo político es la coexistencia no pacífica de orden y desorden.

Siguiendo a Galli (2011), el liberalismo reduce la política al Estado, es decir, al marco institucional que garantizaría la igualdad jurídica formal entre los ciudadanos. La democracia está fundada sobre una igualdad que paradójicamente implica una desigualdad, es decir, la homogeneidad del pueblo que se construye a través del conflicto y la exclusión. Mouffe (2009) define:

El liberalismo debe negar el antagonismo, ya que al destacar el momento ineludible de la decisión –en el sentido profundo de

tener que decidir en un terreno indecible-, lo que el antagonismo revela es el límite mismo de todo consenso racional (p. 19).

Como ya señalamos, para el liberalismo tradicional, un adversario es simplemente un competidor. El campo de la política constituye para ellos un terreno neutral en el cual diferentes grupos compiten para ocupar las posiciones de poder; su objetivo es meramente desplazar a los otros con el fin de ocupar su lugar. No cuestionan la hegemonía dominante, y no hay una intención de transformar profundamente las relaciones de poder. Es simplemente una competencia entre élites.

Esta visión clásica, en nuestros países de la región sudamericana, tomó un perfil propio articulado con los intereses de los históricos dueños de la riqueza, los viejos terratenientes y las oligarquías, aliadas al capital transnacional. Por lo cual el liberalismo vernáculo fue solo una mascarada que jamás se avino a las teorías clásicas, lo que dio el surgimiento de una versión local de liberalismo conservador autoritario. Paradójicamente, las voces liberales que se alzaron contra lo que se denominaba populismo o deformaciones de la política y las prácticas democráticas fueron las que históricamente frustraron los procesos democráticos y aportaron sus cuadros técnicos a los gobiernos de facto. Entonces, para Schmitt, la democracia (opuesta al liberalismo) consiste en la continua formación de la unidad del pueblo en la dinámica de exclusiones e inclusiones a partir de una legitimidad que es distinta, precedente y superior a la legalidad, esto es las leyes constitucionales y ordinarias. Concluimos con Galli (2011), en su lectura de Schmitt, que el hecho de privilegiar la legitimidad por sobre la legalidad significa para el filósofo alemán que el Estado no puede disolverse en el equilibrio de poderes constituidos y en la neutralidad universal de la ley.

De hecho, su energía política reside justamente en el desequilibrio siempre activo entre poder constituyente y poderes del

Estado, entre legitimidad y legalidad [...] la política pasa a través de las instituciones del Estado, pero no está allí contenida del todo ni plenamente neutralizada: las instituciones y su voluntad, es decir, las leyes, no son neutrales, sino que están orientadas por el acto originario del poder constituyente que las crea y las cuestiona (Galli, 2011, p. 40).

Luego de este extenso recorrido, que consideramos necesario, sostenemos que reflexionar sobre las democracias o debatir acerca de su crisis, en esta coyuntura local y global, no puede estar desanclado de los procesos políticos de América Latina. Desde nuestra perspectiva, más que hablar de una crisis o de una amenaza a la democracia, buscamos analizar la complejidad de los procesos políticos, las representaciones y las prácticas populares. Nos preguntamos si lo que se presenta como una crisis es, en realidad, una manifestación de las limitaciones inherentes a la democracia de matriz liberal, históricamente impuesta en Sudamérica bajo los intereses económicos y geopolíticos de Occidente.

Los movimientos populares latinoamericanos también tienen una responsabilidad en esto. Con el avance del neoliberalismo como modelo único y racionalidad dominante, la matriz sudamericana ha entrado en crisis, junto con su identidad basada en la representación y la disputa histórica de sentidos sobre la democracia y la complejidad de lo político en nuestros países. Esta crisis refleja una doble disputa: contra el poder externo y contra el poder interno, que buscan someter a la región por dos vías principales: la dependencia económica externa, que bloquea el desarrollo autónomo y productivo; y la opresión constante de los sectores populares, con sus reivindicaciones y luchas.

Decimos que esta crisis hoy se profundiza porque no logra responder a una nueva realidad marcada por la concentración inédita de la riqueza, que ha generado nuevas formas de exclusión,

a las que Saskia Sassen (2014) denomina expulsiones, con amplias franjas de la población para las cuales no hay respuestas sistémicas, a diferencia de otros momentos históricos, cuando, aunque de manera precaria, sí existían alternativas. Creemos que este es un eje fundamental de análisis, que desarrollaremos en el capítulo siguiente.



Mundo nuevo

Las democracias de mercado posdictadura en Latinoamérica

El futuro ya llegó
Llegó como vos no lo esperabas
Todo un palo, ya lo ves.

PATRICIO REY Y SUS REDONDITOS DE RICOTA

El neoliberalismo se inició en el mundo a fines de los setenta y en nuestra región se instaló dictaduras mediante. La hegemonía del neoliberalismo reconoce a grandes rasgos tres momentos de desarrollo. El primero, de despliegue e instalación, entre 1973 y 1989, signado por la resolución de la crisis de la tasa de ganancia global a favor del capital y en desmedro de los trabajadores. Este éxito se plasmó en el triunfo del bloque occidental en la Guerra Fría y la retirada de la planificación económica y las políticas de intervención estatal en los mercados. En el plano local en Argentina, la dictadura de 1976-1983 operó la reestructuración necesaria para reconfigurar la matriz de acumulación en nuestro país, y desarmar las resistencias políticas y culturales históricas.

El segundo momento es el de la legitimación del capitalismo ganador. Posdictadura se inicia en nuestro país una vuelta a la

democracia, pero con la base socioeconómica reestructurada, además de profundos cambios culturales. Como modo de resistencia y de recuperación del proyecto histórico de los intereses de las mayorías populares, se da un interregno con el proceso que se inicia en 2003 y que sufre un fuerte golpe en 2015. El triunfo del proyecto político económico gestado en 1976, pero ahora por vía de los votos, abre una profunda crisis que desnuda lo fraguado, en términos de la disputa histórica siempre presente.

Y un tercer momento, que estamos transitando, en el que los cambios acelerados a nivel global abren escenarios donde poco se puede vaticinar o proyectar, partiendo de la perspectiva de que el neoliberalismo no es un modelo económico, sino una racionalidad política. En términos de Mark Fisher (2016), la vida y el trabajo se vuelven inseparables y el período de trabajo no alterna con el de ocio, sino con el de desempleo.

Nos vamos a detener brevemente en el segundo momento, que nos da las claves para comprender este presente que suena a historia vivida o concreción final del proyecto que se inició en 1976. De acuerdo con Azpiazu, Basualdo y Khavisse (2004):

La intensidad y el poder político con el que se la implementó, la naturaleza de las transformaciones procuradas y fundamentalmente, sus connotaciones que trascienden el marco de lo económico hasta casi el punto de convertirla en un programa de reestructuración integral de la propia organización social, configuran diferencias básicas y sustantivas respecto de las políticas económicas aplicadas históricamente en el país, aunque aquellas fueron instrumentadas bajo otros regímenes militares [...] El objetivo dictatorial y la implementación del nuevo patrón de acumulación debían volverse irreversibles, en tanto no se buscaba pasar de una variante de industrialización distribucionista a otra concentradora de los ingresos, sino de remover las propias bases económicas y sociales de aquel modelo (p. 83).

La redistribución del ingreso se dio fundamentalmente, además de la persecución sindical, a partir del desmantelamiento de gran parte del sistema industrial y el aumento del desempleo. Esto se complementaba con la distribución intersectorial del ingreso, transfiriendo desde las actividades urbanas e industriales al sector agropecuario mediante la reducción de retenciones sobre las exportaciones tradicionales. Y sobre la reforma del sistema monetario bancario se permitió el ingreso irrestricto de capitales del exterior a partir de la desregulación de la actividad y la liberación de las tasas de interés. La reforma produjo un desarrollo de la intermediación y la especulación, el aumento del número de entidades y el establecimiento de dos mil nuevas entidades bancarias.

El economista e investigador Ricardo Aronskind define en *Derechos humanos, economía y sistema financiero* (2013) que hay dos cuestiones centrales para entender el proceso que se inicia en 1976. Por un lado, define que la Argentina en esa coyuntura era un país semiindustrializado, con un nivel de vida casi de los mejores de América Latina, con la población casi totalmente integrada al mercado de trabajo, el desempleo era bajísimo y la pobreza estaba reducida a niveles mínimos. El dilema era cómo dar un salto en el proceso de industrialización. Según Aronskind, había un consenso generalizado, en los actores políticos nacionales, acerca de que ese era el centro de lo que había que resolver. Y esto es lo que se quiebra en 1976.

Aronskind (2013) aclara que para entender la política de Martínez de Hoz hay que centrarse en el cambio de coyuntura internacional. A fines de 1973 los países productores de petróleo se unen y multiplican el precio del petróleo por cuatro. La mayoría de esos países eran subdesarrollados y esa masa gigantesca de dólares que empezó a entrar en los países petroleros en vez de usarla para un proceso de desarrollo era colocada nuevamente en los bancos de los países desarrollados. De este modo, estos bancos, que no

podían invertir en los países desarrollados que estaban en recesión por el impacto de la suba del precio del petróleo, empezaron a buscar en el planeta dónde colocar esos dólares. Fue entonces cuando surgieron como destino los países de desarrollo intermedio, como Argentina.

La clave fue la reforma financiera. Aronskind (2013) detalla que el proceso de reestructuración tuvo características liberales e intervencionistas porque, como en otros temas, de lo que se trataba era de crear condiciones sólidas y favorables para los objetivos estratégicos y las herramientas debían servir a ese fin. Se buscaba un cambio que, más allá de la duración de la dictadura y del equipo económico, no se pudiera revertir. Lo importante era crearles condiciones de negocios muy fuertes a los bancos y esto se logró con la reforma.

Entonces, si hasta la década de los setenta la disputa central, en términos generales, en nuestro país era entre industrialistas y agroexportadores, ahora se suma un nuevo factor de poder que es el financiero. La conclusión de Aronskind (2013) es que si bien, desde el punto de vista político, la dictadura fracasó porque los militares finalmente fueron a juicio y quedó una imagen profundamente dañada de las Fuerzas Armadas y sus actores principales de la dictadura; desde el punto de vista económico, dejó sentadas las bases de una forma de funcionamiento económico muy complicada. Y agregamos que, hasta el momento actual, esto no se ha podido revertir.

Los fondos tomados en el exterior se destinaron a la llamada apertura económica que Martínez de Hoz puso en marcha al anunciar su programa el 2 de abril de 1976. Los artífices de la fabricación de esa deuda fueron, además del titular del Ministerio de Economía, Walter Klein y los responsables del Banco Central. Alejandro Olmos en su libro *La deuda externa* (1995) documenta que Klein conducía dos estructuras paralelas: la Secretaría de Estado de Coordinación y Programación Económica y su propio

estudio profesional que giraba bajo su propio nombre y de su socio (Estudio Klein & Mairal). El estudio operaba como asesor y representante de la banca internacional en la contratación de préstamos para las empresas públicas, sin perjuicio de los negocios del sector privado. Entonces la deuda externa pasaba por esos dos carriles que convergían en la conducción ejecutiva de Klein, el más íntimo colaborador de Martínez de Hoz.

Posguerra de Malvinas, se produce un hecho de importancia en el marco de las profundas transformaciones que introduce la dictadura en la estructura económica de la Argentina. Asume la dirección del Banco Central el economista Domingo Cavallo, quien puso en marcha una organización de Préstamo Consolidado, que alivió la deuda interna de las empresas. Así se fue concretando una licuación de pasivos, que significó la estatización de la deuda externa privada de al menos 68 empresas como detalla Alejandro Olmos (1995).

El Estado se hizo cargo de la diferencia de sus deudas en moneda extranjera que habían adquirido tras el auge inflacionario. El gobierno pagó, de esta manera, la deuda contraída por varias empresas privadas que poseían sus gruesos capitales en el exterior, tras haberlos fugado en el momento de la crisis. Esto incluyó re-descuentos a bancos, garantía pública de depósitos ante quiebras producidas por préstamos a empresas vinculadas, autopréstamos, entre otras medidas, lo que significó en conjunto una pérdida fiscal de más del 50% del PBI.

Entre otras, las empresas beneficiarias fueron las filiales argentinas de sociedades multinacionales como Renault, Mercedes-Benz, Ford Motor, IBM, City Bank, el First National Bank Of Boston, el Chase Manhattan Bank, el Bank of America, el Deutsche Bank (Olmos, 1995).

De este modo, la deuda privada que rondaba los 15 mil millones de dólares se estatizó en el 90%; lo que significó que la deuda

externa pasó de 8.500 millones de dólares en 1976 a 25 mil millones en 1981, para terminar a principios de 1984 en 45 mil millones (Perosino, Nápoli y Bosio, 2013).

En el análisis de Alejandro Olmos (1995) se verifica una casi inexistente deuda externa en las empresas de la denominada burguesía nacional. En tanto treinta y ocho grupos económicos concentraron el 49% del total de la deuda privada a través de sus empresas controladas: Cogasco, Autopistas Urbanas, Celulosa, Acindar, Banco Río (Pérez Companc), Alto Paraná, Banco de Italia, Banco de Galicia, Bidas, Alpargatas, Compañía Naviera Pérez Companc, Citibank, Dalmine, Banco Francés, Papel del Tucumán, Minetti, Aluar, Celulosa Puerto Piray, Banco Ganadero, Banco de Crédito Argentino (Olmos, 1995).

En consonancia con lo planteado por Azpiazu, Basualdo y Khavisse (2004), la investigación de Alejandro Olmos (1995) arroja que gran parte de la deuda externa que se gesta a partir de la última dictadura cívico-militar no es comercial, sino financiera, tanto en lo que se refiere al sector público como al sector privado.

Olmos define que la política aplicada a la economía del país después del 2 de abril de 1976 significó un nuevo ordenamiento en las relaciones de los factores de poder y su dominio sobre los recursos del país. El manejo de la economía nacional desde los resortes del Banco Central y del Ministerio de Economía, concluye, enriqueció la posibilidad de negocios de quienes habían asumido la conducción del país. La relación con los grandes grupos financieros y empresarios del país y del exterior y la concentración de operaciones de endeudamiento por miles de millones de dólares, llevó aparejado un beneficio incalculable. No solo en las utilidades directas (comisiones, pago de asesoramiento, etc.), sino en el dominio de los hilos del poder que conducen a la concreción de negocios.

Olmos ejemplifica que antes de asumir Klein como secretario de Estado, en el ministerio de Martínez de Hoz, su estudio era apoderado de un solo banco, el Scandinavian Enskildan Bank.

Posteriormente entre 1976 y 1984, el mismo estudio era apoderado de 22 bancos y precisamente, los bancos acreedores de nuestra deuda externa: el Barclays Bank de Inglaterra, el Crédit Lyonnais de Francia, el Union Bank of Switzerland, el Manufacturers Hanover Trust co. de EE. UU., el City National Bank, entre otros (Olmos, 1995, p. 50).

¿Cómo funcionó el endeudamiento? El capital oligopólico local contrajo deuda en el exterior para luego, con esos recursos, realizar colocaciones en activos financieros en el mercado interno (bonos, depósitos, etc.) y, de esa forma, valorizarlos gracias al diferencial positivo entre las tasas de interés interna y la internacional y finalmente fugarlos al exterior. De este modo, la deuda externa, lejos de ser un elemento de inversión productiva, se transformó en un medio para obtener una renta financiera.

Basualdo (2004) concluye que “el endeudamiento externo constituyó uno de los mayores saqueos que registra la historia reciente de nuestro país, que fue llevado a cabo por una reducido número de grupos económicos y de empresas transnacionales que impusieron las modalidades y el ritmo del endeudamiento externo, realizaron una inédita fuga de capitales al exterior y, finalmente, traspasaron sus propias deudas al Estado” (p. 202).

El entramado “legal” del despojo

Para cometer crímenes de lesa humanidad con fines económicos, la dictadura cívico-militar utilizó un andamiaje que también involucró al Banco Central y la Comisión Nacional de Valores (CNV). Entre los años 1976 y 1983 existió un entramado del aparato represivo, con un grupo de tareas integrado por la División

Bancos de la Policía Federal, que trabajaba en conjunto con los funcionarios del Banco Central y la CNV. El objetivo fue liquidar empresas, bancos y extorsionar empresarios.

El Informe de la Comisión Nacional de Valores

Los grupos económicos que participaron de la Patria Financiera: Pérez Companc; Bunge y Born, Fortabat, Macri, Techint, Acindar, etc., serían los beneficiarios del modelo y quienes provocarían un aumento sideral de la deuda externa. Por ello las FFAA contaron, para su proyecto, con el apoyo de la gran burguesía nacional (el gran capital agrario y el gran capital industrial concentrado interno), las multinacionales y el capital financiero internacional (preferentemente estadounidense), la iglesia conservadora, la burguesía sindical y los partidos políticos tradicionales. El proyecto de Martínez de Hoz constituyó para las elites dominantes una imperdible oportunidad para enriquecerse y a la vez utilizar el Estado para eliminar la radicalización política que resistía ese proceso.

Informe Economía Política y Sistema Financiero,
Comisión Nacional de Valores, 2013

La Comisión Nacional de Valores es una entidad autárquica con jurisdicción en toda la República Argentina y su objetivo es regular la oferta pública, observando la transparencia de los mercados de valores y la formación de precios en ellos, así como también la protección de los inversores.

El 10 de noviembre de 2011 la CNV firmó un convenio de intercambio de documentos con la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación y la creación de una oficina de Derechos Humanos en la entidad, bajo la resolución N° 594, con el fin de aportar al proceso de Memoria, Verdad y Justicia, a partir de las cada vez más claras evidencias que surgían en las investigaciones de la justicia de la

participación de la CNV en centro clandestinos de detención y en el fraguado de documentaciones. El trabajo se plasmó en el informe “Economía, política y sistema financiero: la última dictadura cívico-militar en la CNV” (2013).

De acuerdo con el diario *Página /12*, uno de los primeros resultados de este informe es que, el 16 de julio:

El juez federal Daniel Rafecas dispuso el procesamiento con prisión preventiva de Juan Alfredo Etchebarne, que ocupó la presidencia de la Comisión Nacional de Valores durante la dictadura. Es por el secuestro y tortura de 28 personas “bajo falsas acusaciones sobre la comisión de delitos de ‘subversión económica’”.

La medida tomada en la causa de delitos de lesa humanidad cometidos en la órbita del Primer Cuerpo del Ejército alcanza también al excoronel del Ejército Francisco D’Alessandri, al comandante de Gendarmería Víctor Enrique Rei, y al exagente civil de inteligencia del Ejército Raúl Guglielminetti. Los imputados fueron acusados por su intervención en los secuestros y el sometimiento a torturas de 28 personas, ocurridos entre septiembre y diciembre del año 1978, quienes fueron trasladadas al centro clandestino de detención y tortura que funcionó en la Prisión Militar de Campo de Mayo, que dependía del [fallecido] General Carlos Suárez Mason (*Página/12*, 2013).

En su resolución, “Rafecas ‘pone de relieve la existencia de una clara persecución a grupos económicos determinados, concreta- da a partir de la coordinación de la actividad de las autoridades’”. Entre las víctimas se encuentran los hermanos René y Luis Grassi, cotitulares del grupo empresario rosarino Industrias Siderúrgicas Grassi, así como algunos de sus gerentes y directivos; al igual que altos funcionarios del Banco de Hurlingham.

La mecánica para el desapoderamiento de empresas nacionales seguía una dinámica similar a la de la represión. “Así como se fraguaban enfrentamientos para encubrir la violencia del Estado represivo contra aquellos que se encontraban desaparecidos

también se fraguaban actuaciones con el fin de demostrar cierta regularidad frente a hechos irregulares que acontecieron con ciertas empresas, sus dueños y sus empleados” (Perosino, Nápoli y Bosisio, 2013, p. 79).

Resulta sintomático un recuadro de “humor” en el diario *Ámbito Financiero* de 1980, donde se plasma este accionar en el que una persona golpeada sostenida por dos policías de civil le dice a Adolfo Diz (presidente del Banco Central durante la última dictadura cívico-militar): “Vengo a pedir mi autoliquidación voluntaria”.

La antropóloga e investigadora del Conicet Celeste Perosino, una de las coordinadoras del proceso de investigación que dio origen al informe de la CNV, detalló en una entrevista en 2013 que la idea era analizar qué registros y huellas burocráticas habían quedado, revisar las actas y realizar una especie de arqueología de lo ocurrido durante la dictadura en el organismo. En ese proceso, comentó la entrevistada, se estableció un diálogo entre los documentos relevados y los testimonios de algunas víctimas que fueron secuestradas y desapoderadas de sus bienes durante la dictadura.

Con relación a la participación de la CNV en las prácticas represivas de la dictadura en los centro clandestinos de detención, la investigación documentó la participación de la entidad puntualmente en lo que fue el caso de siderúrgicas Grassi y el Banco de Hurlingham. En este caso la CNV hizo las denuncias, colaboró con peritos, abogados y contadores, hizo los interrogatorios tanto en la cárcel de encausados de Campo de Mayo, donde estaban detenidos los directivos del Banco de Hurlingham.

En el caso de Juan Alfredo Etchebarne, que era el presidente de la CNV en ese momento, hay testimonios de las víctimas de que han escuchado sus voces en los interrogatorios y las mesas de tortura. Y no solo en Campo de Mayo, sino que previamente, algunas de las víctimas fueron trasladadas del regimiento de

Patricios a un centro clandestino que está cerca de la autopista Ricchieri, que puede haber sido el Vesubio, donde también han escuchado sus voces. Lo que prueba la participación directa de la plana mayor de la CNV en el Terrorismo de Estado.

El informe sobre la CNV comienza a delinear un mapa más amplio sobre el secuestro del sector empresario. Allí no están solo los casos en los que intervino la CNV, sino todos: los que cotizaban en bolsa y los que no. Están los grupos secuestrados entre 1976 y 1983. Las víctimas nuclean a empresarios entre los que se encuentran los casos más conocidos como Cerro Largo por Chacras de Coria, Papel Prensa, del Grupo Graiver, la familia Iaccarino y Mackentor (34 personas secuestradas) en Córdoba.

Con relación a los financistas, el informe documenta que se trata de secuestros que empiezan a darse entre 1978 y 1979. Sobre la base de este recorte, se desprende que en general son hombres muy conocidos de la *city*, con un elemento particular y es que secuestrados y secuestradores se conocen o por relaciones empresariales o porque comparten espacios sociales o de poder. Algunos casos que se documentan son los de Eduardo Saiegh y el Banco Latinoamericano, y el de Fernando Combal con Finsur.

En relación con las razones por las cuales la focalización se produce a partir de 1978, Bruno Nápoli, historiador económico y miembro del equipo de investigación, señala que esto podría explicarse por la multiplicación de bancos privados de capital nacional, que pasaron de 68 a 152 en tan solo tres años. Este fenómeno tuvo su reflejo en los actores del sistema financiero, como banqueros, financistas, agentes de bolsa y casas de cambio.

Nápoli plantea que es dable pensar que cuando la dictadura genocida comienza a cambiar su discurso respecto de sus crímenes y a hablar de “fin de la guerra contra la subversión” o “los desaparecidos están muertos”, también comience a apuntar sus cañones de control y rapiña contra un mercado financiero que, para la mirada de quienes ocupaban espacios de decisión, se

había descontrolado. Podría plantearse que el aparato represivo, los grupos de tareas, viraron su atención de la “subversión” a la “subversión económica” a partir de 1978, para el secuestro de empresarios y su desapoderamiento de bienes.

Según Celeste Perosino, del análisis cruzado de los documentos disponibles —que representan solo un 10% o 15% del total—, se puede identificar una cierta trayectoria común que sugiere la posible existencia de un plan sistemático. Esto se observa en la presencia de elementos compartidos entre los secuestros que tuvieron lugar en centros clandestinos y aquellos considerados secuestros extorsivos.

Celeste Perossino, del equipo de investigación, detalla que hay un trabajo paralelo de la CNV con otros organismos del sistema financiero y económico, y por eso estamos trabajando y relevando no solo nuestros materiales, porque si nosotros tenemos esa información en la CNV, entendemos que el Banco Nación o el Central y otros organismos pueden tener información en “espejo” sobre estas operaciones. De eso en el caso del Banco de Hurlingham se trabajó de manera paralela. No solo la CNV, sino también el Banco Central mandó una comisión de peritos y de esos registros algunas huellas todavía tienen que quedar.

Bruno Nápoli señaló que, si bien el plan de Martínez de Hoz comenzó a ejecutarse en 1976, existe un proceso que debe ser “leído”: los funcionarios que pasaron a conformar la primera línea de la Comisión Nacional de Valores eran, en su mayoría, personal de segunda y tercera línea que trabajaba en la entidad desde 1971 y 1972. Tras el golpe de Estado, la CNV no fue intervenida militarmente. En cambio, cuando se ordenó la renuncia del directorio, quienes ocupaban cargos de segunda línea ascendieron a posiciones de mayor jerarquía. A partir de 1979, estos civiles compartieron el directorio con tres representantes de las Fuerzas Armadas, consolidando así una estructura cívico-militar. En este sentido, Nápoli plantea que la política de la

dictadura cívico-militar debe entenderse como un proceso, no solo por el llamativo movimiento previo del personal dentro de la entidad, sino también por su proyección en el período de posdictadura.

Del documento se desprende que la CNV era un organismo cívico-militar que, además, trabajaba en colaboración con jueces civiles y con los bancos Central y Nación. Había una dinámica específica que consistía en atacar a determinados grupos para beneficiar a otros. Juan Alfredo Etchebarne, el presidente de la CNV, era amigo y socio de Martínez de Hoz. Según Nápoli, tanto Martínez de Hoz como Etchebarne y un gran grupo de operadores del poder pertenecían todos al Grupo Azcuénaga, que se juntaba desde 1973 en Azcuénaga al 1600 en un *petit* hotel que se supone que era de Blaquier, y allí, aparte de hacer conferencias y debates, pensaban a quiénes iban a poner en determinados puestos económicos clave del Estado, para determinar este tipo de políticas de rapiña, desapoderamiento y terrorismo concreto.

Por su parte, el sociólogo Walter Bosisio, que también formó parte del equipo de investigación de la CNV, señaló que el trabajo realizado es central para revelar la importancia que tuvo esa etapa en la configuración de la historia posterior, incluso hasta nuestros días, con la formación de algunos grupos nacionales e internacionales que moldearon los ochenta, intervinieron activamente desempatando un montón de posiciones en los noventa y que llevaron a la crisis del 2001.

Se desnuda una trama articulada donde lo cívico-militar de la dictadura siguió después entre civiles, con un sistema que sigue generando, que hace que algunos grupos sociales estén ubicados asimétricamente y en posiciones de desigualdad pronunciada. Este tipo de informes acercan posiciones para interpretar la complejidad del armado de la trama contemporánea, actores que se mimetizan y se mantienen a lo largo del tiempo, ya sean técnicos,

políticos o empresarios que pueden concentrar e incrementar sus capitales a costa de los que sufren otros actores sociales, como trabajadores otros grupos (Bosisio, en Holgado, 2014, p. 309).

Estos informes concuerdan con la denuncia que realizó a mediados de 2012 la Unidad de Información Financiera (UIF) que investigaba una red de dinero y negocios con la que se sostenían los exrepretores prófugos. Los casos de los delegados sindicales de la planta industrial automotor Ford dan cuenta también de la red de complicidades.

En una entrevista realizada en 2012 para la agencia de noticias Télam SE, Adolfo Sánchez, delegado gremial de Ford desde 1971 hasta 1976, relató:

Me llevan y me secuestran, fui golpeado varios kilómetros y me preguntaban quiénes eran los compañeros de mi organización, yo militaba en la JP y era delegado gremial en la planta. Dentro de esta empresa había un quincho formado por gendarmes y luego del golpe, por militares por el ejército. Los compañeros fueron secuestrados y torturados dentro de la empresa en ese quincho. El 28 de marzo cuando me vienen a buscar, vienen con la credencial de la empresa Ford.

En otra entrevista, también para la agencia de noticias Télam SE, Carlos Propato, exdelegado de Ford, secuestrado y torturado durante la dictadura, refirió:

A nosotros nos torturaron acá dentro, no es que me fueron a buscar a mi casa. Me torturaron acá en el quincho de Ford casi siete horas seguidas. Después nos tuvieron clandestino y dos meses después nos blanquearon en cárceles, como Devoto y Sierra Chica. Los genocidas fueron financiados por los grandes monopolios internacionales. Fueron los que pusieron la guita. ¿En qué se movió el terrorismo de Estado?, en un Falcon, que quizás pinté yo y armó un compañero mío. En la última charla que tuvimos con Curaud, que era el presidente de la empresa, nos dijo “devuélvanme

la pelota, porque la tenemos nosotros". Y cuando nos íbamos nos dijo: "mándenle saludos a Camps de parte mía", nosotros nos preguntábamos quién era Camps... uno de los más grandes asesinos de todo esto.

"Fue Ford quien nos entregó", sentenció Carlos Propato.

Otra de las empresas vinculadas al plan económico de Martínez de Hoz y que tuvo grandes beneficios fue la cementera Loma Negra, en donde también hay un caso muy notorio de vinculación con la represión, y es el del abogado de los trabajadores de la cementera, Carlos Moreno, que fue secuestrado y asesinado. Su hijo Matías detalló, en una entrevista realizada en 2012 para la agencia de noticias Télam SE, que Loma Negra se vio favorecida en todas las obras de gobierno, centralmente en la de las autopistas.

Mi padre asume la demanda contra la empresa Loma Negra a instancias de las denuncias hechas por trabajadores que se enfermaban e incluso fallecían muy jóvenes. Con las investigaciones que hacen junto a mi padre se comprueba que las afecciones pulmonares no eran por tabaquismo, sino por silicosis que se contrae por el alto contenido de sílice. En la sección embolsadora no llegaban a jubilarse porque fallecían. La justicia obligó a pagar las indemnizaciones y a realizar los cambios de seguridad en la cadena de producción, además de reducir la carga horaria.

Matías Moreno explicó que, tras estos hechos, se desataron las amenazas, el secuestro y finalmente el asesinato de su padre. Y continuó:

La empresa cementera Loma Negra y su incremento patrimonial a partir de comercializar con el Estado dan cuenta de los vínculos, ya que aportaron el cemento necesario para la modernización de la ciudad de Buenos Aires, como las autopistas y para la construcción de estadios para el mundial 78.

Otro caso, aún más notorio por la cercanía con el Ministerio de Economía, es el de Juan Carlos Casariego del Bel. “Hubo gente que esto lo pensó en escritorio y fueron los ideólogos de todo esto”, manifestó María, la hija de Casariego, en una entrevista realizada en 2012 para la agencia de noticias Télam SE. Su hija narró que Carlos Casariego llevaba 25 años trabajando en el Ministerio de Economía cuando lo nombran director interino de inversiones extranjeras.

En ese momento no estaba muy convencido pero aceptó el cargo. El 15 de junio de 1976, llamó diciendo que tenía que dejar unos papeles en el despacho de Walter Klein. Sus compañeros de trabajo lo dejaron a una cuadra de casa y nunca más supimos de él. Mi padre creyó ilusoriamente que estando allí podía impedir algunas cosas, pero me parece que no tomó la dimensión. Mi padre estaba muy inquieto porque la Ítalo era una empresa que había tenido muchas idas y venidas, pero en el 76 se terminaba la concesión y pasaba a ser una empresa nacional, argentina.

Detalló que, en realidad, lo que se estaba tratando de conseguir era hacerla pasar por empresa de inversión extranjera para nacionalizarla y por lo tanto tener que pagarla.

Papá afirmaba que la empresa Ítalo, la única que la dictadura aspiraba a nacionalizar, no valía más de ocho millones de dólares y la estaban queriendo valuar en 394 millones de dólares. Que la empresa lo único en lo que había invertido era en dos reactores, y que lo demás no tenía ningún valor económico.

El dato importante es que Martínez de Hoz era el dueño del consorcio económico de capitales suizos que la había gestionado y estuvo en el cargo hasta que asumió como ministro. La hija de Casariego agregó también que entre los economistas que estaban detrás de ese negocio se hallaban los hermanos Alemann y que lo que tenía que hacer su padre era certificar que la empresa era

extranjera. “Mi padre estaba muy enojado porque decía que esta era la única empresa que les interesaba nacionalizar porque estaban haciendo un negocio” (Casariego, 2012).

De acuerdo con Pilar Calveiro (2008), el golpe de 1976 representó un cambio sustancial, en tanto la desaparición y el campo de concentración-extermínio pasaron a ser la modalidad represiva del poder, ejecutada de manera directa desde las instituciones militares. “Desde entonces, el eje de la actividad represiva dejó de girar alrededor de las cárceles para pasar a estructurarse en torno al sistema de desaparición de personas, que se montó desde y dentro de las Fuerzas Armadas” (2008, p. 27). Para la autora, “las nuevas modalidades de lo represivo nos hablan también de modificaciones en la índole del poder” (2008, p. 27).

Calveiro parte de la idea de que el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional “no fue una extraña perversión, algo ajeno a la sociedad argentina y a su historia, sino que forma parte de su trama, está unido a ella y arraiga en su modalidad y en las características del poder establecido” (2008, p. 27). La autora sostiene que en Argentina el asesinato político fue una constante y la tortura un modo sistemático e institucional después de la Revolución del 30 para los prisioneros políticos. Concluimos con Pilar Calveiro que la práctica represiva instaurada a partir del golpe cívico-militar del 24 de marzo de 1976 no fue ni más de lo mismo, ni un monstruo que la sociedad engendró de manera incomprensible: “Es un hijo legítimo pero incómodo que muestra una cara desagradable y exhibe las vergüenzas de la familia en tono desafiante” (2008, p. 13).

También acordamos con Calveiro cuando señala que la creación de ese dispositivo, como política represiva de Estado, tiene su explicación en la amplia influencia que alcanzó a mediados de los setenta un movimiento revolucionario amplio, diverso, radical y verdaderamente decidido a tomar el poder político. Si no se entiende que existieron posibilidades ciertas de que un proyecto

de corte nacional popular tuviera fuerte influencia en el sistema político y, eventualmente, controlara el Estado, no se puede comprender la modalidad represiva desarrollada.

Viendo las consecuencias que dejó en lo político, económico, cultural y social, y por qué no ético, el último período dictatorial, se dimensiona lo que significó ese momento bisagra o de intento refundacional en la Argentina. Intento que buscaba, definitivamente, resolver el denominado “empate histórico” y que por un largo período pareció lograrlo.

Las guerras sucias fueron una batalla decisiva en el marco de la Guerra Fría, y su victoria lograda a base del terror permitió la apertura incondicional de nuestra América, a la vez que la marcó en sus formas económicas, políticas y lo que es más fuerte aún, en sus horizontes de pensamiento, “recortando” lo pensable de lo que definitivamente debía expulsarse de toda consideración (Calveiro, 2008, p. 135).

Ese recorte de lo pensable del que habla Calveiro fue el horizonte que se construyó posteriormente en un contexto internacional en el que el capitalismo de Occidente pareció haber logrado finalmente ganar la batalla.

Haciendo una relectura de mi tesis doctoral del año 2013, en ese momento planteaba que a partir del año 2003 se volvía a discutir lo que aparecía como indecible. Y que la mejor imagen era que se revirtieran el indulto y las leyes de impunidad, y ver a viejos genocidas, militares, jueces, religiosos y civiles sometidos a juicio y condenados. Concluía que, aun así, producto de la paradoja, lo que estos procesos tenían de fuerte, en términos de impronta, lo tenían de frágil. Y que nada indicaba en nuestra historia que hubiéramos llegado a un proceso irreversible. Y así fue...

En Argentina en particular y en Latinoamérica en general el avance neoliberal precisó de la realización de prácticas genocidas –nuevamente– que reestructuraran profundamente no solo

los patrones de acumulación, sino las prácticas sociales y culturales. En la etapa que transitamos, donde se pone en cuestión la democracia representativa y sus limitaciones, donde los procesos de cambio en Latinoamérica tocaron su techo en sus intentos redistributivos, con mayor o menor éxito, según la historia de cada país, se torna imprescindible discutir todo nuevamente.

Es necesario revisar los paradigmas, conceptos y herramientas explicativas para buscar alternativas posibles en nuestra región. Pero también es fundamental poner en escena la historia, la comprensión histórica, que nos permite encontrar matrices de las luchas y salir del discurso del “eterno presente”, donde se nos dice que no se puede proyectar, que hay que vivir el ahora y que la historia es el pasado y ya fue. Este discurso no es inocente y es político. La imposibilidad de pensarnos en marcos de memoria e históricos impide ver que otro mundo es posible.

La vuelta a la ¿normalidad? democrática

La democracia de mercado

Uno de los objetivos prioritarios de nuestro gobierno es el de asegurar que los intereses económicos de los EE.UU. puedan extenderse a escala planetaria.

M. ALBRIGHT, secretaria de Estado, 1997

A partir de los años ochenta, se abre un período de redemocratización en la región pautado por el modelo de “democracias viables” ideado en Washington y enmarcado, a su vez, en una nueva estrategia en la que comenzaba a ejercer su hegemonía el capital financiero internacional.

Con la derrota en la guerra contra Vietnam se produjo en Estados Unidos la disolución del consenso bipartidario sobre seguridad y política exterior. En ese contexto surgió una fuerte corriente

neoconservadora cuya máxima expresión fue la administración Reagan. A partir de su segunda presidencia, se empezó a gestar una nueva estrategia de seguridad para la década de los noventa, de consenso bipartidario. Comenzó, entonces, un desplazamiento estratégico hacia uno de hegemonía que resaltaba las tareas de influencia y los instrumentos político-ideológicos. Por primera vez desde la guerra de Vietnam, y luego de la sensación generalizada de que se estaba perdiendo la guerra de las ideas con el socialismo, Estados Unidos posee la iniciativa ideológica. Y es a fines de los ochenta que se retomó la iniciativa de dar la disputa ideológica a escala mundial. Para ello se buscó extender el modelo “democrático liberal”, que se comenzó a materializar con el repliegue de las dictaduras latinoamericanas, que ya no eran viables para esta nueva estrategia: si el conflicto era político, la democracia era necesaria.

CBI: el libreto es el mismo

En la nueva estrategia de seguridad norteamericana inaugurada a partir de los años noventa el balance general de fuerzas se dirimía, en gran medida, en torno a modelos de sociedad. Dentro de esta redefinición estratégica, se planteaba que la intervención de los Estados Unidos debía ser básicamente indirecta. Es en esta línea que se alienta la conformación de fuerzas cooperativas que serían producto de una nueva asociación para superar las políticas del unilateralismo de intervención norteamericana. Se trataría, entonces, de gestar un liderazgo estadounidense sin “dominación” y con responsabilidades compartidas. En esta redefinición estratégica de la seguridad norteamericana se enmarca la Doctrina de Conflictos de Baja Intensidad (CBI). Pero la doctrina es más que una estrategia militar. Es resultante del nuevo consenso bipartidario y da supremacía al instrumental político-ideológico. Los CBI son caracterizados, por los organismos de seguridad norteamericanos, como una confrontación político-militar por

debajo del nivel de la guerra convencional. La definición engloba: contrainsurgencia, proinsurgencia, operaciones antidrogas, contraterrorismo, operaciones en tiempo de paz y operaciones de mantenimiento de paz conjuntas o supervisadas por la ONU.

En la década de los noventa, las presiones del capital financiero internacional sobre los países del tercer mundo, ejercidas a través de sus legislaciones y el control del flujo de capitales vinculado al pago de la deuda externa, llevaron a las naciones de América Latina a procesos de descomposición social. Este hostigamiento constante desencadenó manifestaciones de violencia multidireccional, impulsadas por poblaciones desesperadas por subsistir. Ahora bien, qué significa y qué implica ser pobre está siempre determinado por la sociedad en que se vive, por una coyuntura determinada y por la experiencia histórica.

El excedente absoluto

La denominada revolución tecnológica a la que venimos asistiendo, va generando una fuerte disminución del trabajo humano, con la consecuente expulsión de los puestos de trabajo en todas las ramas de la actividad: la industria, el ámbito agropecuario, la administración pública y privada, el comercio, entre otras. Esto ha dado origen a que ya no se pueda hablar de la existencia de un “ejército de reserva” que el capitalismo genera para mantener salarios y disciplinamiento entre los trabajadores, sino de otro fenómeno donde lo cuantitativo, dadas las proporciones expulsadas, se transforma en cualitativo; generando una población excedente absoluta que no es funcional para la lógica capitalista porque son demasiados: no sirven como mano de obra barata.

Tales procesos fueron dando lugar a una creciente neofeudalización de estas sociedades, donde los sectores altamente privilegiados y las minorías que logran integrarse en los modelos emergentes con niveles medios y altos de consumo están rodeados de amplias capas sociales empobrecidas y hambrientas,

con niveles crecientes de desempleo y precarización del trabajo, que golpea especialmente a los jóvenes. Así, como resultado de la reestructuración global del capitalismo, se fue configurando un nuevo régimen de desigualdad y marginalidad, fundamentalmente urbana.

La población excedente absoluta. Las manifestaciones de esta nueva marginalidad son fácilmente reconocibles para quien transita las calles en las grandes ciudades: familias enteras que deambulan o están tiradas en una vereda, donde improvisan campamentos temporarios en los alrededores de las terminales de trenes, plazas o casas viejas derruidas; mendigos en los transportes públicos, bares y restaurantes; niños desarraigados y subalimentados mendigando por toda la ciudad; comedores comunitarios sobrepasados por desocupados que hacen allí su única comida diaria; hombres y mujeres que hasta no hace mucho tiempo eran asalariados y hoy recorren las calles revisando bolsas de basura; barriadas pobres convertidas en tierra de nadie; delitos de pobres contra pobres; y el deterioro silencioso y solapado: núcleos familiares que se destruyen, aumento de la violencia doméstica, sensación generalizada de terminalidad, furia de los más jóvenes, amargura de los adultos. Crecimiento de la xenofobia y criminalización de la pobreza. Todo coronado con una permanente tensión en las relaciones sociales cotidianas y la sensación de una bomba de tiempo que nadie sabe cómo ni cuándo podría estallar, ni en qué dirección.

Hay una población excedente absoluta que ya no va a insertarse en el mercado laboral. Por otra parte, quienes mantienen su puesto de trabajo no están exentos de pasar a formar el ejército de excluidos a partir de la competencia de mano de obra barata, trabajo temporario y desindicalización. Pero quizás el factor más determinante es la puja por la reformulación del Estado en las últimas décadas, y a la luz de las “reformas estructurales” del

modelo neoliberal, cerrando así el círculo perfecto de la nueva marginalidad creciente.

Pobres más pobres

En América Latina, la pobreza –con alguna variación coyuntural– ha aumentado en números absolutos, más allá de algunas coyunturas. Y la Argentina no es ajena a esa realidad.

Según Hugo Muleiro y Vicente Muleiro (2019), sobre la base de datos del Indec y la encuesta permanente de hogares, el primer semestre de 2018 la clase media plena llegaba solo a un 10% del total de la población, en tanto que la clase media baja y la baja superior se acercaban a un 50%. De acuerdo con los datos de su investigación, esta realidad adquiere centralidad a partir de la década de los setenta.

Los autores definen a la “clase un cuarto” como aquella que “incluye a quienes rondan o superan la línea de pobreza sin que les alcance para ser, estrictamente, de clase media plena, sea cual fuere su autopercepción” (Muleiro y Muleiro, 2019, p. 8). En este sentido, advierten que la corrosión de la clase media siempre estuvo disimulada por la

vidriera más bruñida de la ciudad de Buenos Aires en primer lugar y otras arrogantes cartas de presentación que ocultaron una exclusión pavorosa y una compartimentación social dislocada e inmoral si se coteja el potencial del país con su habitualmente malherida realidad material y humanitaria (Muleiro y Muleiro, 2019, p. 9).

La paradoja de la clase media ampliada, producto del ascenso social que impulsa el peronismo, es que se torna aspiracional por fuera de su identidad y descalifica al peronismo y a los “negros” como modo de exorcizar su origen plebeyo y pobre. La clase media se niega a reconocer que su progreso se relacionaba con un modelo de crecimiento vinculado al ingreso al circuito

económico de sectores pobres o históricamente postergados. Es el histórico odio de los “empleados de cuello blanco” a quienes, a partir de los derechos logrados, trabajando en la fábrica igualan o superan sus ingresos de empleados de oficina.

¿Qué pasó con lo aspiracional, con ese sentido común arraigado desde 1945? Pues mucho. El gelatinoso concepto de clase como pertenecía a un sector económico, en la sociedad neoliberal sobre todo, es más una subjetividad de pertenencia que un acceso real a una vida con distintos niveles de acceso a los bienes materiales y simbólicos. De ahí que el aspiracional sea una categoría muy fuerte hoy que desdibuja las fronteras reales de pertenencia y construye otro tipo de fronteras subjetivas. Por eso hablar de clase media es más una cuestión de identidad que de accesos reales o imaginarios, pertenencias reales o imaginarias e inclusión relativa.

El Consenso de Washington

Las eufemísticamente llamadas reformas estructurales, en el caso de América Latina, están directamente ligadas a lo que se denominó “Consenso de Washington” (CW), que refiere a los temas de ajuste estructural que formaron parte de los programas del Banco Mundial y del Banco Interamericano de Desarrollo, entre otras instituciones, en la época del “reenfoque económico” durante la crisis de la deuda desatada en agosto de 1982. El CW se conformó por ejecutivos del gobierno de Estados Unidos, las agencias económicas del mismo gobierno, el Comité de la Reserva Federal, el Fondo Monetario Internacional, miembros del Congreso interesados en temas latinoamericanos y los *think tanks* dedicados a la formulación de políticas económicas que apuntaban a forzar cambios estructurales en Latinoamérica. El denominado “Consenso” fue en realidad un documento adoptado a partir de una reunión realizada en Washington en 1989, entre académicos y economistas norteamericanos, funcionarios de gobierno de

ese país y funcionarios del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. No fue un consenso de la “comunidad internacional”, en un debate amplio sobre las necesidades y las opciones del mundo hacia el siglo XXI, sino la imposición de reglas de juego en una nueva etapa de mayor –aún– concentración del capital.

El Consenso es el resultado de una elaboración compleja, cuyas primeras –y radicales– medidas fueron aplicadas, a partir de 1974, en Chile y, de 1976, en Argentina; y que vinieron de la mano de sangrientas dictaduras militares que les aseguraban un clima político interno favorable para su implementación a largo plazo. El objetivo: proceder a una transferencia de riqueza desde las economías de los países pobres, en particular de América Latina, hacia el capital norteamericano financieramente móvil. En lo doméstico, esto se transcribió en un proceso de concentración de la riqueza en pocas manos con el consiguiente aumento de la pobreza y deterioro casi terminal de nuestra histórica clase media.

Entonces, llegamos a que el neoliberalismo acabó con una tradición de sesenta años de políticas públicas y no puso nada como alternativa, ¿o tal vez sí...?

Las ONG entran en escena

A partir de la década de los ochenta, surgen –o diríamos empiezan a cobrar un nuevo protagonismo– formas de organización diferentes a las tradicionales. Ya no se trata de la gran movilización y demanda del conjunto de los trabajadores, sino del surgimiento de movimientos que se desarrollan sobre la base de temas específicos y donde se prioriza lo sectorial, la sobrevivencia económica y la no vinculación con la política partidaria. Y decía que cobran un nuevo protagonismo porque la organización social a través de sindicatos, clubes de barrio, bibliotecas populares, cooperadoras escolares y asociaciones vecinales y de fomento, tiene una larga historia pero no actuaban sobre la defensa de un interés específico, sino que presentaban demandas para el conjunto de

la sociedad; mientras que en la actualidad la creciente presencia de las ONG responde a intentos de buscar soluciones parciales y focalizadas y no para las demandas de la sociedad en su conjunto. Uno de sus objetivos es fragmentar, desde la misma lógica de mercado: encontrar un nicho al cual explotar para conseguir financiación, donde los fondos utilizados para espacios físicos y salarios de una minoría son altamente superiores que los destinados a la práctica social, que se sostiene con “voluntarios”. De hecho, las grandes corporaciones multinacionales desarrollan lo que denominan su “responsabilidad social empresarial” y allí vuelcan fondos de ayuda e incentivan a sus trabajadores a participar del voluntariado.

El objetivo fragmentado de las ONG no apunta a la ampliación de derechos, sino a despolitizar las demandas y buscar soluciones en marcos acotados donde las problemáticas por resolver no tendrían que ver con los proyectos políticos de los gobiernos; es decir, no distinguen proyectos populares que amplían derechos de gobiernos que los restringen, porque sus fondos provienen de fundaciones o vía Banco Mundial. Por otro lado, la capacidad de incidencia de las ONG está recortada a un ámbito muy acotado. Algunas ONG que, con honestidad y voluntad política, se hacen cargo de problemáticas sociales, se enfrentan a una situación de tensión entre sentirse parte de una estrategia de desmembramiento del Estado y ser funcionales, sin quererlo, al modelo (tapando los “agujeros” de los cambios estructurales que no llegan) o desarrollar una política de organización y reconstrucción de lazos solidarios en la sociedad. Y como si fuera poco, cómo hacer sustentable económicamente la organización sin cristalizar en una forma de gestión privada, aunque sin fines de lucro, o depender de subsidios, y otras formas de financiación de fundaciones y organizaciones internacionales que dan fondos, pero terminan operando sustancialmente en sus definiciones políticas

profundas, primero a través de modificaciones en el discurso y desde allí en las prácticas.

Genéricamente todas son ONG, es decir, organizaciones no gubernamentales. Claro que, en tanto ONG, no es lo mismo Poder Ciudadano que el comedor comunitario de un barrio del conurbano bonaerense. Por eso ¿de qué hablamos cuando hablamos de ONG? Según la definición del Banco Mundial, ONG son organizaciones privadas, sin ánimo de lucro, que trabajan en los países en vías de desarrollo para aliviar el sufrimiento, dar a conocer la situación de los más pobres, proteger el entorno, proporcionar servicios sociales básicos o impulsar el progreso de la comunidad.¹

Veamos por partes esta definición: “aliviar el sufrimiento”, es decir, poner paños fríos a una situación desesperante, pero no generar cambios político-económicos; “dar a conocer la situación de los más pobres”, definición peligrosa, ¿quién recibe la información y qué hace con ella?; “proporcionar servicios básicos o impulsar el progreso de la comunidad”, esto es, sellar el desentendimiento del Estado en materia social y fragmentar, que sea la comunidad la que resuelva sus problemas en lo micro, sin poder pensar el marco macro social, político y económico que genera el deterioro en sus condiciones de vida. Y fragmentar buscando salidas desde lo micro que no afecten la política macro.

Pero tal vez el aspecto más peligroso y solapado de la política de ONG del Banco Mundial es que lleva, por el atractivo del recurso económico y de infraestructura, a neutralizar o cooptar movimientos u organizaciones sociales que nacen o nacieron a la luz de las luchas contra el modelo neoliberal. También en este marco se da la cooptación de referentes sociales, aislándolos de sus bases e integrándolos en estructuras cuasi parasitarias. Incluso hoy

¹ <https://ieg.worldbankgroup.org/sites/default/files/Data/reports/177presp.pdf>, p. 2.

en día en redes como Instagram jóvenes que buscan modos de viajar por el mundo promocionan la posibilidad del voluntariado como modo financiado, es decir, gratuito para ellos, de “conocer el mundo” y lo definen como oportunidad de viajar y conocer países gratis por solo unas horas de trabajo de voluntario...

Entre la teoría de la conspiración y la ayuda desinteresada

Quien se ha formado en las ciencias sociales sabe que hay una premisa básica: todo tipo de acción colectiva organizada tiene una finalidad político-social en última instancia y, por ende, una posición o perspectiva ideológica, aunque no la nombre. ¿Qué queremos decir con esto? Que pregonar independencia política por parte de las organizaciones no gubernamentales es una falacia. Puede haber independencia en términos de estructura política, pero no ideológica o de toma de posición.

Las ONG crearon puentes ideológicos entre pequeños capitalistas y los monopolios que se beneficiaron de las privatizaciones, todo en nombre del antiestatismo y la construcción de la sociedad civil. Quien alguna vez accedió a una planilla para conseguir fondos de las entidades internacionales sabrá que no es nada simple responder a los requerimientos. Solo quien esté entrenado en las lógicas políticas, plasmadas en lo discursivo de estos organismos, puede penetrar el entramado complejo de quienes aportan los fondos. Y es aquí donde se opera la primera intervención ideológica que irá permeando en la organización social: a través del discurso. Esto es, modificar el modo de nominar la realidad nos lleva a modificar nuestra práctica: desarrollo de ciudadanía, democracia participativa, comunicación para el desarrollo, sociedad civil, sectores menos favorecidos, jóvenes en situación de riesgo social, etcétera.

El desafío es ¿cómo salir de lo meramente reivindicativo y coyuntural, de lo sectorial, para avanzar hacia lo estratégico en términos de proyecto político abarcador de las grandes mayorías?

De lo contrario corremos el riesgo de avanzar en la cristalización de una nueva etapa del modelo hegemónico, naturalizando la autosolución de problemas sociales vía organizaciones sociales, articuladas en redes, pero fragmentadas. Generando, así, un país con “subsociedades” autosuficientes: huertas comunitarias, comedores comunitarios, medios de comunicación comunitarios. Esto es, la comunidad fragmentada en circuitos de interés articulados horizontalmente sin ningún tipo de incidencia vertical. Una suerte de subsociedad de “segunda categoría”.

Entonces, en el marco de la nueva racionalidad política neoliberal, la estrategia de financiación y promoción fragmentada y supuestamente desde abajo se plasma en la promoción de organizaciones antiestatistas de intervención en distintas problemáticas socioeconómicas, desanclando los problemas sociales de los proyectos políticos y las disputas de poder.



Es el neoliberalismo

La vida en la normalidad
fraguada

¿Cómo llegamos a esto? Relecturas de lo que no queríamos aceptar

Buscando viejas lecturas, encontré un trabajo del filósofo argentino José Pablo Feinmann, *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política* (1998). Lo que me atrajo fue un capítulo en particular que tenía subrayado y que pienso que en su momento no dimensioné, o quizás me incomodaba dimensionarlo.

En este texto, Feinmann se refiere al libro *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, de Gilles Lipovetsky, y destaca el surgimiento de una nueva ética que reemplaza a la sacrificial de las décadas de los sesenta y los setenta, que denomina como una ética no sacrificial con un imperativo narcisista.

Feinmann cita a Lipovetsky cuando plantea que “tenemos prohibiciones pero no prescripciones sacrificiales, valores pero ya no imperativos heroicos, sentimientos morales pero no ya sentido de la deuda” (p. 62). Ya en esa época, Feinmann destacaba en este autor, identificado con la denominada posmodernidad,

su preocupación por el individualismo creciente, al que consideraba clave en el destino de la democracia.

En este recorrido de textos de comienzos de los años noventa, también recuperaré un trabajo sobre los debates en torno a la perspectiva de la posmodernidad. Se trata de un artículo publicado en la revista *Telos*, donde Jörg Becker (1991) retoma a distintos autores, entre ellos al filósofo alemán y estudioso de los medios Norbert Bolz, quien plantea que:

Simulación es una de esas palabras mágicas de las ciencias con las que hoy en día se intenta corresponder a la realidad tecnológica de los nuevos medios de comunicación, ordenadores y sistemas de armas. La simulación se diferencia de la ficción en que, aunque también evade y engaña la realidad, al fin y al cabo, crea una realidad. La simulación ajusta lo imaginario con lo real. [...] Fábricas de espejismos que están paradas han disuelto el viejo mundo bonito del trabajo y de la negatividad del hombre y de la historia en un juego de la apariencia. La manipulación se convierte en la normalidad de la descripción del mundo. Por ello, debemos conquistar una nueva relación con los términos apariencia, ficción y simulación (Bolz en Becker, 1994, p. 2).

En la misma publicación, unos párrafos adelante, comentando sobre los otakus japoneses –como ejemplo extremo en esa época– que entran en contacto con el mundo exterior solamente a través de medios técnicos, el autor vuelve a citar a Bolz:

Alrededor de nosotros, las omnipresentes imágenes técnicas están en vía de reestructurar de forma mágica nuestra realidad e invertirla en un escenario global de imágenes. Se trata, fundamentalmente, de un acto de olvido. El hombre olvida que él era quien generaba esas imágenes para orientarse en el mundo. Ya no es capaz de descifrarlas y, a partir de ahora, vive en función de sus propias imágenes: la imaginación se ha convertido en alucinación (Bolz en Becker, 1994, p. 3).

¿Qué queremos plantear con esto? Que, de alguna manera, los debates que hoy nos desorientan, nos aturden o por momentos nos sobrepasan, ya se comenzaban a dar cuando aún las tecnologías no habían llegado para quedarse. Todavía recuerdo que quienes comenzábamos a abrir esos debates éramos estigmatizados con el “argumento” de que nos habíamos quedado en la modernidad.

Sostenemos que el avance irrefrenable del denominado neoliberalismo, que se llevó por delante las utopías y mucho del pensamiento emancipatorio, nos colocó en un lugar de gran incomodidad y, por qué no decirlo también, de desorientación. ¿Solo quedaba acomodarse a los nuevos tiempos e intentar los “compromisos razonables”? Volvemos a *La sangre derramada* donde José Pablo Feinmann se detiene en la perspectiva actual, luego de desarrollar distintos momentos de nuestra historia, donde los imperativos llevaban a debates y enfrentamientos de los distintos modos de entender la realidad y el sentido de patria.

Gilles Lipovetsky ha reflexionado sobre la situación actual de estas cuestiones. El libro se llama *El crepúsculo del deber ser* y parte de la siguiente constatación: el fin de la idolatría de la Historia y la Revolución ha abierto el espacio a una nueva ética. Una ética no sacrificial. Lipovetsky afirma que tras el imperativo categórico ha surgido el “imperativo narcisista glorificado por la cultura higiénica y deportiva, estética y dietética”. Habla con rigor y conocimiento sobre nuestra época y afirma: “lo que domina nuestra época no es la necesidad de castigo sino la superficialización de la culpabilidad” (Feinmann, 2010, p. 62).

¿Hemos entrado en una etapa de individualismos “responsables”?, es decir compromisos “razonables” como modo de asumir la derrota y la imposibilidad o incapacidad de seguir creyendo en un mundo distinto, pero sin que la culpa corroa la conciencias.

En este punto, Feinmann concluye: “Si individualismo responsable o muerte es un exceso, individualismo responsable, por pavor, es una patética insuficiencia”

En Latinoamérica salimos de las dictaduras y genocidios que prepararon el terreno estructural, cultural y social para esta nueva etapa, y entre el dolor, los duelos y los intentos de justicia, debatíamos sobre cuáles eran las coordenadas. Por un lado, las democracias populares locales con su “desorden” y su disputa de sentido en el marco de disputas de poder mayores; y por otro, las democracias liberales de corte europeo, que se presentaban como la alternativa a la “barbarie” que acumulaba Sudamérica, revoluciones mediante.

La discusión y las contradicciones siguen presentes; cada vez resulta más difícil mantener el eje en las prácticas sociales, históricas y culturales de la región. Si bien en la denominada “década ganada” los gobiernos de Evo Morales, Hugo Chávez, Lula da Silva, Néstor Kirchner y en parte Rafael Correa y Michelle Bachelet fueron un intento de recuperación de esa matriz, en pocos años, las limitaciones económicas de la nueva era pusieron en jaque un proceso que buscaba recuperar debates que parecían olvidados, pero esta vez desde el Estado en los países locales. Debatir qué fue lo que sucedió y las limitaciones es algo que nos debemos y que de algún modo no se está dando a la altura de la coyuntura de alto riesgo que se está viviendo, al menos en Argentina con un proceso inédito, y que no es comparable ni siquiera con el fenómeno de Jair Bolsonaro en Brasil, por las particularidades estructurales e históricas de cada país.

Ante el alto grado de consenso que genera Milei, y yo agregaría el que logró Macri en 2015, un periodista se preguntaba por el silencio de quienes recuperaron derechos o lograron que el Estado se los reconociera: los jóvenes que terminaron el secundario con el programa Fines y Progresar; quienes adquirieron la jubilación vía una moratoria; estudiantes de universidades públicas; empresarios pyme que recibieron asistencia en pandemia; familias que adquirieron su vivienda con el Procrear; barrios populares que se conectaron a cloacas y agua potable a través de Aysa;

extranjeros que se documentaron por una de las leyes migratorias más progresistas del mundo. En realidad, la pregunta es más profunda, podríamos preguntarnos qué pasó con diez años de ampliación de derechos y justicia social. ¿Era posible ir más allá de un capitalismo redistributivo?, por llamarlo de alguna manera. ¿Era inevitable llegar a un techo? ¿Podían los referentes políticos en Argentina y la región dar cuenta de esos límites y lo que podía desencadenar?

Hay que ir por partes, ya que cada país tiene sus particularidades. En Argentina, como ya detallamos en capítulos anteriores, el cambio en el patrón de acumulación que imprime la dictadura cívico-militar de 1976-1983 fue decisivo –además de las prácticas genocidas con que lo implementó. Paradójicamente, celebramos 40 años de democracia ininterrumpida con un *déjà vu*, Milei y su programa que intenta completar el plan de Martínez de Hoz y su vicepresidenta negacionista defensora de los genocidas, sumado a su ministra de Seguridad que promete sangre y represión.

El proceso que abrió Néstor Kirchner en 2003 (con una inédita acumulación de fuerzas, pasando del 22% de votos a una aceptación arriba del 50% en un año) prometía iniciar una etapa de recuperación de la histórica impronta peronista; sin embargo, su temprana muerte abrió un debate hacia el interior de la coalición que continuó con Cristina Fernández, que lejos de fortalecerla para avanzar en cambios estructurales, mostró sus limitaciones ya sobre el final de su primer mandato: un avance institucional de sectores progresistas que no venían de la tradición peronista, e incluso podríamos decir con resquemores hacia el peronismo, una profundización de un discurso de corrección política que anclaba en los sectores medios pero no llegaba a los sectores populares en políticas que apuntaran a sus problemáticas estructurales. Podríamos decir que el peronismo se “desdibujó” tanto en el discurso como en la práctica territorial, y los nuevos sectores que se acercaron a la coalición gobernante no tenían una

tradición de práctica territorial y conocimiento profundo de las prácticas socioculturales populares.

Ya en el segundo mandato de Cristina Fernández de Kirchner se iniciaron pujas muy fuertes por la sucesión. El peronismo, entendido como fuerza articuladora de lo popular, se encontraba fragmentado e incluso enfrentado. Ante esta situación, la respuesta fue un mayor centralismo en las decisiones por parte del Ejecutivo, aislamiento y enfrentamientos que no estaban a la altura de la acumulación de fuerza real para sostenerlos. A esto se sumó un discurso dirigido principalmente a los convencidos, como si la sociedad en su conjunto tuviera “oídos” militantes, entre tantos otros aspectos. Al mismo tiempo, comenzaba a percibirse cierto “hartazgo” social, fruto de años de guerra mediática contra el gobierno y la identidad peronista, ahora denominada por propios y ajenos como “kirchnerista” (a pesar de la advertencia de Néstor Kirchner, quien supo señalar “nos dicen kirchneristas para bajarnos el precio, pero somos peronistas”).

Sin duda, excede este trabajo un análisis profundo sobre el proceso que se vivió en Argentina hasta llegar a la presidencia de Milei. Pero es fundamental ir al hueso en el análisis por la gravedad del momento histórico de incierto desenlace. Milei, y anteriormente Macri con otro perfil, afín a ese momento, lograron una lectura social que muchos preocupados por su propio destino político no vieron ni le prestaron atención. En el caso de Milei, más allá del análisis que podamos hacer desde lo comunicacional y la construcción del referente, hay un fuerte componente cultural histórico de nuestro país. Excepto los 40 años de democracia, Argentina tiene una historia de enfrentamientos profundos, estructurales, que a partir de 1945 le marcan una impronta especial con la emergencia de los sectores populares como actores políticos no solo con voz y voto, sino también con presencia activa, transformados en un factor de poder muy importante por fuera de los cánones de la democracia liberal. La movilización masiva,

la presencia fuerte en las fábricas, en los barrios, hicieron de la práctica política un capital que caracterizó a la Argentina.

Pensar los procesos político-sociales en Argentina sin discutir el peronismo es prácticamente imposible. O al menos de una parcialidad que relativiza las conclusiones a las que se puedan arribar. Quizás para algunos resulte recurrente y, por qué no, tedioso discutirlo. Pero independientemente de las elecciones personales, mayores o menores simpatías o antipatías, el peronismo pautó y sigue pautando la política, la vida social y la cultura de nuestro país desde 1945 hasta esta parte.

El recorte histórico que va de 1958 a 1976 condensa gran parte de lo que se denominó la “resistencia peronista”. Abarca el período en que todo el arco político, ya sea institucionalistas, o militares golpistas, se pusieron de acuerdo en negar al peronismo, proscribirlo, hacerlo desaparecer material y simbólicamente y gestar, por acción u omisión, un genocidio por parte del Estado terrorista durante la última dictadura del período 1976-1983, en tanto intento de refundación estructural del país.

Lo que caracteriza este período, como plantea el filósofo José Pablo Feinmann (2008), es que quienes fueron electos en esa etapa siempre llegaron al gobierno en un marco de ilegitimidad, ya que los votos no eran “suyos”, sino que eran producto de acuerdos circunstanciales o del desacuerdo expresado en el voto en blanco, representando así el respaldo latente del peronismo proscripto.

De ahí el poder que los militares podían ejercer. El historiador Luis Alberto Romero (2009) plantea que los empresarios nacionales o extranjeros coincidían en que cualquier modernización debía modificar el *statu quo* logrado por los trabajadores durante el peronismo.

Como ya lo habían insinuado al final del régimen peronista apuntaron a revisar su participación en el ingreso nacional y también a elevar la productividad, racionalizando las tareas y reduciendo

la mano de obra. Esto implicaba restringir el poder de los sindicatos, y también el que los trabajadores, amparados por la legislación habían alcanzado en plantas y fábricas. Recortar los ingresos y recuperar la autoridad patronal eran los puntos salientes de una actitud más general contra la situación de mayor igualdad social lograda por los trabajadores, la particular práctica de la ciudadanía en que se había fundado el peronismo; en esa actitud se combinaban las exigencias de cierta racionalidad empresarial con resentimientos más generales, menos confesables, pero ciertamente fuertes de quienes se habían coligado contra Perón (Romero, 2009, p. 135).

Tanto los militares como prácticamente todo el arco político coincidían en que el peronismo no debía volver al gobierno bajo ninguna forma. De este modo, más allá de matices y su legitimidad de origen entre los gobiernos de facto y los que accedían a la administración del Estado a través de las elecciones, al estar el peronismo proscripto, la mayoría (como se demostraría en cada elección) no se encontraba representada.

Volviendo a Feinmann (2008), el autor desarrolla la idea de “presidentes ilegítimos” a partir de los casos de Frondizi y de Illia, y explica que los que los pusieron en ese rol, son los mismos que los terminaron echando: “No eran presidentes legítimos. Y los primeros en saberlo eran los militares. Apenas Frondizi o Illia querían salirse del libreto, los tiraban. Los dos caen por el mismo motivo: autorizar la participación del peronismo en la vida política”.

El autor señala que, al ganar Framini la provincia de Buenos Aires, Frondizi cae:

No es un golpe contra Frondizi, es un golpe contra el peronismo. No es a Frondizi al que voltean, voltean a Framini, impiden que el peronismo se adueñe de la provincia de Buenos Aires. Y con Illia lo mismo [...] Los militares, que lo han puesto, no lo pusieron para que legitimara al peronismo [...] El golpe contra Illia no es contra él. Es

un golpe contra la posibilidad de la participación del peronismo en elecciones. El golpe militar de 1955 que depone al presidente Juan Domingo Perón se plantea como meta fundante desperonizar a la Argentina. Lo cual genera una paradoja para los militares y todo el arco político que los acompañó, sumado a la Iglesia y los propietarios de la tierra: reconocer que la Argentina estaba “peronizada” (Feinmann, 2010, p. 412).

En este objetivo había dos planos. Por un lado, recuperar las estructuras del Estado y modificar la legislación vigente. Por otro, “reeducar” a los peronistas. Una de las preguntas fundamentales es ¿para qué querían recuperar las estructuras del Estado y desperonizar a la Argentina? Parece una pregunta simple, sin embargo, la respuesta a lo largo de décadas siempre se soslayó bajo argumentos casi de orden retórico porque se contradecía en las prácticas: el respeto a las instituciones, la voluntad democrática, etc. Argumentos difíciles de sostener cuando la vía democrática fue proscribir la participación política del peronismo y la respuesta ante cada avance del peronismo por vía electoral solapada era frenada con un golpe militar a quien lo había permitido. Luis Alberto Romero (2009) agrega que

La exclusión del peronismo de la política fue para los vencedores de 1955 el requisito para poder operar esa transformación [...] la proscripción del peronismo, y con él la de los trabajadores, definió una escena política ficticia, ilegítima y constitutivamente inestable, que abrió el camino a la puja –no resuelta– entre las grandes fuerzas corporativas (p. 135).

Por esto, es imposible desvincular el momento actual de la Argentina de su historia. Las mayorías populares desde 1945 tenían una identidad política, social y cultural, una brújula que, con matices y contradicciones, marcaba un norte. Y esa identidad se caracterizaba por el poco apego a las “formas liberales” de representación, que siempre jugaban en contra de sus intereses o

tratando de arrebatarnos derechos. Por esto no debería llamar la atención que sectores populares puedan haber visto en Milei un norte, cuando comenzó a desdibujarse su identidad histórica. Sé que esta perspectiva puede ser polémica, ya que trata de “mirar” desde abajo la política, y no desde las representaciones formales. Porque justamente eso es lo que está en crisis. Una estructura de representación política cerrada sobre sí misma que no está dando cuenta de las problemáticas y los cambios acelerados que el neoliberalismo viene imprimiendo a nivel global.

Decíamos que eso que denominamos pueblo es una construcción histórica y no una categoría de análisis. Es decir, se construye y se diluye en distintos momentos históricos, y su constitución implica sectores diversos, contradictorios, pero que los amalgama la resolución de problemáticas concretas. En la última década, esto que denominamos pueblo fue perdiendo sus referencias, no por “no ver” los cambios favorables o la realidad o analizar “mal”. ¿No será que esos proyectos emancipadores hoy no están interpelando a esos sectores que no tienen margen de futuro, más que ser un número produciendo para subsistir? ¿O será que ya no hay proyectos emancipadores, y que solo queda su caricatura?

Sobre las limitaciones que venimos tratando, no sin un fuerte sarcasmo, el periodista Martín Rodríguez (2024) plantea que “una política que perdió imaginación y donde, en ausencia, cada vez más lo que no se podía transformar se podía narrar o hacer identidad. El clásico de clásicos: si no podemos erradicar las villas, declaramos ‘el día del orgullo villero’”.

En esta dirección, Ricardo Dudda (2019) reflexiona sobre la denominada corrección política y cómo la “incorrección” fue ganando terreno sobre lo no resuelto de los progresismos:

Los perdedores de la globalización, de los sectores empobrecidos no encuentran que esa corrección los contenga o les dé respuesta a su precarización creciente. No solo han perdido sus trabajos y

sus comunidades, han perdido soporte social y cultural [...] y son las nuevas expresiones políticas “incorrectas” las que están generando un espacio que los contenga discursivamente en su necesidad de gritar, estallar, ante no solo el deterioro económico, sino ahora también cierta censura cultural y discursiva que los corrige o sanciona (p. 5).



El discurso social de impunidad en el entramado de las continuidades y rupturas posdictadura en Argentina

La construcción discursivo-comunicacional de la impunidad

El triunfo del discurso reorganizador se manifiesta hoy desde otro paradigma. Si la dictadura instaló la lógica del panóptico, en la posdictadura el panóptico ya no fue necesario porque el discurso se integró en la construcción social y cultural. Este discurso, a su vez, sentó las bases para el proyecto neoliberal o neoconservador que comenzó a consolidarse a partir del denominado Consenso de Washington.

Según Daniel Feierstein (2011), el genocidio –la práctica social genocida– es un hecho eminentemente político. El objetivo central del Estado dictatorial a través de la práctica genocida es la

desarticulación de la sociedad. Para los fines genocidas, que son fines políticos, no bastaba con aniquilar a las personas o grupos que manifestaban un tipo de relación social. Era tan o más importante aniquilar, erradicar los tipos de relaciones sociales que se manifestaban o encarnaban. El objetivo era demostrar la inutilidad, o lo peligroso de tener miradas solidarias y colectivas, para instaurar nuevos modelos de relación social, reorganizando las relaciones sociales.

Por eso, el discurso que hace eje en que las víctimas fueron militantes, guerrilleros o personas cercanas a ellos desdibuja el hecho central de la práctica genocida: el objetivo era el conjunto de la sociedad, la nación argentina. Feierstein plantea que pensar en estos términos redimensiona lo sucedido en el período 1976-1983 ya que permite abordar una dimensión oculta pero fundamental de la violencia masiva estatal como es la de producir transformaciones identitarias a través del terror infundido en el conjunto de la población nacional. Pensar el proceso como una “destrucción del grupo nacional argentino” involucra a la población argentina como tal, ya no en tanto individuos, sino en tanto miembros de la sociedad que se encuentra afectada por el aniquilamiento y el terror implementados para reconfigurar sus prácticas sociales y culturales, en definitiva, su identidad.

Es decir, nadie desconoce la identidad política de las víctimas y sus ideales y que fueron perseguidas y desaparecidas o asesinadas por buscar un cambio del *statu quo*. De lo que se trata es de que la sociedad en tanto colectivo afectado asuma que fue víctima. El discurso que “saca” del medio a la sociedad es, en definitiva, el triunfo del proyecto dictatorial de reconfigurar las prácticas sociales, porque, por un lado, la deja por fuera del genocidio y, por otro, también la deja por fuera de la responsabilidad social colectiva.

Por esto, hablar de delincuencia subversiva no fue inocente, implicaba llevar las prácticas militantes al terreno del delito, y por

extensión llevaba al terreno del delito cualquier intento de discutir el poder y su práctica político-económica.

La realización simbólica de las prácticas sociales genocidas

El triunfo del aniquilamiento no era el objetivo final. La tarea no hubiera estado completa si no se hubiera prolongado y naturalizado en las representaciones simbólicas, a través de determinados modos de narrar, de contar la experiencia genocida.

De todas maneras, el modo de narrar, los discursos sobre la práctica genocida no son estáticos y están atravesados por temporalidades y momentos históricos. Y en su condicionamiento están presentes las correlaciones de fuerzas que sostienen los distintos discursos, el negacionismo y el que busca mostrar toda su dimensión. Los avances en nuestro país en identificar los intereses económicos que gestaron el genocidio fueron posibles a partir de décadas de lucha de los organismos de derechos humanos y los espacios políticos, sociales y culturales, y en el marco de una política de Estado de reparación y visibilización de las luchas sociales por memoria, verdad y justicia a partir de 2003.

Cuando analizamos por qué ciertos discursos sobre el genocidio logran anclar o se vuelven más o menos visibles, no podemos hacerlo de manera aislada del momento político en el que se debaten los sentidos. Esto se debe a que toda discusión sobre cuáles discursos se consolidan y cuáles no es, en última instancia, una disputa de poder. Un ejemplo de esto son las leyes de obediencia debida y punto final, que, como hechos políticos de legalización del genocidio, fueron la materialización más contundente del discurso de impunidad en la práctica social. Con el tiempo, hemos podido corroborar el daño profundo que estas leyes produjeron, más allá de su efecto inmediato de garantizar la libertad e impunidad de los perpetradores. Estas leyes instalaron en

la subjetividad social –y, por ende, en las prácticas cotidianas– la idea de que incluso el delito más aberrante puede quedar impune, de que no existe sanción, y de que es el propio Estado –encargado de garantizar justicia y de construir sentidos de seguridad para su comunidad– el que avala la impunidad de estos delitos.

Entonces, el genocidio transformó las relaciones sociales de un modo tan profundo que logró alterar los modos de funcionamiento social mismo. Esa alteración impactó directamente en la conformación de nuevas prácticas sociales y también en la lectura social que se construyó posdictadura en torno a lo sucedido y en cómo se proyectó discursivamente en el tiempo y hasta la actualidad. Por esto coincidimos con Feierstein (2011) en que en los modos de representación simbólica de lo ocurrido en los años setenta en Argentina se juega no solo la comprensión del pasado, sino fundamentalmente las consecuencias que de dicha comprensión podemos extraer para el análisis de nuestro presente.

Si los procesos políticos de los años setenta se reducen a un grupo de jóvenes irresponsables idealistas, que buscaron la vía armada y llevaron a la sociedad al caos, y que entonces hubo un poder que reprimió y cometió violaciones a los derechos humanos, donde todo parece un enfrentamiento entre sectores que actuaban sin motivaciones, entonces las rendiciones ante la justicia de los militares debían ser individuales ante cada caso puntual.

Este fue el discurso que se instaló posdictadura, desde el gobierno del entonces presidente Raúl Alfonsín, plasmado en el prólogo del informe sobre la violación a los derechos humanos *Nunca Más*, conocido como “teoría de los dos demonios”, donde el accionar de uno desencadenó la respuesta del otro –recordemos que hasta el fin del mandato de Alfonsín permanecían detenidos en las cárceles presos políticos de la dictadura de 1976-1983. La sociedad, entonces, quedaba por fuera, como mera espectadora de ese enfrentamiento. Se renovaba la estrategia discursiva genocida sobre los desaparecidos y asesinados: “por algo será” y

“en algo andarían”. De este modo, la representación hegemónica discursiva clausuró el debate sobre el proyecto de la dictadura, facilitando tanto la aprobación de las leyes de impunidad como, con el tiempo, la construcción del discurso social de impunidad que permeó en las instituciones y la sociedad en su conjunto.

Este discurso “cerró” socialmente en su dimensión autoexculpatoria: si fue un enfrentamiento entre “demonios”, la sociedad queda por fuera de toda responsabilidad.

¿Es posible evaluar o medir los grados de responsabilidad social en el genocidio? Resulta complejo y difícil de abordar los alcances y límites de esta responsabilidad. La vida de quienes están bajo el estado de excepción –entendido como momento en que los derechos y garantías quedan en suspenso–, plantea Giorgio Agamben (2003), es la *vita nuda*, una vida puramente corporal a la que se le niega toda significación legal. Esto emerge a partir del poder de la ley de suspender su propia aplicación y particularmente las responsabilidades inherentes a esa aplicación. Son los meros cuerpos, despojados a la fuerza de sus prerrogativas éticas y sociales, adiaforizados, eximidos tanto de la ley humana como de la divina, cuerpos que pueden ser destruidos impunemente y cuya destrucción no tendría significación ni humana ni divina.

Giorgio Agamben (2003), al hablar de la *nuda vida*, habla de esa vida a quien cualquiera puede dar muerte. Los “matables”, cuya muerte no entraña en la práctica consecuencia jurídica alguna. Esas huellas, esa continuidad en el tiempo de la cual hablo, está en esta noción; la vida durante el genocidio se transformó en *nuda vida* y esa perspectiva se mantuvo a partir de cierta institucionalización de la impunidad con las leyes de obediencia debida, punto final, el indulto posterior y la subjetividad que construyó: no hay sanción institucional, jurídica, no hay sanción ética, social ni colectiva. Por lo cual se instala la impunidad como práctica social en todas las instancias, formales o domésticas.

Hay un hilo conductor entre la práctica social genocida y las prácticas sociales de impunidad que se construyeron posteriormente.

En esta línea de análisis, Pilar Calveiro (2008) hace hincapié en que la sociedad, el conjunto social, fue la principal destinataria del mensaje genocida. Se debía instalar un terror generalizado para grabar la aceptación de un poder disciplinario y asesino, para que se rindiera a su arbitrariedad, su omnipotencia y su condición irrestricta e ilimitada, solo así los militares podrían imponer un proyecto político y económico.

Así como entre los secuestrados y los secuestradores los mecanismos de la esquizofrenia permitían vivir con “naturalidad” la coexistencia de lo contradictorio, así la sociedad en su conjunto aceptó la incongruencia entre el discurso y la práctica de los militares, entre la vida pública y la vida privada, entre lo que se dice y lo que se calla, entre lo que se sabe y lo que se ignora como forma de preservación (Calveiro, 2008, p. 151).

La autora agrega que el campo de concentración anclado en la ciudad, separado del afuera por una pared, solo puede existir en una sociedad que elige no ver, por su propia impotencia, una sociedad desaparecida, tan anonadada como los secuestrados mismos. Campo y sociedad son parte de una misma trama. Finalmente, concluye que resulta impensable que ese poder desaparecedor iba a “desaparecer” por arte de magia o de “democracia”. La existencia de los campos de concentración cambió, remodeló, reformateó a la sociedad misma.

Entonces, la diada que surgió frente a las desapariciones: “por algo habrá sido” y “en algo andarían”, base de la justificación implícita de la práctica desaparecedora del Estado dictatorial, fue la que, con el tiempo, construyó un discurso social autoexculpatorio ante las prácticas sociales e institucionales vinculadas a la represión. Esto dejó como legado una doble victimización para quienes enfrentan ese poder en cualquiera de sus manifestaciones

-políticas, económicas, judiciales-, y de manera especialmente marcada en el ámbito social, donde los sectores pobres se ven estigmatizados en situaciones de delito o ilegalidad.

Narrar el mal

María Pía Lara define, en *Narrar el mal* (2009), que la misión social e individual de reflexionar sobre el mal significa que aun cuando no podamos impedir que otras acciones atroces ocurran, al menos podemos comprender por qué esas acciones pudieron haber tomado un rumbo distinto. A partir de allí, es posible elaborar perspectivas que permean en la sociedad para pensar “el mal”, la crueldad, en la práctica política genocida como algo que no está en debate en relación con su posible “legitimidad”.

Los juicios colectivos solo se pueden desarrollar y sentar bases que materialicen la justicia cuando los debates y opiniones se despliegan en la esfera pública. Y a su vez estos juicios permiten introducir nuevas narrativas en el espacio y las preocupaciones públicas. Lara (2009) reconoce en el término genocidio la capacidad de dimensionar la práctica de destrucción masiva y agrega: “Las palabras o conceptos se crean para producir perspectivas develatorias que puedan iluminarnos acerca de lo que estaba en juego respecto a la experiencia de crueldad planificada” (p. 131).

La paradoja, continúa Lara (2009), consiste en que algo atroz que los humanos han hecho no tendría forma humana para ser comunicado, expresado. Lo que llevaría a visiones metafísicas o que el mal no se puede entender. Y el espacio de comprensión que no se puede conceptualizar es lo inefable (indecible). Por esto, la autora concluye que, al ser el lenguaje la base de la producción de sentido, el nombrar revela verdades escondidas. Se plantea, entonces, el mal como algo del plano de lo humano que puede y debe ser comprendido y entendido en el marco de las prácticas racionales y propias de los hombres.

La permanente puja por el sentido en torno al genocidio que se ejecutó entre 1976 y 1983 en Argentina habla de un hecho histórico no saldado. Y no está saldado porque sus consecuencias son las que hoy palpamos no solo en los poderes económicos que constituyó, sino en el discurso social que instaló. Discurso que el poder necesita para justificar su presente sin que sea puesto bajo una zona de grises que cuestionan su legitimidad; no solo en el plano de lo legal, de la justicia, ya que en esa instancia no corren riesgos, sino en el plano de la memoria colectiva y la subjetividad que se constituye en torno a los poderes económicos y su gestación.

La práctica social de impunidad en la posdictadura y su proyección

Entendemos por práctica social de impunidad a la construcción de un orden social y político bajo el paradigma de quienes ejercieron el delito. Esto lleva a un escenario jurídico-político donde la sociedad se mueve en dos órdenes: el formal, legal y el informal, cristalizado en la práctica social. Esto desdibuja el rol del Estado y debilita a quien ejerce el gobierno, y fortalece a los poderes fácticos: medios de comunicación corporativos, delito organizado, poder económico, etc. Pero fundamentalmente fortalece el discurso que instala, es decir, quién tiene el poder real, y eso construye una subjetividad en torno a los poderes fácticos por sobre las instituciones y las normas. Entonces, a la impunidad de los perpetradores, se le suma la forma de representación de los hechos, es decir, los modos de realización simbólica que se quería instalar. Esto implicó que la memoria se articulara ante las violaciones a los derechos humanos por parte de los militares y se desdibujara el rol de los civiles, esto es, el poder económico, las instituciones de justicia y los medios de comunicación. En

definitiva, los gestores del proyecto político-económico reestructurador mediante un genocidio.

Uno de los temas que se volvió a discutir a partir de los juicios por delitos de lesa humanidad fue la mirada que había hegemonizado el discurso sobre el accionar represivo de la dictadura. Sobre esto, Daniel Feierstein (2011) señala que la sentencia del juez Rozanski en el juicio al excomisario Etchecolatz en la ciudad de La Plata marcó nuevamente el debate. Si bien la causa no había sido iniciada por genocidio, la sentencia destacó “no solo la existencia de un genocidio en la Argentina como marco de los hechos juzgados, sino la sugerencia de que fuera esta la figura escogida para avanzar en los próximos juicios” (p. 347). Por ello, dice el autor, constituyó un momento clave en la necesaria confrontación con los modelos de realización simbólica del proceso en Argentina.

Si aceptamos la perspectiva según la cual la práctica de recordar puede ser comprendida como la reconstrucción de un pasado desde los marcos sociales del presente, podemos encontrar huellas del pasado en ciertas prácticas sociales y discursivas actuales. Estas reconstrucciones muestran líneas de continuidad con discursos del pasado, tanto en el ámbito social como en sus instituciones y en la práctica política. Y también podemos descifrar por qué hay un intento permanente desde los sectores de poder de producir un corte, un “cierre”, un no debatir más. Sin embargo, hay otro riesgo, menos evidente, y es la banalización del genocidio a través de una saturación estereotipada y binaria de la memoria, donde el diálogo social paradójicamente, se cancela y produce una suerte de amnesia, como define Marc Angebot (2010) a los procesos por los cuales un conjunto social decide olvidar. El historiador se pregunta sobre el borramiento memorial de las sociedades contemporáneas. ¿Por qué las sociedades producen olvidos o se adaptan a él? ¿Cómo y por qué borran de modo activo algunas huellas de su pasado y reescriben su historia para acomodar los consensos transitorios? El autor agrega que la

gran paradoja de recortar el pasado es la fijación de la memoria presente, la conmemoración compulsiva de una especie de recuerdo encubridor y la saturación que produce al sellar el olvido del “resto”, la hipermnesia que favorece paradójicamente la amnesia. Como también plantea Calveiro (2008), y citamos al inicio del libro, el permanente recordar puede no necesariamente ser el triunfo de la memoria, sino su derrota.

Las estructuras de justicia y lo simbólico

Tras el golpe del 24 de marzo de 1976, las Fuerzas Armadas conformaron una nueva Corte Suprema. Esta corte juró por los Estatutos y los Objetivos Básicos del Proceso de Reorganización Nacional, como también lo hicieron otros jueces que se fueron nombrando. Según una de las leyes dictatoriales, por ejemplo, la Ley N° 21.338 agravó penas, creó nuevas figuras, incorporó la pena de muerte y bajó la edad de punibilidad a los 14 años. Hasta entonces, el tope estaba en los 16. O la 21.313 que extendió la jurisdicción de los jueces nacionales a todos los procesados que se encontraban en establecimientos carcelarios o penitenciarios o “de cualquier otro lugar para mantenerlos detenidos”, lo cual da cuenta de que los centros clandestinos de detención estaban de alguna manera contemplados en el área de aplicación de los jueces que no podían desconocer la existencia de estos campos de concentración de detenidos ilegales. Si bien hubo casos de valentía personal de no someterse a la ilegalidad, y que a varios les costó ser víctimas de desaparición, en general la justicia acompañó y le dio marco de “legalidad” o de “normalidad fraguada” a la práctica genocida.

El mecanismo era que cuando un familiar presentaba un *habeas corpus* pidiendo saber el paradero de una persona, el juez solicitaba información a la Policía Federal y a las Fuerzas Armadas, que obviamente negaban saber algo. Acto seguido, sobreseían la causa. Si algún caso llegaba a la Corte Suprema, esta se declaraba incompetente y ahí quedaba todo.

Resulta difícil pensar que en la actualidad algo se haya modificado en lo estructural –por arte de magia o de democracia, como dice Calveiro–. Cuando decimos estructural nos referimos no solo a la presencia fáctica de jueces o fiscales de aquella época que aún permanecen en el Poder Judicial, sino a una práctica judicial que permeó. Es decir, prácticas de ilegalidad y de fraguado en el ámbito que debe ser el garante del ejercicio de la justicia, en el cual la sociedad debería descansar y confiar ante las prácticas delictivas. Esto mismo es extensivo a las estructuras de las policías provinciales y federal. En el plano simbólico se consolidó una cultura de ausencia de sanción y normalización de la impunidad, por ejemplo, con la Ley de Obediencia Debida, que permitía que alguien justificara un delito bajo el argumento de haber recibido una orden.

En el 2015, luego de más de 30 años, se presentó ante el Congreso de la Nación un proyecto de ley para erradicar definitivamente lo residual de los Servicios de Inteligencia que operaron en nuestro país. A partir de los años noventa en la gestión del presidente Carlos Menem, la vieja estructura de inteligencia se reconfiguró, integrándose funcionalmente con la estructura judicial. Fue entonces cuando la Secretaría de Inteligencia, por decisión de su director, comenzó una estrecha articulación con los jueces federales. Los “espías” pasaron a colaborar con los magistrados, mientras la SIDE (Servicio de Inteligencia del Estado) funcionaba como una “policía paralela” que pinchaba teléfonos, seguía testigos y revisaba documentación en coordinación con los jueces.

Una sociedad que no confía en sus estructuras de justicia o de seguridad construye una subjetividad de la autodefensa. La “inseguridad” en tanto realidad palpable o construcción discursiva es hoy materia prima del trabajo de los medios de comunicación concentrados. Nuevamente se apuesta a lo que Eugenio Raúl Zaffaroni (2011) denomina construcción de la realidad paranoide. Y esa es la base sobre la que debemos analizar en Argentina cómo

fuimos llegando a este presente, entre impunidades, concentración de medios y nuevos marcos estructurales.

Huellas y marcas: la construcción de la realidad paranoide

Los titulares de los diarios nos alertan constantemente de nuevos peligros. Los programas de televisión los amplifican, dramatizan y banalizan; transforman la noticia que se construyó sobre la base de una selección de información en un producto.

La instalación de un pánico moral, dice Kenneth Thompson (2014), suele tener un formato de campaña, está dirigida a personas preocupadas por una aparente fragmentación del orden social.

¿Cómo se gesta el pánico moral? Thompson plantea que algo o alguien es definido como amenaza a los valores e intereses de la sociedad. Esta amenaza se representa en los medios de modo fácilmente reconocible, estereotipado –por ejemplo, los jóvenes con gorra y de los barrios periféricos en Buenos Aires como portadores de valores negativos-. A partir de esa construcción con sobresaturación de mensajes en distintos formatos y soportes comunicacionales, se construye la “preocupación pública” –corriente de opinión-. Esto presiona al Estado y los actores políticos a dar una respuesta, aunque ese “pánico” no tenga un sustento material concreto de amenaza. De este modo, se logra algún tipo de accionar o se instala una perspectiva y un estereotipo o prejuicio que pasa a formar parte de la subjetividad cotidiana, y por lo tanto de la práctica.

Pero el pánico moral no surge en el vacío; para que algo o alguien sea percibido como una amenaza debe haber un clima previo que actúe como catalizador. Esto implica la construcción de un escenario propicio para que dichas percepciones emerjan, y en este proceso cumplen un rol fundamental los medios de comunicación y las redes sociales. Cuando decimos que no surge en el vacío, también nos referimos a aspectos de la subjetividad

social que pueden estar adormecidos, quedan larvados y emergen ante determinados estímulos. Es decir, prácticas sociales que quedaron en el cuerpo social a partir de conflictos sociales y políticos no resueltos. Y a esto nos referimos cuando hablamos de la práctica social de impunidad que se manifiesta en situaciones de crisis, reales o construidas mediáticamente, donde el discurso de la sospecha se presenta con toda su crudeza: por algo será, en algo andarían. El problema se presenta cuando la denominada opinión pública, o su construcción mediática, funciona como catalizador social y se impone sobre las leyes, quienes legislan o quienes gobiernan, en un rol de intermediario entre la sociedad y sus representantes.

¿Cómo operan los medios de comunicación?

1. Se exagera la gravedad de los hechos por medio de la utilización de titulares catástrofes, la repetición en pantallas y en todos los soportes mediáticos, con la consiguiente viralización en las redes sociales, que implican aún mayor distorsión.
2. Se lo presenta como algo que se va a replicar, que el peligro es que va a suceder en todos lados y por eso se les exige a las autoridades que actúen.
3. El trabajo sobre lo simbólico. La naturalización a través de resignificar hechos, situaciones o personas. Se le quita la especificidad a una situación o persona, su carga originaria para resignificar el sentido afín a lo que se quiere lograr. Por ejemplo, se “inventa un término” para nombrar una situación o tipo de individuo (delincuente subversivo, motochorro, pibes chorros) y se identifican aspectos que se asocian al concepto: ropa, estilo, etc. De este modo, se habla de los “piqueteros” para nombrar a las organizaciones

sociales o de los “planeros” para referirse a quienes son beneficiarios de programas sociales del Estado.

Entonces, la estrategia discursivo-mediática ante determinado hecho o situación particular es amplificarlo, desnaturalizarlo y tomarlo como “dato” para sembrar el pánico y el miedo colocando al gobierno como el responsable directo de la situación –¡que no hace nada!

Se realiza una operación compleja, ya que los mismos medios que desde sus estructuras de poder económico articulan con la corrupción en el ámbito judicial, construyen un discurso de inseguridad, pero como problema de la política. La inacción de la justicia o la policía sería producto de la “política”. De este modo, se da un juego discursivo complejo, pero que, enunciado desde la multiplicidad de los formatos informativos y ficcionales, impacta con el difuso discurso de la “inseguridad”.

Los medios de comunicación concentrados fueron naturalizando determinadas prácticas de impunidad. Primero avanzaron a través de una saturación discursiva de noticias sobre las prácticas delictivas de la policía. Luego, en una nueva naturalización, avanzaron sobre las prácticas de ilegalidad de la estructura judicial. A través del discurso mediático, con una “sobredosis” de noticias sobre un eje temático (policías involucrados en delitos, miembros del Poder Judicial sospechados de corrupción), se neutraliza la capacidad de reacción de la sociedad, que incorpora estos hechos como parte de las prácticas sociales aceptadas, es decir, se naturalizan.

De este modo, cuando aparece un caso de corrupción policial o judicial o nos encontramos ante revueltas de policías o fiscales y jueces haciendo operaciones políticas o denunciados por mal desempeño, socialmente no genera ningún tipo de reacción. Ya no “sorprende” que un policía participe de robos o secuestros o provoque revueltas, ya no “sorprende” que un fiscal o un juez

lleve una vida ostensiblemente superior a sus ingresos o que sea denunciado o que tenga algún vínculo con el narcotráfico. Es decir, no entra en la “agenda social” de las mayorías como un tema de gravedad, que se debe modificar, o que es modificable con una práctica política y social de participación, por ejemplo, a través del voto. Y si se instala la idea de que el problema son los “políticos” que no hacen nada, cabe preguntarse qué significaría ese “hacer”. Es en este punto donde los medios de comunicación promueven una lógica discursiva que coloca la represión por encima de las leyes y la legalidad. Esto da lugar a un Estado autoritario que, bajo la mascarada de proteger, actúa en favor del poder económico concentrado. Este poder utiliza al Estado para moldear y normativizar a la sociedad, facilitando la implementación de políticas que aseguren sus propios intereses.

Dice Daniel Feierstein (2012) que el derecho constituye un ámbito privilegiado para la elaboración de las experiencias de violencia sistemática y masiva gracias a su capacidad performativa, como gestor de verdades sancionadas colectivamente y de narraciones que alcanzan una fuerza muy superior a la construida en cualquier otro ámbito disciplinario. A dicha capacidad simbólica de sancionar una verdad aceptada colectivamente, se suman las consecuencias concretas de su acción para los cuerpos y las subjetividades involucradas (su carácter performativo), pues cada sentencia tiene también entre sus características la capacidad de generar una pena, una acción que repercute de modo directo e inmediato sobre los cuerpos.

Más allá de cuál sea la valoración de cada uno de nosotros sobre la elección de la sentencia jurídica como ámbito de sanción de la verdad colectiva, dicha realidad opera eficazmente, dejando de lado los mayores o menores pruritos de las ciencias sociales, de la historia o de la filosofía acerca de su carácter ficcional (Feierstein, 2012, pp. 126-127).

Esto no significa que el discurso jurídico produzca efectos *per se*, sino como potenciales constructores de conjuntos de representaciones que tienen la capacidad de instalarse como verdades colectivas.

Por esto las leyes de Obediencia Debida y Punto Final no solo produjeron un enorme daño al dejar delitos sin sanción y en libertad a los responsables del genocidio en sus distintos grados de responsabilidad, sino porque, además, instalaron en el imaginario social y en la construcción de la subjetividad social la práctica de impunidad.

Discurso social y construcción de la subjetividad

Perdón que insista... ¿alguien sabe si alguno de los 50 vecinos decentes de Rosario que lincharon a David Moreira está preso? Me da un poco de miedo andar por la calle sabiendo que esa clase de delincuentes ocultos detrás de la fachada de vecinos amables anden sueltos.

Posteo en Facebook

David Moreira, un adolescente pobre del Gran Rosario, provincia de Santa Fe, en Argentina, fue atacado por 50 personas que lo acusaron de robar y lo golpearon hasta matarlo, fue literalmente linchado. A la fecha no hay ni procesados ni detenidos. El tratamiento mediático corporativo fue exculpatorio de los “vecinos”, “cansados de la falta de justicia”. Con relación a los linchadores, el eje giraba en torno a denominar lo que hicieron como “golpiza a delincuente” o “paliza”. Sobre las causas, apuntaban al “hartazgo frente al gobierno que no hace nada contra el delito” por lo cual la “gente actúa por mano propia para defenderse”; cuando estábamos ante un homicidio agravado.

Candela Rodríguez era una niña de 11 años que vivía con su madre. Una semana después de su desaparición fue hallada muerta. En el inicio, el caso tuvo un intenso despliegue mediático con una clara direccionalidad política de presentarlo como un caso de inseguridad, mientras se realizaba una ofensiva muy fuerte contra el gobierno y la política de seguridad. A medida que se fueron conociendo entretelones del caso, como por ejemplo que el padre de la niña estaba detenido o que su entorno familiar tenía algunas vinculaciones con el delito, disminuyó la presencia mediática. Se puso bajo sospecha a la madre, se insinuó que la niña no estuvo retenida contra su voluntad, etc. Para la estrategia político-mediática de instalación del pánico moral de la inseguridad, y el consiguiente ataque al gobierno, ya no era útil. Los medios del monopolio Clarín, quienes habían montado la campaña mediática sobre inseguridad, sacaron el tema de agenda.

David Moreira y Candela Rodríguez tienen en común que eran adolescentes pobres, que fueron asesinados y que los casos siguen impunes. La justicia y la policía demostraron falencias y encubrimientos, como mínimo. Pero también tienen en común el tratamiento que los medios monopólicos hicieron de sus casos, y el discurso que instalaron y potenciaron. Una de las características centrales fue la utilización inicial de estos casos como vehículos para atacar políticas de seguridad del gobierno, y para generar un clima de inseguridad generalizado, instando a la sociedad a “actuar” bajo la premisa de que el gobierno no hacía nada. Luego de la imposibilidad de utilizar los casos como emergentes de la “inseguridad” y las “malas políticas del gobierno”, se instaló el tratamiento mediático posterior, exacerbando el “discurso sospecha” en la sociedad; la versión larvada del discurso dictatorial del “por algo será” y “en algo andarían”; es decir, trasladar la sospecha sobre las víctimas, las víctimas investigadas.

Era preocupante ver los comentarios de “lectores” de las noticias en soportes digitales de medios, donde se señalaba que a

las jóvenes las atacaban “por falta de control familiar” y porque “se vestían provocativas”. Entre las opiniones, predominaba una estigmatización de los adolescentes de barrios pobres. Prevalecía un tono violento, con eje en la mano dura y la tortura. Los medios concentrados construyen su discurso recreando la matriz genocida del “por algo será” y “en algo andarían” para justificar sus prácticas en función de determinados intereses político-económicos sectoriales. Y exacerban en las audiencias la práctica del discurso violento, provocando la opinión sin los frenos inhibitorios propios del mundo virtual.

Este discurso se asienta en un conjunto social ya preformateado por décadas, donde se articularon discursos justificadores, leyes de impunidad, instituciones como las fuerzas de seguridad y la justicia estructuralmente modificadas por la ilegalidad heredada de los años de la dictadura. Prácticas materiales y simbólicas que no fueron saneadas. Donde los medios de comunicación masiva jugaron y juegan un rol central, en tanto impugnadores o validadores de los discursos sociales.

En Argentina, quizás de modo más explícito y violento que en otros países de la región, nos acostumbramos a ver comentarios en medios de comunicación, en las redes sociales articuladas con los medios y en carteles en las manifestaciones públicas que pedían (literalmente) matar a la entonces presidenta: “¿No habrá algún loquito que mate a Cristina?”, “Muerte a Cristina”, sumado a una catarata de insultos y acusaciones de las más diversas e irrisorias.

Si uno se detiene a leer posteos, las insinuaciones de los periodistas en la televisión y el tuit, se pregunta si en muchos casos no hay apología del delito. Como por ejemplo cuando un periodista arengó a su audiencia a que saliera a hostigar a los hijos de los jueces que apoyaban la reforma judicial. Con el cambio de gobierno, ese discurso no cesó, por el contrario, se retroalimentó; lo cual habla de algo más profundo que una rivalidad coyuntural o

enajos políticos, o propuestas; habla más bien de una práctica del odio y la violencia larvados en la sociedad, que atraviesa incluso a quienes pregonan la corrección política, es decir, no es privativo de una mirada, sino que la encontramos en todo el arco político. Esto, en principio, da cuenta de una profunda degradación de la política y lo político como instancias de participación y debate, reduciéndose a una guerra de consignas, donde nadie asume responsabilidades, ni errores.

En este marco, debe abrirse un debate en torno a lo virtual y las redes sociales, donde los frenos inhibitorios, que hacen posible la convivencia social, parecieran diluirse. Lo que aparece como horizontalidad en la participación y en la libertad para opinar, se desliza hacia opiniones “libres” direccionadas. La ausencia de control o de regulación sobre el formato digital de los grandes medios, de los medios chicos, alternativos, blogs, redes, etc., donde vía comentarios de lectores (que son filtrables y clasificables) se permite la apología del delito y la práctica de la violencia amparados en el anonimato o perfil falso, no parecería ser inocente o en pos de que los “ciudadanos” opinen. Se llegó a tal punto que, ante el caso de violación y asesinato de una joven militante política y social, los diarios *La Nación* y *Clarín* tuvieron que cerrar los foros por la violencia de sus foristas.

Los denominados comentarios de lectores no son más que un refuerzo de la línea editorial del medio, o del formato digital que sea. Con el plus de que permite la apología del delito, la divulgación de datos falsos y las imputaciones de delitos a figuras públicas, sin tener que dar cuentas ante la justicia. Como práctica, no es privativa de “la derecha” o el poder mediático, sino que en nuestra sociedad está extendido y atraviesa todo el arco ideológico, político, y transversalmente a cualquier formato digital-virtual.

El investigador brasileño Dênis de Moraes (2005) destaca que para que las redes sociales y todo el soporte tecnológico y de circulación de datos existan, hay un poder económico detrás y,

por ende, nada es inocente o “libre” en el marco de las nuevas tecnologías de la comunicación e información. Hace poco tiempo, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos concluyó que los medios de comunicación sí tienen responsabilidad sobre los comentarios ofensivos publicados por sus lectores en sus páginas web, como reveló el sitio Red Ética Segura de la Fundación Gabo (2013), a raíz de un caso presentado en Estonia, donde el portal delfi.ee publicó el agravante comentario de un lector contra una empresa de transportes que –se supo en el juicio– no era culpable de lo que se la acusaba en el portal.

Entonces, nos encontramos ante un entramado de impunidades varias, de discurso mediático, subjetividad social y práctica colectiva que dificulta dilucidar dónde empieza uno u otro. Y en este escenario, las corporaciones de medios están no solo por sobre los Estados, sino por sobre las regulaciones y la justicia. Como quedó probado en Argentina, cuando el grupo de medios Clarín logró, vía cautelares judiciales, no atenerse a la norma que emanaba de la entonces nueva Ley de Servicios en Comunicación Audiovisual. Posicionándose, de ese modo, por sobre una ley que había sido debatida y sancionada en el Congreso de la Nación. Es decir, se ha ido avanzando en una “judicialización” de la política, donde las decisiones soberanas y democráticas son anuladas por el Poder Judicial.

La práctica de las corporaciones de medios, de permanente violación a cualquier marco regulatorio; el no respeto a distintas leyes referidas a tratamientos de temas policiales, derechos de la infancia, etc., son una demostración del poder y la impunidad que construyeron en el tiempo con un discurso que instala que están por sobre el Estado, por sobre los gobiernos. Se va conformando una subjetividad donde se vislumbra que “es imposible actuar contra esos intereses”. La corporación de medios ya no oculta su poder, lo hace ostensible para dar cuenta de esa impunidad construida. Pero lo que aquí nos interesa, al igual que en los

casos detallados, es el “síntoma”. ¿De qué hablan estos discursos sociales? ¿De qué hablan estos discursos mediáticos socialmente aceptados e institucionalmente no sancionados? Y también ¿sobre qué base, con qué herramientas y en qué escenario se fue construyendo esa lógica mediática, discursiva, social? ¿Cuáles son las prácticas para revertir este proceso?

Hemos visto que en distintos momentos históricos los sectores de poder han podido instalar la agenda social, es decir, que el conjunto de la sociedad se haga eco de sus intereses sectoriales minoritarios. Si logramos leer esos momentos, es decir, por qué en determinadas coyunturas los sectores medios y bajos toman como propias las reivindicaciones de clase de los sectores opresores, podemos comenzar a comprender cómo lo simbólico opera en la construcción de la subjetividad social y cómo los medios de comunicación masiva operan sobre esa red simbólica desde la cual se conforman las prácticas sociales.

Decíamos que, en los procesos de cambio político y emergencia de disputas de poder, no existe, *a priori*, ninguna garantía de que las mayorías, como actores sociales y políticos, se vayan a conformar en torno a una práctica política afín a sus intereses económicos sectoriales. Esto se debe a que lo que se ha puesto en cuestión, como plantea Laclau (2005), no es el contenido, sino la forma misma de la práctica política. En consecuencia, la identidad política que surge de este cuestionamiento no tiene ninguna necesidad o finalismo. Resultaría simplista suponer que los sectores oprimidos, cuanto peor sea su situación, reaccionarán de manera más combativa para resolver su coyuntura. Entonces, la disputa permanente por la hegemonía discursiva que se da desde los medios de comunicación, en tanto dispositivos que operan sobre la subjetividad social, cala cuando logran no ser percibidos como actores sociales políticos que disputan poder. Es decir, cuando logran posicionarse como medios de información o de industria del espectáculo y el entretenimiento que nada

tienen que ver con intereses económicos y corporativos. De ahí que la disputa por el sentido, que da el poder desde sus usinas comunicacionales, en determinados momentos históricos ha sido ganada. Es decir, han logrado que sus intereses corporativos sectoriales solapados en discurso mediático sean asumidos por un conjunto social.

Esta perspectiva rompe con lo dicotómico y con la necesidad de algunos destinos o prácticas anclados en el concepto de clase. Y por lo tanto discute el concepto de alienación, como algo que el poder impondría sobre los sectores subalternos. Rescatamos la perspectiva de Cornelius Castoriadis (2007) cuando plantea que, en una sociedad de alienación, la clase dominante misma está en situación de alienación: sus instituciones no tienen con ella la relación de pura exterioridad y de instrumentalidad que se le suele atribuir, no puede mistificar el resto de la sociedad con su ideología sin mistificarse al mismo tiempo ella.

Por esto la imposición de agendas siempre es temporal, contradictoria y con disputas hacia dentro del poder mismo. La “ineficacia” o los discursos del poder que pueden parecernos fuera de contexto, o incomprensibles, de algún modo anclan en esta mirada en la que también incluye al dominador o al poder hegemónico. Esto podemos verlo cuando determinados discursos suelen contradecir o poner en tensión sus propias prácticas. La totalización parcial que el vínculo hegemónico logra crear no puede anular la diferencia que hay en el origen de lo hegemónico, por eso siempre es coyuntural y con contradicciones. Como planteábamos en otro apartado, en la misma medida en que se forma un espacio de poder, se organiza también de inmediato una antesala para dicho poder. Cada aumento del poder directo condensa y espesa la atmósfera de las influencias indirectas. De ahí que las instancias de poder y su capacidad de influir en lo simbólico son siempre relativas, temporales y nunca absolutas.

Entonces, las disputas de poder, incluso dentro de esa construcción hegemónica, hacen una totalidad imposible. Así, la eficacia del poder estaría más en lo que desarticula que en su efecto directo de dominación. Precisamente lo que hoy encontramos en la práctica política es una sociedad atomizada en infinidad de reclamos individuales, en miles de caracterizaciones imposibilitadas de dialogar entre sí, en multiplicidad de identidades (nacionales, étnicas, sexuales, entre otras, y por supuesto también políticas) encerradas en sí mismas, incapaces no ya de indignarse, sino de darse por enterados de las necesidades del otro.

El discurso, la forma de narración que se impuso posdictadura, fue lo que hizo posibles determinadas formas sociales de impunidad transversales a todas las instancias de la sociedad y sectores sociales. Sobre esa base construyen hoy su discurso mediático, tanto en lo periodístico como en lo ficcional, y que se potencia en las redes.

Del mismo modo que planteamos que los procesos no son irreversibles, que las construcciones de sentido son temporales y que hay disputa permanente, el proceso que se abrió en 2003 en Argentina vino a cuestionar, discutir y disputar el sentido de esas construcciones. Pero en tanto acontecimiento –como podríamos definir ese proceso– hay un doble mecanismo: la creación de un posible y su efectuación, que a su vez se enfrenta a los valores, y poderes, hegemónicos. Entonces, algo sumamente importante es la comprensión de que un acontecimiento no es la solución a un problema, una salida a ese problema, sino la apertura de posibles. La apertura de un campo de posibilidad. Es decir, abrir otro proceso imprevisible, arriesgado, imposible de predecir: es operar una reconversión subjetiva a nivel colectivo.

Del mismo modo que las potencialidades están siempre inscritas en la historia anterior y sin ellas es imposible que ocurra el acontecimiento; su ocurrencia efectiva, su capacidad de superación de una crisis, de un acontecer que se redefine decisivamente,

no es necesaria. Puede suceder o no; esas potencialidades podrían orientarse hacia otras direcciones, hacia otras combinaciones posibles u otros lineamientos de resolución. Y no tienen ninguna proyección finalista. Del mismo modo que operaron un cambio de la subjetividad, pueden revertirse. Esto nos alerta de que debemos tener presente que todo proceso es reversible.

Repensarlo todo

Entonces Moctezuma dice: “Dioses, gracias, dioses... Gracias por hacerme entender: la fuerza adversa no es mi enemiga, sino mi compañera... mi hija, mi herencia... Fui derrotado. ¿Soy por ello inocente? No... no... la inocencia es culpable porque la víctima, fascinada, ha convocado a su verdugo: el poder”.

CARLOS FUENTES, *Todos los gatos son pardos*

En las huellas que han quedado en la subjetividad social, y que se han manifestado en todos los planos de la vida social, es donde deben encontrarse los ejes de debate para esta nueva etapa. La vieja derecha conservadora, en alianza con los nuevos sectores liberales surgidos y fortalecidos a raíz del cambio estructural impuesto por la dictadura, alcanzó en 2015 el gobierno de Argentina y el control del Estado por vía democrática. Con un dato saliente para nuestra historia: por primera vez, el proyecto político histórico ligado a los intereses del capitalismo mundial logró instalar a un candidato propio, surgido de sus filas y de su tradición, como Presidente de la República. El poder económico y financiero concentrado consiguió, por primera vez en la historia contemporánea, colocar democráticamente a un mandatario perteneciente a su élite. Luego de un interregno de cuatro años, la apuesta se

intensificó aún más con la emergencia de un fenómeno que parecía impensable en Argentina: el autodenominado anarcocapitalismo de Javier Milei. Un fenómeno que comenzó a manifestarse a nivel global y tuvo su primera expresión con Jair Bolsonaro en Brasil, aunque con diferencias sustanciales respecto del caso argentino. Los hechos parecen indicar que la épica se desplazó hacia la “derecha” o como se pueda denominar esa instancia creciente, anómica y a la que no deberíamos nominar con viejos conceptos, pero que en términos políticos se la está denominando como “derecha”. ¿Saben de qué hablan estos jóvenes de hoy cuando odian? ¿O es solo una pulsión de época que no encuentra presente ni futuro?

A los jóvenes de la década de los sesenta, el sistema los quería adentro, hoy los expulsa y solo guarda unos pocos lugares para los elegidos. ¿Qué cambió? Todo. ¿Qué es lo que no cambió? La pulsión, el enojo y la violencia siempre latente. No solo no cambió, sino que una nueva racionalidad, que en otras décadas hubiera pensado que estallar estaba bien, hoy la condena después de alimentarla. Como plantea Carlos Santamaría, en *Los límites de lo posible* (2018), se estetizó todo, pero los jóvenes por abajo, para los que no hay salidas ni respuestas desde ningún espacio político, viven en sus cotidianidad con nuevos lenguajes, en redes, donde pueden permitirse “ser”. Esa estetización de los Milei, ese discurso mediático de estallar y de odio, no encuentra un cauce político de rebeldía, sino de violencia antisistema que no diferencia entre proyectos que someten y hambread, y proyectos emancipadores.

Al hablar de los jóvenes, Mark Fisher (2016) introduce el concepto de “hedonia depresiva”, un estado al que describe de la siguiente manera:

Usualmente, la depresión se caracteriza por la anhedonia, mientras que el cuadro al que me refiero no se constituye tanto por la

incapacidad para sentir placer como por la incapacidad para hacer cualquier cosa que no sea buscar placer. Queda la sensación de que efectivamente “algo más hace falta”, pero no se piensa que este disfrute misterioso y faltante solo podría encontrarse más allá del principio del placer (p. 36).

Junto a este concepto desarrolla otro que es el de “hedonismo nihilista” que se traduciría en “no pienso en ello”. La situación que enfrentamos ya no es si las perspectivas políticas que planteamos en otros momentos históricos son viables, sino si es viable pensar alternativas. Es decir, la crisis es tan profunda que ya no podemos ni pensarnos por fuera de la racionalidad del capitalismo actual. Kingsley (2022) nos obliga a seguir pensándonos:

¿Nos están manipulando para que cedamos el derecho a crear nuestra propia visión del mundo? Si es así, tenemos que preguntarnos qué se puede hacer antes de que un gran número de personas por todo el mundo se vean forzadas a aceptar una sustitución de la realidad consensuada que será altamente peligrosa para nuestras vidas como individuos de pensamiento libre (p. 41).

La “década ganada” y sus limitaciones.

¿Era posible ir más lejos?

En la región se abrió una fisura por la cual los poderes fácticos encontraron un espacio desde donde iniciar un proceso de desmantelamiento del bloque regional. Los posfascismos, como lo denomina Enzo Traverso (2018), o el pensamiento violento, xenófobo, que ancla en el individualismo y en la discriminación en todas sus manifestaciones, pero fundamentalmente en lo social, atraviesa las clases o sectores sociales. Es una subjetividad social que está latente, larvada, y que en determinadas coyunturas aparece. Esas coyunturas no tienen que ser, necesariamente, crisis económicas. Puede ser reactivada por una élite política con

su apoyatura en las denominadas redes sociales y en los medios de comunicación que responden a los intereses económicos concentrados, o, mejor dicho, son parte del capital económico concentrado. De todas maneras, nada de esto opera en el vacío, hay condiciones objetivas que construyen los escenarios de retroceso o descomposición de las perspectivas colectivas.

El grupo de jóvenes que realizó el atentado contra la entonces vicepresidenta argentina Cristina Fernández, en términos concretos, es apenas una docena de jóvenes que transitan los bordes del sistema, precarizados en todos los planos y cuyas vidas se articulan en las redes sociales, entre la conspiración, la impotencia y la marginalidad. Sin embargo, podrían haber desatado una crisis de proyección impensada: “Me convierto en San Martín asesinando a Cristina”, posteaba una joven del montón de nuestro país, de nuestra sociedad en un estado de descomposición, una realidad, sobre todo joven, a la que nadie interpela, sin referentes ni épicas. Que haya “ideólogos” por arriba, que trabajen sobre estos jóvenes, no minimiza que hay un sector social que crece, al que no se le está dando respuestas, ni se lo representa.

En las últimas décadas los cambios globales han sido acelerados. Pensar que nuestro país, y la región latinoamericana en general, podría estar por fuera de estas reconfiguraciones era ingenuo u ocultaba lo que estaba sucediendo y cómo impactaría en nuestra región. Luego de la épica acumulación de fuerzas realizada por el entonces presidente Néstor Kirchner, que había asumido con el 22% de los votos luego de una crisis general, y que, sobre el fin de su mandato, además de las objetivas recomposiciones políticas, económicas y sociales, se retiraba casi triplicando el nivel de aceptación con el que había asumido; Cristina Fernández asume la presidencia con un caudal de votos impensado cuatro años antes. Luego del fallecimiento del expresidente Néstor Kirchner, se abre un proceso muy complejo, cuyas consecuencias las vivimos hoy en día.

Si bien se inicia una etapa con características similares en la región, en Argentina tiene sus particularidades concretas y casi podríamos decir cíclicas. Una vez recuperados, en parte, ciertos derechos, acceso al consumo y posicionamiento internacional, con algunas medidas económicas que desarticulaban muchos negocios del poder económico (caso AFJP, Aerolíneas, YPF), se llega por decisión, necesidad o imposibilidad a un techo, en relación con los cambios estructurales que impusieron, primero, el equipo económico de la dictadura y luego los años de los primeros gobiernos democráticos. Un techo clave, por ejemplo, fue la Ley de Entidades Financieras, que no se tocó.

Se inicia, paradójicamente, en medio de un apoyo popular masivo, una deriva en el plano de lo político, las prácticas desde el Estado y sus organismos, y comienzan a notarse las limitaciones o ese techo, que no se logra traspasar. En una reunión cerrada, con economistas, a un año de la implementación de la AUH (Asignación Universal por Hijo) como política de Estado, quienes fueron parte de ese diseño planteaban que, según los indicadores, si bien se había logrado el pasaje de muchas familias de la marginalidad y exclusión hacia la “pobreza”, no se lograba romper el techo de la pobreza hacia la inclusión plena. El argumento que planteaban era que eso solo iba a ser posible tocando intereses del poder económico, lo cual implicaba decisiones políticas profundas. Es decir, tanto la AUH como la reconversión de algunos planes sociales en programas para promoción de empleo, acceso al estudio, etc., tenían una limitación estructural en la economía de nuestro país.

En lo político, se inició un proceso complejo, que involucraba tanto a quienes estaban con responsabilidad de gestión como a referentes o dirigentes de las distintas organizaciones políticas y sociales. Cualquier intento de abrir debates, plantear advertencias desde el análisis local y global, sumía a quienes lo planteaban en el aislamiento, la cancelación o la condena. El solo hecho de

intentar abrir un debate llevaba a dicotomizar dentro de las mismas fuerzas populares; se comenzó a utilizar el latiguillo “traidor” y una división antagónica donde no había antagonismo, sino solo matices de apreciación sobre todo de quienes transitaban diariamente la realidad en los espacios territoriales, sindicatos, etc. Se hablaba de comunicación “directa” a través de cadenas nacionales y se ignoraba a los distintos medios de comunicación, de incidencia directa sobre la sociedad. En realidad, bajo un supuesto argumento de no estar en los medios hegemónicos, se construyó una burbuja para los convencidos. Se conforma un espacio, intenso, de perfil progresista, preexistente en nuestro país, pero que nunca en la historia había accedido a espacios de representación o de gestión pública, como sí ocurrió durante la gestión de Cristina Fernández. En un intento refundacional (uno más) del movimiento popular que en Argentina tenía una fuerte identidad peronista en los sectores populares y el movimiento obrero organizado, esta minoría intensa comenzó a marcar la “agenda” desde lo sectorial y la corrección política, donde los sectores populares, que efectivamente habían logrado acceso a ciertos derechos y niveles de consumo, tenían cada vez menor incidencia en la agenda política del gobierno. Lejos de la tradición territorial del peronismo, la práctica social y política fue cediendo a la política de gestión. Volvemos a citar a Néstor Kirchner cuando advertía: “Nos dicen kirchnerista para bajarnos el precio, pero somos peronistas”. Luego de su temprana muerte, la deriva fue inevitable.

En Argentina, la derrota del proyecto popular en 2015 y el ascenso por vía electoral del histórico proyecto de poder que solo había gobernado en Argentina mediante golpes de Estado fue un hecho que no se analizó en profundidad. Lejos de haber aprendido la lección, hay actores políticos que fueron parte de ese momento, que redoblaron la apuesta desde burbujas políticas, donde el pueblo pasaba a ser un concepto vacío o un comodín, muy lejos de lo que significó en la construcción histórica del

peronismo en sus distintas etapas. La emergencia posterior de Javier Milei, como una forma extrema, es resultado, entre otros motivos, de ese encapsulamiento bien pensante de clase media instruida, que hasta no hacía muchos años enfrentaba al peronismo en tanto identidad popular, y encontró en Cristina Fernández su fetiche. No importaba ya lo que dijera, y en algunos casos ni siquiera se la escuchaba. Se conformó una minoría intensa que, en el borde de lo político, las enunciaciones políticas se transformaron en verdad revelada, solo por quien la emitía. Y nada de esto fue gratis.

¿No se vio?

Decíamos que el discurso disciplinante de la dictadura cívico-militar de 1976-1983, que mediante el terror buscó reconfigurar las estructuras sociales, apuntaba a una sociedad fragmentada en todas sus dimensiones: por sector social, intereses o demandas. Y era fundamental erradicar al peronismo que había emergido como factor disruptivo en 1945, reconfigurando la sociedad con la incorporación de los trabajadores como actores políticos en la democracia, actores que disputaban el reparto de la riqueza que generaban. Pero también actores que disputaron el capital cultural simbólico, instalando nuevas estéticas y narrativas.

Mauricio Macri, durante su campaña electoral y presidencial de 2015, logró perforar con su discurso a sectores antes reactivos a la perspectiva individualista y a la falta de solidaridad; a fuerza de buenas estrategias comunicacionales –y graves errores políticos del gobierno que le precedió– explotó lo aspiracional como una perspectiva individual, que logró plasmar en votos. Si bien el aspiracional es consustancial a la sociedad capitalista, incluso desde los sectores que lo discuten y buscan ampliación de derechos y equidad, ese aspiracional puede ser colectivo: el sindicato, los programas sociales colectivos, las organizaciones territoriales, etcétera.

El denominado cambio cultural de Cambiemos trabajó sobre nuestro sentido común, sobre el conjunto de significados y creencias que tendemos a compartir y que organizan nuestra vida en sociedad. Paula Canelo (2019) agrega que pudo hacer estos cambios porque entregó una narrativa poderosa y versátil que retomó y resignificó elementos ya presentes en nuestro sentido común y que disputó con otros con bastante éxito. En realidad, podemos decir que es un discurso presente en nuestra historia, como explicábamos antes, que retoma los tópicos “no quieren trabajar”, “las cabecitas negras”, “les regalaron todo”, es decir, el desprecio hacia quien está por debajo en términos socioeconómicos, pero también a quienes comparten ese espacio social con una construcción sociodiscursiva o desde una subjetividad social dominante que atraviesa a distintos sectores.

El relato de Cambiemos reconoció una matriz que estaba latente y muy anterior, podríamos decir histórica, sumado a las reconfiguraciones societales posdictadura con sus marcas discursivas en la subjetividad social. Mauricio Macri fue solo un catalizador de los cambios que se venían dando. De alguna manera, su emergencia “colocó a cada quien en su lugar”, como sostenían varios referentes de ese espacio. El expresidente del Banco Nación, Carlos Melconian, declaraba en plena euforia: “Necesitamos un tipo de cambio tal que los cadetes dejen de viajar a South Beach” (*Infobae*, 2018).

En las largas décadas de disputa político-económica, nuestra sociedad reconoció siempre espacios de integración donde los distintos sectores sociales interactuaban: la escuela pública, algunos lazos barriales, espacios públicos. Sin embargo, a partir de la década de los noventa en Argentina, con los cambios estructurales impulsados –o, podríamos decir, la continuidad de lo iniciado por Martínez de Hoz y más tarde por Cavallo–, el gobierno del entonces presidente Carlos Menem marcó una transformación decisiva. Este período consolidó la creación de fronteras visibles:

barrios privados, centros comerciales exclusivos, complejos vacacionales restringidos, exhibición de consumos suntuarios. Estas dinámicas profundizaron la fragmentación social y delimitaron nuevos márgenes de exclusión. El presidente del Banco Central de la etapa menemista, Javier González Fraga, el 2 de diciembre de 2017 sostenía en diálogo con el periodista Luis Novaresio en radio La Red: “Venimos de 12 años donde las cosas se hicieron mal, donde le hiciste creer a un empleado medio que su sueldo servía para comprar celulares, plasmas, autos, motos, e irse al exterior”.

La pregunta que queda latente, sin duda, es ¿por qué, si la sociedad vivió un proceso de recuperación de derechos, participación, ascenso social relativo, se produce una reversión a un período neo-conservador, individualista y de profunda violencia, enfrentamiento y rechazo a quienes fueron los referentes de ese cambio? Esta pregunta puede hacerse extensiva a toda la región, con sus particularidades. Lo que sí queda claro es que lo que aparecía como un fenómeno del primer mundo, no se alcanzó a leer como un fenómeno global, o si se lo leyó tal vez ya era demasiado tarde.

¿Por qué se tornaría esto insoportable para quienes fueron beneficiarios de las políticas de Néstor Kirchner primero y luego en parte de Cristina Fernández? No hay una sola respuesta, y tampoco la llamaría respuesta. Algo ya desarrollamos en párrafos anteriores. Sumado a cierto estancamiento que comienza a darse en la economía con sus consecuencias –sin embargo, no podría plantearse como “la” causa–, solo hay algunos indicios que fueron marcando un malestar social que reconocía su mejora, pero empezaba a sentir agotamiento sobre ciertos discursos épicos que tenían desfases con la cotidianidad, y en algunos casos la negaban. Cuestiones que sí estaban en la agenda social pero no entraban en la agenda política –y también habría que analizar si era posible que entraran en una agenda hegemonizada por la perspectiva de clase media incluida, de perfil progresista, que se iba alejando de la agenda social histórica encarnada en el imaginario

peronista con el que Néstor Kirchner fundamentalmente y luego con matices Cristina Fernández habían llegado al gobierno. Por ejemplo, la problemática de la seguridad y el narcotráfico. O las problemáticas en la vida cotidiana de los sectores pobres, que si bien habían mejorado su situación, accediendo al “consumo”, seguían en un marco estructural de pobreza, con todo lo que ello implica. Así como el trabajo no registrado en amplios sectores, donde los derechos laborales y sus beneficios no impactaban.

El acceso al consumo en términos de mercado instaló en la sociedad la equiparación derechos/consumo, donde acceder a determinados consumos y determinadas marcas se vislumbraba como un derecho y no una elección. Esto se asentó sobre construcciones de sentido común, donde la posibilidad de mejoras y acceso a determinados bienes no respondería a determinadas políticas de fomento del consumo interno, sino al “esfuerzo personal”

En contraposición, no se vislumbraba el acceso a los servicios públicos (luz, gas, agua), que el Estado tiene la obligación de garantizar, como tales. Las empresas y algunos medios de comunicación corrían el eje hacia si era cara o no la tarifa, cuando el costo de los servicios tiene que ser accesible y regulado porque el Estado los debe garantizar.

Se produce un “olvido social” del acceso a los servicios como derecho y un corrimiento discursivo en la subjetividad social, donde el lugar de “derecho” lo ocupa el consumo. En términos simples: los ciudadanos tienen derecho a la alimentación, la vestimenta, la vivienda digna, el descanso. El nivel de gasto en marcas y costos no entraría en la categoría derecho, sino elección de consumo. Sin embargo, esa distinción el mercado, sus usinas de publicidad e instalación de sentidos transformó a ciudadanos con derechos en consumidores.

Un punto para destacar es que el cambio en la subjetividad que introdujo la década de la presidencia de Carlos Menem fue central para lo que vino después. Sobre todo en los sectores que

fueron quedando fuera del mercado laboral, con núcleos familiares donde los hijos nunca vieron a sus padres trabajar; donde se subsistía a base de planes sociales financiados por el Banco Mundial, que iban alejando a extensos sectores sociales de la inclusión plena. Las lógicas territoriales fueron mutando con la penetración del narcotráfico y el reemplazo de la tradicional solidaridad de las organizaciones barriales, parroquias, sociedades de fomento, unidades básicas. Es decir, la situación inevitablemente iba a estallar, cuando el aspiracional, vía consumo, tocara un techo.

En *¿Por qué elegimos la desigualdad?* (2015), François Dubet sostiene que

Si es cierto que nuestra sociedad, o gran parte de ella, ha comenzado a preferir la desigualdad, no bastará con buenas políticas económicas, con más crecimiento y distribución para recomponer los lazos debilitados por la individualización. Tampoco bastará con esperar que las bondades de un mayor bienestar material o socioeconómico se traduzcan de buenas a primeras en lealtades políticas. Y tampoco será prudente aguardar que alguna de las situaciones individuales sea atribuida a las condiciones más amplias (sociales, colectivas, comunitarias) que la posibilitaron (p. 173).

Buscar traducir mejoras económicas, sociales o de derechos en lealtades políticas o adhesión a un gobierno puede llevarnos a una mirada simple o conductista, en la que, ante determinada situación, se espera una respuesta previamente establecida.

De acuerdo con Paula Canelo (2019):

La experiencia de los años kirchneristas muestra los múltiples, y muchas veces inesperados, efectos de las políticas de distribución, inclusión y achicamiento de las distancias sociales. Esa experiencia es la evidencia de que acercar a los sectores populares a nuevos consumos, valores y aspiraciones puede fortalecer, paradójicamente, su individualización o necesidad de distinguirse

de los que (ahora) “están abajo”. Y también nos advierte que el ascenso de los otros sociales puede generar reacciones de lo más heterogéneas entre los sectores ya incluidos, que pueden sentirse amenazados de distintas formas, no necesariamente ilegítimas; por ejemplo, porque sus necesidades, demandas y valores no son reconocidas ni representadas por la política (p. 173).

Esto que plantea Canelo es de suma importancia para comprender el presente y el proceso que se abre en Argentina, al menos desde 2013. Por un lado, ciertas limitaciones sistémicas de las que ya hablamos y, por otro, los cambios sociales y culturales que se vienen produciendo desde hace al menos 30 años a nivel local y global. Si no reconocemos los nuevos marcos societales y la creciente individualización que se manifiesta en todos los planos de la vida en la comunidad y la cultura, quedaremos encerrados en burbujas de minorías a las que les cuesta indagar en lo profundo de las dinámicas sociales, sobre todo de las mayorías populares que en sus vidas cotidianas, ya sea con trabajo estable o no, registrado o no, viven la precarización y la incertidumbre permanente de no saber en qué momento pueden quedar del otro lado de la inclusión. Y muchas veces la sola idea de pensarlo empuja a conductas individualistas y de diferenciación de los “iguales”, o al menos similares. Siempre recuerdo cuando mi hijo cursaba la escuela primaria en un colegio de barrio, que, a pocas cuadras, marcaba el límite con zonas de exclusión o precarización. Había madres que caminaban 30 cuadras o usaban transporte público para que sus hijos fueran al colegio del barrio que era “mejor”, porque buscaban, según sus palabras, que sus hijos tengan otro “roce social”.

Quizás no se interpretaron los cambios culturales que ya estaban instalados, donde se consolidó la idea de que “ser es tener” y pertenecer implica consumir. Estas dinámicas atravesaron transversalmente a la sociedad y adquirieron una dimensión integral que hasta ese momento era desconocida. Así lo sintetiza una canción del Indio Solari: “Vas corriendo con tus Nikes / Y las balas

van detrás / Si Nike es la cultura, Nike es tu cultura / Nike es la cultura, hoy” (“Nike es la cultura”, 2004).

Un sistema total

Podemos arriesgar que el mercado se lo fagocitó todo, abarcando a la totalidad de los sectores culturales y sociales. Un nuevo producto se ofrece en las redes: unos muñequitos como los coleccionables de anime y de sagas de películas, pero de escritores, como Cortázar, Edgar Allan Poe, etcétera.

El mercado está en todos lados incluso en quienes lo discuten, lo critican o al menos lo discutían o lo criticaban, esto es una de las tantas manifestaciones de la racionalidad neoliberal. Si bien no es nueva la lógica centrífuga del poder, que todo lo que nace por los bordes, lo absorbe y lo transforma en mercancía, hoy nos enfrentamos a una dimensión distinta. ¿De qué hablamos cuando decimos que discutimos al capitalismo, y fustigamos la lógica donde los ciudadanos pasan a ser identificados como consumidores? ¿Cómo enfrentamos esta nueva configuración cuando nosotros mismos tenemos, mientras escribimos nuestros informes, en nuestras repisas, algún tipo de *merchandising* de nuestra mirada política cultural como puede ser la figura de un escritor, una remerita o un llavero?

Durante lo que se conoció como la década ganada en Argentina y a partir de entonces, comienza en las organizaciones políticas y sociales la construcción de puestas en escena en sus actividades políticas, los VIP en los actos para referentes, funcionarios o quien consiguiera la “pulserita”, algo que en décadas anteriores hubiera sido impensado hasta incluso por una cuestión de seguridad. Se conformó todo un mercado de producción y venta de remeras, tazas, llaveros, collares, almohadones, buzos, etc., con imágenes de figuras políticas o simbologías. Lo que en

algún momento fue esporádico (y discutido) como la “remera del Che”, hoy suena hasta inocente.

Estas puestas en escena, con las remeras todas iguales, con el manejo de la escena en la plaza, en la calle, hablan de una época, hablan de una derrota. De una derrota histórica que no se ha remontado, al menos en Argentina; a la que no se le ha encontrado salidas. Todo se transforma en mercancía. Y nos preguntamos ¿cuál es el sujeto histórico hoy?

En tanto sujetos históricos, nos hace el tiempo en que vivimos y hacemos a su vez ese tiempo. Es decir, en tanto protagonistas de la historia, somos quienes construimos cambios en la vida societaria y su transformación. Los actores que han motorizado los cambios históricos en general han sido las nuevas generaciones y los trabajadores organizados. ¿Qué sucede hoy con esos actores? Los trabajadores se encuentran desde hace ya varias décadas en un doble proceso de precarización y descolectivización, a partir de cómo se reconfiguraron los ámbitos laborales y las competencias. Trabajo remoto, contrataciones temporarias, deslocalización, etc. Los denominados genéricamente jóvenes ya hace al menos dos décadas tienen un abismo que los separa de las generaciones anteriores, ya sea en su inserción al mundo laboral, en su “socialización” digital y el formateo que va produciendo.

Esta realidad de la que debemos dar cuenta nos empuja con más imperativos para encontrar respuestas y salidas. Es necesario un doble anclaje para comprender las prácticas discursivas, la subjetividad, los modos de encuentro; y ver allí, por un lado, las lógicas de la reconfiguración del capitalismo y, por otro, cómo se manifiesta en nuestra región en sus intentos de moldearla en su rol periférico.

Las sociedades han naturalizado al capitalismo, al punto que no pueden pensarse en otros sistemas. Es decir, hay un sentido común, un modo de ver la vida donde los sectores populares, desde el trabajador precarizado hasta el que está en los bordes del

sistema, viven con cierto fatalismo el lugar que les toca en este reordenamiento global. En parte por la falta de referentes y en parte por la brutalidad de la exclusión que no permite tiempo para pensarlo o problematizarlo.

En *La era del capitalismo de la vigilancia*, Shoshana Zuboff (2021) plantea que

Muchos estudiosos de la cuestión han optado por describir estas nuevas condiciones englobándolas dentro de la etiqueta de neo-feudalismo, un estado de cosas que se caracteriza por una consolidación de la riqueza y el poder de la élite que quedan así muy fuera del alcance de la gente corriente y de los mecanismos del consentimiento democrático [...] lo que nos resulta insoportable es que las desigualdades económicas y sociales han vuelto a las antiguas pautas “feudales” preindustriales, pero nosotros, las personas, no [...] nos sabemos merecedores de una dignidad y de la oportunidad de vivir una vida (p. 67).

Los sectores oprimidos, en el marco de las expulsiones de la nueva configuración del capitalismo, apenas sobreviven aislados, sin fronteras ni barreras que forzar, salvo como salida individual en algunos casos a través del delito. El “opresor” se configura hoy como un sistema complejo deslocalizado, y sin visibilidad adonde pueda ser confrontado. Lo único confrontable son sus terminales políticas, es decir, quienes gestionan el Estado en pos de esos intereses. De este modo, se produce un desplazamiento de responsabilidades y culpabilidad. Los responsables no son las corporaciones y el capital concentrado, sino “la política”. Desplazamiento funcional porque la sociedad no ve salida en proyectos colectivos para resistir, sino de modo individual a partir de las falsas oportunidades de crecer sobre la base del mérito propio.

Cuando Saskia Sassen (2015) describe y explica el escenario global actual habla del “filo del sistema como ese lugar en que las

condiciones generales adoptan formas extremas precisamente porque es el lugar de la expulsión o la incorporación” (p. 237). El objetivo de las corporaciones que presionan y en algunos casos han llegado a la gestión política del Estado, como estamos transitando en Argentina, Sassen lo define como “limpieza económica” y refiere al ejemplo de Grecia, donde el supuesto éxito del camino de recuperación se produce sobre la base de la expulsión de alrededor de un tercio de la fuerza de trabajo de ese país, no solo de sus empleos, sino también de servicios básicos.

El sistema capitalista actual requiere conformar un Estado regulador de sus intereses con la expulsión masiva de sectores sociales que fueron históricamente incluidos; expulsarlos no solo de sus espacios laborales, sino fundamentalmente de los servicios esenciales básicos que el Estado garantizaba.

Desanclar las subjetividades sociales y sus prácticas político-comunitarias de los procesos económicos que se gestan con el capitalismo actual es no ver la complejidad en la que se debe trabajar si se busca dar la disputa política de poder desde los procesos de los proyectos populares que se dieron y resisten con todas sus variantes en Latinoamérica. Detrás de la sociedad de la información, o lo que se denominó la sociedad de la transparencia o la hipercomunicación, donde una fantasía, o construcción discursiva, nos lleva a pregonar que la circulación de la información en redes y por fuera de los supuestos controles de los monopolios mediáticos constituye la libertad de expresión o comunicación, opera el poder financiero internacional. Poder que moldeó el nuevo capitalismo que hipercomunica, e instala una red de sujetos deslocalizados, soberanos de sí mismos, que bajo la ficción de la libertad son su propio explotador.

El neoliberalismo en tanto racionalidad construyó una expectativa en torno a lo posible y a su vez instauró los límites de lo decible. Es decir, se conformó en cultura generando relatos que, desde la subjetividad social, anclaron en el sentido común,

logrando invisibilizar los procesos de mutación. De este modo, nace un nuevo sujeto constituido desde esta racionalidad.

El neoliberalismo gobierna principalmente a través de la presión ejercida sobre los individuos por las situaciones de competencia que crea. Esa “razón” es mundial por su escala y “hace mundo” en el sentido de que atraviesa todas las esferas de la existencia humana, sin reducirse a la propiamente económica. Es la lógica de mercado la que se extiende a todas las otras esferas de la vida social.

Christian Laval y Pierre Dardot (2018) definen que el neoliberalismo es profundamente destructivo de la democracia porque es mucho más que un tipo de capitalismo y mucho más que un “modelo económico”. Es una forma de sociedad e incluso una forma de existencia. Lo que pone en juego es nuestra manera de vivir, las relaciones con los otros y la manera en que nos representamos a nosotros mismos.

Por su parte, Wendy Brown (2017) plantea que, si muchas políticas neoliberales se abandonaran o se incrementaran, esto no reduciría el debilitamiento de la democracia provocado por la economización normativa de la vida política y la usurpación del *homo politicus* a manos del *homo economicus*. Por consiguiente, continúa Brown (2017), las políticas económicas neoliberales se pueden poner en pausa o revertirse y los efectos dañinos que la razón neoliberal tiene sobre la democracia continuarían con su veloz ritmo a no ser que se reemplace con otro orden de la razón política y social. Este es el significado de una racionalidad rectora y es la razón por la que quienes se plantean como opositores de las políticas neoliberales pueden, no obstante, organizarse a través de la racionalidad neoliberal, y de hecho, lo hacen.



Nos vamos volviendo tecno

Tecnología y redes como ideología

¿Es el sujeto virtual un nuevo sujeto histórico?

—Cuando yo uso una palabra —insistió Humpty Dumpty con un tono de voz más bien desdeñoso— quiere decir lo que yo quiero que diga..., ni más ni menos.

—La cuestión —insistió Alicia— es si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.

—La cuestión —zanjó Humpty Dumpty— es saber quién es el que manda..., eso es todo.—Cuando hago que una palabra trabaje tanto como esa —explicó Humpty Dumpty— siempre le doy una paga extraordinaria.—¡Ah, deberías de verlas cuando vienen a mi alrededor los sábados por la noche! —continuó Humpty Dumpty.

—A por su paga, ya sabes...

LEWIS CARROLL, *A través del espejo
y lo que Alicia encontró al otro lado*

El exministro de la Corte Suprema de Justicia de la Argentina, Eugenio Zaffaroni (2011), plantea que la situación de conflicto dentro de un país genera tensiones que se resuelven, y no

necesariamente desembocan en una masacre. Es decir, tiene que haber una intencionalidad y estrategia pensada para llevar el conflicto como motivo para la masacre. La construcción de realidad paranoide, dice Zaffaroni, es la necesaria etapa preparatoria. La masacre no puede llevarse a cabo si la dirigencia o el grupo hegemónico que la impulsa no cuenta con el apoyo o por lo menos la indiferencia de la población. “Este presupuesto depende de una indispensable creación previa de realidad mediática que instala el miedo y el consiguiente mundo paranoide” (Zaffaroni, 2011, p. 452).

De este modo, el autor plantea que hay un discurso organizado que precede a la masacre. “Cuando las técnicas de neutralización dejan de ser difusas para organizarse discursivamente, difundirse y reiterarse en el público y en particular cuando devienen discurso del poder, el riesgo se hace inminente” (Zaffaroni, 2011, p. 452). En este contexto, plantea que es central el rol de los medios de comunicación masiva –y, agregamos, el de las redes sociales y la virtualización de la vida, o la pantalla total–, que van construyendo el discurso social en torno a la amenaza y la necesidad de actuar.

Las técnicas de neutralización configuran un discurso que va instalando el chivo expiatorio y la consiguiente necesidad de eliminarlo. Esta misma lógica discursiva se ha ido manifestando en estos medios como estratégica de “instalación del miedo” como forma de desestabilización política en Argentina, en distintos momentos desde 1983 hasta la fecha. La construcción de la realidad paranoide es una práctica mediática que, con distintos matices, según el país, se viene ejecutando en la región.

Hablemos de los discursos y relatos

El discurso y el lenguaje constituyen un espacio donde se producen y naturalizan sentidos, estrechamente ligados al poder

económico hegemónico... De qué hablamos cuando decimos inclusión y no justicia social; desigualdad y no injusticia; igualdad ante la ley y no equidad; empoderar y no luchar. ¿De qué nos habla el cambio en el modo de nominar? Habla de procesos donde el poder ha logrado naturalizar su lengua política. El modo de nominar, por su capacidad performativa, no es inocente. Pero en escenarios que han ido mutando aceleradamente, también la lengua política emancipatoria ha perdido su materialidad, porque, justamente, estamos en nuevas prácticas políticas, nuevas formas de socialización y vincularidad, marcadas fuertemente por la era digital. Por esto la lengua “blanda” del neoliberalismo es seductora, porque no tiene imperativos, sino que apela al individuo y sus aspiraciones individuales, a que todo es posible, no es restrictiva. El neoliberalismo ancla porque seduce.

Según el filósofo Byung-Chul Han (2018), los análisis sobre el poder económico y su modo de operar no están pudiendo dar cuenta sobre los cambios psíquicos y topológicos que han surgido con la transformación de la sociedad disciplinaria en la del rendimiento. El autor recela del término sociedad de control porque considera que aún contiene una perspectiva desde la negatividad que no se corresponde con lo que denomina la sociedad del rendimiento, que se caracteriza por el verbo modal positivo “poder” sin límites. La iniciativa y la motivación reemplazan a la prohibición, el mandato y la ley. Por esto, concluye que la sociedad del rendimiento produce depresivos y fracasados.

Desde esta perspectiva, la positividad del poder es mucho más eficiente que la negatividad del deber. Cada quien es responsable de su propio fracaso. El sujeto de rendimiento es más rápido y productivo que el de obediencia. Pero esto no significa que no mantenga el concepto del deber. Solo sucede que ya ha sido disciplinado.

La técnica de poder del neoliberalismo es seductora. Cada uno se somete al sistema de poder mientras se comunica y consume,

o incluso mientras pulse el botón de “me gusta”. El poder no nos obliga a callarnos. Más bien nos anima a opinar continuamente, a compartir, a participar, a comunicar nuestros deseos, nuestras necesidades, y a contar nuestra vida. Se trata de una técnica que no niega ni reprime nuestra libertad, sino que la explota. El poder se manifiesta de muchos modos y no es necesariamente coactivo. Si depende de la violencia muestra su debilidad. El poder está precisamente allí donde no es tematizado. Cuanto mayor es el poder más silenciosamente actúa.

Esta nueva lógica logra que “libertad y coacción” coincidan. El sujeto de rendimiento, dice Byung-Chul Han (2012), “se abandona a una libre obligación de maximizar el rendimiento en una autoexplotación [...] Esta es mucho más eficaz que la explotación por otros, pues va acompañada de un sentimiento de libertad” (p. 17). Los autodenominados nómades digitales, en general hombres y mujeres jóvenes que se insertaron en el mercado laboral desde el contrato individual, directo, sin intervención del Estado, ni con contratos estipulados por leyes laborales, son un nuevo sujeto. Se los puede ver en bares o en *coworking coffee*, como se los denomina, que comienzan a crecer también en Argentina, centralmente en la ciudad de Buenos Aires. Hay al menos una o dos generaciones que se formaron en el mundo digital desde su infancia. Su mundo es la tecnología comunicacional. Ya es parte del paisaje cotidiano, escenas familiares en lugares públicos donde, mientras se espera un almuerzo, cada uno está con su teléfono.

Las narraciones épicas de las empresas introducen al trabajador en esa red narrativa para que se sienta parte y la sostenga, desdibujando su rol de asalariado. Genera espacios físicos “amigables”, descontracturados, como el caso Apple o Google. El nuevo concepto de empresa no produce “objetos de consumo”, sino narraciones y un imaginario que contiene y da pertenencia. No se consumen zapatillas Nike o Apple, sino una “forma de vida verosímil”.

A la realidad de una competencia cada vez más feroz en los ámbitos laborales por la supervivencia, se la inscribe en una narración de trabajo en equipo donde todos colaboran y no hay competencia (meritocracia). A esta ficción, como dice Christian Salmon (2008), se le añade otra, aún más importante, a saber, que los patrones y obreros no son antagonísticos. El patrón, el jefe, gestiona un proceso de grupo. Es un “líder”. La opresión real y palpable, de jerarquías, salarios, condiciones laborales, etc., cede su lugar a la autoridad de un relato. Entonces, un modelo de autoridad sustituye a otro.

La dinámica del capitalismo posindustrial es de descolectivización y reindividualización. Esto es que las tareas son cada vez más del orden de lo individual, con pedido de proactividad; el colectivo trabajador se diluye en el trabajo en red; las personas se conectan y desconectan, están deslocalizadas. Así se construye la ficción liberal del individuo “liberado” de los reglamentos, los controles y la burocracia jurídica. Esto que eufemísticamente se llama flexibilización no es más que el estallido de las seguridades sociales, reglamentos laborales, derechos colectivos, etcétera.

Se conforma, entonces, una sociedad de “individuos”, pero esto no es un paso hacia la libertad individual, sino una nueva forma de control que explota el narcisismo y encierra a las personas en su subjetividad, generando rupturas sociales colectivas de participación y resolución de problemas comunes.

El derecho laboral fue una conquista fundamental para la libertad de los trabajadores, diseñada para protegerlos frente a la arbitrariedad derivada de la relación desigual entre quienes poseen los medios de producción y quienes aportan su fuerza de trabajo. Por esto la denominada flexibilización del capitalismo tecnológico lo que viene a cuestionar es el régimen general del trabajo y las protecciones logradas por los trabajadores. Detrás de la fantasía de mayor libertad, se oculta un retroceso a las lógicas serviles del trabajo en una suerte de neofeudalismo tecnológico.

En una clase en la facultad, un alumno en tono de broma –quizás no tanto– planteaba que el paso siguiente sería la ley de eutanasia, ya que estas nuevas generaciones cuando lleguen a una edad de ser reemplazados no tendrán ningún tipo de soporte.

Nick Couldry y Ulises Mejias (2019) plantean que no solo las condiciones de los trabajadores son cada vez más precarias, sino que al mismo tiempo sus actividades cotidianas están siendo monitoreadas con mayor intensidad. “Al extenderse más allá del lugar de trabajo y llegar a todos los aspectos de la vida del trabajador, este nuevo tipo de vigilancia es en gran medida obra del sector de cuantificación social” (Couldry y Mejias, 2019, p. 106). En este marco, detallan una serie de estrategias ya instaladas que el trabajador acepta sin tener conciencia de que suceden. La *vigilancia de escritorio*: es un sistema utilizado sobre todo con autónomos o en el trabajo remoto. Se instala un sistema que toma imágenes aleatorias de su escritorio, e incluye el monitoreo del uso del *mouse* y del teclado. Lo que no quita que también haya control sobre su correo electrónico y otras actividades en la computadora. *Telemática*: refiere a la supervisión permanente del rendimiento de un trabajador. *Monitoreo de las interacciones en el trabajo*: esto es, las plataformas de datos que las empresas contratan para recoger información de las interacciones diarias de un trabajador y convertirlo en métricas que se pueden utilizar para evaluar el rendimiento laboral. La *vigilancia corporal* a partir de dispositivos, y en este punto los autores mencionan el caso de McDonald’s, que ha introducido prendedores sociométricos que supervisan el comportamiento y las emociones cotidianas.

Según Robert Castel (2012), muchos individuos están en una especie de vacío social, caracterizado por una débil o nula integración en regulaciones colectivas y la falta de aspiraciones compartidas que sirvan de guía:

Su objetivo principal es realizarse como individuos [...] hay patologías de la levitación y el descompromiso y la sensación de no ser ya nada ni de ninguna parte. El vértigo ante su propio vacío es el precio que hay que pagar por cierta manera de ejercer la propiedad de sí (p. 323).

El autor agrega que hay dos tipos de individuos, por exceso y por defecto. En el caso del exceso, plantea que se sostiene sobre una base social donde uno puede volverse sobre sí mismo y volcarse a su perímetro subjetivo, al “vértigo de su propio vacío”. En tanto el individuo por defecto es aquel atrapado en la contradicción de no poder ser el individuo que aspira a ser. Son individuos empujados y presionados a serlo en una sociedad cada vez más individualizada, pero sin las competencias para lograrlo. Es allí donde se muestra con toda su crudeza la farsa de la libertad de la flexibilización. Castel habla de un “individuo hipermoderno” que tributa a la fantasía capitalista del individuo liberado de las normas rígidas y las legislaciones colectivas. Pero, agrega el autor, no hay individuo sin soporte y no hay individuos sin Estado. Ya que el Estado, en tanto soporte de los soportes, es el que crea las condiciones de posibilidad, ya sea en la garantía de la propiedad privada, o de los derechos sociales. Es decir, no hay un “Estado mínimo” que tanto pregonan desde el liberalismo tecno, sino un Estado orientado a determinadas políticas.

La eficacia de las nuevas formas del poder y su vigilancia reside en su amabilidad; no se reprime, se estimula a hablar, a comunicar, a dar información de uno mismo sin presiones: Facebook, Twitter, las denominadas redes sociales son instancia donde nos exponemos. Allí hay una farsa de libertad y de expresión. Solo existe el narcisismo de exponerse y observar. La pérdida de la esfera pública deja un vacío que se cubre en las redes, donde se derraman intimidades y cuestiones privadas. En lugar de lo público se introduce la publicación de la persona. La nueva “esfera

público-publicada” se convierte con ello en un lugar de exposición. Se aleja cada vez más del espacio de la acción común.

Un aumento de información y de comunicabilidad no “esclarecen”; por el contrario, la denominada transparencia no es más que el discurso del poder naturalizado. Siguiendo con Han (2012), la transparencia no permite la opacidad de la mirada crítica.

Hoy ningún muro separa el adentro y el afuera. Google y las redes sociales, que se presentan como espacios de la libertad, adoptan formas panópticas. Hoy contra lo que se supone normalmente la vigilancia no se realiza como ataque a la libertad. Más bien cada uno se entrega voluntariamente a la mirada panóptica (Han, 2012, p. 94).

El poder tiene la capacidad de generar una trama, una narración como señala Christin Salmon (2008) en *Storytelling*, que va invadiéndolo todo y constituye un nuevo sujeto, sus formas de expresarse, así como los límites de lo que se puede o no decir.

Alberto Santamaría (2018) plantea que, en realidad, lo que se nos dice no es que no haya alternativa, sino que se nos obturan las posibilidades mismas de la gestión de esas alternativas. El neoliberalismo promueve un modelo totalizador de la existencia donde los afectos se instalan en el núcleo de la relación laboral y privada, dinamitando directamente la sensación de que son territorios diferentes.

Santamaría (2018) agrega que

[...] el autocontrol, la autoorganización del sujeto trabajador lleva a este a una gestión de sí donde la invisibilidad del poder es casi evidente, portando a su vez una fuerte pulsión individualista que obtura toda forma colectiva. En definitiva, generar un nuevo anclaje mental para viejas palabras. De esta manera, lo único factible es que nos “conformemos con nuestra pobreza”. Aprende a gestionar tus emociones viene a significar: aprende a gestionar tu pobreza (p. 61).

El autor concluye que el capitalismo actual toma aquellos conceptos alejados de su entorno, que incluso lo cuestionan, pero que gozan de una buena recepción social a pesar de su “inutilidad” productiva, y los incluye en sus diversos campos retóricos (publicidad, gestión empresarial, etc.). El neoliberalismo no tiene problemas para engullir elementos disonantes si, con ello, logra dos objetivos intercambiables: mantener el equilibrio económico y social y, al mismo tiempo, generar un relato en el que introduce esos elementos disonantes en su interior transformándolos hasta desactivarlos. Ese es uno de los modos del hacer cultural, es decir, la forma en la que gestiona los límites de esos posibles.

Sandino Núñez (2017a) presenta un desafío político y de análisis que nos orienta en esta necesidad de pensarlo todo de nuevo:

El llamado giro neoliberal –un Estado que se retira del lugar de la representación o de la cobertura político-ideológica explícita de intereses económicos para convertirse no solo en una pieza más en la máquina económica, sujeto por tanto a las reglas del mercado, sino en un dispositivo de facilitación y aseguramiento del funcionamiento continuo de esa máquina [...] economización y tecnologización radical de todo pensamiento político; dispositivos tecnológicos masivos e ilimitados de seguridad y profilaxis, de cuidado y bienestar, etc.– se nos aparece hoy no como un simple “momento ideológico” del capitalismo (y ni siquiera como evolución a una fase superior) sino como aquello que pone al capitalismo en el lugar de un *ideal objetivo* o digamos en un *estado terminal cero* –un estado de neutralidad ideal que una vez alcanzado solamente puede ser reproducido, calcado, estirado, puesto en *duración ilimitada* e indefinida. Una neutralidad que es un universal abstracto. Y quiero sostener acá que el capitalismo alcanza este punto ciego no en la ideología y el mito, sino en el fetichismo de la mercancía y la tecnología, en la consagración de la economía de la pragmática como la lógica misma de la vida, de lo social, y de la historia [...]. La pregunta por cómo hace un sistema injusto para conservarse y reproducirse en aquellos que explota y

perjudica ya no parece proceder. La respuesta podría ser de tipo *no ha lugar*: es una pregunta hecha con un lenguaje filosófico o político o jurídico o religioso que ya no tenemos hoy (p. 13).

El problema claramente no es la ficción, define el autor, es la realidad misma, el inapelable axioma económico que estructura y rige la realidad. Por esto plantea que la tendencia de las leyes que rigen la vida social es a coincidir o a sintonizar con el propio capitalismo. Pues todos lo “vivimos” o lo “sentimos” sin que sea necesario creerlo, ni decirlo, ni entenderlo.

En la disputa política de poder, siempre estamos peleando por intereses que se plasman o se denominan derechos. Ahora bien, ¿de qué hablamos cuando decimos derechos? Y ahí se complica todo. ¿Qué significa “derechos” para el dueño del capital y qué significa para el que solo tiene su fuerza de trabajo? Entonces, la lucha política siempre es una lucha por el significado de las palabras, y por ende de los discursos que con ellas elaboramos. La disputa de poder, además de su materialidad, está en el modo de nombrar las cosas o las situaciones. Está en lo simbólico. Por su capacidad performativa, las palabras impactan de manera directa en el modo de percibir la realidad.

En los años noventa, en pleno auge de las ONG financiadas por el Banco Mundial vía fundaciones o vía Estado neoliberal, se operó en el discurso político-social con un nuevo léxico o modo de nombrar los hechos. Se hablaba de inclusión en vez de justicia social, de lo comunitario y no de lo popular; se decía que el poder estaba en las redes para encontrar soluciones. Toda esa operación discursiva implicaba “despolitizar” las problemáticas sociales de marginación, pérdida de derechos sociales y un Estado al servicio de los intereses corporativos del capital. Nada fue inocente. Ya no se trataba de luchas políticas para disputar poder y cambiar la realidad, sino de organizarse en redes para conseguir el asfalto de una calle.

La disputa de sentido está en la base de la disputa de poder. El discurso social, desde el que se constituye la subjetividad social,

es decir, ese modo colectivo de percibir la realidad, orienta las prácticas sociales o colectivas. De nada sirve que personas aisladas digan tener una mirada “crítica” si el conjunto social constituye su subjetividad con los discursos hegemónicos. De ahí la importancia de analizar cómo se conforman los discursos, cómo se naturalizan los sentidos, que son construcciones políticas e históricas, y cómo circulan a través de las redes, previa elaboración por las usinas o centros de producción del poder mediático.

La función más importante de los discursos sociales es producir y fijar legitimidades, validaciones, construir públicos y gustos u opiniones. Todo discurso contribuye a legitimar maneras de ver, a asegurar beneficios simbólicos. Los discursos de control son indispensables para que lo social funcione. *Rutinizan* y naturalizan prácticas, borrando su origen o gestación. Hacen aceptable lo inaceptable.

La hegemonía en lo mediático y las minorías intensas en las redes no imponen solo temáticas, sino formas narrativas, por eso cuando emerge algo “por fuera” o nuevo corre el riesgo de ser interpretado con relación a los parámetros disponibles, a esas formas de narrar y por lo tanto no ser percibido. De todas maneras, tomando el concepto de estructuras de sentimiento de Raymond Williams, también hay que tener presente que no se puede analizar la dominancia discursiva como algo sin fisuras. Las fisuras están dadas en esas preformas que circulan (estructuras de sentimiento) que son los modos en que la sociedad vive las prácticas sociales y culturales.

Por esto, como plantea Angenot, el conjunto de las funciones del discurso social también puede ser abordado por su contrapartida negativa, “frente a todo aquello que el hombre deja ver, se podría preguntar: ¿qué quiere ocultar?, ¿de qué quiere desviar la mirada?, ¿qué prejuicio quiere evocar?”. Entonces, lo esencial de la hegemonía podría encontrarse, más que en imponer, en rechazar, eliminar o impedir la emergencia de lo otro. Como decía

Feierstein, para saber qué modelo quería imponer el genocidio, habría que revisar qué fue lo que persiguió y eliminó.

Por esto hay que observar siempre que los textos (cualquier materia significativa) aparecen sobre el fondo de la historia y no se puede disociar lo que se dice del modo en que se dice, ni el “lugar” desde el que se lo dice. Analizar los discursos sociales implica analizar contextos y emergencias históricas de esos discursos. Por qué y de dónde vienen. De ahí nuestra perspectiva sobre el carácter formateador que tuvo el genocidio en Argentina y cómo el discurso con el que operó quedó larvado, inscripto, en el conjunto social.

De esto se desprende también que la aceptabilidad y lo verosímil son transitorios y tienen un carácter histórico. Y que prácticas y discursos están estrechamente vinculados. No existe práctica que se instituya sin un discurso que la valide, que hable sobre ella y la legitime, evitando así entrar en el terreno de lo no dicho, de lo indecible. De ahí que la libertad de expresión termina siendo lo que los poderes deciden que se debe expresar. Es por eso que la denominada libertad de expresión, pregonada por los grandes medios, se sostiene sobre lo reprimido, lo silenciado o los saberes negados.

La puesta en escena de los medios: el *storytelling* como maquinaria del relato

Cuando lo policial y lo político se mezclan, los casos se convierten en una cuestión de fe: la realidad llega al extremo de lo subjetivo; en el barro mediático, quizá triunfe la operación mejor orquestada. Es la batalla por el verosímil.

SONIA BUDASSI y ANDRÉS FIDANZA

En 2015, se desató en Argentina un proceso sin resolución aún, que condensa muchos aspectos interesantes para analizar la relación

entre discurso, subjetividad y poder mediático. El día previo a tener que dar explicaciones ante el Congreso de la Nación por una denuncia contra la entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner –por supuestamente intentar frenar la investigación del atentado contra la AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina) en julio de 1994– el fiscal de la causa, Alberto Nisman, apareció muerto en su departamento, con hasta ahora fuertes evidencias de que fue un suicidio (por decisión propia o inducido).

Luego de este hecho, y al conocerse públicamente el escrito acusatorio, se corroboró lo que venía sosteniendo el gobierno por entonces y diversos sectores político y judiciales los días previos a este desenlace, y que motivaron el pedido de informe en el Congreso de la Nación: que el texto de la denuncia no era más que una especulación política fogueada por sectores del área de Inteligencia que habían sido destituidos, e intereses sectoriales enfrentados al gobierno, con injerencia de servicios de inteligencia extranjeros. El escrito de Nisman había sido desmentido no solo por el juez de la causa, sino por la propia Interpol, juristas internacionales y familiares de las víctimas del atentado.

En este marco, comenzó la ofensiva de un grupo de fiscales y jueces (llamativamente todos con pedido de investigación por parcialidad, sospechados por sus niveles de vida, vinculados a grupos económicos, manifestos opositores al gobierno, etc.), que incluyó una marcha junto a la oposición política al gobierno de entonces, sectores defensores del genocidio, e incluso parte de la Iglesia católica. En este contexto, el grupo de medios Clarín junto al diario *La Nación* lanzaron una campaña mediática –inicialmente habían intentado instalar junto a referentes opositores que en el “asesinato” estaba involucrado el gobierno– para presionar y direccionar la causa hacia homicidio: se inventaron testigos, se buscó forzar pruebas, se desinformó, etc. En este escenario, con el paso de los días se encontraron otros dos escritos paralelos al oficialmente presentado, donde el fiscal Nisman

desmentía el texto de denuncia, destacando incluso la activa participación de la presidenta en la búsqueda de esclarecimiento de la causa AMIA. En algunos sectores, esto alimentó la sospecha de que el hecho político no era la denuncia, sino la muerte de Nisman por asesinato o inducción al suicidio; donde el exfiscal fue solo un medio a través del cual sectores de inteligencia locales e internacionales operaron contra el gobierno, aunque quizás él nunca lo supo. Con el paso de los meses, comenzaron a salir a la luz movimientos de fondos millonarios de una cuenta de Nisman en el extranjero que, en la actualidad, se encuentra bajo investigación por lavado de dinero, tanto en Argentina como en Estados Unidos. También se supo que el exfiscal llevaba un nivel de vida incompatible con sus ingresos y que usó fondos de la Unidad Especial de Investigación de la Causa AMIA para fines personales, como viajes de placer, y el pago de sueldos cuantiosos a personas ajenas a la investigación, como el caso de una nutricionista. Desde sectores de la justicia, incluida su exmujer, la jueza Arroyo Salgado, presionaron sistemáticamente para apartar al fiscal a cargo de la investigación por la causa de la muerte del exfiscal, hecho que lograron a los pocos días del triunfo electoral del presidente al que apoyaban el grupo de fiscales y jueces, que intentan cada tanto usar la causa con fines políticos contra el entonces gobierno de Fernández de Kirchner.

Este hecho sirve para analizar la eficacia de la maquinaria mediática: 1. Lograron instalar el eje de la causa judicial en una especie de “justicia paralela”. 2. Construyeron al fiscal como “víctima” y se le realizó un homenaje cuando se trataba de un funcionario público argentino que trabajaba bajo directivas de la CIA y la embajada norteamericana; que armó una causa que está demostrado que era una operación política; que tenía un nivel de gastos no acorde a su situación económica y usaba discrecionalmente fondos de la causa AMIA con contratos elevados a personas sin funciones, entre otras irregularidades; además de tener

denuncias por lavado de dinero en Estados Unidos. 3. Desde los sectores políticos que no eran opositores no tenían intereses en la causa (medios, políticos, referentes, periodistas, etc.), no pudieron correrse de la operación mediática y construyeron un discurso disperso, por momentos contradictorio y dentro de la “agenda” que marcaba el grupo de medios Clarín y sus operadores políticos y judiciales.

Por esos días, un periodista local expresaba, citando a Chertont: “El periodismo es la profesión que se encarga de informar que Lord Jons ha muerto a gente que no sabía que Lord Jons estaba vivo”. Es decir, en términos periodísticos, se trata de instalar un tema que no estaba en la agenda pública y que sí responde a los intereses de un sector minoritario que busca hacer de estos una reivindicación colectiva. Elsa Drucaroff, en *Los prisioneros de la torre* (2011), dice que si bien estamos en una Argentina donde el alfonsinismo primero y el menemismo después convencieron a todos de que ninguna palabra quería decir realmente algo, porque lo que dijera no era capaz de producir algún efecto, de comprometer a quien lo pronunciaba, hay que tener presente que cuando el discurso se construye desde el poder y sus dispositivos mediáticos el efecto es devastador.

En la producción de reales hay una estrategia que es el dispositivo paranoico como recurso del periodismo; este no prescindía del dato, simplemente lo toma descontextualizado y lo hace “decir” lo que el discurso construido en torno a un tema necesita que “diga”. Esto es, se fuerza el sentido de un dato objetivo. Por ejemplo, se compraron mil kits escolares. Ese dato por sí mismo no dice nada, sino que se lo carga de sentido en el discurso. Y aquí entra lo que podríamos denominar “ética periodística”. ¿Qué voy a hacer prevalecer: la exposición de datos y registros o lo que yo quiero hacerle decir a esos datos en función de mis intereses políticos, económicos o de posicionamiento en el escenario de poder? Esta dinámica se comprueba, por ejemplo, en el dato

objetivo puesto en la subjetividad constituida a partir de la construcción mediática sistemática sobre “el Estado roba”, “se queda con nuestros recursos”, “los políticos roban” (que se sostiene en datos puntuales de un tipo de práctica de corrupción).

Así cala en el discurso social y construye esa mirada “paranoica” o “conspirativa”, donde todo se pone bajo sospecha, menos la intencionalidad o práctica del medio emisor. De este modo, ese dato (se compraron mil kits escolares) es susceptible de ser atravesado por esa lógica discursiva mediática: se los quedó el funcionario, salieron más caros y hubo coima, etc. Un ejemplo reciente –sería irrisorio si no estuviera atravesado por la tragedia– es el de una foto de la movilización del “Ni una Menos”, las marchas que reclaman por la eliminación de la violencia contra las mujeres y los femicidios, donde se muestra un grupo de mujeres caminando con un pasacalle que dice “Cristina presente”. En las redes circuló la imagen con un epígrafe que “criticaba el uso político de la movilización por parte de seguidoras de la expresidenta”. Sin embargo, el mismo día las mujeres que se habían encolumnado aclararon que se refería a una víctima de femicidio llamada Cristina...

¿Cómo operan los medios concentrados y las denominadas redes sociales en esa disputa de sentido? Los distintos medios en sus diversos soportes (TV, internet, diarios, revistas, radio, ficciones televisivas, etc.) replican y multiplican hasta el cansancio un mismo relato con las particularidades de cada soporte y de su audiencia. En esa circulación de una misma noticia o dato, se pierde el origen, la fuente; nadie sabe dónde se originó. Entonces, se produce una especie de juego de espejos que se reflejan mutuamente y producen un efecto de aislamiento mental, donde las audiencias discuten y replican luego en las redes sociales la misma información o eje de debate. Lo que discuten las audiencias, la sociedad, en definitiva, no son los hechos, sino un relato sobre los hechos construido por el grupo hegemónico de medios, que

instala una mirada sobre la realidad que se erige como única. Y en esa circulación ya nadie se pregunta sobre la veracidad o sobre la fuente. A esto se suma la circulación en las redes en el formato conocido como *fake news*.

Sintetizando, podemos plantear algunas características del sistema mediático:

- Tiene capacidad para fijar sentidos y trazar líneas predominantes en el imaginario social desde donde se construye la subjetividad social.
- Marca agenda, es decir, temas. Instala debates según las necesidades u operaciones que necesite hacer para su entramado político-económico de poder.
- Invisibiliza temáticas o hechos de la realidad.
- Forma corrientes de opinión desde las cuales opera sobre las políticas de Estado, a través de las denominadas encuestas de opinión, que son realizadas por empresas vinculadas al grupo de medios.
- Construye un nuevo léxico y lo instala en el discurso social.
- Como parte integral del mercado, es un eslabón clave en la promoción del consumo.
- Con su capacidad centrífuga, absorbe todo lo que surge por los bordes o por fuera y lo resignifica.

***Storytelling*: el relato como estrategia de control**

Christian Salmon (2008) define al *storytelling* como un arma de distracción masiva. Se utilizan los relatos como una estrategia de narración que presenta una explicación tranquilizadora de los

acontecimientos más allá de “la realidad”, es una visión que trabaja sobre el verosímil. No se trata de ficción, sino de una construcción discursiva que no genera contradicción ni ansiedad y permite vivir la cotidianidad compleja en un marco más asequible. Salmon (2008) explica que el *storytelling* establece engranajes narrativos según los cuales los individuos son conducidos a identificarse con unos modelos y conformarse con unos protocolos. Agrega que *House of cards* como ficción de actualidad política y la realidad política están en el mismo plano del verosímil. Hoy la fascinación que producen las series sobre política responden a la fascinación del relato por sobre la práctica política “real” y muestran cómo el relato resulta más creíble que las noticias informativas.

Salmon (2008) reflexiona sobre una nota en *Los Angeles Times*, de Lynn Smith, que plantea que la narración se ha extendido a todos los campos: historiadores, juristas, economistas, que han redescubierto el poder de las historias para constituir una realidad y que el *storytelling* ha llegado al punto de rivalizar con el pensamiento lógico tanto para la jurisprudencia como para la geografía.

Las historias se han vuelto tan convincentes que algunos críticos temen que se conviertan en sustitutos peligrosos de los hechos y los argumentos racionales [...] historias seductoras pueden convertirse en mentiras o propagandas. La gente se miente a sí misma con sus propias historias. Una historia que procura una explicación tranquilizadora de los acontecimientos también puede engañar al eliminar las contradicciones y complicaciones (Salmon, 2008, p. 32).

Y concluye que antes se decía “quiero hechos, no palabras”, y ahora se comprueba que las historias pueden tener efectos reales sobre los hechos.

El éxito de un discurso, entonces, está en el relato que comunica. Ni siquiera por quién lo enuncia. Resulta creíble no por lo que dice, sino por las historias que representa. Salmon citando a Seth Godin, plantea: “Al alinear un enunciado con una visión del mundo (y al confundir así deliberadamente las expectativas), se puede contar fácilmente una historia [...] las historias nos ayudan a mentirnos a nosotros mismos y nuestras mentiras nos ayudan a satisfacer nuestros deseos” (Salmon, 2008, p. 59). El objetivo del *marketing* narrativo ya no es convencer de determinados consumos, sino sumergirlo en un universo narrativo, meterlo en un universo creíble, donde el verosímil juega un rol central. Los nuevos relatos que nos propone el *storytelling* exploran las modalidades de sometimiento. Las innumerables historias que produce la máquina de propaganda buscan tomar el control de las prácticas y apropiarse de los saberes y los deseos de las personas.

Bajo la inmensa acumulación de relatos que producen las sociedades modernas, nace un “nuevo orden narrativo” que preside el formateo de los deseos y la propagación de las emociones, dice Salmon (2008). El autor concluye que hay una violencia simbólica que pesa hoy en los debates en los marcos democráticos a partir de las “máquinas de narrar”, donde el tema desaparece ante la narración. Por esto, dice Salmon, desenfocar es volver a encontrar el tema.

El desafío último es ver sin mirar: ¡desenfocar! En un mundo en que los medios de comunicación se prosternan ante el altar de la nitidez, y al hacerlo vacían la vida de toda vida, el desenfocador será el comunicador de nuestra época (2008, p. 225).

Las redes sociales como ideología. Los nuevos escenarios y la vida virtual

Por un lado, la astucia del resentimiento ha ofrecido una respuesta a la pregunta de cómo la revalorización de la fragmentación la parcelación la diversidad y la contingencia ha favorecido al capital global financiero y de la información de tal modo que en tanto poder totalizador no puede ser ni concebido ni atacado [...] Por otro lado, de este modo ha tenido lugar una última radicalización de la socialización negativa [...] Si bien no hay en la historia ni puros finales ni puras situaciones sin salida debemos conceder que la hostilidad de todos contra todos se ha convertido no solo en un exitoso modelo de negocios, sino en un sentimiento de comunidad con un destacado futuro por delante.

JOSEPH VOGL

Fake news vs. factibilidad. Relatos vs. argumentos

Venimos de desarrollar una perspectiva que no es nueva, la del relato, pero que cobra una nueva dimensión desde la emergencia de las redes sociales. Plantear que las *fake news* son “noticias falsas” no estaría logrando llegar al fondo de la cuestión. El primer interrogante sería ¿por qué, si es una falsa noticia, al conocerse la “verdad” no tiene efecto en quien propagó o consumió esa “falsa noticia”? Noticias falsas hubo siempre a lo largo de la historia, y cuando se develaba que era falsa, sí impactaba en la realidad. Cuando se descubría una operación de prensa o algún acto de gobierno oculto, generaba crisis políticas, renunciadas y ostracismo. Hoy en día conviven como relatos verdades y mentiras, datos y frases, argumentos y consignas, todo en un mismo espacio y sin “molestarse” entre sí.

Byung-Chul Han (2022) plantea que, en la subjetividad social actual, no hay una contradicción entre verdad y mentira. Esto implicaría concebir a la verdad como algo que debe “revelarse”; es decir, al demostrar que algo es mentira, triunfa la verdad. Este enfoque remite a un axioma del positivismo moderno, donde el conocimiento no se percibe como una construcción, sino como una realidad que espera ser develada. Por eso no podemos definir a las *fake news* como mentiras, ya que el oponente de la *fake news* es la facticidad. Es decir, no atacan a la verdad, sino a los hechos y los datos que emergen de lo fáctico.

Para ilustrar el tema, Sandino Núñez (2014) aporta el siguiente ejemplo:

Es casi inevitable que Assange caiga por ser sospechoso de ser lo que denuncia, una PsiOp de la CIA, del Departamento de Estado, de la OTAN, de las grandes corporaciones, de los extraterrestres. No hay ninguna posibilidad de que la operación no termine por devorarse a sí misma en la forma de una paranoia. La teoría insurreccional de Assange solo puede ser conspirativa y se apoya en una ontología de la conspiración... Ese golpe destinado a destituir, en suma, a los poderes globales comete un error grave. Aplica una lógica del desocultamiento y cree en el poder destituyente mágico de la revelación... Assange no es un instrumento apto para combatir el capitalismo. Pero curiosamente su figura y su performance resultan ideales para tramitar un desborde afectivo. A través del que queremos, no superar, sino vengarnos del capitalismo. Queremos oponerle una resistencia de fricción. Una respuesta dañina y pícara a la estética glacial de la globalización. La teoría insurreccional de Assange es el *fight club* –*El club de la pelea*–: rutinas de la pasión en el imperio de los sentidos. Y eso también hace al gran juego global (p. 79).

Pensar que “develar” la verdad frente a la mentira hoy modifica algo es no ver hasta qué punto la virtualidad ha transformado la vida. Este cambio, además, ha sumido en un neooscurantismo

que abarca a minorías intensas de todos los perfiles políticos, sociales y culturales. Es habitual ver en las redes posteos o reposteos de *fake news* por parte de profesionales, docentes y académicos. Es decir, no sería un tema de acceso a la formación, o un tema de instrucción. Por eso planteamos que las redes sociales son una ideología en sí. La simplificación, el dato falseado, el meme, el reposteo y la viralización, sin importar la veracidad o la fuente, no es privativo de un sector social, cultural o político. Quien nunca entró en la trampa que dé un paso al frente...

El juego verdad-mentira no mueve ningún amperímetro político y lo estamos viviendo en los últimos años. Lo vemos, incluso, en escenarios potencialmente peligrosos, tanto en la burbuja virtual que desencadenó el intento de magnicidio contra la expresidenta Cristina Fernández como en las pequeñas violencias cotidianas y domésticas. Lo vemos en los cambios en las capacidades cognitivas en el aula de las universidades, al menos en las ciencias sociales. Y lo más peligroso son ciertas corrientes que intentan justificar los cambios socioculturales de las nuevas generaciones como hijos de las pantallas, donde el problema no es que un joven en un aula no pueda mantener de una a dos horas de atención y participación e intercambio, sino que “debemos adecuarnos a esta realidad”. Cada año al inicio de las clases prácticamente debo “obligar” a los alumnos que guarden los teléfonos, están físicamente en el aula, mientras su atención está en WhatsApp, TikTok, etc. Dispersión, imposibilidad de articular textos y realidad, simplificación en veinte caracteres, y una larga lista de desafíos que no se resuelven “adecuándose”, sino problematizando. Todos estamos, en mayor o menor medida, en las redes, sea por opción, como espacio a ser investigado o por necesidad ante el traslado que se va haciendo de la socialización a la virtualidad.

La tendencia a un neooscurantismo que se presenta en la “cancelación” debe alertarnos sobre el rumbo que estamos tomando. La gravedad de este neooscurantismo –por denominarlo

de algún modo– es que, por un lado, legitima narrativas como el terraplanismo, en un extremo; y al mismo tiempo, opera bajo la cancelación desde el paraguas de la corrección política y ciertos discursos progresistas, lo cual lo torna aún más riesgoso.

A partir del conflicto armado Ucrania-Rusia, en el cual el mundo occidental se posicionó con Ucrania (no vamos a detallar la temática), apareció en algunos espacios europeos y también en Estados Unidos una campaña para “cancelar” la cultura y el arte ruso. Cuando el conflicto estalló en su fase bélica, el líder del PSOE (Partido Socialista Obrero Español) en Málaga puso en discusión la continuidad del Museo Ruso. Hubo planteos de retirar películas rusas de carteleras. En Francia se hablaba de la posibilidad de romper relaciones con instituciones culturales rusas. En Canadá se impidió la actuación del pianista ruso y niño prodigio Alexander Maloféyev. También se planteó la cancelación de un curso acerca de Dostoyevsky en la Universidad de Milano-Bicocca. Los festivales de cine de Cannes, Berlín y Venecia decidieron boicotear las películas rusas. Los medios de comunicación rusos, incluyendo RT y Sputnik, fueron prohibidos en muchos países y en las redes sociales.

En el ámbito del deporte también llegó la cancelación con llamamientos para excluir a los atletas rusos de la participación en todas las competencias internacionales, incluido el campeonato mundial de fútbol de 2022 –aunque sí se permitió la participación de Irán–. En muchos Estados europeos se están demoliendo monumentos a los soldados soviéticos que liberaron a Europa del nazismo la Segunda Guerra Mundial. Los escolares y estudiantes rusos son expulsados de instituciones educativas extranjeras bajo diversos pretextos, y se anulan los contratos con los maestros.

En esta “nueva” práctica de la cancelación, un caso realmente paradójico es el que vivió la reconocida feminista Margaret Atwood, autora de *El cuento de la criada*. En noviembre de 2016, firmó una carta abierta que exigía responsabilizar a la

Universidad de Columbia Británica (una universidad pública canadiense) por haber tratado injustamente a un antiguo empleado, Steven Galloway, expresidente del departamento de Escritura Creativa, durante un proceso judicial. La universidad hizo pública la acusación a Galloway en los medios nacionales antes de que comenzase la investigación, e incluso antes de que el acusado pudiese conocer los detalles de la acusación. Él tuvo que firmar un acuerdo de confidencialidad. Se construyó la imagen mediática de un hombre violento y violador y fue atacado. La investigación judicial duró meses, y concluyó que no había habido agresión sexual, pero Galloway fue despedido y como el veredicto de no culpabilidad disgustó a algunas personas y sectores, siguió siendo atacado, o “escrachado” como se dice en Argentina.

En un mundo donde las certezas se cayeron, la facticidad, los argumentos, los datos, fueron reemplazados por relatos que permiten vivir medianamente en armonía con la cotidianidad. Un ejemplo de cómo la “verdad” hoy está devaluada, en tanto facticidad, lo vimos en Argentina cuando en el año 2017, después de tres meses desaparecido, apareció el cuerpo de Santiago Maldonado. Los sondeos de esos días indicaban que cerca del 70% consideraba que el gobierno de Macri tenía “algo que ver” con la desaparición de Maldonado; sin embargo, dos días después, en las elecciones legislativas tuvo una contundente victoria electoral. Es decir, la toma de decisiones, en este caso el voto, no fue alcanzado por esa “verdad”. Es mucho más fácil confundir y desinformar que inculcar una opinión, y las dos parecen ir de la mano.

Ante determinado personaje o noticia que los medios muestran y se viraliza –puede ser un referente político, un acusado de violencia doméstica, e incluso una falsa denuncia–, es muy común leer en las redes sociales, y en esto no hay derecha o izquierda, el comentario recurrente “quiero verlo preso” en reemplazo de “quiero verlo juzgado y si se comprueba que es culpable, que vaya preso”. Las redes sociales, la virtualidad, la vida de pantalla

imponen una justicia de hecho, una justicia que suena al concepto de venganza y está instalado. Como mencionamos en otro capítulo, estas burbujas intensas van conformando pseudocomunidades, que, por ejemplo, terminan cometiendo un asesinato en primer grado, que después los medios denominan linchamiento o justicia por mano propia.

Estos cambios conductuales no pueden pensarse por fuera de lo que Couldry y Mejias (2023) definen como colonialismo de datos. Del mismo modo que el capitalismo colonialista usurpó territorios y atentó contra cada intento emancipatorio poscolonial, la construcción de nuevas formas de poder corporativo en el capitalismo digital es incompatible con los procedimientos e instituciones democráticas.

Joseph Vogl (2023) plantea que lo que hoy llamamos digitalización no puede caracterizarse como la simple transformación de valores analógicos en formatos digitales ni como la expansión de este tipo de tecnologías en todos los ámbitos sociales, políticos y económicos. Según el autor, las redes informáticas electrónicas han hecho posible una fusión efectiva entre la economía de las finanzas y la economía de la información.

Vogl (2023) introduce un neologismo al que denomina “verdadabilidad”, que hace referencia a un régimen de las tecnologías mediáticas y economía de la información:

A un punto de indiferencia entre creer y saber, a una performance de sentimientos de verdad o verdades de sentimiento; sean, por último, esos sectores innovadores o personajes tales como influencers, a través de los cuales una comercialización exitosa busca narrarse hasta tal punto como una forma de vida cotidiana que, finalmente, logra transmitirse a formas de vida cotidianas (p. 186).

Las redes sociales son aspectos o productos del capitalismo de plataformas, es lo que denomino las redes como ideología, que

es la amplificación de las minorías intensas sin legitimidad y, en algunos casos, potencialmente peligrosas. Podemos pensar en fenómenos como el terraplanismo. Por supuesto se puede decir que no son una minoría peligrosa; sin embargo, en Argentina, una terraplanista fue electa como diputada, de la mano del denominado anarcocapitalismo de Javier Milei. Couldry y Mejias (2023) analizan las apropiaciones del capitalismo a partir del siguiente ejemplo:

Al reflexionar sobre el uso de las redes sociales durante las protestas de la campaña, Leanne Betasamosake Simpson, académica, escritora y artista del pueblo Nishnaabeg, escribió que “cada tuit, publicación en Facebook, blog, foto de Instagram, video de YouTube y correo electrónico que enviamos durante Idle no More, hizo que las mayores empresas del mundo... ganaran más dinero para reforzar el sistema de colonialismo de asentamientos, me pregunto en retrospectiva si lo que hicimos fue construir un movimiento o una presencia en los medios de comunicación social que privilegió a los individuos por encima de la comunidad, a la validación virtual por encima de la empatía, a un liderazgo sin capacidad de dar respuesta y de asumir su responsabilidad (p. 9).

En esta dirección podemos traer a la memoria los debates que se dieron cuando en 2011 se produjeron las revueltas de la denominada “Primavera Árabe” en Egipto. Muchos entusiastas teorizaban sobre las redes y la importancia que habían tenido en la caída de Mubarak. Sin embargo, 13 años después, en Egipto no solo no cambio nada, sino que hubo más represión y muerte. Muchos que relativizaban o ponían ya el tema de las redes en discusión, recordaban el discurso de 2009 de Barack Obama en El Cairo para el mundo musulmán, donde llamó a los pueblos a luchar por la libertad y la democracia...

Otro de los aspectos debatidos en esa experiencia se centraba en las burbujas y las minorías intensas, analizando su posible direccionamiento hacia fines no tan claros.

Se pudo ver posteriormente que, en tanto proceso anclado en consignas y de intensidad de burbujas, la revolución de las redes que estaba cambiando el paradigma en Egipto tenía claras limitaciones.

Desde occidente, y los medios hegemónicos, y en redes se hacía un elogio del “espontaneísmo” y la lucha por las libertades que se estaba dando, se hablaba del poder transformador de las tecnologías comunicacionales contra la opresión. Intencionalmente o no, había un claro desconocimiento de la historia la cultura y la sociabilidad de esa región.

Otro caso que podemos mencionar es la tragedia de Myanmar con la matanza de la población rohinyá en el año 2017. En este caso, Amnistía Internacional presentó un informe donde planteó que los algoritmos de Meta, propietaria de Facebook, y su afán de lucro contribuyeron sustancialmente a las atrocidades perpetradas por el ejército de Myanmar contra la población.

Al respecto, la secretaria general de Amnistía Internacional, Agnès Callamard, señaló:

En 2017, miles de personas rohinyás fueron víctimas de homicidio, tortura, violación y desplazamiento como parte de la campaña de limpieza étnica de las fuerzas de seguridad de Myanmar. En los meses y años que desembocaron en las atrocidades, los algoritmos de Facebook intensificaron una tormenta de odio contra la población rohinyá que contribuyó a la violencia en el mundo real (Amnistía Internacional, 2022).

Y agregó: “Mientras el ejército de Myanmar cometía crímenes de lesa humanidad contra la población rohinyá, Meta se beneficiaba de la cámara de resonancia del odio creado por sus algoritmos intensificadores de odio”.

Según detalla Amnistía Internacional (2022):

Meta se beneficia cuando quienes usan Facebook permanecen el mayor tiempo posible en la plataforma vendiéndoles más publicidad selectiva. La exhibición de contenidos incendiarios –incluidos los que propugnan el odio y los que constituyen incitación a la violencia, la hostilidad y la discriminación– es una forma efectiva de mantener a la gente más tiempo en la plataforma. De este modo, la promoción y amplificación de este tipo de contenido es clave para el modelo empresarial de Facebook basado en la vigilancia.

La nota en Amnistía Internacional trae un episodio de 2014 cuando Meta trató de respaldar una iniciativa contra el odio con la creación de un paquete de *stickers* para que publicaran los usuarios y usuarias en respuesta a contenidos que propugnaban la violencia o la discriminación:

Los *stickers* llevaban mensajes como “piensa antes de compartir” y “no seas la causa de la violencia”. Sin embargo, activistas observaron enseguida que los *stickers* tenían consecuencias imprevistas, pues los algoritmos de Facebook interpretaban su uso como señal de que a la gente le gustaba un post y empezó a promoverlos. En lugar de disminuir el número de personas que veían una publicación que propugnaba el odio, los *stickers* hacían que esta fuera más visible.

La extensa nota en el portal de Amnistía Internacional, de la cual compartimos varios fragmentos, agrega que hay estudios internos que se remontan a 2012 que indicaban que Meta sabía que sus algoritmos podían provocar daños graves en el mundo real. Detalles de documentos internos filtrados por la denunciante de irregularidades Frances Haugen fueron saliendo a la luz.

En uno de ellos, fechado en agosto de 2019, una persona que trabajaba en Meta escribió: “Tenemos datos de diversas fuentes de que el lenguaje que incita al odio, el lenguaje político divisivo y

la desinformación en Facebook afectan a sociedades de todo el mundo. También tenemos datos fehacientes de que las mecánicas de nuestro producto central, como la viralidad, las recomendaciones y la optimización para la participación, son una parte significativa de la razón por la que estos tipos de lenguaje florecen en la plataforma”.

Cerramos este apartado con Dennis Kingsley (2022), quien plantea que hay un control sobre el pasado colectivo que desdibuja las historias de las comunidades en un marco global:

La confusión que actualmente nos rodea, está rompiendo nuestros terrenos conocidos y patrones familiares. Está desarmando casi todo aquello que tomábamos como nuestros territorios y los está reorganizando [...].

Mientras que los individuos tratan de mantenerse a flote durante este colapso, los principales medios de comunicación y sus extensiones en redes están vendiendo una versión simplificada de los hechos para crear la apariencia de una realidad conveniente. Es un intento de generar una burbuja perceptiva que se nos dice que nos explicará la vida. Después de todo demasiados eventos reales solo servirían para romper esa burbuja simplificada y darnos a todos un dolor de cabeza (pp. 26-27).

Algunos datos sobre el uso de redes

Según datos del portal Total Medios (2022), Argentina es el país que tiene más interacción en redes que el resto de Latinoamérica, con un total de 34.8 millones de usuarios en el año 2022. El portal cita un estudio de Comscore, titulado “Estado de Social Media 2022” y “Cambios en el consumidor digital”, según el cual Argentina aporta la mayor cantidad de interacciones y publicaciones en comparación a otras regiones de Latinoamérica.

Un informe del Observatorio de Medios de la Universidad Católica Argentina, del año 2023, refuerza estos datos y agrega que

hay una cantidad de cuentas de redes equivalentes al 80% de la población. En el informe de 2024, se señala que hay un 35% más de líneas de celulares que población, con un alto uso de redes sociales. Las redes sociales más usadas en el país son WhatsApp, Instagram, Facebook y TikTok; y se destaca que el segundo uso de las redes sociales es para la búsqueda de noticias. También se indica que TikTok es la red social que más atención lleva de los usuarios. Y que, de las cuentas en redes, solo un 23% sigue a medios o periodistas. Entre las 20 primeras aplicaciones usadas en Argentina, ninguna es de medios de comunicación.

Si bien para profundizar en la temática sería necesario realizar estudios complementarios, a primera vista, hay datos que sobresalen: 1. El alto nivel de exposición y participación en redes sociales de los argentinos comparativamente. 2. La preeminencia creciente de TikTok. 3. El desplazamiento de los medios tradicionales de información hacia las redes sociales para informarse.

Nuestro mundo, nuestra vida y sociabilidad, se está reconfigurando digitalmente sobre todo a través de las redes sociales. Como advierte Dennis Kingsley (2022), nuestro sentido de realidad se está fragmentando y reprogramando mediante las burbujas expandidas de la esfera de información a la infoesfera.

Concluimos con el autor que lo que hay es un intento que apunta a moldear la percepción social con el fin de promover una proyección consensuada del mundo y su disciplinamiento. “La humanidad está experimentando un tiempo de socialización forzosa activa e intensa, ¿podremos resistirnos a la mutación?” (Kingsley, 2022, p. 51).

¿La violencia está en las redes?

Las teorías de la violencia tienen dos facetas: una, descubrir las causas de la violencia y dos, utilizar la violencia para eliminarla, y con esa eliminación, eliminar la violencia. Pero nos encontramos, entonces, con una rara paradoja, que es la de los medios y

los fines. Si la violencia fue mala y generó todo lo malo, ¿por qué la violencia de los justos nos conduciría al bien?

Pilar Calveiro planteaba, en una entrevista en el diario *Página/12* (Frieria, 2013), que una mirada no violenta de la política es una mirada falsa: “Cuando se habla de una política no violenta, se crea la ilusión de que no hay violencia; por eso es importante poner sobre la mesa esa violencia que no se puede soslayar”. Discurrir sobre la violencia en abstracto nos lleva a un escenario del que difícilmente logremos extraer algunas líneas vectoras. Es decir, *a priori* nadie, en general, piensa que la violencia es buena. Por esto, a los efectos de este trabajo, solo tiene sentido pensar la violencia en contextos y situaciones, porque su poder ser pensable, como plantea Angenot, es en un tiempo histórico determinado y en un espacio determinado. Pensar la violencia hoy no es igual que pensarla en los años sesenta o setenta o a principios del siglo XIX.

Reflexionar desde la teoría de la evolución civilizatoria, que postula la erradicación de la violencia como síntoma de barbarie, implica adoptar una perspectiva finalista de la historia. Sin embargo, al comparar la violencia actual con la de hace 30, 60 años o incluso siglos atrás, no podemos afirmar que haya disminuido o aumentado significativamente; más bien, ha experimentado una reconfiguración. Según Slavoj Žižek (2009), anatemizar la violencia, condenarla como mala, es una operación ideológica por excelencia, una mistificación que colabora con la invisibilización de las formas fundamentales de la violencia social. El autor agrega que tenemos muy presentes las señales de la violencia como crímenes, terror, conflictos internacionales o sociales, por lo cual deberíamos intentar distanciarnos para diferenciar las diversas formas en que se configura la violencia y su trasfondo.

De este modo, Žižek (2009) sostiene que la violencia subjetiva es la parte más visible de la violencia y distingue dos modos más de violencia. Por un lado, la simbólica, encarnada en el lenguaje,

que no se limita a los modos de nominar, sino a la imposición de ciertos universos de sentido. Por otro lado, habla de violencia sistémica, que la define como las consecuencias del funcionamiento de los sistemas económicos y políticos. En su ensayo, plantea que la violencia subjetiva, directamente observable sobre un supuesto nivel cero de violencia, oculta la violencia sistémica y hace aparecer esos hechos de violencia como anomalías.

El discurso liberal, instituido, contra la violencia se centra en la violencia subjetiva: catástrofes humanitarias, asesinatos, hambre; porque, dice Žižek (2009), es un modo de ocultar la violencia sistémica. Por eso plantea que solo se puede abordar la cuestión de la violencia si se la aparta de su manifestación subjetiva. Esta violencia, dice el autor, ya no es atribuible a los individuos concretos y a sus intenciones de maldad, sino que es puramente objetiva, sistémica, anónima. Cuando se hace referencia a los crímenes de guerra se suele focalizar en los criminales concretos, en los hechos, en la violencia subjetiva, dejando “afuera” la violencia sistémica, la que los generó y los sostiene: la puja capitalista en el régimen nazi, la lógica refundacional en el genocidio de 1976 en Argentina.

Žižek (2009) concluye que en la relación entre violencia subjetiva y sistémica se da que la violencia no es una propiedad exclusiva de ciertos actos, sino que se distribuye entre los actos y sus contextos, entre actividad e inactividad. El mismo acto puede aparecer como violento o no violento en función de su contexto. A veces la inacción puede ser más violenta que un ataque brutal de violencia explícita.

Raúl Zaffaroni (2011) plantea que terrorismo es un concepto difuso –quizás un pseudoconcepto– y, como tal, puede llegar a abarcar desde nuestras gestas libertadoras del siglo XIX, pasando por toda la gama posible de violencias políticas, lo que permite su manipulación en cualquier sentido. Por esto, define que lo que podría ser una práctica ilegal por parte del Estado como una

masacre, puede ejecutarse, sin perjuicio de que el Estado liberal conserve sus instituciones.

En el marco de la violencia estatal, el autor plantea que los masacradores emiten señales más o menos claras que por lo general son ignoradas, incluso por las propias víctimas. Hay un discurso organizado que precede a la masacre. “Cuando las técnicas de neutralización dejan de ser difusas para organizarse discursivamente, difundirse y reiterarse en el público y en particular cuando devienen discurso del poder, el riesgo se hace inminente” (Zaffaroni, 2011, p. 52). En este contexto, el autor señala que los medios de comunicación masiva cumplen un rol fundamental en la construcción de subjetividad dentro de una sociedad.

En esa dirección, el autor detalla los pasos o momentos en los que se va construyendo el discurso social en torno a la amenaza y la necesidad de actuar, y plantea que las técnicas de neutralización configuran un discurso que va instalando el chivo expiatorio y la consiguiente necesidad de eliminarlo:

- Negación de la propia responsabilidad. El chivo expiatorio es construido como de extrema peligrosidad y capacidad de daño que anula la responsabilidad del masacrador. “Era necesario, la Patria estaba en peligro”.
- La causalidad mágica. Para atribuir semejante peligrosidad a *ellos* hay que sustancializarlos, es decir, “son la encarnación de todos los males”.
- El pánico moral. Es una deformación de la realidad. No es ficticio, sino que se asienta sobre hechos concretos pero deformados, que construyen el discurso de la necesidad de eliminarlo. Ante un atentado político: “esto le puede pasar a usted, a cualquiera”. Ante un secuestro extorsivo a gente de mucho dinero: “esto le puede pasar

a cualquiera...” y quienes compran el discurso quizás son personas que viven en una casilla...

- El hecho real funcionalmente deformado. La fuente que genera el pánico moral es un hecho deformado.
- Si los hechos no existiesen, los hubieran inventado. Si la intención de la masacre está ya pergeñada, se puede gestar un hecho, por ejemplo, un atentado, el asesinato de una figura pública.
- El masacrador se presenta como víctima de las circunstancias. Esto es la tesis de la provocación suficiente, que sirve de legitimación discursiva al masacrador. Así se presenta como alguien que nunca quiso cometer el crimen, asumiendo inocentemente ese rol de salvador histórico.
- Negación del daño. Esto es parte de la creación de clima favorable. Ningún masacrador si dice lo que va a hacer va a encontrar apoyo *a priori*. La técnica es mostrar (deformar) las atrocidades que comete el chivo expiatorio para justificar su accionar. De este modo, se oculta el propio crimen, se lo niega y discursivamente solo se construye al otro peligroso. En esto es central los “guerreros ideológicos”, en términos de Zaffaroni, que en los medios de comunicación muestran las atrocidades y crímenes de los masacrados.
- La negación o esencialización de la víctima. La víctima deja de ser persona porque pasa a formar parte de un ellos, a través del fenómeno de la sustancialización: se instala una categoría de pensamiento, la percepción del otro diferente como parte de un todo maligno se introyecta y pasa a formar parte del equipo psicológico. No se puede pensar en el otro como humano, sino como perteneciente a una totalidad que tiene un para qué maligno y

al asignarle un para qué pasa a ser una cosa y deja de ser una persona. Ninguno era culpable de nada, pero pertenecían a algo culpable de todo.

Suele ser un lugar común en estos tiempos hablar del “aumento de la violencia”, “del discurso violento”, como si alguna vez esta se hubiera erradicado. Quizás podríamos decir que distintas formas de la violencia cobran hoy mayor envergadura o visibilidad a partir del espacio que ganan las minorías intensas en las redes sociales. Pero esto, probablemente, sería simplificar la cuestión. La violencia silenciosa y cotidiana de las mayorías hambreadas puede emerger o manifestarse de múltiples formas, y no necesariamente como un enfrentamiento al poder.

Lo vemos en el aumento de la violencia intrafamiliar, la violencia territorial en los barrios marginalizados, el delito de pobres contra pobres, y la lista sigue en una enumeración de la violencia cotidiana de quienes están en el borde o ya fuera del sistema, como una mayoría silenciosa que crece y que la única respuesta que recibe es una forma de violencia multidireccional: del Estado a través de la presencia de las fuerzas de seguridad con distintos niveles de bordes y convivencia con el delito, las instancias judiciales que llegan tarde o nunca llegan, las humillaciones varias de los aparatos burocráticos en las áreas sociales, etc. Y, por otro lado, la violencia del día a día territorial en los barrios en los que, con sus reglas propias, el delito ordena el cotidiano como una segunda fuerza de control que somete a los vecinos al silencio, al temor y a la sensación de saberse desprotegidos multidireccionalmente. Cada tanto es parte de la escena barrial en Argentina lo que podríamos llamar “puebladas”, cuando, a partir de un hecho delictivo, los vecinos terminan prendiendo fuego una comisaría y atacando a los móviles policiales.

Milei, las redes y los perdedores

Un dato que acompaña la perspectiva que venimos planteando sobre las redes y las pantallas como ideología y no como “herramienta” podemos verlo en la campaña digital, en redes, de Unión por la Patria para las elecciones presidenciales de 2023 en Argentina. En términos de las “lógicas” de las redes y lo digital, la campaña fue amplia, acertada y con estrategias claras; sin embargo, la victoria aplastante del candidato Milei con votantes aislados, que no se movilizan y sin identidad colectiva, es un ejemplo claro de que se trata de mucho más que de buenas estrategias.

El *astroturfing* es una actividad coordinada en redes cuya intención es crear la impresión falsa de que existe un movimiento popular generalizado que surge de manera espontánea, pero que puede haber sido creado por una organización política o social, o por una corporación. Se crea una red artificial de usuarios y medios para generar una percepción o instalar una agenda. Pero lo que se instala no es una fantasía, puede ser una idea o sector, o personaje marginal, y sobre esa base se realiza la construcción. Esto no significa que se pueda instalar cualquier cosa, idea o candidato y hacerlo masivo. Es fundamental que ancle en usuarios reales, es decir, que trabaje sobre algo que está latente. Y retomamos de nuevo la definición de Raymond Williams (2009) sobre estructuras de sentimiento.

En tanto *outsider* mediático y construcción de personaje, Milei aparecía como quien decía lo que nadie del sistema político se atrevía a decir. Lo interesante de este caso es que no había detrás estructuras político-partidarias tradicionales, lo que le dio cierta validez entre quienes lo escuchaban sobre todo desde los bordes del hartazgo –real y construido– de la llamada política tradicional. La instalación de la palabra “casta” fue un aglutinante, donde cada sector o cada quien, según sus frustraciones, enojos, etc., le fue dando un sentido difuso conceptual pero fuertemente simbólico de algo que circulaba ya hace tiempo en la sociedad.

Fue aglutinando a sectores diversos, inconexos, que iban más allá de las demandas democráticas tradicionales. Se fue constituyendo por la negativa, es decir, no peticionando derechos, bienestar o soluciones, sino “destrucción”, arrasar con todo lo que podía entrar en ese término “casta”. Las denominadas redes sociales fueron el espacio a su medida, ya que la construcción de un *outsider* que decía, se desdecía, insultaba, pedía violencia y destrucción, interpretó a distintas “tribus” digitales que en redes construyen sus burbujas. Lo que logró de algún modo Milei fue que esas minorías intensas, esos anónimos en solitario, confluyeran en un sentido único sintetizado en la palabra “casta”.

Es decir, un producto de redes perfecto, a partir de un relato constituido por memes y *fake news*, que formó una comunidad virtual. Y esto no es una perspectiva clásica de tecnología o medios desde la visión instrumentalista. Es importante desmitificar que con un buen manejo de redes se puede hacer cualquier cosa. En todo caso, será cualquier cosa a fin a la ideología de redes. Hay ejemplos cotidianos con los que se podría escribir un capítulo entero: si uno quiere entrar a un posteo del medio de información RT, automáticamente aparece una leyenda que dice “medio controlado por el Estado ruso, ¿quiere continuar el enlace?”, algo que no sucede si entramos a la BBC o medios públicos de otros países.

El capitalismo de la vigilancia

La investigadora Shoshana Zuboff (2021) define que esta nueva instancia:

Reclama unilateralmente para sí la experiencia humana, entendiéndola como una materia prima gratuita que puede traducir en datos de comportamiento. Estos datos se consideran un “excedente conductual” de las propias empresas capitalistas de la vigilancia y se usa como insumos de procesos de producción conocidos como inteligencia de máquinas con los que se fabrican

productos predictivos que prevén lo que cualquiera de ustedes hará, ahora en breve y más adelante. Esos tipos de productos son comprados y vendidos en un nuevo tipo de mercado de predicciones de comportamiento (p. 21).

La autora detalla que la vigilancia conductual es tan refinada que, por ejemplo, a partir de Facebook ofrece a alguien crema antiacné un viernes a las 17.45 o unas zapatillas para correr mejor a alguien que vuelve de hacer su actividad de *running* diaria.

Desde hace muchos años, nuestro sentido de la realidad colectiva se ha ido retirando gradualmente hacia pseudoeventos, noticias falsas, publicidad comercial. Como parte de ese colapso de la realidad, los signos y las señales que hace tiempo nos servían como guías están perdiendo su significado y haciéndose indistinguibles de la falsa realidad.

Zuboff agrega que los objetos o valores por los que hemos intentado vivir o que perseguimos, tales como el poder, la verdad, la comprensión, los sueños, el trabajo, el amor y todo lo demás, aparentemente se han desvanecido en una cierta esfera elusiva, en la cual la presencia de esas cosas ha dejado de existir de forma tangible. No obstante, la duda, la incertidumbre y la ansiedad por su ausencia o “falsa presencia” en la virtualidad son hechos suficientemente reales como para afectarnos profundamente.

La hiperconectividad comunicacional, las redes, los medios, más que tener impacto sobre nuestras opiniones, impactan sobre nuestros modos de percepción. Es decir, nos vamos acomodando a nuevas formas de intercambio, vincularidad y comunicación, y desde allí vemos la realidad. De este modo, se captura la producción de subjetividad en torno a las nociones de sociabilidad, vincularidad, práctica colectiva. La política en tanto acción colectiva y territorial como instancia de cambio pierde su centralidad; en definitiva, se captura también lo disidente bajo una falsa o ficcional forma de participación virtual.

En el marco actual del capitalismo, los cambios tecnológicos, que tienen una intencionalidad política, que apunta a la concentración mayor de recursos y capital en pocas manos, necesita del control social para avanzar por sobre las fronteras territoriales y las regulaciones estatales. Además de los espacios de producción de narrativas, se produce una captura de lo que históricamente definimos como lo público, en tanto instancia política de resolución de problemáticas sectoriales en marco de proyectos de mayorías. Hay una captura del Estado para que este sea solo un espacio facilitador de las corporaciones económicas, y lo concerniente a cultura, educación, derechos sectoriales, etc., queda “tercerizado” en fundaciones y ONG de las propias corporaciones.

El espacio público pasa a ser el “espacio publicado”, es decir, las redes se han transformado en “territorios” digitales de intercambio en una perspectiva de vida de pantalla total. Ciertamente no se trata de masas manipulables y tecnologías omnipotentes. Esto sucede en el marco del deterioro de lo político como espacio de cambio o resolución de las problemáticas de las comunidades y la disolución o deterioro de instancias colectivas de organización como, por ejemplo, los sindicatos, ante el retroceso del capitalismo industrial y el avance del tecnocapitalismo con el fomento del teletrabajo, la meritocracia y la descolectivización.

Internet y las redes sociales, con el cúmulo informativo, aportan a la inoculación, confusión y a generar burbujas donde los participantes de las redes viven en sus microclimas y hacen uso de las redes desde las prácticas pautadas por la intencionalidad política de estas tecnologías. A partir de inyectar información a granel, donde se mezclan operaciones políticas, datos, mercadeo, ficción, imágenes editadas con Photoshop, información falsa, etc., se crea un entorno abrumador. Esta sobrecarga dificulta la capacidad de dilucidar a tal punto que termina generando apatía sobre las problemáticas del mundo “real” y construyendo fragmentación de grupos de interés que dan la pelea por temas como

medioambiente, explotación infantil, pueblos originarios, diversidad, etc., por fuera de los marcos de los proyectos políticos de mayorías, que son los que históricamente han dado respuesta a las cuestiones sectoriales a través de la ampliación de derechos. Esto va en línea con la intencionalidad, por ejemplo, del Banco Mundial y las fundaciones de las grandes corporaciones empresariales que, mediante líneas de financiación, fomentan “soluciones” a las problemáticas sectoriales por fuera de los marcos de las políticas públicas.

La captura del Estado en un contexto de hiperconexión y redes fue posible, entre otros factores, por el atractivo asociado a la industria del espectáculo, la explotación del narcisismo y la necesidad de exposición y protagonismo. En este proceso, fueron claves mecanismos tales como la meritocracia, la exclusión, la promoción de redes y la construcción de necesidad de participar en ellas. Esto favoreció la individualización, la formación de sujetos violentos y el fortalecimiento de minorías intensas. Por último, podríamos preguntarnos quiénes son los beneficiados y quiénes, los perjudicados en este escenario. Dentro del primer grupo, se halla la élite extractiva que controla los recursos de poder necesarios para la captura. Dentro del segundo grupo, se encuentran los sectores más vulnerados en términos sociales y culturales, precariamente integrados al sistema.

En este marco, urge a los países de Latinoamérica dar un profundo debate en torno a lo virtual y las redes sociales, donde los frenos inhibitorios, que hacen posible la convivencia social, parecieran diluirse. La ausencia de control o de regulación sobre el formato digital de los grandes medios, de los medios chicos, alternativos, blogs, redes, etc., donde vía comentarios de lectores (que son filtrables y clasificables) se permite la difamación, la apología al delito y la promoción de la violencia amparados en el anonimato o perfil falso, no parecería ser inocente o en pos de que los “ciudadanos” opinen. Si sumamos la práctica de los *trolls* y las

fake news, el panorama es más preocupante. Diego Cano (2017) señala que las redes sociales y la pérdida de referencia material, es decir, la virtualidad, construyen escenarios donde la crueldad se pone de manifiesto sin la inhibición que produce la presencia física del otro.

Los denominados comentarios de lectores no son más que un refuerzo de la línea editorial del medio, o del formato digital. Con el plus de que permite la apología al delito, la divulgación de datos falsos y las imputaciones de delitos a figuras públicas, sin tener que dar cuentas ante la justicia.

En nombre de la libertad pregonada por el liberalismo capitalista, los seres humanos nunca estuvieron tan controlados como en estos tiempos. Si no regula el Estado, es el mercado el que regula e impone sus reglas. Internet y las llamadas redes sociales deben estar sujetas a regulación. La violencia, agresiones, denuncias sin ningún tipo de sustento y al margen de la punibilidad no son efectos no deseados, muy por el contrario, creo que está perfectamente pensado, porque esa es la sociedad que necesita el poder mundial: personas aisladas, sin identidades culturales y territoriales históricas, volcadas al consumo, donde las prácticas culturales se desdibujan y con ellas la capacidad de los países de sostener su soberanía política, tan necesaria como la independencia económica.

En los próximos años, o bien la tecnología destruirá el orden social comunitario, con sus prácticas culturales y particularidades territoriales como lo conocemos, o bien las políticas públicas van a imponer su autoridad sobre el mundo digital. Para cerrar, recuperamos una definición del filósofo Byung-Chul Han (2014a) que nos advierte que no todo está perdido: “El Big Data es totalmente ciego ante el acontecimiento. No lo estadísticamente probable, sino lo improbable, lo singular, el acontecimiento determinará la historia, el futuro humano. Así pues, el Big Data es ciego ante el futuro” (p. 113).



Neofeudalismo/ neoscurantismo

Como vimos en el capítulo anterior, Sandino Núñez (2017) plantea que en el capitalismo actual el fetichismo de la mercancía y la tecnología naturaliza las relaciones de poder, haciendo más difícil percibir las estructuras de explotación y dominación.

Saúl Feldman, en *La conquista del sentido común* (2019), define que el cinismo no busca ocultar que está mintiendo, pues no consiste en engañar, sino en convencer sobre la existencia de una realidad, haciendo coincidir sus objetivos con el deseo de sus interlocutores.

El juego del calamar como metáfora

Excluidos que están dispuestos a morir o matar, no colectivamente en pos de la dignidad de todos, sino individualmente por su acceso al sistema. La serie *El juego del calamar* (2021), de Corea del Sur, que impactó quizás más por sus escenas crudas que por el concepto político, trata sobre personas con deudas que son reclutadas para un “juego” en el que el ganador recibe una enorme suma de dinero. Los perdedores mueren. Este “juego” es obra de un grupo de la élite que disfruta humillando –más– a gente pobre. Podríamos decir que no tiene nada de metáfora y describe al capitalismo actual.

Si bien en un momento los jugadores se unen y exigen un voto para poner fin al juego, y votando logran regresar a sus vidas de miseria que los llevaron a aceptar esas reglas, los organizadores del juego hacen un seguimiento de estos jugadores y los invitan a regresar. El resultado: la mayoría de los jugadores vuelven al juego por su propia voluntad. En resumen: el proceso democrático fue una ilusión. Porque la élite sabía que no había salidas para esa gente y así obtuvo el resultado que querían. “Lo que nos espera ahí fuera no es mejor que lo que hay aquí dentro”, dice uno de los personajes a modo de justificación,

Hay quienes han interpretado la serie como una crítica al capitalismo, pero la historia no termina con la eliminación de este juego enfermizo, termina con el ganador convirtiéndose en uno de ellos. Y ese es el objetivo de la serie: los espectadores terminan disfrutando de esta forma de entretenimiento de la misma manera que la élite disfruta viendo cómo los excluidos de la vida se matan por pertenecer.

Si *El juego del calamar* como metáfora nos representa el mundo actual con crudeza y con la subjetividad hegemónica del hiperindividualismo, la pregunta que queda es ¿por qué hambreados en situación límite, dispuestos a matar o morir, no lo hacen por una causa colectiva emancipatoria? ¿Es un problema de la democracia o de la construcción de las representaciones?

Los tiempos que vivimos no podrían ser definidos como de crisis, ya que esta, por definición, tiene una duración variable. Nos gobierna la incertidumbre y el miedo. Como ya señalamos, algo que no podemos nominar, desde el lenguaje, es algo imposible de abordar. Y dijimos también que los conceptos y paradigmas con los que en otros momentos hemos analizado la realidad, hoy no nos sirven. Esto es el neoliberalismo, una racionalidad que nos sumerge en la incertidumbre como sentido común, y ante la incertidumbre, las personas actúan generalmente de modo irracional.

Como lo plantea Shoshana Zuboff (2021), es un capitalismo de control, o en su versión más extrema, tecnofeudalismo, que definiría mejor la etapa. La definición de tecnofeudalismo la desarrolla Yanis Varoufakis al plantear que ya no estaríamos en una etapa capitalista tal como la conocemos sino en un sistema que el mismo esquema del poder y quienes lo detentan es otro. Define que hay un reemplazo del grupo de poder dominante por una nueva clase llamada “nubelistas”, compuesta por los ultrarricos dueños del capital en la nube (Jeff Bezos, Elon Musk, entre otros).

Varoufakis describe al tecnofeudalismo basado en la generación de riquezas por las rentas que reciben los dueños de las empresas de la nube, la nueva clase dominante nubelista.

Empresas como Google, Apple, TikTok o Amazon se transforman en “feudos”, que tienen vasallos, que somos casi todos, los que aportamos nuestros posteos, fotos, videos, y contenidos en general y el cúmulo de datos que exponemos sin ser conscientes de esto.

Como vimos en el capítulo 6, Shoshana Zuboff (2021) nos recuerda que, a pesar de las desigualdades económicas y sociales, nos sabemos merecedores de una vida digna. Sin embargo, esto, al menos por ahora, no estaría yendo en una dirección de sublevación. En cambio, se ha manifestado en violencia multidireccional, sensación de anomia, resentimiento indiferenciado o no focalizado. Estos estados y sentimientos han sido capitalizados por lo que Enzo Traverso (2018) define como “posfascismo”, un concepto que utiliza a falta de un término claro para nombrar estos movimientos que emergen con un fuerte anclaje en los sectores populares, trabajadores precarios, excluidos, quienes solo tienen su enojo y la percepción de que podrían vivir mejor. Y en esto es central cómo la izquierda o los movimientos populares abandonaron su rol histórico. Sandino Núñez (12 de mayo de 2017) define que hay un consenso global al que llama “Humanidad 2.0”:

Es el acuerdo fáctico acerca del propio capital como mecanismo tecnológico-natural automático. *Humanidad 2.0* es un capitalismo que ya *ha alcanzado su concepto* y se ha disuelto microscópica y globalmente en lo real, desplazando a las formas primitivas del capitalismo ideológico, doctrinario o político.

El autor agrega que lo que está en juego, en definitiva, es la existencia de la política: “La *transformación social* no puede plantearse en términos de lucha entre sujetos constituidos ideológicamente. Se parece más a la lucha contra una máquina real, o contra la *maquinidad misma*”. Y señala que la única alternativa es la constitución de un sujeto que asuma subvertir y enfrentar a la máquina misma. Es decir, la política.

En otro de sus textos, *Disney War, violencia territorial en la aldea global* (2014), Sandino Núñez se pregunta:

¿No hay acaso entonces una sospechosa sintonía entre la apoteosis de la premodernidad y la cultura posmoderna del nuevo capitalismo? ¿No son acaso las máquinas los objetos parciales perfectas metáforas de esta dimensión económica sin política, de estos procesos de intercambios de mercancías? ¿No ha costado demasiado caro ya (por lo menos en el tercer mundo occidental y más específicamente en las antiguas colonias europeas en Latinoamérica) toda esa lucha intelectual vagamente anárquica contra el centralismo del Estado? (2014, p. 98).

Es, en definitiva, el rol del Estado en Sudamérica, en los proyectos populares, una trinchera histórica que defender. Es la política.

La normalidad fraguada del capitalismo occidental

El individuo no es una sustancia, sino una construcción histórica y por lo tanto política, inserta en un proyecto-modelo de sociedad. La sociedad de individuos se sustentaría en la autosuficiencia y cada vez menos regulaciones por parte del Estado

que garanticen el Estado de derecho para todos los habitantes en una sociedad. El individuo hipermoderno, como lo define Castel (2012), se crea la fantasía de una vida sin regulaciones que obstruyan sus intereses o sus aspiraciones, desconociendo que solo la regulación y la vida social es la que permite o no acceder a los beneficios. De este modo, el ciudadano se asume como cliente, abandona su estatus cívico para conformarse en un consumidor, cuanto más bienes logra, más incluido se siente y más “libre”. El sujeto liberal empoderado no es el sujeto colectivo. David Harvey (2007) sostiene que un proyecto manifiesto sobre el poder económico en beneficio de una pequeña élite, probablemente, no cosecharía un gran apoyo popular. Pero una tentativa programática para hacer avanzar la causa de las libertades individuales podría atraer a una base muy amplia de la población y, de este modo, encubrir la ofensiva encaminada a restaurar el poder de clase.

Es el neoliberalismo: la vida fraguada

Mark Fisher (2016) define que ninguna posición política puede ser realmente exitosa si no se la naturaliza, y no puede naturalizarse si se la considera un valor más que un hecho. Por eso es que el neoliberalismo buscó erradicar la categoría de valor en un sentido ético. “El realismo capitalista ha instalado con éxito una ‘ontología de negocios’ en la que simplemente es obvio que todo en la sociedad debe administrarse como una empresa, el cuidado de la salud y la educación inclusive” (Fischer, 2016, p. 42).

En Argentina, el gobierno de Javier Milei se jactó de implementar una “reforma del Estado”, que, entre otras medidas, incluyó la eliminación de ministerios. Desarrollo Social, Trabajo y Educación quedaron bajo la órbita de un nuevo megaministerio denominado “Capital humano”, lo que significó una simplificación de áreas estratégicas de intervención del Estado. Capital humano es un concepto fundacional del neoliberalismo, pero nunca antes se había llegado tan lejos, en términos de gestión estatal, como para

denominar abiertamente áreas encargadas de atender las necesidades mayoritarias de una nación bajo esta lógica. Esto implica trasladar el enfoque empresarial al ámbito estatal y, por extensión, a la sociedad, redefiniendo las perspectivas de lo posible. Es decir, se monetizan la vida social y los derechos adquiridos, lo que abre las puertas a una mayor exclusión. La idea de capital humano no es solo un modelo de gestión, sino una perspectiva cultural y social que va calando en el cuerpo de la sociedad. Es, en definitiva, pensar las relaciones humanas en función del mercado y el capital.

La fragmentación y la corrección como formas de la impotencia

François Dubet (2020) plantea que el desplazamiento de las desigualdades sociales hacia las singularidades de los individuos implica que estas se vivan como problemáticas que deben resolverse en el plano particular, en lugar de abordarse con políticas globales centradas en su reducción.

En las sociedades actuales, este marco de “individualización” lleva a que las críticas a la realidad social sean desde cierta pulsión por la indignación, más que por análisis políticos de la realidad y los hechos que generan esa realidad de desigualdad creciente y expulsiones. Se produce un deslizamiento peligroso entre comprender y justificar. Como plantea Dubet (2020):

Al negarnos a enfrentar al mundo tal como es, desplegamos una versión melancólica de la crítica “fuera del mundo” [...] La historia social se convierte en una historia religiosa, la de una fe destruida por el mundo real. Al precio de una denegación de la historia, siempre se puede conservar la fe, pero esta actitud es ahora estética (p. 105).

Una verdadera política emancipatoria implica que destruyamos la apariencia de todo “orden natural”, demostrando que lo

que se presenta como necesario e inevitable no es más que mera contingencia y, al mismo tiempo, que lo que se presenta como imposible puede, en realidad, ser alcanzable. Los sectores o movimientos que en otras coyunturas jugaban un rol central como representativos de las víctimas de la desigualdad producto de un sistema económico cada vez más concentrado, hoy se encuentran paralizados. Y ante esta incapacidad de dar respuestas, espacios políticos reaccionarios avanzan dándole una voz a quienes se quedan fuera o en los bordes del sistema. En Latinoamérica en general se da un peligroso desplazamiento de los movimientos que históricamente enfrentaron al poder concentrado hacia cierta socialdemocratización. La corrección política y la fragmentación de la sociedad en demandas sectoriales es un ejemplo de lo que no se está pudiendo pensar en el marco de proyectos de mayorías donde los excluidos, los pobres, los trabajadores precarizados, no encuentran “voces” que los interpreten.

La agenda política definida desde la denominada “corrección” se plantea desde un lugar que presupondría que las desigualdades y marginación creciente de las mayorías sería un problema ya “resuelto” y una agenda de derechos sectoriales vendría a superar –esconder bajo la alfombra– lo no resuelto, profundizando aún más la brecha entre inclusión y expulsión. Ricardo Dudda (2019) define que la corrección política es una actitud puritana y dogmática basada en la idea de que lo personal es político, y una ortodoxia de izquierdas en las universidades, en redes sociales. Es el discurso cultural dominante de las élites culturales.

Dudda (2019) sostiene que las nuevas expresiones políticas “incorrectas” son las que están ganando terreno en esta realidad de creciente marginación y pobreza. Según este autor, hoy la izquierda y los progresismos plantean que si algo es positivo para una sociedad, no necesita ser explicado o comunicado; sus nuevas formas de “militancia” se concentran en redes sociales de burbujas de minorías intensas que cancelan todo lo que no

encuadre en su corrección, sin margen para el debate. De este modo, se genera un vacío comunicativo, cuya contracara es el avance de estas nuevas expresiones violentas que logran permear en amplios sectores de la sociedad con su discurso.

Así, en nombre de una supuesta pluralidad, muchos de los defensores de la corrección política acaban proponiendo un modelo de sociedad muy cerrado, limitado y compartimentado. El impulso es a veces autoritario: lo que defendemos es innegociable, y no se puede debatir sobre ello. La mentalidad sectorial de ciertas comunidades que se ven a sí mismas virtuosas, y que consideran que sus posturas no admiten discusión, ha fomentado situaciones de consensos ilusorios contruidos por activistas hipermovilizados centralmente en las redes.

En esta lógica, la verdad y la mentira dependen de lo que sentimos. Los hechos son menos influyentes en moldear la opinión pública que las apelaciones a la emoción, las creencias personales o los prejuicios; o ciertas matrices históricas. La información no se evalúa según la conformidad a estándares comunes de evidencias o a una correspondencia con una comprensión común del mundo, sino que se basa en si se apoyan los objetivos y valores del sector en cuestión y están avalados por los referentes o dirigentes propios. Esto lo vemos cotidianamente con figuras fuertes de la política y sus seguidores, casi desde una mirada de secta; el referente puede decir y luego contradecirse y, sin embargo, siempre hay una “explicación” justificadora. Esto es, nada se debate.

Ricardo Dudda (2019) define que la corrección política nace de la incorrección y luego se transforma en una ortodoxia: establece barreras de entrada, patrulla las fronteras de la parcela que ha obtenido para mantener su pureza, castiga las desviaciones. Movimientos que nacen legítimamente para denunciar una injusticia, terminan encerrados en sí mismos, sin capacidad de diálogo si no se acepta su posición de modo absoluto. Esta práctica con el tiempo se transforma en un bumerán, es decir, esas luchas que fueron

respetadas comienzan a generar rechazo por la actitud policíaca en torno a qué es correcto y qué no. Y es en ese espacio que se abandona, donde la complejidad de la vida de quienes están al borde del sistema no es leída ni respetada, sino solo cancelada y sin respuestas a sus problemáticas, que las nuevas “incorrecciones” violentas, denominadas neofascismos o neoderechas, hacen su trabajo.

Es entendible que, en tiempos de incertidumbre, donde lo político y los Estados no están pudiendo dar cuenta del desastre al que han sido empujadas las grandes mayorías sobre todo desde los años ochenta, amplios sectores de la población se sienten convocados por la causa de las libertades individuales. Esto se relaciona con lo planteado por David Harvey (2007). Las democracias liberales, y sus formas socialdemócratas, tocan un techo al no poder –o no querer– avanzar sobre las problemáticas estructurales.

Éric Sadin, en *La era del individuo tirano* (2022), plantea que, ante impotencias, ira, frustraciones en el tiempo y desencantos, madura la resolución de rechazar a cualquiera que hable en nuestro nombre. Si algo caracterizó la construcción y campaña del actual presidente Javier Milei –y lo mantiene aún como estrategia de gestión– fue no hablar en nombre de, sino hablar-gritar contra “la casta”; ahí concentraba esa frustración e ira; un candidato que no hablaba en nombre de ningún sector, sino en contra de todo lo que se constituía como la culpa del malestar.

La ingobernabilidad permanente es resultado antes que nada de la rabia que siente una multitud de seres humanos y que se deriva de la sensación de haber sido engañados [...] estimulando la firme resolución de no volver a padecer jamás a brazos cruzados [...] estas disposiciones asumen formas proliferantes porque se relacionan, en realidad, con heridas íntimas: tal pérdida del trabajo que vivió uno mismo –o sus padres o conocidos–, tal vejación sufrida en el lugar de trabajo, tal sensación de injusticia, incluso la humillación, cuando se descubre al vecino con un automóvil nuevo y caro (Sadin, 2022, p. 241).

¿Está en crisis la democracia?

La apuesta sigue siendo a la forma democrática. En Argentina los porcentajes de votantes no se han modificado sustancialmente. Incluso lo vemos en el enorme caudal de votos logrados por Milei en segunda vuelta –más allá del voto estratégico coyuntural, pero que no deja de tener altos niveles de odio, aunque por motivos distintos, como la tradición de votar cualquier cosa, pero no una identidad peronista.

Desde el momento en que ingresé en la universidad hace ya más de 40 años –estudiaba Sociología por entonces– que escucho y leo cíclicamente hablar de la “crisis de la democracia”. Con esto quiero decir que de alguna manera se transformó en un lugar común cuando nos cuesta encontrar referencias para describir, analizar, comprender o intentar acercarnos a las problemáticas de una época.

Como señalamos, suele asumirse que cuando se habla de “la democracia” y su “crisis”, el análisis se enmarca en el modelo liberal, occidental, eurocéntrico o, en su defecto, anglosajón/estadounidense. Por eso, antes de abordar dicha crisis, es fundamental definir desde qué parámetros estamos haciendo el análisis. En este caso, pensamos la democracia desde una perspectiva del sur/latinoamericana.

Quizás deberíamos reenfocar los debates, o ampliar y hablar de “crisis de representatividad”, crisis de lo político y de la política, crisis, en definitiva, más allá de nuestras fronteras, de un sistema-mundo que en las últimas décadas se muestra sin pudor en su perfil disciplinador, no solo desde el control de los recursos económicos, las armas y las tecnologías comunicacionales, sino también en la intromisión cada vez más abierta en las decisiones políticas de los Estados y sus economías.

Podemos enumerar algunos ejemplos como la denominada “guerra del Golfo” –la invasión a un país por sus recursos motorizada por Estados Unidos y la OTAN–. También la sanción o

habilitación de “democracias” según sus intereses geopolíticos como el caso de Cuba y el histórico bloqueo. El más reciente caso de Venezuela con el bloqueo y la amenaza de invasión/intervención después de las elecciones de Estados Unidos –posibilidad nunca planteada durante las dictaduras latinoamericanas, con las cuales estuvieron involucrados en su gestación y sostenimiento.

Otro ejemplo es el caso de Bolivia con la escandalosa intervención de la OEA que promovió un proceso de facto violento y represivo desconociendo el resultado de las urnas en el año 2019.

Por último, el genocidio que se está perpetrando en la Franja de Gaza, que solo recibe de los organismos internacionales y países occidentales alineados con los Estados Unidos declaraciones y discursos de condena sin ningún tipo de accionar concreto. Lo cual demuestra que estos organismos intervienen o no en función de quién es el agredido y el agresor.

La historia desde la colonización y la descolonización, con sus formas de neocolonialismo, es un compendio de ejemplos similares, algunos más visibles y otros que casi no tuvieron presencia en los debates internacionales.

Por esto, deberíamos enfocarnos no en la democracia y su “crisis”, sino en los procesos locales y globales –aunque con sus claras particularidades–, donde las formas de participación y la representación nos pueden dar algunas claves.

La perspectiva sobre la democracia en América Latina y en particular en Argentina, como detallamos en otro capítulo, está atravesada por una clara disputa de poder que se abre con los procesos independentistas, donde las oligarquías locales se apropiaron de los recursos y las tierras y las estructuras de gobierno e institucionalización de las naciones emergentes. Oligarquías ligadas a los antiguos invasores.

Esas disputas de poder internas y regionales implicaron no solo los intentos de mantener un orden donde los nuevos dueños de los territorios, criollos, controlaban los recursos, sino también

la conformación de fuerzas de seguridad, que en el caso argentino se transformaron en la herramienta de control del orden interno. Durante el siglo XX, surgieron tensiones y enfrentamientos entre los nuevos sectores emergentes (trabajadores y clases medias) y el poder oligárquico, que mantuvo sus privilegios y el control a partir de las formas de democracia, en principio con el “voto calificado”, luego con avances formales en un modelo liberal, y más adelante con las permanentes interrupciones cuando no lograban retrotraer la realidad política, social y cultural al período de la generación del 80 y el preyrigoyenismo y preperonismo.

Entonces, para ordenar el recorrido podemos detallar algunas líneas o ejes que creemos fundamentales antes de hablar de crisis de la democracia:

1. Definir, en primer lugar, de qué hablamos cuando decimos democracia y tener en claro que democracia incluye a las perspectivas denominadas de “derecha o extrema derecha”.
2. Aclarar, en esa definición, desde qué lugar nos posicionamos en relación con las perspectivas o formas de la democracia: eurocéntricas, coloniales o periféricas, del sur, latinoamericanas. Y en esas perspectivas tener claro qué intereses hay detrás de esos sentidos instalados como definiciones abstractas que esconden en realidad disputas de poder.
3. Historizar en la región y en particular en Argentina cómo se dieron esas disputas, los avances y retrocesos de los movimientos populares y cómo se fueron desdibujando, desde al menos los últimos 40 años, las identidades, en permanente disputa por el sentido de lo político, la institucionalidad, las formas de participación, etc. Esto en el marco del neoliberalismo en tanto racionalidad que, en principio, ha ganado las producciones de sentido sociales y culturales y

las definiciones sobre derechos, consumo, participación, etcétera.

4. Analizar profundamente las mutaciones de los movimientos populares en los marcos actuales y su imposibilidad o incapacidad –habría que analizarlo– de dar respuestas, disputar poder real y no quedar atrapados en la agenda política del capitalismo como verdad única.
5. Examinar esos procesos hacia el interior de las expresiones políticas populares, los movimientos sociales, su “liberalización” y “profesionalización”, donde algunos –demasiados– espacios se tornaron en pymes de la política.
6. Revisar la aseveración sobre una “derechización del electorado o la sociedad”. Esto requiere un largo apartado, ya que es necesario rever si el concepto derecha y derechización como se está usando hoy es el que mejor expresa la situación tanto local como global, con sus claras diferencias. Esta mirada corre el eje –y la responsabilidad– hacia la sociedad (algo mucho más complejo que solo electores) casi en el borde del voto calificado.
7. Debatir seriamente qué sucedió y sucede en Argentina, puntualmente, con las representaciones, las construcciones políticas de los últimos 15 años por lo menos, que no están dando cuenta de las demandas populares en profundidad, y que esa “derechización” quizás tenga más que ver con los espacios materiales y simbólicos que abandonaron los actores políticos, más preocupados por ocupar bancas o tener la pulserita del color correcto para tener un lugar en el vip de los actos masivos; algo impensado décadas atrás para los partidos y movimientos populares. En definitiva, rever si estos espacios en realidad fueron los que abandonaron a esos sectores que Muleiro (2019) define como la

clase un cuarto, producto de la cada vez mayor concentración de la riqueza.

Volviendo a Rancière, podríamos plantear que la democracia como sistema no está en crisis, porque si no fuera desorden y disputa de poder, no sería democracia; y diríamos que sería el triunfo definitivo del poder corporativo, con un sistema de votación no obligatoria como en Estados Unidos, donde el 30% aproximado de los ciudadanos deciden el futuro de una potencia mundial (este dato tuvo una modificación temporal en las elecciones que dieron el triunfo a Biden, con un aumento sustancial de votantes).

Entonces, volvemos a lo que viene dando vueltas en este trabajo, y es que la crisis responde más a la incapacidad de quienes históricamente fueron referencias en las luchas de los oprimidos y los trabajadores, que de un sistema en sí. El problema no es la democracia en sí, sino, por un lado, la disputa de sentido sobre este concepto, y, por otro, las mayorías populares que se sienten huérfanas de referentes a la altura de la tragedia en la que se ha transformado sus vidas cotidianas durante al menos las últimas tres décadas.

En Argentina, la Consultora Zuban Córdoba, que viene realizando análisis y sondeos mensuales, tanto sobre la tendencia electoral del año 2023 como de aspectos más complejos sobre valores e identidades, da una primera imagen que, aunque en los números pueda resultar contradictoria, habla de alguna manera de esto que venimos desarrollando. Si bien la intención de voto mayoritaria y los sondeos actuales otorgan a Milei un alto grado de aprobación; en temas como el rol del Estado, la educación pública, la salud, los programas sociales y la presencia estatal, se observa un elevado nivel de respaldo hacia estas áreas.

Esa aparente contradicción nos habla de un debate que debe abrirse y en profundidad, más allá de la pragmática de la política. Es decir, no se trata de una crítica a tal o cual referente o espacio,

sino a la dinámica social que no está siendo interpelada por los actores políticos que históricamente representaron a los sectores populares.

Un ejemplo de esto es la reciente movilización masiva en respuesta a la crítica situación de las universidades públicas, afectadas por el congelamiento presupuestario que las coloca al borde del colapso. Esta convocatoria reunió a más de 800 mil personas en la ciudad de Buenos Aires y alcanzó cerca de un millón al sumar las movilizaciones realizadas en todas las provincias argentinas.

El informe del sondeo de opinión de junio de 2023 de la Consultora Zuban Córdoba presentaba los siguientes datos:

| | Acuerdo | Desacuerdo |
|--|---------|------------|
| Privatización de Aerolíneas Argentinas | 25% | 64% |
| Arancelar la salud | 14% | 80% |
| Arancelar la educación | 12% | 82% |
| Reducir juicios laborales | 24% | 63% |
| Privatizar empresas públicas | 21% | 68% |
| Portación libre de armas | 18% | 77% |
| Aumento de los servicios públicos | 10% | 87% |
| Bajar jubilaciones | 8% | 90% |
| Eliminar la educación sexual integral en las escuelas | 20% | 75% |
| Dolarizar la economía | 27% | 63% |
| Eliminar el Ministerio de la Mujer | 24% | 70% |
| Derogar la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo | 35% | 58% |
| Reducir subsidios a las grandes empresas privadas | 36% | 56% |
| Castigar la evasión de impuestos de las grandes empresas | 20% | 73% |
| Reducir el gasto de la política | 18% | 78% |

En una observación general y el marco de los límites temporales de las encuestas de opinión los datos muestran la valoración de lo público, la presencia del Estado; y un dato que muestra un interrogante es en relación a la financiación de la política. Podemos en esto ver dos aspectos, por un lado la permanente y sistemática campaña “antipolítica” desde el poder y sus usinas comunicacionales. Y por otro, como ancla en lo social, a partir de prácticas degradadas de la política. Es decir, si bien hay una campaña

intencionada de despolitización, está encuentra una base donde anclar.

En otro sondeo del mes de febrero de 2024, con la primera medidas aplicadas por Milei en el gobierno, cuando se pregunta si el ajuste lo está pagando la política, el 71% considera que no y solo un 21% que sí. Y sobre la situación personal, el 71% considera que empeoró y el 23% que mejoró.

Como todo sondeo, siempre es coyuntural y puede variar de un mes a otro (de hecho, es lo que viene sucediendo). De todas maneras, en los sondeos en general, y esto no varía en los ítems sobre democracia y participación, hay una importante valoración sobre la democracia. Es decir, no estaría en discusión porque la sociedad vota y votó en los niveles históricos de participación. Lo que está nuevamente en discusión son las representaciones y los actores políticos. Un ejemplo de esta crisis de representación es cuando el presidente Milei agrade a los legisladores y gobernadores diciéndoles “ensobrados”, “ratas” y otros insultos, y no hay una reacción conjunta que le ponga un freno a esta situación.

La representación e interpelación política en la tecnorrealidad

El enfoque que intentamos abordar cuando definimos a las tecnologías comunicacionales y las denominadas redes sociales como ideología, es abrir la mirada e historizar la perspectiva moderna sobre ciencia y técnica. No se trata de una mirada tecnofóbica, sino de algo mucho más complejo, que es la virtualización de la vida cotidiana y todas sus implicancias. Y sobre todo repensar la idea misma de ciencia y tecnología desde otras matrices posibles.

En la historia de la humanidad, se ha procurado garantizar y mejorar su contexto de vida mediante el conocimiento, es decir, con un desarrollo constante de la ciencia. Al estudiar los efectos de la ciencia en la sociedad, también se piensan los efectos sobre

la sociedad futura. En las sociedades primarias, había una armonía entre la naturaleza, la sociedad y el hombre. Sin embargo, el paso del tiempo, al menos en Occidente, trajo la desaparición, la ruptura de ese equilibrio.

El ingeniero informático y filósofo chino Yuk Hui plantea en *Fragmentar el futuro* (2024) abrir el debate sobre la tecnología y pensar desde la diversidad un mundo posible en el proceso acelerado de destrucción del planeta. Con una crítica a la visión eurocéntrica, de pensamiento único, propone repensar lo que denomina la tecnodiversidad, anclada en lo diverso de las visiones del mundo de las culturas. De este modo desarrolla el concepto de cosmotécnica para elaborar una perspectiva desde la filosofía china pero que ancla en el respeto a la diversidad de cosmogonías. Abre la mirada a pensar los abordajes posibles sobre ciencia, técnica y tecnología en armonía con el bienestar humano y de la naturaleza.

La tesis central de Yuk Hui es abrir el debate sobre la tecnología y pensar desde la diversidad de enfoques y cosmogonías. Si la ciencia y la tecnología de Occidente y de China se basan en filosofías y epistemologías diferentes, la pregunta que se hace es de qué modo pueden rearticularse las diferencias. La premisa central de Hui es que no existe una sola tecnología sino diversas cosmotécnicas. Además, dice: “La búsqueda de la tecnodiversidad propone reabrir la cuestión de la técnica: en vez de entender a la tecnología como un universal antropológico, insta a redescubrir una multiplicidad de cosmotécnicas junto con sus respectivas historias y con las posibilidades que ofrecen para hacer frente hoy a la tecnología moderna” (2024, p. 9).

Una de las preguntas que se hace Yuk Hui es si es posible un diálogo transversal con las culturas no europeas, cuando el mundo ha sido sincronizado y transformado por una gran fuerza tecnológica. “Ese sesgo ontológico y epistemológico solo sobrevive y triunfa porque se realiza en tecnologías (se incrusta en el código,

podríamos decir incluso) como por ejemplo en el diseño de bases de datos y algoritmos, en la definición de usuario y formas de participación” (2024, p. 14).

Compartimos con Yuk Hui que los seres humanos nos formamos en distintos mundos simbólicos y lingüísticos, y que las diferentes formas de conocimiento y de relacionarnos con el mundo no pueden medirse con el rasero de sus avances en ciencias y tecnologías modernas.

En el marco del proceso de transición del fin de la globalización unilateral o unipolarismo, en tanto proceso unidireccional, que entrañó la universalización de epistemologías particulares y la elevación, por medios tecnoeconómicos, de una concepción regional del mundo a una metafísica presuntamente global; el informático y filósofo chino Yuk Hui nos propone pensar lo que denomina cosmotécnica, lo que nos interpela y obliga a repensar el centralismo epistemológico y falsamente planteado como universal, desde la perspectiva de la tecnología donde se transforma en una ideología, un modo de entender y vivir el mundo.

La virtualización de la vida y las redes sociales como actores centrales

La sensación de anomia, acefalía y subjetividades colectivas que generen algún tipo de esperanza, nos lleva a la definición de Éric Sadin (2018):

Estaríamos ante la era del individuo tirano: el advenimiento de una condición civilizatoria inédita que muestra la abolición progresiva de todo cimiento común para dejar lugar a un hormigueo de seres esparcidos que pretenden de aquí en más representar la única fuente normativa de referencia (p. 36).

En un recorrido por TikTok, Instagram, YouTube, etc., es habitual ver a hombres y mujeres, jóvenes y adultos, monetizando sus

vidas, hijos o mascotas a través de videos donde se exponen, con humor o lecciones de vida, ya sea buscando un “lugar en el mundo” o simplemente con la fantasía de, como en una lotería, “pegarla” y que “alguien “se fije en ellos/as” y lograr dar un salto para salir de sus vidas anónimas o sin recursos. Desde influencers hasta contenido que pretende dar apoyo psicológico, pasando por videos aleccionadores sobre tratar bien a los demás porque “podrían ser millonarios”, autoayuda emocional que invita a aceptar pasivamente las adversidades, y adultos que exponen a sus hijos menores, el panorama está plagado de intentos desesperados por encontrar un golpe de suerte que transforme sus vidas. De modo que, en esta lógica, es discutible el intento “instrumental” de pensar que pueden ser canales para la “política”. No es casual que la catalización que logra Milei en estas redes sea justamente “contra la política”.

El peligro en estos momentos es que mucha gente continúa viendo bajo la ilusión de individuos con voluntad propia. Y, aun así, pese a ello, cada individuo tiene la capacidad personal y el poder de la soberanía. Sin embargo, solo podemos percibirlo si logramos desprendernos de la nueva realidad consensuada que incorpora el biopoder, la bioseguridad y las crecientes narrativas de falta de libertad. Se están formando rápidamente nuevos panoramas, que traen consigo su organización readaptada de control. Y con esas estructuras de control, surge también la organización de las modificaciones del comportamiento (Kingsley, 2022, p. 128).

Worldcoin es una compañía internacional que se presenta como una organización sin fines de lucro, llamativamente radicada en las Islas Caimán. La web oficial define que su objetivo es “crear instituciones de gobernanza y de economía digital global más inclusivas y equitativas”. La empresa realiza un escaneo facial y del iris de las personas para generar una “Identidad Digital única a nivel mundial” (conocida como World ID), la que les permitiría

acceder a una moneda digital (Worldcoin) a través de una aplicación, denominada WorldApp.

En la ciudad de Buenos Aires, largas filas de personas esperaban para que les escanearan el ojo a cambio de dinero: mujeres embarazadas, chicas con bebés y jóvenes cartoneros, pero también jóvenes, estudiantes y operadores de monedas digitales, haciendo negocios.

Este fenómeno no es local, ya que está extendido a nivel global, donde personas sin información y con la fantasía de tener dinero fácil, acceden al escaneo de su iris. El iris es un sistema de identificación superior a la huella digital. Si bien despertó la alerta en distintos países donde están operando, la reacción ha sido diversa. España prohibió el escaneo, y en Argentina, en la ciudad de La Plata, provincia de Buenos Aires, se procedió al cierre de los locales que realizaban este procedimiento.

Ciertamente, filas de personas que se someten a entregar su identidad por una moneda virtual que no saben ni de qué se trata ni cómo la obtendrán, habla de estos tiempos. El actual presidente, en campaña, promovía y creía que debía legalizarse la venta de órganos e incluso de bebés (*Página/12*, 2025).

En definitiva, esto que define Dennis Kingsley (2022) como la construcción de una nueva realidad consensuada, reduce a las personas y en particular a las mayorías crecientes que se encuentran al borde del sistema, a recursos para el crecimiento económico de las minorías que concentran cada vez más la riqueza. Kingsley (2022) plantea que “existe la posibilidad, si no se corrige, de que la nueva ‘mutación’ –el cuerpo social– carezca de raíces y se desconecte de un pasado que ha sido deliberadamente desmantelado y reordenado mediante un nuevo modelo de realidad consensuada” (p. 163).

Argentina está viviendo desde el 10 de diciembre de 2023 un experimento inédito para nuestro país. No se puede predecir qué sucederá, y se vive una realidad política día a día, e incluso

por horas. Los distintos analistas pregonan tanto el inminente estallido social como la posibilidad de una consolidación de un nuevo Estado, como jamás ni el propio poder económico creyó que podía lograrlo. Genocidio mediante, decíamos, se sentaron las bases. Argentina en particular, y Latinoamérica en general, es una reserva mundial de biodiversidad, alimentos, agua, recursos naturales y mineros; cuenta con extensiones territoriales de baja densidad poblacional y plataformas marítimas; todo ello la ha convertido en un botín deseado, pero que nunca se lo pudo tomar por asalto gracias a las resistencias de los movimientos políticos y sociales. Hoy todo está en discusión y en el marco de un gran debilitamiento. La democracia sigue siendo territorio de disputa, en su sentido, como herramienta de apropiación de los bienes materiales y simbólicos por parte de las corporaciones, o como instancia de los pueblos para seguir intentando la efectiva independencia local y regional de los intereses que hoy incluso exceden a los propios países.

Insistimos, es quizás apresurado hablar de la democracia en crisis por la orientación que toman los gobiernos con el voto popular –incluso es discutible si no hay un dejo elitista en la apreciación centrada en el resultado electoral. Primero porque ante un concepto tan abarcativo, tenemos que definir en nuestro país y en la región qué entendemos por democracia y cómo vamos a pelear por su efectiva realización. Y, por otro lado, debemos imperiosamente redefinir qué entendemos por proyectos emancipatorios de las mayorías y no caer en la trampa de encorsetar los debates en derecha o izquierda, en principio porque resulta casi un lugar común para nominar lo que no se alcanza a dilucidar ni definir en relación con los procesos que vivimos. Además, porque para hablar de derecha tendríamos que localizar donde está –si es que está– la denominada izquierda. Ya que los marcos actuales, al menos en Occidente, nos muestran un liberalismo capitalista con desplazamientos más o menos autoritarios, con

perfiles de corrección o no política, pero que en lo sustancial sistémico no produce rupturas. En dar estos debates en profundidad y con descarnada honestidad política se va nuestro presente y cualquier intento de futuro posible para Latinoamérica y el mundo sur.

Contra toda distopía

De los laberintos se sale por arriba

Si en efecto un pueblo se encuentra en el límite histórico de su forma de vida –observa Lear– hay muy poco que pueda hacer para “atisbar el otro lado”. Precisamente porque está a punto de sufrir una ruptura histórica, la textura precisa de la vida al otro lado habrá de ser incomprensible para él.

V (en Eagleton, 2016)

Concluimos –o abrimos– un recorrido, por momentos caótico, por momentos que nos presenta una realidad que agobia y nos llena de preguntas para las que no tenemos respuestas. Nos ubica en encrucijadas que nos interpelan incluso en lo personal, como en mi caso, que como docente e investigadora me enfrento día a día a un grupo de jóvenes en el aula que esperan alguna certeza, en estos tiempos en que, paradójicamente, al revés de lo que nos dice la cultura neoliberal, nunca fue tan difícil ser joven.

Cuando finalizaba el segundo cuatrimestre del 2023 en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), mis alumnos me preguntaban si había esperanzas. En principio les dije que a mi edad lo único que

había vivido eran derrotas, salvo algún lapso corto en el que todo parecía posible, y que aún tenía esperanzas. Ciertamente, busqué para ellos alguna reflexión con un poco más de sustento.

El filósofo Jonathan Lear (2007) plantea en torno a su idea de esperanza radical que “lo radical de este tipo de esperanza es que se encuentra dirigida hacia una bondad futura que trasciende nuestra capacidad actual de entender cómo se manifestará” (p. 174). Esto es, en definitiva, la voluntad de resistir.

Lear desarrolló un trabajo de indagación sobre la tribu crow y el final de su cultura cuando se incorporan en 1884 a una reserva y se sometieron a la dominación de los Estados Unidos, abandonando su modo de vida:

Si bien en ese período su cultura tradicional fue devastada, no se lanzó ningún ataque contra ellos, ni fueron derrotados en ninguna guerra, ni sufrieron ningún intento de genocidio [...] Pero al recluirse en su reserva lo hicieron por propia voluntad y bajo el aura general de la amistad con los estadounidenses. Parece ser que lo que perdieron fue, fundamentalmente, su cultura tradicional (2007, pp. 81-82).

El filósofo plantea que una tarea crucial de cualquier cultura sólida es brindar a sus habitantes un telos o finalidad, un sentido de la vida que les inculque por qué esta es valiosa, qué significa prosperar como ser humano, conceptos centrales con los cuales los miembros de la cultura pueden entender lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso, lo válido y lo inútil del mundo. Y esto es lo que se quebró para los crow. Lo que en su tradición era valor (cazar o robar caballos) pasó a ser delito, ejemplifica. De este modo, ya la historia no podía ser narrada como la memoria la guardaba, y se fue perdiendo. Si nos remitimos a las experiencias de resistencia y rebelión latinoamericanas, las guerrillas rurales y urbanas de los años sesenta y setenta, que eran épicas socialmente avaladas o al

menos justificadas, hoy esas prácticas serían catalogadas como delitos y no tendrían el consenso que tuvieron.

Desde su punto de vista, la historia de Plenty Coups, el último jefe crow, plantea una profunda pregunta ética que trasciende su tiempo y nos desafía a todos: ¿cómo se debe enfrentar la posibilidad de que la cultura de uno se derrumbe? ¿Podemos encontrar algún sentido en hacer frente al desafío y resistir? Lear (2007) explora la historia de la nación crow en un callejón sin salida en lo que respecta a estas preguntas. Los crow sufrieron una pérdida de acontecimientos. Si nada equivalía ya a ir de caza o a guerrear, nada equivalía tampoco a prepararse para ir de caza o para guerrear. Esto abarcaba todos los rituales y virtualmente todas las actividades de la vida tradicional de los crow. Por ejemplo, la “Danza del sol” era un ritual que se bailaba antes de una batalla. Lear (2007) plantea que

[...] nada impide que la gente siga moviendo los brazos y piernas y profiriendo los mismos sonidos que cuando bailaban esa danza, pero ya no es posible bailar la “Danza del sol” [...]. De hecho, los crow dejaron de hacerlo hace sesenta años. Cuando, después de la Segunda Guerra Mundial, quisieron revivir esa danza, nadie recordaba los pasos; tuvieron que importar una “Danza del sol” de una tribu vecina que antes había sido su enemiga (p. 83).

Finalmente, Lear (2007) concluye que

[...] los crow poseían una vívida comprensión de la posibilidad de un genocidio, pero tenían escasa idea de las pérdidas que iban a sufrir al trasladarse pacíficamente a la reserva. Durante todo el siglo XIX fue parte de la memoria viva que a principios de la década de 1820 un millar de guerreros sioux lanzaron un ataque sorpresivo sobre un campamento crow, y, de acuerdo con la tradición oral, mataron a la mitad de su población. Los crow entendían, por cierto, la posibilidad de ser masacrados, y de que solo quedaran unas pocas mujeres y niños como esclavos. No sabían, empero,

cómo sería permanecer físicamente intactos, pero perder su cultura (p. 86).

¿A qué llama el autor esperanza radical? A ese estado de ánimo donde se mantiene un compromiso con la posibilidad de que algo bueno resultará ante un desastre o un colapso de nuestro sentido de propósito y significado del mundo. La pregunta sobre qué nos espera, no tiene respuesta. Pero sí podemos decir que la esperanza es lo único que sobrevive ante la catástrofe.

Para concluir o abrir nuevos debates, tomando a Terry Eagleton (2016), acordamos que “la forma más auténtica de esperanza es aquella que puede salvarse, sin ninguna garantía, de una disolución general. Constituye un residuo irreductible que se niega a abandonar y su resistencia reside en que está abierta a la posibilidad de un desastre absoluto” (p. 91).

En tiempos donde el optimismo meritócrata busca anclar en el imperativo de la felicidad y las salidas individuales, la esperanza es una mirada colectiva, que no da garantías de resultados, pero mantiene viva la posibilidad, como última instancia de decisión que enfrente a la racionalidad neoliberal. Es decir, la capacidad de poder volver a pensarnos en nuestras identidades históricas, resistiendo y enfrentando una racionalidad que busca eliminar el pasado, las identidades colectivas y las particularidades culturales, como amenaza a la posibilidad de poder pensarse por fuera de esa racionalidad. La única forma de enfrentar lo que se nos presenta como imposible es encontrar marcos de posibilidad, horizontes de expectativa, realizando análisis que pueden resultar crudos. Si nos autoengañamos y reducimos a disputas electorales o de referentes lo que está en juego, solo nos limitaremos a profundizar la racionalidad vigente, que reduce lo político a su forma liberal de representación. Y lo más grave es que no solo no cambiaremos nada, sino que iremos a la disolución final.

Se ha instalado en la retórica política, y en algunos casos mediática, como eje el avance de los “discursos de odio”. Lo que se denomina discurso de odio no es solo un “discurso”, el odio es una realidad política y social que históricamente se desarrolló en nuestro país, y en los países de la región; odio a cualquier intento emancipador. La persecución y su punto máximo con la ejecución de un genocidio son la expresión de ese odio. En el desarrollo sobre el discurso de impunidad, justamente hablaba de esto. De ese discurso que está larvado y en distintas coyunturas emerge con mayor fuerza. Y allí también encontramos esa normalidad fraguada. Lo distinto, en todo caso, es que en la actualidad crece, y crece transversalmente capitalizado por un discurso antisistema que paradójicamente, o no, es alimentado por el sistema, por esa racionalidad neoliberal de la que hablamos y que capitalizó y construyó en pocos años el actual presidente. Casi 40 años de democracia ininterrumpida no modificaron en lo sustancial el reformateo estructural que se produjo a partir de la dictadura cívico-militar de 1976-1983. Mientras celebrábamos los 40 años de recuperación democrática, ascendía a la candidatura, junto a Javier Milei, una abogada negacionista y defensora de genocidas, actual vicepresidenta.

Vivimos en una normalidad fraguada permanentemente. Lo que se denomina discurso de odio hoy es, en realidad, disputa de poder. Que se articule en torno al discurso social tiene en gran medida que ver con las características de la época, a nivel global. Pero en lo sustancial es la disputa de poder. Lo nuevo, en todo caso, es que esa bronca, insatisfacción, sensación que tiene el trabajador de abajo, los jóvenes que no ven horizontes, el expulsado de la vida social, hoy no encuentra referencias políticas que les den respuestas a la sensación de vacío y de caída permanente. Mucho menos aparecen proyectos emancipatorios; lo que sí emerge es violencia anómica y sin dirección clara. Violencia que desde la racionalidad hegemónica se formatea contra los propios

intereses de quienes estallan. Los sectores políticos, sociales y sindicales que históricamente se enfrentaron al poder hoy están desorientados, incluidos en el juego democrático formal, sin poder romper las reglas neoliberales. Las experiencias de la década denominada progresista muestran esa limitación sistémica. Se llegó hasta ciertos bordes dentro del modelo existente con alguna ampliación de derechos e inclusión en el capitalismo actual.

Si consideramos que en la Argentina el histórico movimiento peronista, en tanto identidad popular, y en sus diferentes expresiones, hoy intenta resistir su disolución final en términos de proyecto emancipador, comprenderemos la gravedad de los tiempos que vivimos. Justicia social no es inclusión. Soberanía política no es aceptar los lineamientos de Estados Unidos y la OTAN. Independencia económica no es capitalismo que deja excluidos y trabajadores que en las últimas cuatro décadas fueron perdiendo derechos y participación en la distribución de la riqueza.

“El mundo actual, invadido hasta lo más recóndito por la forma mercancía no pretende ser perfecto. Simplemente niega la existencia de alternativas, convenciendo a las mentes, no de sus cualidades, sino de su carácter fatal, intrascendible y predestinado” (Fusaro, 2018, p. 24). Es decir, no es un mundo ideal, pero es el único mundo posible.

Fusaro denomina a esta etapa como “capitalismo absoluto totalitario” y define que las lógicas del régimen capitalistas se han apoderado de todo el espacio real o simbólico:

Con esta sensación de impotencia mortificadora ante las asimetrías de la realidad existente cristaliza la ideología de la imperfección inenmendable, de la jaula de hierro que anula desde un principio toda posible aspiración al éxodo y a la redención [...] al mismo tiempo, por el único mundo que nos es permitido pensar y habitar (p. 24).

Todo lo que existe, incluyendo lo que se presenta como la evolución de la humanidad, la ciencia y los modos de vida sociales, es el resultado de un planeamiento y una disputa de perspectivas, por lo cual puede ser transformado, como en otros momentos de la historia de la humanidad.

Los cambios requieren de esperanza, y de coraje para asumir que nos hemos equivocado, que hemos sido derrotados, que abandonamos los grandes desafíos y entregamos las épicas, y que hay que comenzar de nuevo.

“[...] ¿Cómo salir de la noche doliente?”

Y respondió:

“En su noche toda mañana estriba:
de todo laberinto se sale por arriba
si el alto Amor lo quiere. Pero la Ciencia dijo:
En horas de tiniebla no te apresures, hijo”.

LEOPOLDO MARECHAL, *Laberinto de Amor*

Ciudad de Buenos Aires, 3 de junio de 2024.



Post scriptum

La misma semana que terminaba las correcciones de este trabajo, sucedió un hecho –otro más– en el nuevo gobierno de la Argentina, del “anarcocapitalista” Javier Milei. Pero este hecho tuvo la particularidad de afectarme en lo personal. El lunes 4 de marzo cuando llegaba a mi trabajo en la agencia de noticias públicas Télam, junto a mis colegas, observamos, paralizados y con estupor, carros de asalto de la Policía Federal, efectivos con chalecos antibalas y planchas de hierro tabicando los accesos al edificio, además de vallas que no permitían acercarse. Comenzamos a concentrarnos para realizar una improvisada asamblea con la poca información que teníamos.

Nuevamente, a lo largo de su extensa historia, un gobierno ajeno a los intereses soberanos cerraban y cancelaban y la información pública. El 14 de abril de 2024 Télam hubiera cumplido 79 años de existencia y, desde su creación, los gobiernos de facto, y en las últimas décadas, los gobiernos neoliberales, intentaron cerrarla sin éxito. En el fondo de la cuestión hay aspectos variados: desde objetivos de las corporaciones mediáticas para que no haya voces alternativas a las regidas por el mercado, pasando por intereses de hacerse del patrimonio histórico de 79 años mediante la privatización, hasta el objetivo disciplinador hacia todo lo que sea de carácter público.

Al momento del cierre, Télam contaba con 803 medios de comunicación suscriptos en todo el país. Mensualmente, 63 mil usuarios interactuaban con la cablera, mientras que 8.700.000 millones de personas visitaban el sitio web. A su vez, el portal registraba 115.575.000 impresiones y 2.911.469 clics. Su facturación anual era de \$1.333.423.001,78 y las exportaciones de servicios ascendían a USD117.420 (Sternik, 3 de marzo de 2024). Si bien los números por sí solos no hablan, la importancia estratégica para la diversidad y existencia de medios de comunicación regionales, provinciales y locales era fundamental, ya que estos medios sin el servicio de Télam no podían afrontar la producción informativa por los costos económicos. Esto implica el cierre posible de estos medios y una mayor concentración de la información en las corporaciones mediáticas. O en su defecto la absorción por otros grupos de medios. A esto se sumaba la importancia del federalismo, ya que Télam contaba con corresponsalías en todas las provincias y una corresponsalía itinerante en la Antártida.

El gobierno de Javier Milei decidió su cierre. Sin mediar diálogo, tomó los dos edificios e intervino las corresponsalías en las 24 provincias y en el exterior, con el dato casi de comedia de que dejó al corresponsal itinerante en la Base Marambio de la Antártida, en medio de la soledad, junto al camarógrafo, sin información sobre cuál sería su destino y como volverían.

Pasado el *shock* inicial, y mientras en medio de esta crisis concluía las correcciones de este libro, creía que debía un homenaje a la agencia, a quienes nos precedieron y a mis colegas. Podría escribir ríos de tinta sobre la agencia Télam, sus premios internacionales, sus coberturas con corresponsales en el exterior, sus fotoperiodistas premiados. Podría escribir en primera persona sobre mi recorrido en el área audiovisual, en el portal de noticias, en el portal de agencias públicas suramericanas (ANSUR). Pero creo que es mejor que sean los protagonistas y las voces externas

quienes hablen y cuenten sus percepciones en torno a qué hay detrás del intento de acallar estos 79 años de historia.

Adriana do Amaral, administrativa de la gerencia periodística :

Acompañamos el trabajo diario de periodistas, fotógrafos, camarógrafos, y cronistas. Sí, es un trabajo de cuidado, responsabilidad y respeto a la labor que ellos y ellas hacen a diario. ¡A veces resulta difícil entender sus tiempos, todo es para ya! Por ahí teníamos prevista la cobertura de una cumbre y así todo a último momento aparecía un imprevisto y a correr para hacer los cambios necesarios. Pero si la cobertura era urgente, ahí no había horarios: a coordinar con todas las áreas el viaje, la ida, la vuelta, el alojamiento, las capas de lluvia o las vacunas. Durante la pandemia me hice experta en los requisitos de vacunación que exigen los países a los que debíamos viajar. En momento de elecciones aprendí cómo se realiza el operativo para llevar las urnas a la yunga jujeña. Sentía a la Antártida mucho más cerca siguiendo las crónicas de nuestros corresponsales itinerantes. Hace una semana que al abrir la página web, en el lugar donde deberían estar las noticias, hay un cartel que dice “página en reconstrucción”. No hace falta reconstruir lo que está entero. ¡Por favor, no lo rompan!

Florencia Copley, jefa de turno de redes, periodista y realizadora audiovisual:

En marzo de 2023 tuve la oportunidad de viajar a la Base Marambio, en el continente antártico argentino, en el contexto de la corresponsalía itinerante. Estaba en mis vacaciones y me llega un mensaje: ¿podés ir a cubrir a la Antártida? No lo pensé dos veces –esto es Télam–, dejé la playa por el frío glaciario. Equipamiento especial para el frío, viaje en el avión Hércules de la Fuerza Aérea, y una nueva aventura periodística. Durante mi estadía entrevisté a gran parte de la dotación permanente de la B para compartir el trabajo de soberanía. La cobertura se publicó en una edición especial de seis artículos con las entrevistas y una crónica de la

experiencia. Además de una serie de videos para YouTube y las redes sociales de la agencia. Esto es Télam, federalismo y soberanía.

Ariel Diez, periodista editor del portal Télam:

Télam para mí es uno de los símbolos de la Argentina grande. Un orgullo federal para quien como yo nací y me crié en la provincia de Corrientes. Es a la comunicación del país lo que fueron los ferrocarriles y los rieles durante un modelo próspero y soberano: es el equilibrio de la palabra en un mundo que tiende a la homogeneización. Sin Télam la noticia federal está en riesgo.

Eduardo Rapetti, fotoperiodista, corresponsal en la provincia de Santiago del Estero:

Télam está formada por periodistas que piensan en y para la gente. Su principal destino periodístico son los ciudadanos a los que les debe llegar la información chequeada y de calidad. Los que hacemos Télam trabajamos para los y las argentinas y para toda la población mundial con el único propósito de informar. Para nosotros la libertad de información es primordial. La mayor satisfacción es poner en la agencia temas que no circulan por el circuito comercial de medios y que muchas veces suceden lejos de la Capital Federal. Télam es federalismo, diversidad y fuentes seguras.

Daniel Segal, redactor en el portal en idioma portugués:

Télam es la agencia periodística y publicitaria del Estado argentino, es decir, nos pertenece a todos. Por un lado, garantiza el acceso a la información diaria hasta el último rincón del país para todos los argentinos, y también el resto del mundo con sus portales en otros idiomas. Las noticias y productos audiovisuales de Télam son una visión más de la realidad que puede coincidir o no con la de los demás medios comerciales, brindando así otro punto de vista al de la lógica de las empresas privadas y sus intereses económicos. También representa la visión del Estado argentino, todos nosotros, sobre diversos temas muchas veces como

único mecanismo para darlo a conocer aportando fuentes rigurosas, mayor extensión en los temas y diversidad. Télam es esto y mucho más por lo cual su cierre implica la pérdida de derechos para todos, más allá de la suerte que corramos los trabajadores. La agencia siempre es perfectible, pero lo que es seguro es que su destrucción no beneficia a ningún argentino.

Belén López del Río, locutora, productora y editora:

La vivencia de 13 años en Télam lo primero que me permitió fue poder tener un solo trabajo de lo que me gustaba y de lo que había estudiado. Esto que tienen las agencias de noticias y el mundo de la multiplataforma que te permite hacer experiencias en distintos formatos. La agencia de noticias te da un dinamismo, el crudo de la información que no te lo dan otros medios. La agencia te da un entrenamiento único. Y sobre todo la importancia de lo federal, de poder llegar a todos lados. La importancia del derecho a la información, la información como derecho humano. Y encontrarnos en esta situación donde la decisión de un gobierno es que un derecho deje de existir es grave y te hace aferrarte más fuerte aún al oficio, a comunicar, a moverte para que la agencia vuelva a ser, más allá de intereses personales, el colectivo trabajador de todas las áreas que conforman la agencia, porque la dedicación está en todas las áreas, no solo en lo periodístico... Cada área suma y acompaña en aquello que no conoces.

Marcelo Ochoa, fotoperiodista, corresponsal en la provincia de Río Negro:

¿Qué significa para mí Télam? Es mi trabajo, me enorgullece ser parte del *staff* de los reporteros gráficos de la agencia. Pero lo que más me importa y valoro, será por ser patagónico, es la función social y federal de Télam. Sin Télam las provincias dejarían de poder contar lo que les pasa, sus fiestas populares, su vida, sus problemas particulares de cada región del país. Por eso Télam debe existir para poder contar nuestra identidad como país. ¡Télam no se cierra!

Lila Luchessi, doctora en Ciencia Política, investigadora y directora del Instituto de Investigación en Política Pública de la Universidad Nacional de Río Negro:

Una agencia nacional de noticias pública es mucho más que un equipo de producción informativa. Una agencia nacional de noticias es la puesta en circulación de los sucesos que acontecen en todo el territorio a todos sus habitantes y de todas las expresiones. Una agencia nacional es la garantía de la diversidad y la pluralidad que requiere una nación democrática. La participación en el debate público mundial necesita de la producción nacional de información que represente nuestros intereses y nuestra cultura.

Flavio Rapisardi, docente-investigador en la UNLP/UNTREF/UBA. Militante histórico del movimiento LGBT+:

Los libertarios se equivocan fiero cuando afirman que la sociedad es la suma de individuos. La sociedad es la relación entre individuos que produce una dimensión que nos cruza a todos y llamamos “lo público”. En esta dimensión nos socializamos, nacemos, vivimos, reímos, sufrimos y también morimos. “Lo público” es de todx y de ningunx, escrito y dicho sin contradicción alguna. En este ámbito aparece el “Estado” que es siempre la condensación de las presiones que ejercemos como personas, clase, etnia, género, edad, entre otras cuestiones, y no es ni una “herramienta de la burguesía” (marxismo paleolítico) ni una organización mafiosa (afirmación libertaria paradójica que condena al propio presidente a ser un Al Capone insular). Por eso a lxs trabajadorxs de las “empresas públicas,” mal llamadas “estatales,” no les pagamos el sueldo nosotrxs como individuxa, porque no hay sueldo que alcance para repetir la tremenda estupidez que “con la mía” pago al INCAA, a Télam, Arsat, al Banco Nación, a la TV Pública, etc., “con la mía” aporoto a la público y con el voto y con la participación política decidimos cómo lo público debe funcionar, porque sin dimensión pública no hay “comunidad,” no hay dimensión compartida de existencia, solo hay abandono, guerra, soledad y deterioro.

Télam, la agencia “pública”, siempre fue la posibilidad de que las voces que las corporaciones millonarias, lxs autoritarixs varios y los cadetxs a sueldo en el propio Estado quieren acallar, encontraran un lugar en la “cablera” que hacía correr voces diversas por todas las redacciones y en su portal poder generar un punto de vista distinto. No hay libertad de expresión sin la existencia de un espacio público de noticias. Ya lo dijo Mariano Fragueiro en 1853. Pero claro de tanto leer mal a J.B. Alberdi y los consagrados por el mentiroso mitrismo, llegamos a donde llegamos. Por eso es hora de refundar lo público sin la crueldad de lxs vencedorxs que siempre requieren coreutas o silencio.

Ciudad de Buenos Aires, 12 de enero de 2025.



Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2003). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Ediciones Pre-Textos.
- Amnistía Internacional (29 de septiembre de 2022). Myanmar: Los sistemas de Facebook promovieron la violencia contra la población rohinyá. Meta debe una reparación. <https://www.amnesty.org/es/latest/news/2022/09/myanmar-facebook-systems-promoted-violence-against-rohingya-meta-owes-reparations-new-report/>
- Angenot, Marc (2010). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Argumedo, Alcira (2009). *Los silencios y las voces en América Latina: notas sobre el pensamiento nacional y popular*. Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional.
- Aronskind, Ricardo (2013). *Derechos humanos, economía y sistema financiero*. Buenos Aires: Secretaría de Derechos Humanos de la Nación.
- Azpiazu, Daniel; Basualdo, Eduardo y Khavisse, Miguel (2004). *El nuevo poder económico en la Argentina de los años 80*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Badiou, Alain (2005). *El siglo*. Buenos Aires: Manantial.

- Badiou, Alain (2007). *¿Se puede pensar la política?* Buenos Aires: Nueva Visión.
- Basualdo, Eduardo y Azpiazu, Daniel (1989). *Cara y contracara de los grupos económicos. Estado y promoción industrial en la Argentina*. Córdoba: Cántaro.
- Basualdo, Eduardo; Azpiazu, Daniel y Khavise Miguel (2004). *El nuevo poder económico en la Argentina de los años 80*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Bauman, Zygmunt (2009). *En busca de la política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Zygmunt (2013). *La sociedad sitiada*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Becker, Jörg (1994). Su comportamiento en la teoría de la información. *Telos*, 38, 1-13. <https://telos.fundacion-telefonica.com/archivo/numero038/su-comportamiento-en-la-teoria-de-la-informacion/?output=pdf>
- Berman, Marshall (1989). *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bobbio, Norberto (2012). *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, Pierre (1999). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Brown, Wendy (2017). *El pueblo sin atributos. La secreta revolución del neoliberalismo*. Barcelona: Malpaso.
- Calveiro, Pilar (2008). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Norma.
- Calveiro, Pilar (2008). *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.

- Calloni, Stella (2006). *Operación Cóndor: pacto criminal*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- Canelo, Paula (2008). *El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*. Buenos Aires: Prometeo.
- Canelo, Paula (2019). *¿Cambiamos? La batalla cultural por el sentido común de los argentinos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cano, Diego (2017). *Jungla 3.0. Trolls, información y desinformación*. Buenos Aires: Pluma digital.
- Cardoso, Ciro y Pérez Brignoli, Héctor (1984). *Los métodos de la historia*. Barcelona: Grijalbo.
- Castel, Robert (2012). *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Couldry, Nick y Mejias, Ulises (2023). *El costo de la conexión. Cómo los datos colonizan la vida humanada y se la apropian para el capitalismo*. Buenos Aires: Godot.
- De Moraes, Dênis (2005). *Cultura mediática y poder mundial*. Buenos Aires: Norma.
- Díaz, Esther (2000). *La posciencia: el conocimiento científico en las postrimerías de la modernidad*. Buenos Aires: Biblos.
- Drucaroff, Elsa (2011). *Los prisioneros de la torre. Política, relatos y jóvenes en la postdictadura*. Buenos Aires: Emecé.
- Dubet, François (2020). *La época de las pasiones tristes. De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y el resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Dudda, Ricardo (2019). *La verdad de la tribu. La corrección política y sus enemigos*. Madrid: Debate.

- Dussel, Enrique (2020). *Filosofías del sur. Descolonización y transmodernidad*. Buenos Aires: Akal.
- Eagleton, Terry (2016). *Esperanza sin optimismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Feierstein, Daniel (2011). *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Feierstein, Daniel (2012). *Memorias y representaciones. Sobre la elaboración del genocidio*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Feinmann, José Pablo (2010). *Peronismo, filosofía política de una obstinación argentina*. Buenos Aires: Planeta.
- Feinmann, José Pablo (2007). *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política*. Buenos Aires: Booket.
- Feldman, Saúl (2019). *La conquista del sentido común. Como planificó el macrismo el “cambio cultural”*. Buenos Aires: Continente.
- Ferrer, Aldo (2008). *La economía argentina. Desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Fisher, Mark (2016). *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra.
- Fiorucci, Flavia (2011). *Intelectuales y peronismo (1945-1955)*. Buenos Aires: Biblos.
- Foucault, Michel (1979). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, Michel (2008). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Buenos Aires: Alianza.

- Franco, Marina (2012). *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Friera, Silvina (12 de agosto de 2013). "Una mirada no violenta de la política es una mirada falsa" [entrevista a Pilar Calveiro]. *Página/12*. <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/17-29530-2013-08-12.html>
- Fusaro, Diego (2018). *Idealismo o barbarie, por una filosofía de la acción*. Madrid: Trotta.
- Galasso, Norberto (2011). *Historia de la Argentina. Desde los pueblos originarios hasta el tiempo de los Kirchner*. Tomos I y II. Buenos Aires: Colihue.
- Galli, Carlo (2011). *La mirada de Jano: ensayos sobre Carl Schmitt*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Galup, Luciano (2019). *Big data & política. De los relatos a los datos. Persuadir en la era de las redes sociales*. Buenos Aires: Penguin Random House.
- Gasparini, Juan (2007). *David Graiver: el banquero de los Montoneros*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Goethe, Johann Wolfgang Von (2001). *Fausto*. Buenos Aires: Longseller.
- Halperin Donghi, Tulio (1998). *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial.
- Halperin Donghi, Tulio (2012). *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires: Ariel.
- Han, Byung-Chul (2012). *La sociedad del cansancio*. Buenos Aires: Herder.
- Han, Byung-Chul (2013). *La sociedad de la transparencia*. Buenos Aires: Herder.

- Han, Byung-Chul (2014a). *Psicopolítica y nuevas técnicas de poder*. Buenos Aires: Herder.
- Han, Byung-Chul (2014b). *En el enjambre*. Buenos Aires: Herder.
- Han, Byung-Chul (2022). *Infocracia. La digitalización y la crisis de la democracia*. Buenos Aires: Taurus.
- Harvey, David (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Buenos Aires: Akal.
- Holgado, Andrea Ximena (2014). *El proyecto político, económico, represivo de la dictadura cívico-militar 1976-1983: Papel Prensa, un caso paradigmático* [tesis de doctorado]. Universidad Nacional de La Plata.
- Holgado, Andrea Ximena (2023). Comunicar la esperanza en tiempos de distopía global. *Actas de Periodismo y Comunicación*, 8(1). <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas/article/view/7742>
- Hui, Yuk (2024). *Fragmentar el futuro. Ensayos sobre tecnodiversidad*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Infobae (22 de agosto de 2018). Carlos Melconian: “Necesitamos un tipo de cambio tal que la tía deje de comprar dólares y los cadetes dejen de viajar a South Beach”. <https://www.infobae.com/economia/2018/08/22/melconian-necesitamos-que-un-tipo-de-cambio-tal-que-los-cadetes-dejen-de-viajar-a-itaparica/#:~:text=Por%20eso%2C%20defini%C3%B3%3A%20%22Necesitamos,cambio%20que%20no%20es%2030%22.&text=%22El%20FMI%20se%20da%20cuenta,de%20%C3%BAltima%20instancia%20es%20%C3%A9l.>
- Kingsley, Dennis (2022). *Asalto a la realidad. Biopoder y la normalización del engaño*. Barcelona: Blume.

- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado. (Para una semántica de los tiempos históricos)*. Barcelona: Paidós.
- James, Daniel (2010). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laval, Christian y Dardot, Pierre (2018). *El ser neoliberal*. Barcelona: Gedisa.
- Lara, María Pía (2009). *Narrar el mal: una teoría postmetafísica del juicio reflexionante*. Barcelona: Gedisa.
- Lazzarato, Maurizio (2006). *Políticas del acontecimiento*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Lear, Jonathan (2007). Reelaborando el fin de la civilización. Traducido por Leandro Wolfson. *Psicoanálisis APdeBA, XXIX* (1), 77-99. <http://www.psicoanalisisapdeba.org/wp-content/uploads/2018/09/Lear.pdf>
- Luzzani, Telma (2012). *Territorios vigilados. Cómo opera la red de bases militares norteamericanas en Sudamérica*. Buenos Aires: Editorial Debate.
- Mancuso, Hugo (2008). *Metodología de la investigación en ciencias sociales. Lineamientos teóricos y prácticos de la semioepistemología*. Buenos Aires: Paidós.
- Marchart, Oliver (2009). *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mattelart, Armand (2002). *Historia de la sociedad de la información*. Buenos Aires: Paidós.
- Mochkofsky, Graciela (2004). *Timerman: el periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*. Buenos Aires: Sudamericana.

- Mouffe, Chantal (2009). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Muleiro, Vicente (2011). 1976. *El golpe civil*. Buenos Aires: Planeta.
- Muleiro, Vicente y Muleiro, Hugo (2019). *La clase un cuarto*. Buenos Aires: Planeta.
- Núñez, Sandino (2014). *Disney War, violencia territorial en la aldea global*. Montevideo: Hum.
- Núñez, Sandino (2017). *Psicoanálisis para máquinas neutras*. Montevideo: Hum.
- Núñez, Sandino (12 de mayo de 2017). Humanidad 2.0: el capitalismo alcanza su concepto. *Hemisferio Izquierdo*. <https://www.hemisferioizquierdo.uy/single-post/2017/05/12/humanidad-20-el-capitalismo-alcanza-su-concepto>
- Observatorio de Medios de la UCA (17 de febrero de 2023). We Are Social 2023: los datos sobre la Argentina en materia digital. <https://observatoriodemedios.uca.edu.ar/we-are-social-2023-los-datos-sobre-la-argentina-en-materia-digital/>
- Observatorio de Medios de la UCA (2 de marzo de 2024). Los datos digitales de Argentina en el 2024. <https://observatoriodemedios.uca.edu.ar/los-datos-digitales-de-argentina-en-el-2024/>
- O'Donnell, Guillermo (1997). *Contrapuntos: ensayos escogidos sobre autoritarismo y democracia*. Buenos Aires: Paidós.
- Olmos, Alejandro (1995). *La deuda externa*. Buenos Aires: Editorial de Los Argentinos.
- Página/12 (16 de julio de 2013). "Hubo una clara persecución a grupos económicos determinados". <https://www.pagina12.com.ar/diario/ultimas/20-224608-2013-07-16.html>
- Página/12 (19 de marzo de 2025). El archivo que condena a Javier Milei, de la venta de niños al día que se negó a decir si cree

- en la democracia. <https://www.pagina12.com.ar/611822-el-archivo-que-condena-a-javier-milei-de-la-venta-de-ninos-a>
- Pérez Serrano, Gloria (2003). *Investigación cualitativa: métodos y técnicas*. Buenos Aires: Editorial Docencia.
- Perosino, María Celeste; Nápoli, Bruno y Bosisio, Walter Alberto (coords.) (2013). *Economía, política y sistema financiero: la última dictadura cívico-militar en la CNV*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Comisión Nacional de Valores. https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/informe_economia_politica_y_sistem_financiero-ddhh.pdf
- Rancière, Jacques (2012). *El odio a la democracia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Red Ética Segura de la Fundación Gabo (13 de octubre de 2013). Medios son responsables por comentarios en sus páginas web, dictamina tribunal europeo. <https://fundaciongabo.org/es/etica-periodistica/noticias/medios-son-responsables-por-comentarios-en-sus-paginas-web-dictamina>
- Rivera, Andrés (1998). *La revolución es un sueño eterno*. Buenos Aires: Planeta.
- Rodríguez, Martín (24 de febrero de 2024). La libertad presidencial. *Panamá Revista*. <https://panamarevista.com/tabu/>
- Romero, Luis Alberto (2009). *Breve historia contemporánea de Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sadin, Éric (2021). *La siliconización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Sadin, Éric (2022). *La era del individuo tirano. El fin de un mundo común*. Buenos Aires: Caja Negra.

- Salmon, Christian (2008). *Storytelling: La máquina de fabricar historias y formatear las mentes*. Barcelona: Ediciones Península.
- Santamaría, Alberto (2018). *En los límites de lo posible política, cultura y capitalismo afectivo*. Madrid: Akal.
- Sassen, Saskia (2015). *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global* Buenos Aires: Katz editores.
- Scalabrini Ortiz, Raúl (1973). *Tierra sin nada, tierra de profetas*, Buenos Aires: Plus Ultra.
- Sennet, Richard (1998). *La corrosión del carácter*. Buenos Aires: Anagrama.
- Schmitt, Carl (2010). *Diálogo sobre el poder y el acceso al poder*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Schmitt, Carl (2014). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.
- Stefanoni, Pablo (2021). *¿La rebeldía se volvió de derecha?* Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sternik, Irina (3 de marzo de 2024). Querido periodismo: ¿por qué defendemos a Telam? <https://www.ladobnews.com.ar/p/querido-periodismo-por-que-defendemos>
- Taguieff, Pierre-André (1996). Las ciencias políticas frente al populismo: de un espejismo conceptual a un problema real (29-79). Piccone, Paul (comp.). *Populismo postmoderno*. Bernal: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.
- Thompson, Edward Palmer (2002). *Obra esencial*. Prefacio. Barcelona: Crítica.
- Thompson, Kenneth (2014). *Pánicos morales*. Bernal: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

- Torre, Juan Carlos (2012). *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Total Medio (2 de mayo de 2022). Redes sociales: Argentina tiene más interacciones que el resto de Latinoamérica. <https://www.totalmedios.com/nota/48786/redes-sociales-argentina-tiene-mas-interacciones-que-el-resto-de-latinoamerica>
- Traverso, Enzo (2018). *Las nuevas caras de la derecha*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Trias, Vivián (1978). Getulio Vargas, Juan Domingo Perón y Batlle Berres-Herrera. Tres Rostros del populismo. *Nueva Sociedad*, (34).
- Van Dijk, Teun (1990). *La noticia como discurso*. Barcelona: Paidós.
- Vogl, Joseph (2023). *Capital y resentimiento. Una breve teoría del presente*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Williams, Raymond (2009). *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Ediciones Las Cuarenta.
- Zaffaroni, Eugenio Raúl (2011). *La palabra de los muertos. Conferencias de criminología cautelar*. Buenos Aires: EDIAR.
- Zaiat, Alfredo (2012). *La economía a contramano. Cómo entender la economía política*. Buenos Aires: Planeta.
- Žižek, Slavoj (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós.
- Zuban Córdoba y Asociados (junio de 2023). Políticas de shock y el escenario electoral [informe]. <https://zubancordoba.com/portfolio/politicas-de-shock-y-el-escenario-electoral-junio-2023/>

Zuban Córdoba y Asociados (febrero de 2024). La política en shock [informe]. <https://zubancordoba.com/portfolio/informe-nacional-febrero-2024/>

Zuboff, Shoshana (2021). *La era del capitalismo de la vigilancia*. Buenos Aires: Paidós.

Sobre la autora

Andrea Ximena Holgado es licenciada y doctora en Comunicación Social por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Actualmente, cursa la Maestría en Vinculación Política con China (Universidad Nacional de José C. Paz). Trabaja como docente e investigadora en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Investiga sobre comunicación política y pública, participación política y social, medios de comunicación, redes y sociedad, y discurso social. Ha escrito artículos para revistas académicas y especializadas. Fue editora periodística de Ansur en la Agencia Télam SE. Es autora de los libros *Radio itinerante: la radio en la escuela y la comunidad* (2010), *Identidad sonora en tiempos de intermedia. Estéticas ficción y nuevos formatos sonoro/radiofónicos* (2013) y *Radionautas: el lenguaje sonoro en la narrativa trasmedia* (2019).



Andrea Ximena Holgado se pregunta si es posible pensar un futuro por fuera de la racionalidad neoliberal distópica en la que vivimos, basada en la configuración de un nuevo sujeto virtual producto de las comunicaciones y las redes sociales. Para intentar un acercamiento a lo que la autora considera esta creciente *tecnorrealidad*, este libro articula tres premisas: el neoliberalismo como racionalidad, las *fake news* como negación de la facticidad y las tecnologías comunicacionales y las redes como ideología. El análisis de estas realidades certifica, según Holgado, la urgencia de repensarlo todo, desde la redefinición de lo popular hasta las formas de la democracia.

En un presente que vuelve indispensable la interrogación crítica sobre el rol ético de los medios de comunicación y la formación digital de una ciudadanía comprometida con el uso responsable de las nuevas tecnologías, CLACSO y UNQ se unen en esta colección de libros sobre los desafíos de la comunicación, la política y los derechos en la era digital.